

CANES DEL ALERO.
ESCALA 1:5.

proposiciones



SUR
EDICIONES

**APROXIMACIONES
A LA FAMILIA**

26

Pauline Abbott



Familia Dávila. (1880).

proposiciones

APROXIMACIONES A LA FAMILIA



© Ediciones SUR, julio 1995
J. M. Infante 85, Providencia, Santiago

Inscripción N° 93. 269

Director Ejecutivo de SUR: Alfredo Rodríguez A.
Responsable legal de *Proposiciones*: José Bengoa C.

Editoras de *Proposiciones* 26: Andrea Rodó & Ximena Valdés

Edición textos: Paulina Matta V.

Diseño gráfico y portada: VERSION
Allan Browne E. & Manuel F. de la Maza G.
Fono 626 205, Viña del Mar

Ilustraciones: *De nuestra arquitectura del pasado. La portada*, de Roberto Dávila Carson (Santiago de Chile, 1927); y *Apuntes sobre arquitectura colonial chilena de Roberto Dávila*, de Oscar Ortega S. y Silvia Pirotte M., eds. (Santiago 1978).

Composición de textos y diagramación:
Andoni Martija M.
Providencia 701/E, Santiago
Fono/Fax 235 6971

Gestión editorial: Luis A. Solís D.

Impresión: Imprenta Editorial Interamericana
Conferencia 1140, Santiago

En venta en: Librería de Ediciones SUR
J. M. Infante 85, Providencia, Santiago
Fonos: 236 0470 - 236 1218 Fax: 235 9091

Se permite cualquier reproducción total o parcial
de esta publicación, con indicación de la fuente.

HECHO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

No eran, sin embargo, los requerimientos económicos lo que impulsaba a los Ventura a emprender año tras año el agotador viaje a sus tierras. Los animaba una motivación más alta: el deseo de que sus hijos crecieran con la certeza de que la familia es la base de todo bien, en lo moral, en lo político, en las instituciones. Así, durante los tres meses de encierro (...) se consolidaría entre los primos una homogeneidad que los ataría con los vínculos del amor y del odio secretos, de la culpa y el gozo y el rencor compartidos. Y al crecer se irían cicatrizando estas heridas, uniendo a los primos con el silencio de los que todo lo saben de todos los demás y por lo tanto es innecesaria otra forma de comunicación que la de repetir los dogmas. Leyes incontestadas surgirían de este entierro de los secretos de la niñez, de la memoria unitaria de generaciones cómplices que participaban en los ritos anuales. Una vez violados estos ritos nada podría contener la diáspora.

José Donoso, *Casa de campo*

... nuestra desgracia no está tanto en la frustración de nuestros deseos, como en la forma misma de desear. Deseamos mal. En lugar de desear una relación humana inquietante, compleja y perdible, que estimule nuestra capacidad de luchar y nos obligue a cambiar, deseamos un idilio sin sombras y sin peligros, un nido de amor y, por lo tanto, en última instancia, un retorno al huevo.

Estanislao Zuleta, "Elogio de la dificultad"

INDICE

Editorial	9
APROXIMACIONES Y DISCURSOS	13
<i>Las relaciones familiares en el Chile de los 90</i> Sergio Bernales Matta	14
<i>La familia: el poder del discurso</i> Riet Delsing	34
<i>Familia: un grito de fin de siglo</i> Olga Grau D.	48
<i>La familia como fundamento del orden institucional</i> Pedro Morandé	60
CONSTRUCCIONES FAMILIARES	69
<i>Masculinidad y trabajo: el salario familiar y el estado de compromiso, 1930-1950</i> Karin Roseblatt	70
<i>Construyendo «la otra familia»: el proceso a una jefatura de hogar femenina asumida</i> Verónica Oxman Vega	87
<i>Fruticultura y patrones de ocupación a nivel familiar</i> Sylvia Venegas Leiva	103
<i>Hogares con jefatura femenina: una realidad invisible</i> María Elena Valenzuela	117
<i>Las familias en Chile: una perspectiva económica de género</i> Rosa Bravo & Rosalba Todaro	131

MIRADAS AL MUNDO RURAL 149

Familia, matrimonio e ilegitimidad en la hacienda del siglo XX
Ximena Valdés S. 150

Vivir y morir en familia en los albores del siglo
Loreto Rebolledo G. 166

El des/orden campesino. Violencia en San Felipe (1900-1940)
Catalina Arteaga A. 181

La familia mapuche durante la radicación
Alvaro Bello 194

DOLORES, DUELOS Y APRENDIZAJES 207

*Familia y represión política. Trauma y contexto social: consecuencias
transgeneracionales*
Margarita Díaz C. 208

*Los rematrimonios o familias simultáneas: una oportunidad de redefinición de las
relaciones afectivas y sociales*
Diana Rivera O. & Alicia Meschi M. 220

Cuando es difícil ser familia. Aspectos psicosociales de la infertilidad
Rosario Domínguez V. 235

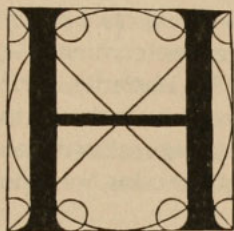
¿Qué aprenden las adolescentes sobre género en su sistema familiar?
Lidia Alcalay S. & Neva Milicic M. 243

Familia y delito: los niños en la calle
Irma Arriagada 260

Conversando sobre la separación matrimonial
Arturo Roizblatt 267

DOCUMENTOS 277

Elogio de la dificultad
Estanislao Zuleta 278



ablar sobre la familia no es fácil. Tampoco lo es escuchar a quienes sostienen opiniones y sentires que difieren de los nuestros y que, por lo mismo, parecen agredirnos: o resquebrajan nuestra estabilidad primera, la del nido y la casa; o no dan respuesta a la percepción de que, aun en este territorio, el mundo conocido y al que estamos habituados sí está cambiando, y que este cambio no necesariamente es perverso.

Porque es difícil que la familia se nos haga un tema objetivo y objetivable. Decir "la familia", como decir "la casa", ha significado tantas veces "mi familia", "mi casa" (y los lazos, y los olores conocidos, los abrazos, los niños dormidos, la muda conversación de las pieles que se reconocen y aceptan más allá de las palabras, los míos, los nuestros. También los desencuentros, los silencios, la fatiga de los días y las horas y los años que, más allá de los proyectos que la fundaron, se posan en la irreductibilidad de cada individuo, de sus fantasmas y de sus sueños personales).

Hoy, sin embargo, la familia está en la "agenda" de la discusión pública, tal vez por la visibilidad de sus fisuras internas, o por el reconocimiento de la heterogeneidad de sus formas actuales. Hacia fines de siglo la mirada se vuelca al mundo privado, la familia se yergue en tema político, en materia que transgredió la frontera de lo que en otros momentos de la historia fue considerado asunto privado.

En todo caso, repensar la familia no es sólo un rito contemporáneo. Es algo que las sociedades han hecho constantemente, sobre todo cuando se diputan los modelos existentes con los cambios culturales

que enfrentan. Hoy es tema pendiente, inminente, levemente (o terriblemente) temible. Porque si enarbolamos como propuesta la que denominamos "familia tradicional" —los cónyuges legalmente casados y sus hijos—, son tantos los que quedan a la intemperie, como si lo que tuvieran fuera nada, o algo perteneciente a la categoría de lo monstruoso y anómalo, lo incompleto y lo cojo. Y si se propone como familia la diversidad de formas que existen de hecho, son tantos también los que se sienten amenazados en sus seguridades más básicas, en lo que sienten y consideran piedra fundacional de sus vidas y, por lo tanto, de la sociedad.

Frente a este tema y sus variaciones, *Proposiciones* se ha ofrecido como un espacio silencioso abierto a distintas voces y miradas. No hay ninguna intención ni pretensión —es mejor decirlo desde el comienzo— de agotar el tema o de ser definitivos respecto a él. No obstante, abrir estas páginas a la reflexión nos pareció importante en un contexto donde todavía no abundan las posibilidades para la expresión de las ideas. Más bien, las ideas parecen agazapadas tras murmullos, y eso no contribuye a su debate.

Hemos dejado hablar al filósofo, al psiquiatra y al psicólogo, al historiador y al sociólogo, a mujeres y hombres. Hay páginas para la aproximación de quien postula la familia basada en el matrimonio como fundamento del orden institucional —en palabras de Pedro Morandé: "No se puede separar la institución del matrimonio indisoluble y la de la familia. Se pertenecen mutuamente como expresión racional de la libertad humana que encuentra su plenitud en la donación de sí mismo"—; y también las hay para quien se siente atrapado en ese marco: como lo expresa Riet Delsing: "Podríamos imaginarnos lugares alternativos a la familia nuclear ..., si no fuera que el discurso nos dice que este sistema de convivencia, basada en el parentesco, es el único lugar correcto". Son enfoques globales de este tipo los que hemos reunido en la primera parte, "Aproximaciones y Discursos".

En general, los artículos están referidos a nuestro país. Analizan aspectos concretos, como la intervención del Estado —a través del salario familiar o los Centros de Madres, entre otros mecanismos— en la constitución material e ideológica de la familia y de los roles que en ella cumplen sus miembros; o examinan algunas estructuras familiares que, aunque sólo sea por su peso en las estadísticas, adquieren cada vez mayor presencia: es imposible ignorar, por ejemplo, que en Chile algo más de un cuarto de los hogares tiene una mujer como única responsa-

ble de la manutención económica y social del grupo familiar. La segunda parte de este volumen, "Construcciones Familiares" está dedicada a estas perspectivas.

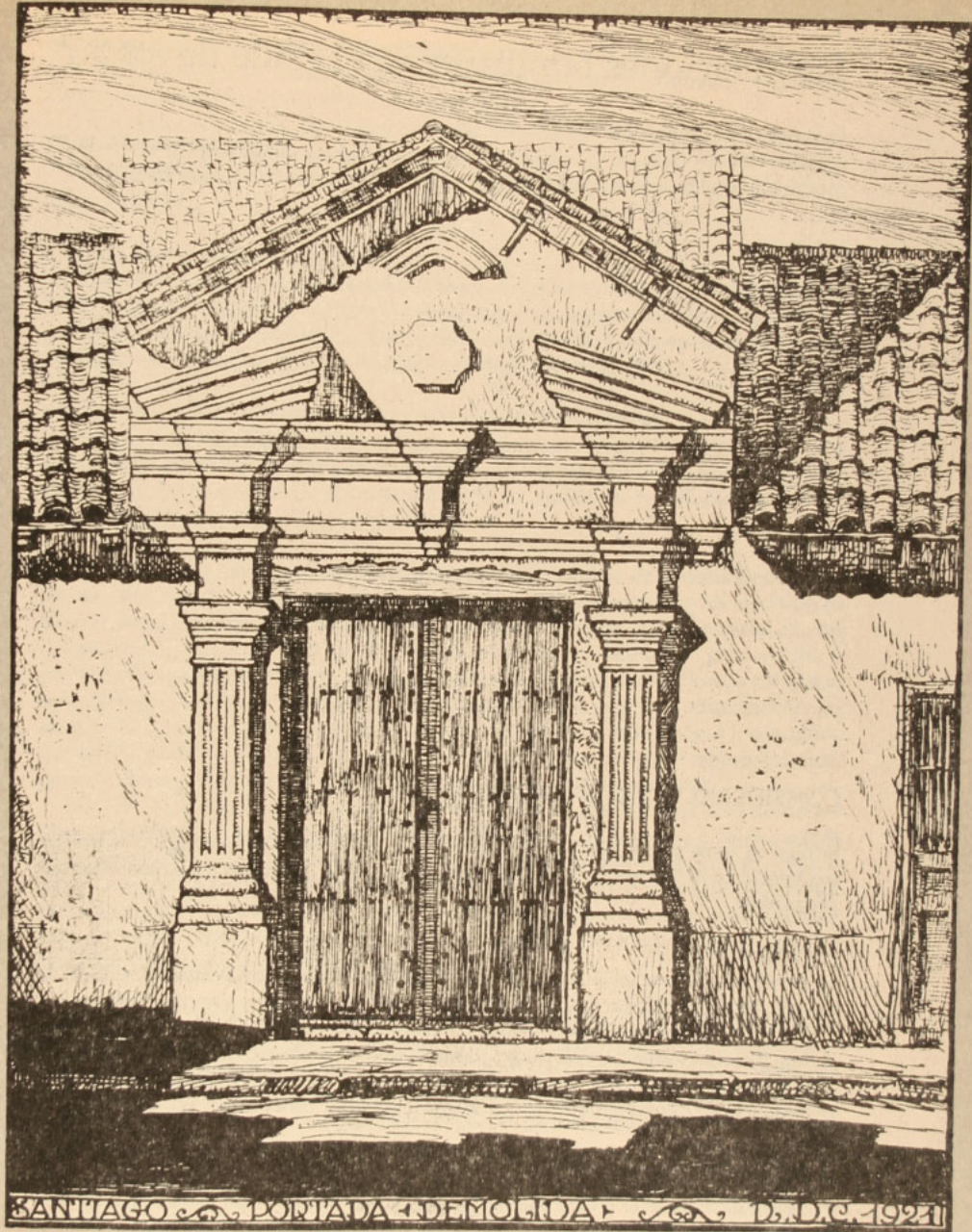
Una tercera parte, "Miradas al Mundo Rural", gira en torno a la familia hacendal y campesina, con las peculiaridades que ella ha tenido históricamente Chile. Es un mundo en que se cruza la imagen del hacendado como *pater familia* y la del padre de familia como *patrón*, determinando el lugar real y simbólico para los demás miembros de la tribu. Es la construcción de un modelo familiar tan sólido y permanente como la emblemática "casa grande" hacendal, matriz de estirpes que ha marcado con su sello desde nuestro imaginario de la patria, hasta la actual concepción ideal de familia urbana. Y modelo incluso impuesto a la familia mapuche en el proceso de radicación.

Finalmente, la familia en general, y la de nuestro país en particular, se ve enfrentada a diversas crisis: el terrible trauma que produce la represión política en la estructura familiar, especialmente en los que la vivieron como niños, a través de sus padres, herida que continúan reproduciendo en sus relaciones cotidianas; los niños de la calle y en la calle, a veces abandonados, siempre solos y expuestos, y frente a ellos, la tristeza de los matrimonios que no pueden tener hijos; la separación matrimonial y las familias reconstituidas tras la ruptura de un matrimonio; lo que se aprende en las familias. En general, "Dolores, Duelos y Aprendizajes", que es el título de la última parte de este volumen.

Este vigésimo sexto número de *Proposiciones* es fruto de la colaboración entre SUR y CEDEM; estuvo a cargo de Paulina Matta, Andrea Rodó y Ximena Valdés. Hemos elegido como ilustraciones, aguafuertes y grabados de ese gran arquitecto chileno que fue Roberto Dávila Carson, publicados por él mismo en 1927, bajo el título *De nuestra arquitectura del pasado. La portada*. Y quisiéramos terminar identificando este volumen con palabras del propio Dávila Carson:

Pero allá, el amplio portón viene a indicar que (la casa) no está siempre cerrada, ensimismada, que acoge y que cuando lo hace es en forma amplia, señorial, hospitalaria y generosa.

APROXIMACIONES Y DISCURSOS



SANTIAGO PORTADA DEMOLIDA D.D.C. 1924

Las relaciones familiares en el Chile de los 90*

Sergio Bernales Matta **
Médico Psiquiatra

CONSIDERACIONES GENERALES

Si bien el tema de la familia ha estado presente en el análisis social con mucha frecuencia en el último tiempo, conviene que hoy nos volvamos a plantear algunas preguntas:

- *¿Qué es la familia?*

La familia es el espacio en el que se obtiene cariño, afecto y se descubre el sentido de la vida. Es allí donde brota y crece la importancia de trabajar y vivir para alguien.

Conceptualmente, la familia es un grupo unido entre sí por vínculos de consanguinidad, filiación y alianza, vale decir, que de la unión de una pareja nacen hijos unidos por lazos de sangre que perduran en el tiempo. La familia es, por tanto, una experiencia de género en que un hombre y una mujer constituyen una alianza de la

* El presente artículo es una versión modificada del trabajo expuesto el 10 de enero de 1994 en el Edificio Diego Portales, con motivo de la difusión del informe de la Comisión Nacional de la Familia. Todas las cifras que aparecen en él están tomadas directamente del informe de la Comisión Nacional de la Familia o de su bibliografía.

** El autor es miembro de la Comisión Nacional de la Familia, presidente del Instituto Chileno de Terapia Familiar y director de la revista *Familias y Terapias*.

cual nacen hijos, recreando un encuentro intergeneracional de dos y más generaciones que la coloca como la "estructura fundante de la sociabilidad humana" y como el cuerpo intermedio entre la persona y la sociedad.

La familia tiene, por lo tanto, una función psicológica y existencial que se agrega de manera esencial a las funciones de reproducción biológica y de sustento material.

No está en discusión la importancia de la familia. La gente vive en familia y valora vivir en familia.

• *¿Qué dicen los chilenos sobre la familia?*

En Chile, los trabajos de consulta de la encuesta de la Comisión Nacional de la Familia (CNF) a la comunidad la señalan como el área más importante de la vida de las personas y fuente de satisfacción. Lo mismo ocurre con el resultado de una encuesta a jóvenes efectuada por el Instituto Nacional de la Juventud (INJ).

• *¿Qué caracteriza a los actores sociales como miembros de la familia?*

Si bien el contenido central de este artículo se dirige a distinguir las funciones de dos subsistemas al interior de ella —la conyugalidad y la parentalidad—, quiero destacar algunas particularidades de los miembros de la familia en su calidad de actores sociales diferenciados por género y por edades.

El hombre. Al hablar en términos generales del hombre de nuestra época, nos estamos refiriendo a una persona cuya identidad está puesta de preferencia en lo laboral, en aquello que lo nombra en su función (médico, campesino, profesor, albañil o carpintero); se espera de él, en la relación con la mujer, señales de proveeduría y protección: dos signos importantes de identidad masculina; se le valora la fortaleza; se espera que tome la iniciativa en la relación amorosa y le ofrezca a su pareja el fruto de su trabajo. Sin embargo, la situación actual ha variado, en especial por los cambios que ha traído la incorporación de la mujer al trabajo remunerado y al espacio público, pero no han cambiado los patrones que al hombre se le piden cumplir.

Es natural, entonces, que siga preparándose para lo que le es habitual desde los roles sociales asignados en su historia. Es esperable que se resista a los cambios a través de la dominación, la insensibilidad y el esfuerzo, o bien los acepte y se aferre más al amor de pareja que a las funciones parentales (históricamente las funciones parentales de los padres han estado insuficientemente presentes, aunque por otros motivos, tales como el lugar periférico que tradicionalmente ha ocupado en la crianza, la aceptación histórica de la maternidad en la mujer soltera, etc.).

La mujer. Al hablar de la mujer de nuestra época, señalamos en términos generales a una persona cuya identidad está más ligada a lo relacional, donde los valores destacados son los de reciprocidad, intimidad y acceso al mundo afectivo. Se espera de ella que esté más al servicio de otros (marido e hijos) que de sí misma.

La mujer no necesita des-identificarse de su ser madre para crecer como persona, y más bien es reforzada en su rol prioritario de mujer-madre. La situación actual de cambio la señala en una mayor inserción en el mundo público, pero en condiciones más desmedradas que el hombre. Si bien es más dueña de su desarrollo personal y de su fecundidad, no le es fácil conciliar integralmente el trabajo y la maternidad. La dificultad aparece en el orden práctico (peores salarios a igualdad de funciones

laborales), relacional (sigue con la responsabilidad preferente de la conducción doméstica) y psicológico (sentimientos de culpa al modificar su vínculo con el marido y los hijos).

Pareciera que el futuro es efectivamente de igualdad progresiva entre el hombre y la mujer, aunque con un presente de mayor dificultad para ella.

Los menores. Al hablar de los menores en términos generales, es necesario distinguir la situación de los niños de la de los adolescentes.

Los niños en Chile viven, en su mayoría, en condiciones de pobreza (el 53,2 por ciento de los niños entre 0 y 14 años). La relación positiva entre pobreza y cantidad de hijos aumenta la situación de precariedad. La relación entre bajos ingresos económicos, condiciones de empleo o cesantía y la presencia de ambos padres o no, condicionan una niñez con oportunidades o desvalida desde un punto de vista contextual. Si bien muchos hijos son esperados al momento de nacer, hay otros que no son deseados. Muchos tienen padres irresponsables de su crianza y muchos hogares no tienen la presencia del padre en su interior.

Si bien la vida actual mediatiza la crianza más tempranamente a través de las salas cunas y los jardines infantiles, situación ventajosa para las exigencias de la vida moderna y discutible para otros aspectos del desarrollo infantil, no se cuenta con una cobertura suficiente en los sectores más pobres.

La parentalidad amorosa y responsable, junto a las adecuadas condiciones de salud, nutrición y educación, forman una unión indisoluble en el buen desarrollo de los niños, unión precaria si leemos las cifras de pobreza antes señaladas.

Los jóvenes. En el caso de los jóvenes (nos referimos a los individuos comprendidos entre los 15 y 24 años), es necesario hacer distinciones de edad, género y situación socioeconómica, con el fin de particularizar tendencias y características. En términos muy generales, quiero destacar la necesidad de mayores oportunidades para los jóvenes y de disminuir los juicios negativos que sobre ellos se tienen. Requieren, además, más educación sexual y mejores canales de participación familiar y social. Se puede decir que la igualdad de oportunidades es un mito para la juventud de este país, que los canales de participación son muy precarios y la movilidad social está restringida (debido muchas veces a las condiciones educacionales). La vida sexual ha sufrido grandes cambios, lo mismo los modelos de identificación social, como asimismo el consumo de adictivos (tabaco, alcohol y drogas), todo lo cual configura un escenario diferente que es necesario considerar en términos de impacto familiar y social.

El adulto mayor. Al hablar de las generaciones anteriores en términos generales, estamos refiriéndonos a las condiciones del adulto mayor, eufemismo para llamar a los viejos.

La situación de ellos es, muchas veces, de pobreza y marginalidad afectiva. El cambio experimentado al cesar el trabajo y envejecer disminuye su calidad de vida. La vivienda no contempla un lugar para ellos en la casa de los hijos cuando quedan viudos/as y ya no pueden valer por sí mismos. La necesidad de cariño y de integración a la familia, como asimismo la importancia de ocupar el tiempo en alguna actividad, es señalada por ellos en las encuestas. La vida moderna con sus exigencias

y la pobreza económica en que muchos de ellos viven, sitúan a los viejos en una condición particularmente desmedrada.

● *¿Cuál es la situación general de la familia en otros países en relación al nuestro?*

Si comparamos los desafíos de la familia en los países desarrollados con los de nuestro país, inserto en el contexto latinoamericano, nos damos cuenta de que la preocupación allí es con la disminución de la natalidad; el aumento del divorcio y de las cohabitaciones (uniones de hecho), especialmente entre los más jóvenes; el aumento de la cantidad de madres solteras (más en adolescentes), y todo lo relativo a la manipulación genética.

Nuestros desafíos, en cambio, son más polifacéticos y se relacionan fuertemente con la pobreza y la incorporación a la modernidad, además de los problemas específicos vinculados al aumento de los embarazos adolescentes, aumento de hijos ilegítimos y de las familias monoparentales, entre otros.

● *¿Qué función cumple la familia?*

Para caracterizar la manera como ejerce la familia sus funciones y los factores de las que dependen, hay que tener en cuenta:

(1) El presente histórico en que ella vive:

- Contexto de urbanización (concentración de la población en ciudades cada vez más grandes y migración hacia ellas desde el medio rural) e industrialización (introducción de maquinaria en la fabricación de bienes de consumo y la creación de un sistema de producción en serie) crecientes, desde los años 50 en adelante.
- Contexto de modernidad y de cambios culturales asociados a ella, especialmente la introducción de los medios de comunicación como la televisión y otros sistemas audiovisuales (computadores, videos, etc.), que traen como consecuencia una "aldealización" del mundo junto al aumento de la importancia de la publicidad en los hábitos y costumbres sociales que marcan la nueva vida familiar.

(2) Los cambios en su dinámica interna:

- El matrimonio se realiza preferentemente de manera voluntaria y basado en el amor, aunque a veces se efectúa para alejarse del hogar original o debido a una situación de embarazo.
- Hay un retardo en la edad de comienzo del matrimonio, acompañado de un adelanto en la iniciación sexual.
- Se observa una disminución de la natalidad y de la mortalidad infantil, que trae consigo una postura con respecto al control de la natalidad.
- La mujer se incorpora al trabajo remunerado; hay un énfasis en la dicha personal y en el desarrollo individual.
- Existe una mayor intimidad relativa de la pareja.
- Las etapas del ciclo de la vida son más marcadas, con prolongación de la adolescencia
- Se hace evidente un cambio en las relaciones de género.

Todos estos aspectos, entre otros, configuran un escenario tendiente a recrear un panorama de diversidad en los tipos de familias existentes, con un aumento de la

nuclearización de las mismas, aunque no excluyente de otras formas de organización familiar. Sin embargo, las características antes señaladas se alejan poco a poco del modelo de familia ideal, vigente todavía hoy, que valida la pareja biparental exclusiva, mayoritariamente urbana, de jefatura masculina, con un marido proveedor y una mujer "dueña de casa", unidos en un matrimonio legal y para toda la vida.

La familia es una realidad durable; sin embargo, no es inmutable ni eterna. Su función primordial se relaciona con la transmisión del complejo proceso de fusión-diferenciación, vale decir, cómo la persona singular adquiere su identidad de tal, a partir de un vínculo primario de apego con la madre y con el padre. Es mediante ese vínculo que el niño satisface sus necesidades emocionales e incorpora la socialización.

Pareciera ser que en cada época hay un modelo social de familia que es favorecido valóricamente. ¿Lo que se aleja de ese modelo es lo que vemos como patológico o disfuncional? O, simplemente, ¿de qué nos valdremos para decir que una familia es disfuncional?

En respuesta a ésta última pregunta desarrollaré una reflexión sobre la organización familiar, distinguiendo en su conformación dos ejes sobre los cuales la familia está constituida y sobre lo que es evaluada: la *conyugalidad* y la *parentalidad*. Al ponerlo en estos términos, quiero destacar que la familia es una entidad que adquiere su identidad a través del ejercicio de la vida en pareja y de la manera como lleva a cabo la compleja tarea de la crianza de los hijos comunes.

I. LA CONYUGALIDAD

Hoy el énfasis está puesto en las buenas relaciones de pareja. Se puede señalar que incluso se confunde "ser un buen matrimonio" con ser una buena familia o que, al menos, si se tiene un buen matrimonio estaría garantizado un buen desarrollo en la vida de los hijos. La mirada se realiza desde los adultos y se supone que lo que es adecuado para ellos lo es también para los niños. No puedo sustraerme a señalar que basta una mirada un poco más atenta para darnos cuenta de que eso solo no basta. La clínica psicológica y psiquiátrica está llena de excepciones al respecto.

El énfasis en la indisolubilidad del matrimonio apunta a que "matrimonio que permanece unido es sinónimo de familia que permanece unida", o por lo menos con menos problemas para cada uno de sus miembros constituyentes, situación que, como ya fue señalado, puede ser discutible.

La familia, que se inicia con la unión de un hombre y una mujer, dispuestos a vivir juntos, experimenta un cambio importante en el momento en que nace el primer hijo. El grupo humano que surge se complejiza a tal punto, que la relación conyugal queda sólo como una parte, muy importante por cierto, del sistema total, formado ahora por los cónyuges, unidad autónoma solo cuando los hijos no están presentes, y los hijos. A partir del nacimiento de un hijo, aparece la relación parental, unidad que se configura cuando los hijos están presentes físicamente o traídos a la conversación con exclusividad. Fruto de esta descomposición familiar aparecen las funciones propias de cada una de las partes mencionadas, y que hacen posible la emergencia de

dos nuevos subsistemas: el de los hijos con los padres y el de los hermanos entre ellos.

La familia total queda contenida en aquellas partes que la configuran haciendo posible su identidad. Dicha identidad se verá alterada si la conyugalidad no organiza escenarios de exclusividad o si se resquebraja debido a dificultades entre los cónyuges.

Lo mismo pasa en lo propio de la relación parental, si uno de los padres introduce elementos del dominio conyugal en su vínculo con algún hijo, por ejemplo cuando se lo involucra en una disputa entre ellos, tema que abordaré en la segunda parte del artículo.

Las funciones que allí se despliegan colocan, a cada cual, varón y mujer, en su triple condición de pertenencia: ser una persona única, ser más que dos como pareja y mucho más que dos como padres, y cumplir los compromisos que se propusieron. ¿Lo sabrán las personas que se casan?

Expectativas frente al matrimonio

Al examinar las expectativas que la gente tiene para contraer matrimonio, diversos trabajos de investigación en el tema y la encuesta de hogares realizada por la CNF el año 1993 muestran que lo más valorado en la relación de pareja es la estabilidad afectiva, la complementación en la vida cotidiana y la satisfacción de necesidades físicas, psicológicas y sociales. La calidad se valora en buena comunicación, apoyo mutuo, compartir intereses, acuerdo en la educación de los hijos y buena situación económica.

Si bien, el miedo a casarse está presente en un quinto de las personas que contraen matrimonio, cabe preguntarse qué ocurre cuando las expectativas antes señaladas no se cumplen, porque al revisarlas, aparecen como metas un tanto irreales y difíciles de cumplir. Pareciera que mientras más alejadas de la realidad (definida como "aquello con lo que hay que contar") sean las expectativas de las parejas, mayor es la posibilidad de frustraciones y fracasos.

La pareja está viviendo, en la actualidad, cambios en su co-formación y no hay estudios acabados que los señalen. Parece interesante averiguar cómo se expresan, en las parejas que se van a casar, los deseos, creencias y abordaje de las dificultades en diferentes áreas, tales como la esfera sexual, las relaciones con la familia de origen, los valores, el manejo económico, lo que consideran competencia comunicativa, las tareas comunes, etc., con el fin de buscar instancias de preparación para la vida matrimonial que tomen en cuenta el contexto actual en que se desenvuelve.

Características de las relaciones de pareja en el país

Al examinar las principales características de las relaciones de parejas en Chile, señaladas en el informe de la CNF, se observa que una alta mayoría de ellas está casada legalmente, aunque tienden a aumentar las convivencias, sobre todo en los jóvenes, las mujeres embarazadas, las madres solteras y en los sectores de más bajos recursos.

La edad de comienzo del matrimonio se ha retardado a los 23,5 años en la mujer (y es aun mayor en los niveles altos, de mayor educación y en las que trabajan) y a los 25,5 años en los hombres.

Los índices de educación de las parejas muestran que 46 por ciento tiene educación básica, 36 por ciento tiene educación media, y 15,1 por ciento de los hombres y 12,5 por

ciento de las mujeres tienen educación superior.

La razón invocada al momento de contraer matrimonio o de formalizar una convivencia, es el amor (60 por ciento), pero es también frecuente que sea por embarazo (36 por ciento) y menos, por el deseo de irse de casa de los padres (26 por ciento).

Una alta mayoría valora su relación en términos positivos, aunque los jóvenes son más críticos, al igual que las personas de estratos bajos y las parejas con muchos hijos.

La relación de pareja es lo más valorado por la mayoría de los hombres (en desmedro de los hijos); la mujer, en cambio, valora más la relación con los hijos que la relación conyugal.

Se nota una permanencia de valores tradicionales tanto en hombres como en mujeres acerca de la función proveedora del hombre y de dueña de casa de la mujer (en alrededor de 50 por ciento de los encuestados), aunque existe el deseo, compartido por ambos cónyuges, de una mayor complementación de las tareas del hogar, en especial en la crianza de los hijos; al decir de las mujeres, esto no se algo que se dé en la práctica.

Al analizar las cifras, surge la impresión de que, si bien el amor está presente, también el matrimonio se realiza por motivos circunstanciales, ligados a la falta de previsión acerca de las consecuencias de una sexualidad mal planificada o a que el clima emocional en la familia de origen de uno de los contrayentes se hizo insostenible, lo que lo hizo depositar expectativas de mejoría de su calidad de vida en el reciente matrimonio. No parece una buena manera de empezar.

El hecho de que el hombre se centre en su pareja más que en la paternidad y la mujer más en la maternidad, es sintónico con elementos propios de nuestra cultura: el varón que trabaja fuera de la casa espera, al llegar a ella, ser atendido y reposar sin ser molestado; la mujer, con el nacimiento de los niños, se vuelca al vínculo con ellos. Lo interesante ocurre al cambiar los patrones de inserción social dados por la incorporación de la mujer al trabajo remunerado fuera del hogar, que produce necesariamente una mayor igualdad en el reparto de funciones alrededor de lo económico y de las tareas domésticas. El aumento de la incorporación de la mujer al trabajo remunerado se sitúa hoy en el 27 por ciento de los casos y aumenta en la medida en que los hijos crecen (la fuerza laboral femenina crece en una proporción de 4 a 1 en relación a los hombres en los últimos tiempos).

Como se ve, la realidad interna y social de las parejas ya no nos permite hablar de un solo modelo de conyugalidad. Son muchas las parejas que se unen por motivos que no son el amoroso, aunque se sigue anhelando la unión por amor.

Llama la atención que, en la encuesta, los hijos no aparecen explícitamente mencionados entre las expectativas más valoradas al momento de casarse.

Si se afirma que la familia es el espacio afectivo y socializador por excelencia, en especial para los niños, algunas de las formas de comienzo de los matrimonios o uniones de hecho en Chile nos auguran dificultades en la parentalidad en el futuro. Si agregamos los nuevos desafíos adaptativos del mundo moderno, tales como ser exitoso en el espacio público y del trabajo, compartir más igualitariamente las tareas de la casa y de la crianza y además tener el tiempo libre necesario para compartir con la pareja y con la familia, el escenario en que se sitúa la familia no es el más prometedor.

Dadas las características antes señaladas, los hombres corren el riesgo de seguir poniendo énfasis en su rol y en la búsqueda de una pareja desde un modelo tradicional

y machista; y las mujeres, de seguir divididas entre el cuidado de los hijos y su independencia progresiva. Los deseos no van de la mano de los "programas internos" de cada cual.

Esa es la tendencia, sin embargo, a la luz de los datos de la encuesta. Hay, al parecer, mucho camino que recorrer y con niveles variables de conflicto.

Momentos vulnerables de la vida familiar

A lo largo de la vida, la familia enfrenta distintos desafíos: diferenciación de la familia de origen, nacimiento del primer hijo, consolidación de la situación económica, acuerdos con respecto de la crianza, desarrollo de una adecuada función educativa y coordinación con la escuela, flexibilidad y competencia en el período de adolescencia de los hijos, preparación para la partida de los hijos, reencuentro exclusivo con la pareja al iniciarse la vejez, la aparición de enfermedades más crónicas y la viudez.

Cada uno de ellos trae consigo momentos de tensión, incertidumbre y oportunidad de crecimiento. Cuando uno de estos momentos demora su transición, en el pasaje a la siguiente etapa del ciclo de la vida la familia suele afectarse de modos variables; por ejemplo, retardando el despegue de uno de los cónyuges de la familia de origen, impidiendo el desarrollo armónico de algún hijo o congelando el crecimiento de la familia a través de conflictos repetitivos y reiterantes.

Los conflictos de la pareja

Las formas de presentación más frecuentes de conflictos en la pareja son los problemas económicos, que aparecen en un cuarto de las parejas; después se sitúan los celos, la incomunicación, la infidelidad, problemas con la familia extensa, problemas en la educación de los hijos y el alcoholismo, especialmente masculino. Un tercio de los matrimonios refiere no tener dificultades importantes.

Una vez instalado el conflicto, las parejas lo resuelven a través del diálogo, conversando. Pocas piden ayuda, y un porcentaje cercano al 15 por ciento admite que "aguanta" y no los soluciona.

Las consecuencias de las desavenencias conyugales producen:

- Menoscabo variable en cualquier miembro de la familia (situación que va desde un malestar pasajero hasta la aparición de síntomas físicos o psíquicos).
- Violencia física o psicológica (cada vez más denunciada).
- Ruptura y separación conyugal (las cifras oscilan entre 12 y 20 por ciento en los diferentes estudios, pero no hay una dimensión exacta de su magnitud).

Diversos estudios señalan que se separan más los que se casan muy jóvenes, los hijos de padres mal avenidos, los hijos de padres separados (no así las hijas), los que viven con parientes y tienen malas relaciones con ellos, las parejas donde la mujer trabaja y gana igual o más que el marido, los que no profesan ninguna religión y los que no están casados legalmente.

Estas son, a grandes rasgos, las características de la conyugalidad en nuestro país. Dados los riesgos existentes en la convivencia de las parejas actuales, no es raro que se prioricen soluciones que buscan disminuir las deficiencias en la vida conyugal antes que siquiera pensar en los desafíos de una adecuada parentalidad.

II. LA PARENTALIDAD (BI Y MONOPARENTALIDAD)

Por parentalidad se entiende algún tipo de ejercicio de la paternidad y maternidad, realizado en conjunto o por separado, aunque sea ejercida algunas veces por alguien que no es el padre o madre biológico, por ejemplo un abuelo o una abuela. Cuando los padres existen y están en condiciones de ejercerla, se refiere definitivamente al complejo proceso de la crianza de los hijos, llevado a cabo por ambos.

Con la parentalidad se cumple a cabalidad el hecho de que la familia está definida por lazos de alianza, filiación y consanguinidad. La alianza de dos personas no unidas por lazos de sangre se desgaja en lazos de filiación (aunque sea adoptiva y no biológica) que privilegian por sobre todo el cariño, la protección y la socialización de ese niño que es acogido y el deseo de uno o dos adultos de ejercer la paternidad y la maternidad.

El ejercicio de una parentalidad responsable está unido a una educación para ella e íntimamente relacionado a la vida en pareja, a una formación sexual apropiada y a información sobre el control de la natalidad. Se trata de que la elección de tener un hijo encuentre condiciones mínimas de bienestar material y de madurez integral en la pareja de padres. Esto no obstante lo apropiados que han resultado ser muchos padres y madres reemplazantes de los padres biológicos.

Las relaciones padres-hijos muestran el modo específico en que se trasmite lo propio de la biparentalidad, aquel encuentro entre la naturaleza y la cultura que hace posible, a través de la reproducción biológica (la mayoría de las veces), la procreación y, con ella, la aparición de vínculos afectivos tan estrechos, que solo desde ellos cada hijo adquiere su identidad singular como sujeto único y su pertenencia al grupo que lo contiene. Es en ese "mundo" donde tiene acceso a un conjunto de significaciones pobladas de valores en el que se seleccionan las pautas de comportamiento que permiten el desarrollo cognitivo, ético y estético.

Ser padres es configurar también una unidad económica de producción y consumo donde se provee a los hijos de alimento, vestuario, salud y educación.

Es por todo lo anterior que la familia se convierte, a través de la parentalidad, en el núcleo básico de la sociedad.

Sin embargo, el nacimiento de un hijo puede encontrar a los padres preparados o no. Los puede encontrar, además, en el acuerdo o desacuerdo de la oportunidad de tenerlos.

Además, el nacimiento de un hijo modifica definitivamente la relación exclusivamente conyugal y sitúa a la familia, en lo propio de ella, en otra etapa del ciclo de la vida. El nacimiento del o los hijos produce un cambio en la manera de vincularse, aparecen expectativas de reciprocidad en las tareas de la crianza, y el acceso a la intimidad ya no es el mismo. Incluso las propias necesidades afectivas quedan supeditadas a las demandas infantiles o, a veces, desplazadas al vínculo gratificante con el hijo.

Hay muchos niños, sin embargo, que simplemente llegan, siendo algunos de ellos no deseados o deseados por uno solo de sus progenitores. Otros llegan en un momento en que los padres no querían tenerlos. Los hay también aquellos que no son reconocidos por su padre biológico y también los que son abandonados además por su madre. En muchos casos, son los abuelos o personas que se convierten en padres y madres adoptivos, los que se hacen cargo de ellos. Hay también niños tan abandona-

dos que sólo tienen el recurso de ser institucionalizados hasta adultos.

No está de más señalar que la importancia que los padres tienen en el buen desarrollo de sus hijos comienza cuando ellos mismos son niños y reciben una parentalidad responsable.

Características de la parentalidad en el país

Los hijos son apreciados en nuestro país. Son fuente de gratificación afectiva, constituyen una compañía y les dan a sus progenitores un sentido de la vida. Muchas personas se unen en pareja o se casan para tenerlos. Muchos matrimonios se mantienen por ellos. Representan el área más importante de la vida de casi un cuarto de las madres y de solo el 10 por ciento de los padres. La relación con los hijos es lo más valorado de la vida familiar de casi la mitad de las madres y de un cuarto de los padres.

El 60 por ciento de los hogares chilenos tiene niños menores de 14 años, aunque el promedio de hijos por familia ha bajado de 5.3 hijos en 1960 a 2.4 en la actualidad. Muchos de estos niños viven en condiciones de pobreza (alrededor de 2 millones). El 34,3 por ciento de los hijos nacen como ilegítimos (se ha duplicado en los últimos veinte años y ha aumentado su incidencia en todos los estratos); el 50 por ciento de las madres con hijos ilegítimos no se casa.

En general, los hijos señalan que la relación con sus padres es satisfactoria, aunque no exenta de dificultades, sobre todo en la comunicación intergeneracional. Los hijos notan una preocupación centrada en el rendimiento escolar, especialmente con los hijos varones, y en la compostura con las hijas mujeres.

Un aspecto que se recalca en la formación de los hijos es el de la preocupación de los padres hacia ellos, el buen ejemplo y el de la armonía al interior de la familia y entre los cónyuges.

Los hijos suelen evaluar mejor la relación con sus madres. Ella es la persona sobre la que depositan mayor confianza y a la que le cuentan sus problemas. A los padres se los vincula con la disciplina y la autoridad, situación muchas veces resentida por los hijos. Otras veces la figura del padre es vista como inconsecuente, debido a factores de irresponsabilidad, violencia e infidelidad. Como se observa, es frecuente constatar los estereotipos de género en los roles asignados y actuados tanto por hombres como por mujeres.

Otro aspecto interesante es la información recibida de las parejas consultadas por la encuesta de la CNF, respecto a la incidencia que tiene en su mala relación conyugal el desacuerdo en la crianza de los hijos o el entrometimiento de éstos en la relación entre ellos o en las preferencias afectivas de uno de los padres. Un cuarto de las parejas señala como elemento importante para el buen matrimonio, estar de acuerdo en la socialización de los hijos, situación que aumenta en los sectores más bajos.

Problemas vinculados a la parentalidad

A la luz de los datos expresados arriba, cabe preguntarse cuál es la situación de los hijos, cómo y de qué manera se piensa en ellos a la hora de su concepción, nacimiento e infancia. ¿Corren el riesgo de transformarse en fuentes de gratificación (compartida

o disputada) para los padres como principal objetivo de su concepción? ¿Qué pasa con ellos cuando los matrimonios se separan, cuando la relación conyugal se quiebra?

Cuando se hace referencia a los problemas, es importante diferenciar los que se producen al interior de la familia, como consecuencia de las relaciones entre sus miembros, de los que son provocados por alguno de los miembros en el espacio social y que revelan, aunque no siempre, un conflicto grave en su dinámica interna.

Son motivo de dificultad al interior de la familia: el contexto de pobreza (situación económica precaria, mal vecindario, poca presencia física, entre otros), la falta de dedicación, los vicios en alguno de los padres (alcohol, delincuencia, promiscuidad, etc.), las malas relaciones conyugales y algún hijo que es difícil o discapacitado y pone a prueba la flexibilidad y dedicación de los padres.

Las situaciones vinculadas a una parentalidad conflictiva que no se resuelve por los padres llegan a los tribunales de menores en causas que son civiles. Las más frecuentes son por juicio de alimentos (60,1 por ciento), tuición (14,5 por ciento) y régimen de visitas (11,6 por ciento). Las situaciones relacionadas con causas criminales se vinculan a la protección del menor cuando su desarrollo está en peligro, hecho que agrupa al 58,2 por ciento de las causas en hijos ilegítimos y al 34,4 por ciento de los hijos legítimos; las otras causas son el robo y el hurto, con un 49 por ciento, y lo relacionado con el consumo de alcohol y droga, con un 18,3 por ciento. El abandono de hogar está presente en un 13 por ciento aproximadamente.

En el último tiempo se sabe más de otra de las consecuencias de una inadecuada parentalidad: la violencia física y el maltrato psicológico hacia los hijos, hecho denunciado crecientemente en la medida en que se toma conciencia de su gravedad para la vida de los niños.

Espacio aparte merece la realidad de los menores institucionalizados y los niños de la calle. En relación a los primeros, las razones de su internación se deben a carencia de tuición, existencia de problemas conductuales o conflicto con la justicia, situación que agrupa a alrededor de 45.000 menores por año. El caso de los niños de la calle es distinto, pues muchos de ellos son más bien niños en la calle que tienen hogar, aunque generalmente de extrema pobreza.

En Chile, además, es frecuente observar una parentalidad que es sólo femenina, sólo maternidad. Se habla entonces de familia monoparental de jefatura femenina.

La monoparentalidad merece un párrafo aparte, por su elevada incidencia en nuestro país. Sus características son:

- Existe un solo padre o madre, habitualmente la madre, ya sea porque el padre no reconoció al hijo, porque el matrimonio se separó o por viudez.
- Ocurre en diferentes etapas del ciclo de la vida: en el 5 por ciento de familias con hijos preescolares, en el 9 por ciento de familias con hijos menores de 12 años y en el 14 por ciento de familias con hijos entre 13 y 18 años.
- La jefatura de hogar es en su mayoría femenina, donde, además, el 60 por ciento de las madres no trabaja fuera del hogar.
- Los hijos van en su mayoría al colegio (salvo el 10 por ciento de los niños de estratos más bajos).
- Muchas adoptan la modalidad de familia extensa, incorporándose a la familia de la abuela materna. Algunas se ven en la necesidad de institucionalizar a los hijos.
- Son familias de alto riesgo en los estratos más bajos y en el caso de madres jóvenes que no tienen red de apoyo.

- Los hijos de estas familias muestran altos y más tempranos índices de colaboración e incorporación al trabajo.

La situación del divorcio vincular

Muchas veces, cada día más, los matrimonios se separan. Si bien la apuesta de los matrimonios es a no fracasar, en la práctica es algo que ocurre cada vez con mayor frecuencia. En realidad, cuando los matrimonios se separan, los padres se separan tanto o más que los cónyuges.

Quizás al hablar de divorcio vincular haya que ponerle apellido al divorcio y llamarlo divorcio conyugal, diferenciándolo así del divorcio parental. Desde la perspectiva de los niños, éste último es el divorcio que más resienten y el que no debiera existir.

No es infrecuente observar que cuando una pareja se separa, el padre se retire progresivamente. Ello ocurre tanto porque su vínculo era con la mujer más que con los hijos; porque la mujer no desea e impide el contacto afectivo y normativo del padre con los hijos; porque en la disputa, la madre defiende lo que le es máspreciado y amparado por la ley: los hijos, mientras el padre defiende lo que también le es más habitual: el patrimonio o el dinero; en fin, porque desde la soledad o la desaprensión, el hombre inicia con mayor prontitud un vínculo afectivo con otra mujer, etc.

La separación matrimonial se efectúa en cualquier momento de la vida en común, pero es más frecuente que ocurra cuando los hijos son aún pequeños, entre los 5 y 12 años de casados, coincidiendo con ciertos momentos evolutivos de la vida del hombre o de la mujer en una sociedad altamente cambiante y exigente para las personas.

Son muchos los matrimonios que postergan por los hijos la decisión de separarse, y es a ellos a los que se invoca al hacerlo. Sin embargo, cuando el hecho se produce, son los hijos los que suelen quedar más damnificados. ¿Cómo es que pasa esto? Pareciera ser que, desde los orígenes de la palabra matrimonio y patrimonio, se cae en una trampa. "Munium" es un término que evoca "lo que está al cuidado de". Matrimonio es lo que está al cuidado de las madres: los hijos. Patrimonio es lo que está al cuidado de los padres: los bienes. Cuando la pareja se separa, la madre queda con la custodia de los hijos y el padre con la obligación de proporcionar los bienes materiales necesarios para el funcionamiento de la familia. Es esperable que la disputa comience por ahí: "no te doy plata", "no te presto los niños", sin importar qué es primero. A partir de entonces, los hijos quedan atrapados en el fragor de la batalla. En el nombre y beneficio de ellos, son los grandes sacrificados; más aún, son usados como "proyectiles" para atacar al otro cónyuge. Se da así la lógica inversa: los padres se separan y los cónyuges permanecen involucrados a través de la guerra que se inicia, muchas veces amparados por nuestra actual legislación, concebida en términos adversariales, sin tribunales de familia en los que se pueda mediar el conflicto o llevar a cabo una separación conyugal y no parental.

Diversos estudios señalan que no hay diferencias en el desarrollo de los hijos cuando se logra una separación conyugal con el mantenimiento de los lazos parentales. Lamentablemente no es lo más frecuente y la sociedad no ha encontrado mecanismos para facilitarlos.

Para los hijos, los padres no son reemplazables si éstos están vivos y ejercen, aunque sea en grado mínimo, su labor de tales. Es necesario, por lo tanto, buscar los medios que hagan posible la permanencia de la parentalidad, los que van desde una mayor educación para su ejercicio hasta la diferenciación entre lo conyugal y lo parental, con el cuidado insustituible de lo último cuando el matrimonio fracasa.

La situación de la familia reconstituida

Como consecuencia de la separación matrimonial (o de la viudez), son muchas las personas que vuelven a establecer una unión estable de pareja, un segundo matrimonio o simplemente un concubinato. La existencia de una u otra forma dependerá de si han logrado una nulidad de su matrimonio anterior, situación no alcanzable para una gama amplia de la población, ya sea por razones económicas, de principios o por la negativa de uno de los cónyuges anteriores a otorgarla.

La realidad de las familias reconstituidas, llamadas también reensambladas constituye una nueva variedad dentro de los tipos de familia existentes, alcanzando en la actualidad un porcentaje de 9-15 por ciento del total. Su situación respecto de la conyugalidad y de la parentalidad merece algunas reflexiones.

Al observar su funcionamiento, dentro de una sociedad que no la valida enteramente, se encuentra, las más de las veces, una tendencia a reproducir los patrones de convivencia de la familia típica, es decir, de la familia nuclear biparental. Al hacerlo aparecen varias de sus dificultades, ya que su realidad es muy distinta: a diferencia de la familia nuclear tradicional, ésta es una familia que empieza con hijos de los matrimonios anteriores de uno o de los dos cónyuges. Es una familia que trae hijos anteriores como condición de su existencia.

Las familias reensambladas necesitan, para ser exitosas, recrear nuevas modalidades de funcionamiento debido a la complejidad de las relaciones en su interior y con las familias anteriores de cada cónyuge.

Sus formas de inicio pueden corresponder a varias formas distintas: un padre que vive con sus hijos se casa con una madre que vive con los suyos; un padre que no vive con sus hijos se casa con una madre que vive con los suyos, pero recibe los de él los fines de semana; un padre que vive con sus hijos se casa con una mujer soltera; un soltero se casa con una madre que vive con sus hijos, etc. A lo largo de su historia pueden tener hijos propios, que se agregan a los existentes.

Parece fácil observar que la vida de estas familias es diferente en su organización a la de las familias nucleares. Sin embargo, una serie de mitos, exigencias sociales y realidades psicológicas las llevan a reproducir los modelos de las nucleares, con las dificultades que eso produce.

Las personas que han fracasado en un matrimonio anterior buscan reparar con la nueva pareja su relación anterior. La manera como lo hacen dependerá de las características que tuvo esa relación, de la personalidad de cada uno de los miembros de la nueva pareja, del momento del ciclo de vida en que se encuentren, del número de hijos existentes y sus edades, de cuáles de esos hijos vivirán con ellos, de las condiciones económicas con que inician la nueva relación, del tiempo que ha transcurrido desde la separación, de si el antiguo cónyuge ha iniciado también una nueva relación, de la postura que cada uno tiene sobre los roles masculino y femenino, etc.,

para mencionar algunas de las variables que intervienen en la complejidad del nuevo vínculo.

En el último tiempo y debido a su crecimiento porcentual, estas familias están siendo estudiadas en sus características y en sus dificultades. De esos estudios se puede inferir que estas familias son, de algún modo, las representantes de la pluralidad y diversidad creciente de las relaciones sociales en la sociedad moderna, pluralidad no exenta de señales de peligro y conflicto grave si no se modifican ciertos estereotipos arraigados en la convivencia social.

Para que una familia reensamblada sea viable, debe ser capaz de diseñar las pautas apropiadas para los nuevos roles emergentes que se generan a partir del nuevo matrimonio, en simultaneidad con los roles vigentes en el funcionamiento de las antiguas familias de las que provienen los miembros. Para llevar a cabo esa tarea, es importante elaborar las pérdidas ocurridas con la separación del primer matrimonio; lograr el apoyo o aceptación de las familias de origen. Se requiere trabajar en expectativas realistas, ya que se trata de un sistema social distinto del anterior —con el agravante de ya haber tenido una mala elección o de haberse frustrado al no alcanzar los ideales propuestos para el primer matrimonio—, donde los miembros se unen en distintos momentos de sus vidas personales, con diferentes maneras de hacer las cosas y de mirar la realidad; donde los vínculos padres/hijos preceden a la nueva relación conyugal; donde alguno de los padres biológicos vive en otro hogar y mantiene fuertes lazos afectivos con alguno o el total de los hijos. Se hace necesario establecer una coparentalidad frente a los hijos biológicos; aceptar con flexibilidad los modelos familiares previos y los puntos de vista distintos que surgen del entrecruzamiento de los ciclos de vida individual, conyugal y familiar; aceptar la aparición de nuevas fronteras que hacen posible la aparición de nuevas alianzas y lealtades; respetar el tiempo necesario para que las nuevas uniones conyugales se realicen cuando se hayan resuelto las antiguas; y valorar la importancia de un espacio físico nuevo donde cada uno de los miembros pueda construir en conjunto su pertenencia.

Las familias reensambladas exitosas son aquellas que aceptan la complejidad de su organización. Su realidad, como se ha dicho, es la de una familia compuesta por miembros que pertenecen simultáneamente a varias familias anteriores con las que conservan fuertes lazos afectivos y mantienen discrepancias significativas. Un ejemplo de flexibilidad paradigmática de estas familias ocurre cuando la mujer es capaz de aportar en igualdad en la mantención económica del nuevo hogar y el hombre es capaz de vincularse afectiva y normativamente con sus hijos biológicos, aunque no viva con ellos. Ello presupone algún tipo de arreglo similar en la pareja de los ex cónyuges. Otro ejemplo lo constituye la capacidad de todas las familias involucradas en el reensamblaje, de posibilitar lazos entre padrastros/madrastras con los hijastros de manera natural, aceptando que se trata de una relación nueva donde los vínculos afectivos se tienen que construir y no existen por decreto, sobre todo para las mujeres, a quienes se les pide culturalmente que sean también las madres de los hijos del cónyuge, sin entender el contexto en que se llevan a cabo esas relaciones. También los hermanastros constituirán sus vínculos según afinidad y sin obligatoriedad, los que suelen ser llevaderos en la medida en que no existan actitudes boicoteadoras de los adultos.

Finalmente, cabe señalar que los plazos de consolidación de las familias reensambladas fluctúan entre los 2 y 6 años, dependiendo de las edades de los hijos.

El buen abordaje de los lazos parentales en estas familias pueden constituir una señal sobre el tipo de relaciones interpersonales que se irán dando en una sociedad que cambia continuamente y donde los lazos afectivos seguirán siendo una fuente de confianza y esperanza para el desarrollo de la persona.

Relación de la parentalidad con otros dominios significativos

Se expone a continuación una breve reseña de las situaciones que, en temas importantes vinculados a la parentalidad, presentan características propias, las cuales, sin embargo, la entrecruzan con la función educadora de la familia.

• Interacciones de la parentalidad con la sexualidad

En lo referido a la *sexualidad*, se nota un insuficiente conocimiento de los jóvenes sobre el tema en todos los estratos sociales, desconocimiento no fácilmente reconocido por ellos. También se ve insuficiencia o poca claridad acerca del papel que los padres desempeñan. Son abundantes los conceptos erróneos sobre el tema de la reproducción en todos los niveles educacionales y estratos sociales. En un estudio realizado en Santiago, sólo el 51 por ciento de las mujeres y el 36 por ciento de los hombres señala haber recibido información de sus padres sobre el tema sexual.

En los últimos años ha aumentado la distancia entre la edad de la menarquia (primera menstruación) y la edad de constitución de la pareja, con lo que la abstinencia sexual cubriría un período mayor, cercano a los 13-15 años, en una cultura en la que la aceptación de una vida sexual activa se manifiesta en todos los sectores sociales y en todas las edades. Esto incide en un aumento de las relaciones sexuales prematrimoniales de parte de los jóvenes, con la anuencia de muchos padres.

Hay un aumento real de relaciones sexuales entre los adolescentes. Los datos muestran que las tienen el 42 por ciento de los hombres y 19 por ciento de las mujeres entre 15 y 17 años, y el 69 por ciento de los hombres y 45 por ciento de las mujeres entre los 21 y 23 años.

La primera pareja sexual suele ser el pololo o polola. La experiencia sexual se vincula al placer y al deseo de estar en comunión con su pareja, generalmente desvinculado de la posibilidad de la procreación.

Se observa un bajo uso de métodos anticonceptivos, que va de 5 a 30 por ciento en estudiantes de nivel secundario a un 40 a 60 por ciento en los universitarios. Al parecer, su bajo uso se vincula al hecho de asociar la experiencia sexual al amor y a la espontaneidad, lo que lleva a rechazar la sistematización de medidas anticonceptivas. No es de extrañar, por lo tanto, un aumento del embarazo adolescente.

El embarazo adolescente es generalmente no deseado y lleva, especialmente a la mujer, a una situación desmedrada que la enfrenta por lo general a una de las siguientes opciones:

- Un matrimonio de alto riesgo, debido a su edad y a la falta de libertad.
- Una maternidad soltera con un hijo ilegítimo (25.000 casos anuales en menores de 20 años).
- La entrega del hijo en adopción.
- El aborto (el 10 por ciento del total de abortos son en menores de 20 años, de acuerdo a los registros hospitalarios).

La repercusión de alguna de las alternativas anteriores varía de acuerdo al medio social de la joven. Es así que en los estratos altos suele quedar más en el anonimato, mientras que en los estratos bajos acarrea un cambio en las condiciones de su inserción social. Llama la atención lo que muestran diversos estudios sobre las características del hogar de la adolescente embarazada: sólo el 40 por ciento se crió con ambos padres biológicos, ya sea por separación o viudez.

De los datos recogidos se desprende que existe una inadecuada educación sexual, tanto al interior de la familia como en el ámbito de la escuela, probablemente relacionada con factores ideológicos, religiosos y culturales.

Como una manera de corregir estas deficiencias, se ha intentado una experiencia piloto realizada en dos establecimientos educacionales de la comuna de Macul a fines de 1992, cuyos resultados se desplegarán en proposiciones concretas que consideren como parte de la educación sexual, entre otras cosas, la adquisición de la identidad de género y la adquisición de los roles sexuales en consonancia con los patrones culturales vigentes, con una participación importante de la familia.

- *Interacciones de la parentalidad con la escuela*

La educación es un derecho humano básico, que corresponde garantizar al estado. No obstante, es un derecho de los padres la libertad de educar a sus hijos de la manera como sus convicciones les indiquen. También la educación de los hijos suele representar algún tipo de inversión para el crecimiento económico y la innovación tecnológica.

A lo largo de los últimos decenios, la escolaridad promedio en mayores de 15 años alcanza a 9 años a nivel nacional y los índices de analfabetismo han descendido a un 5,3 por ciento en los mayores de 15 años (9,1 por ciento en el decil más pobre y 0,8 por ciento en el más rico). La tasa bruta de escolaridad es de un 53,4 por ciento (razón entre la población en edad escolar y la población menor de 24 años).

En Chile, la educación preescolar (niños de 0-5 años, que constituyen el 12,2 por ciento de la población) no es obligatoria. De los niños en el tramo preescolar, asiste a algún establecimiento educacional sólo el 21 por ciento, cifra que se duplica en el quintil de mayores ingresos.

La educación básica obligatoria, de 8 años de duración, cubre al 96,7 por ciento de la población entre los 6 y 13 años, que representa al 14,3 por ciento del total de la población. De ellos, asisten a una escuela municipalizada el 60,7 por ciento, a una escuela particular subvencionada el 30,3 por ciento y a una escuela particular pagada el 6,6 por ciento.

La educación media (jóvenes de 14 a 17 años, que representan un 7,5 por ciento de la población) cubre al 79 por ciento de los jóvenes de esas edades (64,6 por ciento del decil más pobre y 96 por ciento del más rico). Según cifras del Ministerio de Educación, esta cobertura ha disminuido un 6,2 por ciento en el bienio 1990-92, probablemente por un aumento de las oportunidades de trabajo, que provoca un aumento de la deserción escolar.

La educación superior (jóvenes de 18 a 24 años, que representan un 13,3 por ciento de la población) cubre al 15,6 por ciento de la población.

A lo largo del tiempo se ha establecido un conjunto de normas que regulan la relación entre el estado y la familia en materias de educación. Esa normativa favorece de manera positiva los derechos del niño a ser educado, favorece a los Centros de Padres en las escuelas y las Escuelas para Padres. También se ha creado el Programa

de Mejoramiento de la Calidad de la Educación (MECE), cuya finalidad es mejorar la relación entre la familia y la escuela a través de la participación de toda la comunidad involucrada en el proceso educativo, donde la familia es un actor fundamental. Muchos estudios señalan que aproximadamente dos tercios del conocimiento se adquieren en el hogar y en la comunidad, y el tercio restante le corresponde a la escuela. Asimismo, se sabe que la calidad del aprendizaje se eleva cuando la familia participa de él, situación que se extiende con creces a la educación preescolar.

De lo anterior se desprende que la relación familia-sistema escolar es compleja, porque en ella se cruzan demandas y expectativas de los educandos, los padres, los profesores y la sociedad como conjunto. Los padres delegan y esperan del sistema educacional una buena parte del desarrollo personal y social de sus hijos, al mismo tiempo que invierten económicamente en la educación de ellos hasta el límite de sus posibilidades. Los hijos suelen tener hoy más educación que sus padres, lo que lleva muchas veces a éstos a renunciar a lo propio de su función formadora, confundiéndola con el acopio de información y socialización específica, que es lo que en rigor puede brindar la escuela.

La mayor educación de los hijos tampoco les garantiza a éstos un aumento de oportunidades, dado el aumento de las exigencias del mundo moderno. La postura de los padres incluye sentimientos de frustración con el sistema escolar, debido a un juicio poco realista de lo que de él se puede esperar, incluida la desmedrada situación por la que atraviesan crónicamente los profesores.

La relación con la escuela suele establecerse por iniciativa de ésta y es vivida muchas veces como una relación de exigencia por la familia, ya sea porque el hijo tuvo algún problema, porque la escuela necesita algún tipo de cooperación económica o para dar información sobre el rendimiento escolar del hijo. Tampoco en la escuela hay una postura de real cooperación con los padres, y no incorpora una visión que contemple el contexto.

Las exigencias de la sociedad actual impiden a la familia muchas veces, en la práctica, una dedicación a las labores de educación como a los padres y a la escuela les gustaría. Se traslada a esta última funciones que son propias de la familia, tales como lo relativo a la formación de valores, lo que produce distintos tipos de conflicto. La adquisición de la identidad personal, materia señalada como fundamental por los miembros de la familia, se obtiene a partir de ésta y secundariamente por la influencia de los profesores. Cuando esa relación se invierte, los conflictos aparecen en la mayoría de los casos.

La participación e influencia de la familia en la educación de los hijos varía en los diferentes estratos sociales y de acuerdo a la edad de éstos. Tiende a ser mayor cuando los niños son pequeños y en los estratos más altos. La participación en la enseñanza y con la escuela también varía con respecto al género de los padres, siendo más activa la presencia de la madre.

Se observa, por lo tanto, diversos problemas en el cruce del ejercicio parental con la escuela. Estos están dados, en la educación preescolar, por un insuficiente número de establecimientos para las familias de menores recursos o para las familias de jefatura femenina, con las consecuencias de baja estimulación y mayor probabilidad de abandono para esos niños. Hay recursos que en estos casos podrían desplegarse desde la comunidad, como por ejemplo lograr un sistema de "madres cuidadoras" ligado al vecindario, la empresa o la comunidad, recurso que se ha logrado en algunas

partes. En la educación básica, los problemas son el ausentismo o abandono escolar, los conflictos de participación de los padres con la escuela y las confusiones de roles debidas a demandas poco explícitas y a las exigencias de la modernidad, que dejan poco tiempo para las funciones educadoras y afectivas al interior de la familia; ésta las delega a la escuela, que material y espiritualmente no puede cumplirlas como la familia lo desea.

- *Interacción de la parentalidad con los medios de comunicación*

Los medios de comunicación de masas han adquirido un papel cada vez más relevante en la sociedad moderna. A través de ellos se canaliza un conjunto de elementos que influyen en la vida de las personas, modificándolas y condicionándolas en aspectos tan importantes como los roles y funciones que asumen las personas en tanto sujetos sociales.

Algunos de ellos tienen una particular penetración en la producción del entorno simbólico cultural en que se despliega la vida en comunidad. Es el caso de la televisión. Existe una compleja relación entre parentalidad y este medio, que ingresa a los hogares de casi todas las familias chilenas.

Junto a la familia y a la escuela, los medios de comunicación, en especial la televisión, cumplen una función socializadora creciente en la entrega, no sólo de información, sino de patrones de conducta, pautas valóricas y normas que se integran poco a poco en la vida cotidiana de las personas.

Es común escuchar a distintos estamentos de la sociedad que la televisión es la responsable de muchas alteraciones de los niños y jóvenes de hoy. Y no cabe duda de que modifica la vida al interior de la familia en muchos aspectos, por ejemplo produciendo un cambio en la estructuración del tiempo, con un mayor uso del tiempo libre disfrutando de sus programas, lo que marca un cambio en la comunicación intrafamiliar. También se observa una invasión del mundo público hacia el mundo privado —que disminuye el uso de los espacios públicos), privatiza el mundo público y globaliza la información circulante—, lo mismo que una modificación de los hábitos generales y de consumo.

La información disponible señala que la orientación de los contenidos de los medios de comunicación es hacia la entretención e información en términos generales, aunque se facilita el ejercicio de un uso más específico, en la medida en que se sabe de su influencia.

A la hora de evaluar la influencia sociocultural efectiva, es necesario considerar los resguardos que poseen las personas y los padres de familia para contrarrestar la impunidad de su supuesta invasión en diversos tópicos, y lograr algún tipo de mediatización del mensaje recibido. Elementos como la edad, el género, el tipo de familia (con su especificidad de hábitos, creencias, valores y prácticas comunicativas), las prácticas e ideologías sociales, el tipo de medio de que se trate y la especificidad de su mensaje, el nivel educacional, el estrato socioeconómico, el contexto histórico en que ocurre la recepción del mensaje y la experiencia personal de cada cual, intervienen decisivamente en la calidad del filtro con que se procesa lo recibido por el medio.

La situación de la persona que recibe la proposición de parte del medio puede ser de mayor o menor pasividad y actividad. En la medida en que la familia seleccione lo que recibe, discuta su contenido y facilite o censure el contenido y forma del mensaje, estará cumpliendo mejor la acción modeladora de los miembros que la integran y

ejerciendo la responsabilidad correspondiente. Cuando esa acción se debilita o cuando los medios encuentran la forma de romper las barreras de selección familiar, la influencia de los medios queda desatada, con las consecuencias correspondientes en el cambio social que produce. Es así que se produce un intercambio intenso y mutuo entre la familia y los medios de comunicación, una reciprocidad de influencias que corren algunas veces a favor de los medios y otras de la familia, con desventaja para ésta a lo largo del tiempo, debido en parte a su dificultad para contrarrestar la oferta tecnológica inagotable que el "progreso" trae consigo.

Sin duda que los medios, y en particular la televisión, son, como se dijo antes, fuentes poderosas de transmisión de un conjunto de normas, pautas de conducta, hábitos y modelos que influyen en la vida familiar, pero el que lo hagan de una forma exclusivamente negativa depende del uso que la familia haga del medio y la regulación que la sociedad en su conjunto ejerza sobre él. Por otra parte, no sólo es un recurso de información y entretención, también lo es de aprendizaje en una serie de áreas como la salud, la educación, el servicio público y la cultura en general.

Es cierto que los medios, en la sociedad actual, velan prioritariamente por el autofinanciamiento y el lucro, situación que da origen a un complejo sistema de autorregulación entre los distintos grupos sociales y el medio de que se trate, lo que requiere de permanentes estudios que puedan dar cuenta de las recíprocas influencias.

Hay tensiones entre los medios y la vida familiar. No es la misión de los medios educar y, sin embargo, socializan de alguna forma, intencional o no. Todo ello condiciona en múltiples sentidos. Para ello alcanza con observar el condicionamiento que producen los modelos de familia que se transmiten, por ejemplo, a través de la televisión. Baste citar dos: el modelo de familia norteamericana que habitualmente recrea una variedad de tipos de familia, desde la nuclear biparental, la monoparental y la reconstituida, con valores centrados en el esfuerzo individual, donde el dinero ocupa un lugar central, y aceptadora de la pluralidad en la convivencia; o el de las telenovelas latinoamericanas en general, que muestran familias extendidas, aglutinadas y muchas veces intrigantes. Sin embargo, es la propia familia, son los padres, generalmente, los que seleccionan valóricamente "lo que se ve y cómo se ve la televisión", o, en su defecto los que permiten, sin filtro de ninguna especie, que sean los niños los que seleccionen los programas y, en este sentido, transmiten siempre un modelo propio de pautas comportamentales.

Los niños expuestos a sistemas más anómicos de funcionamiento parental son los que pueden verse perjudicados debido a la falta de regulación en lo que la TV transmite. El resto del daño hipotético que la TV causa es discutible, sobre todo si los padres ejercen el control del botón de encendido y discuten con sus hijos acerca de lo que se selecciona para mirar y se dialoga sobre sus contenidos.

Por supuesto que si la TV cumple solamente el objetivo de "calmar o apaciguar" a los hijos, nada de lo dicho tiene valor y entramos al terreno de las adicciones o los desplazamientos, donde se tolera la inmensa soledad en que pueden quedar los niños, pasivos ante el magnetismo de las imágenes y librados a su suerte; donde la parentalidad la ejerce el medio, sin preocuparse de la especificidad singular de la persona que está al frente.

En síntesis:

Como se ve, la familia es una unidad compleja, que cambia de época en época y encuentra una expresión diferente en las distintas culturas. En la nuestra, se realiza a través de la unión de la pareja y de la crianza de los hijos. Pero eso requiere de *dedicación*, palabra que evoca etimológicamente lo sagrado, consagrarse a ese destino, vivir con otro y hacerse cargo de la descendencia.

¿Es éste un privilegio de nuestra condición humana y su capacidad de elegir, o en la actualidad las condiciones en que vivimos, llenas de exigencias individuales, impiden en la práctica, muchas veces, dedicarse a la familia como nos gustaría?

Se puede afirmar, finalmente, que la familia es una totalidad que se desgaja en conyugalidad y parentalidad, espacios afectivos en contacto en donde cada uno de ellos mantiene, y es necesario que así sea, rasgos de exclusividad inconfundibles.



La familia: el poder del discurso*

Riet Delsing
Antropóloga

*La familia, aunque estadísticamente ausente,
es más real que las mujeres.*

Nancy Armstrong

Son varios los hitos que han incentivado la apasionada discusión sobre "la familia" en los últimos años en Chile. El preludeo fue, sin duda, la creación de la Comisión Nacional de la Familia por parte del presidente Patricio Aylwin, en julio de 1992.

Aunque Aylwin anunció en esta ocasión que "ésta no es una comisión designada para estudiar una ley de divorcio", el contexto en el cual se formó la comisión podría ser considerado como un indicio de que existiera cierta voluntad de parte del gobierno de hacer un estudio serio y documentada sobre la familia, ofreciendo así los elementos necesarios para una propuesta de ley de divorcio en un futuro cercano.

El año 1993 empezó con un inesperado debate en la Cámara de Diputados, cuando el Servicio Nacional de la Mujer (Sernam) desistió de un proyecto, que tuvo como intención la igualación de la pena por el delito de adulterio para ambos sexos, y acogió en su lugar una propuesta de un grupo de parlamentarios de la Concertación, en el sentido de despenalizar el adulterio del todo. El 6 de mayo, la Cámara aprobó la propuesta de eliminar los delitos de adulterio y amancebamiento del Código Penal, en una prolongada y controvertida sesión, y no fue hasta el 23 de septiembre del 1994 que finalmente salió la ley que despenalizó el adulterio.

* Este trabajo fue escrito en el contexto del proyecto Fondecyt N° 1930083, titulado "Discurso, género y poder: un análisis de los discursos públicos oficiales en Chile (1978-1993)".

Este debate reveló las discrepancias fundamentales entre los distintos actores políticos sobre el significado de la familia. Los ánimos se agitaron más aún durante el curso del año, cuando se empezó a perfilar la posición consensual del principal candidato a la presidencia, Eduardo Frei: estaría dispuesto a producir un debate nacional sobre el tema del divorcio.

A pesar de sus inconsistencias, el informe de la Comisión Nacional de la Familia, publicado en octubre de 1993, contiene los suficientes datos objetivos como para alertar a las voces contrarias al divorcio. Para la Iglesia Católica, la Derecha, una parte de la Democracia Cristiana, (combinándose estas posiciones en los personeros de la Universidad Católica) y *El Mercurio*, el concepto "familia" significa, discursiva y simbólicamente, la triada padre-madre-hijo, que constituye una unidad amorosa y económica, a través de un matrimonio indisoluble. El informe de la Comisión Nacional de la Familia presenta una tipología que muestra que sólo el 45 por ciento de los hogares chilenos están compuestos de esta manera.

Nos parece importante ampliar, en este contexto, el debate sobre el significado de la familia. El presente trabajo intenta ser un aporte en este sentido.

EL DISCURSO

Quisiéramos acercarnos al problema de la familia, a través de una mirada que nos permite desconstruir el concepto mismo y revelar los contenidos implícitos que se le han dado; contenidos que aceptamos como sujetos colectivos e individuales.

Proponemos realizar este acercamiento desde una perspectiva teórica posestructuralista. Son varios los autores que, desde la filosofía, el psicoanálisis, la lingüística, la antropología, se han preocupado por el sentido detrás de la palabra hablada y escrita, la relación entre lenguaje, organización social y poder. Pensamos, entre otros, en Roland Barthes, Jacques Derrida, Luce Irigaray, Julia Kristeva, en Michel Foucault.

Cada uno de ellos ha construido su red de interpretaciones. Construcciones teóricas que recorren distintos caminos y donde se interlazan conceptos, ejes, claves, oposiciones binarias: el discurso, el relato, el lenguaje, el poder, la desconstrucción, la "différance", las relaciones entre significados y significantes, entre formas y contenidos, la oposición jerárquica entre diferentes términos.

Elegimos un camino donde trataremos de combinar algunos elementos de estas teorías que nos pueden servir para ampliar la reflexión sobre la institución de "la familia" que, desde hace ya mucho tiempo, ha sido concebido como el lugar donde nuestras emociones y deseos más íntimos y profundos se imaginan, se realizan y se pierden. Lugar simbólico y empírico que nos enriquece y nos daña, nos encierra y libera, nos hace crecer y nos estanca. Lugar donde los sistemas políticos, económicos y religiosos resuelven algunas de sus necesidades básicas.

Es posible percibir a la familia como un discurso, una representación, un enunciado.¹

1. Esta reflexión sigue la argumentación desarrollado en el primer capítulo del libro de Anil Ramdas, *De strijd van de dansers. Biografische vertellingen uit Curaçao* (1988).

Podríamos decir que un discurso consiste de una cadena de elementos, que le dan forma y lo construyen; que cada elemento de un discurso tiene su significado particular; que los discursos son sistemas de significados. Estos significados no son explícitos y pueden ser calificados como supuestos. Si queremos desconstruir un discurso, tendremos que revelar los supuestos que están en su base. En primer lugar, para entender su construcción; en segundo lugar, para relevar el poder que contiene en un contexto socioeconómico y cultural más amplio; y, en tercer lugar, para poder construir otros discursos como contra-poderes.

Las personas que construyen un discurso lo hacen, generalmente, como representantes de instituciones sociales, políticas, económicas, culturales, religiosas. Un maestro emitirá una opinión sobre la educación sexual, coherente al discurso sobre esta materia propagado por el colegio donde trabaja. Al contrario, correría el riesgo de ser despedido. Un político acogerá el discurso de su partido sobre la conducción económica del país, si no se cambiaría de partido, o dejaría de militar.

Como consumidores de discursos, tenemos varias opciones a nuestra disposición. En general no construimos nuestros propios discursos, sino que adherimos a discursos flotantes, disponibles, en la sociedad. Nos situamos en discursos que nos hablan, nos interpretan como personas y actores sociales, como sujetos individuales y colectivos. Cada actor social, cada sujeto, pertenece a una cantidad de relaciones sociales, basadas en su raza, etnia, clase, género, edad, nacionalidad, cada relación con su discurso correspondiente (Mouffe 1988).

Como sujetos, sentimos que producimos nuestros propios discursos, que elegimos y actuamos en libertad, sobre la base de nuestras propias convicciones y responsabilidades. Aunque tengamos esta sensación de construcción del propio discurso, podríamos decir, más bien, que los discursos nos construyen a nosotros.

Los discursos penetran nuestras vidas en todos sus niveles, también en el de la vida cotidiana. Una dueña de casa, por ejemplo, sólo se puede sentir cómoda preparando diariamente la comida para su marido y sus hijos, desde un determinado discurso: el discurso de que esta actividad le compete como esposa y madre.

La creación y el cambio de discursos están determinados por la naturaleza de las circunstancias estructurales (económicas, sociales, culturales). Estos cambios se producen según las variaciones de las relaciones de poder dentro de una sociedad. Un discurso aislado puede aparecer neutral y autónomo, pero un discurso nunca funciona de forma autónoma. Siempre se sitúa frente a otro discurso y esta jerarquía entre los discursos tiene todo que ver con las relaciones de poder existentes.

Proponemos que, a pesar de lo dicho, los sujetos tenemos la posibilidad de interferir en los discursos a los cuales adherimos, especialmente los sujetos colectivos. Aunque los discursos nos invaden y a la vez forman parte de nosotros, los sujetos sociales tenemos la posibilidad de transformarlos.

EL DISCURSO DE LA FAMILIA

El tema de la familia ha recibido privilegiada atención por parte de los cientistas sociales, especialmente desde la Sociología de la Familia (Talcot Parsons y otros) y, en los últimos veinte años, desde los estudios de género y feministas.

A pesar de los distintos enfoques del feminismo liberal, marxista, radical y cultural,

todos tienen en común que son críticos de la familia. Sin embargo, no han podido dar suficientes razones para explicar la singular atracción que ella ejerce y tampoco se ha construido un contra-discurso lo suficientemente válido y poderoso.

En las sociedades occidentales contemporáneas existe un modelo hegemónico de la familia, que se podría describir de la siguiente manera: la familia tradicional es una institución, una unidad social y económica, que organiza los hogares sobre la base de relaciones de alianza, parentesco y consanguinidad, y sobre la base de una división sexual de trabajo, donde el hombre es el proveedor, y la mujer y los hijos son económicamente dependientes de él. Esta familia está inserta, como institución, en los sistemas económicas y sociales de un país: el hombre gana un sueldo en el mercado de trabajo, los niños van a la escuela, los enfermos tienen acceso al sistema de salud, etc.

Sobre este modelo se ha montado un discurso, un sistema de significados. Es *natural* que un hombre y una mujer vivan juntos en el mismo lugar. La unión entre hombre y mujer se legaliza en el matrimonio y se basa en el amor. Este amor es estable y duradero y de él nacen, a través del acto sexual, los hijos. Entre los miembros de una familia existe una *división de tareas específica*, necesaria para hacer funcionar el hogar. La mujer es, por naturaleza, esposa y madre, pareja sexual única del hombre, cuidadora y educadora de los hijos, y responsable de las tareas domésticas. El hombre es el jefe de la familia, pareja sexual de su mujer y proveedor para su mujer y sus hijos. Los hijos son los receptores de este amor paternal y se preparan en el seno de la familia para la vida en sociedad. Los hijos reciben su identidad de género a través de un *proceso de identificación*, los hijos con el padre y las hijas con la madre.

El clima de amor y cooperación que reina en la familia es contrario al clima de competencia, de desamor, de rivalidades y engaños del mundo exterior: la familia es "*a haven in a heartless world*".

Este discurso ha sido aceptado, difundido y reproducido en las sociedades occidentales, y paulatinamente, por la extensión del mercado y la cultura occidental, en otras partes del mundo. A través del colonialismo cultural, este modelo de familia ha llegado a ser aceptado como un modelo universal.

El discurso de la familia nuclear está poderosamente reflejado y reforzado por los medios de comunicación. "Pensamos por un momento en la imagen dominante de la familia que se nos plantea en avisos económicos, revistas, el cine, la televisión y fotografías de familia, desde las casas reales hasta nuestros propios álbumes fotográficos. Lo que vemos son unidades de padres, madres y hijos de una o más generaciones, sonriendo, felices, hacia la cámara. En la publicidad, por ejemplo, donde se usan imágenes de la familia para vender artículos de consumo, los cuales, se nos dice implícitamente, mantendrán nuestras familias felices, la composición de las imágenes es consistentemente, clásicamente, patriarcal" (Weedon 1987:14).

Todos sabemos que existen muchas variaciones sobre este modelo, como quedó demostrado en el informe de la Comisión Nacional de la Familia para el caso chileno. Sin embargo, cuando pensamos en y hablamos sobre la familia, nos estamos refiriendo a este modelo y a este discurso, muchas veces sin darnos cuenta.

LOS SUPUESTOS DEL DISCURSO DE LA FAMILIA

Queremos, ahora, revelar y desmontar algunas de los conceptos y supuestos que componen el discurso sobre la familia.

1. *Los hogares están formados por un padre, una madre y sus hijos, que constituyen juntos una familia.*

En primer lugar, investigaciones antropológicas muestran la enorme variedad en sistemas de parentesco y formas residenciales de una cultura a otra (Levi-Strauss 1949; Oakley 1972). En segundo lugar, existe una serie de investigaciones históricas sobre la familia y formas de convivencia, especialmente en Europa, que apuntan al hecho de que tampoco dentro de la llamada cultura cristiana-occidental, el concepto de familia siempre ha tenido el mismo significado.

El historiador Jean-Luis Flandrin argumenta, por ejemplo, que el parentesco y la co-residencia eran fenómenos separados en una época no muy lejana. Llega a esta conclusión a través de un estudio de las definiciones del término familia en los diccionarios franceses, que muestra que en los siglos XVI, XVII y XVIII los dos sentidos del término estaban claramente separados: la palabra familia se refería, por un lado, a un grupo de parientes, que no vivían juntos; y por otro, a un grupo de co-residentes que no necesariamente estaban ligados por sangre o matrimonio. En el curso del siglo XVIII, el concepto empezó a ser restringido a aquellos miembros del hogar que están relacionados por sangre (Flandrin, en Barrett 1980:200).²

El modelo hegemónico de la familia es un fenómeno relativamente reciente. Corresponde al tipo de familia que fue la base para una clase media internacional, a principios del siglo XIX. Esta familia tenía una división ordenada del trabajo entre marido y mujer, un trato represivo pero amable con los hijos, y estaba firmemente anclada en las necesidades económicas de la burguesía de la época.

La historiadora Nancy Armstrong la describe de la siguiente manera: "Mi propia investigación me ha llevado al convencimiento de que las novelas, el periodismo, los relatos de viaje y el discurso de la ciencia social leídos en ese tiempo por toda Europa occidental y los Estados Unidos produjeron, efectivamente, algo así como un carácter de validez y circulación internacional, ese tipo de cosa que le hubiera permitido, por ejemplo, a un artesano de Bruselas cenar con su equivalente inglés y sentirse como en casa al darle crédito, precisamente porque se sentía como en casa. Es decir, los hombres que compartían esta forma de vida dieron crédito a aquellos con los que comerciaban en otros países por el hecho de tener un jardín, una esposa, hijos y ayuda doméstica similar a la suya" (Armstrong 1990:29).

Siguiendo esta línea de análisis se puede decir que, a pesar de los aparentes cambios estructurales, el modelo de la familia nuclear y el discurso correspondiente, básicamente no han cambiado desde fines del siglo XVIII. Al parecer, siguen representando los intereses del capitalismo tardío y de los sistemas religiosos de las sociedades occidentales.

2. Un ejemplo interesante en este sentido es la definición de "la sagrada familia", que, hasta alrededor de 1740, siempre consistía de "Nuestro Señor, la Virgen, San José y San Juan", pero posteriormente fue limitada a los tres protagonistas, sin la presencia de San Juan (Barrett 1980:201).

Por otro lado, es posible proponer que, tal vez, un cambio de modelo y discurso de familia requiere de un cambio en los sistemas económicos y religiosos vigentes.

2. *La familia nuclear constituye una unión de amor duradero entre los esposos y padres e hijos. Los hijos necesitan de la familia nuclear para crecer satisfactoriamente.*

La seducción ejercida desde el discurso sobre la familia nuclear reside principalmente en este punto. Elegimos vivir en familia porque el discurso nos dice que éste es el espacio donde vamos a ser felices, el único modelo de convivencia que nos garantiza la felicidad.

Efectivamente, los lazos de parentesco definen quiénes son los individuos con los cuales vivimos y nos relacionamos a diario durante un largo período. Esta situación nos ofrece una seguridad emocional que no se da en ninguna otra relación. Padres y hijos tienen derechos y obligaciones particulares. La dependencia emocional entre ellos dura toda la vida. Herencias genéticas, como los caracteres físicos, son siempre recalcados y disfrutados y constituyen muestras externas de similitud, familiaridad y pertenencia, que nos dan seguridad. A la vez, se considera que es natural que hombre y mujer puedan mostrar un cierto grado de dependencia y vulnerabilidad entre ellos. Una considerable presión social para no manifestar estas necesidades en otros ámbitos hace que el matrimonio sea el lugar privilegiado para la satisfacción de estas evidentes necesidades emocionales.

A la vez, en nuestro sistema social de hoy día, la calidad de vida de los hijos de una pareja casada es más alta que la de los hijos de padres solos. El sistema privilegia a un hombre proveedor y una mujer dependiente económicamente. Estos deberes y privilegios forman parte de la división del trabajo en el mercado y de las provisiones que otorga el estado.

A esta obvia ventaja económica hay que agregar el sentimiento generalizado de que los niños necesitan de dos padres. A los niños que no tienen dos padres *in situ*, se les tiene lástima. Se está convencido de que los niños no crecerán satisfactoriamente sin la presencia de un padre del mismo sexo con quien identificarse. Existe el miedo de que un niño educado sin la figura paterna o materna no aprenderá su propia identidad de género, ni podrá desarrollar una personalidad plenamente adulta. Este idea se basa en ciertas interpretaciones de la teoría freudiana, que sostienen que el desarrollo de la personalidad necesita de la resolución del complejo de Edipo, trascendiendo las relaciones conflictivas con los dos padres a través de una identificación con el padre del mismo sexo (Barrett & McIntosh 1982:21-25).

Podríamos imaginarnos lugares alternativos a la familia nuclear, para satisfacer las necesidades emocionales mencionadas, si no fuera que el discurso nos dice que este sistema de convivencia, basada en el parentesco, es el único lugar correcto.

También nos parece evidente que el sistema de privilegios construido alrededor de la familia nuclear —que incluye, por ejemplo, las políticas sociales hacia los hijos nacidos en matrimonios estables, versus los que no lo son— puede ser cambiado.

Por otro lado, varias investigadoras feministas (Chodorow, entre otras) han hecho críticas fundadas a las interpretaciones tradicionales de la teoría psicoanalítica freudiana, con su valoración del complejo de Edipo. "Subrayar las consecuencias para ambos sexos de la lucha edipal significa prestar menos atención a las relaciones pre-

edipales. En particular, conduce a un énfasis en la autoridad patriarcal del padre a costa de una consideración apropiada de la relación primaria entre un niño y su madre". Este tipo de acercamiento comparte varios puntos básicos con la tradición freudiana clásica, pero considera que el énfasis de Freud en la autoridad patriarcal y la socialización edipal está limitado por su pertenencia a una clase y una cultura específicas (Barrett & McIntosh 1982:125-126).

Nos parece sumamente importante considerar este tipo de reflexiones, porque la asimetría de género podría tener su base en las identidades masculinas y femeninas diferenciadas que, a través de estas interpretaciones particulares, son reinterpretadas, reproducidas y prolongados en el tiempo. Estas diferencias forman la base para los roles específicos que se asignan a hombres y mujeres en la familia nuclear, proyectándose desde allí a la participación diferenciada entre hombres y mujeres en el mundo público.

3. *Es necesario tener una división sexual de trabajo específica en la familia.*

A igual que en el caso de los sistemas de parentesco y en las formas residenciales, existen variaciones significativas en la división de tareas entre mujeres y hombres de cultura a cultura y de un período histórico al otro (Harris 1981; Oakley 1972).

Es en las sociedades capitalistas donde se dibuja el discurso y la práctica del hombre proveedor y la mujer dependiente, a cargo de los hijos y el trabajo doméstico. Es también en estas sociedades donde la familia se convierte en una institución de clase, que instala a cada individuo en una clase particular al momento de nacer, y a la mujer en la clase de su marido. Federico Engels argumenta en su libro *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, que la creciente clase burguesa a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX necesitaba demostrar al mundo su capacidad de sostener a una población de mujeres desempleadas, a cambio de la fidelidad femenina, en la familia nuclear (Barrett 1980:48).³

El significado de la familia nuclear en el sistema capitalista está demostrado en el estudio de Amíl Ramdas sobre Curaçao. Describe cómo la empresa petrolera Shell logró hacer en esta isla lo que la Iglesia Católica no había logrado en más de un siglo: la instalación del modelo de la familia nuclear en una sociedad donde antes prevalecía la poligamia, las familias monoparentales y las relaciones sexuales libres. Gran parte de la población de la isla trabajaba para la Shell y a ésta le convenía emplear obreros casados, en vista de que tenían un comportamiento más responsable en el trabajo, como proveedores de sus mujeres e hijos. Además, este sistema le permitía a la Shell pagar sueldos más bajos a las mujeres casadas, bajo el supuesto de que su sueldo sólo era un suplemento al sueldo del marido.

Para promover a la familia nuclear, la Shell daba sólo a los obreros casados el derecho a una casa propia. La provisión médica se daba sólo a los familiares legales del empleado. Sólo los hijos legales recibían materiales de colegio y becas de estudio. El fondo de pensiones iba sólo a la mujer y los hijos legales. El resultado fue que los

3. Otro fenómeno importante en la reproducción de clases sociales es la herencia de riqueza. En Gran Bretaña, por ejemplo, las herencias han sido la fuente más importante de desigualdades de riqueza durante este siglo (Barrett & McIntosh 1982:46).

nacimientos ilegales en Curaçao bajaron de más de 50 por ciento en 1920 a menos de 25 por ciento en 1952. Después de que la compañía se automatizó y despidió a la mayoría de los obreros, la cantidad de hijos ilegales había vuelto a subir a 35 por ciento en 1967 (Ramdas 1988:72).

Este caso constituye un ejemplo nítido de las prácticas de las sociedades capitalistas, donde los estados y las empresas particulares promueven la familia nuclear a través de mecanismos similares a los que usó la Shell en Curaçao. Establecimos de esta forma la utilización del modelo y el discurso de la familia nuclear para los fines del mercado.

Se podría proponer que la división sexual del trabajo existente, es decir, la del hombre proveedor y la mujer dependiente, encargada del cuidado y la educación de los hijos y el trabajo doméstico, al igual que las prácticas legales que la refuerzan, pueden ser cambiadas por otros sistemas, más acordes a las necesidades reales de las personas, principalmente de las mujeres, y menos a las del mercado y de las fuerzas religiosas y políticas.

4. La familia nuclear, el amor y la división sexual de trabajo entre sus integrantes, son fenómenos naturales.

Apelaciones a lo natural, particularmente a las desigualdades naturales, tienen una larga tradición en la justificación y legitimación de las divisiones sociales.

La familia no sólo está considerado como un fenómeno natural, sino también como una institución social y moralmente deseable. Las relaciones de parentesco, por ejemplo, derivadas como son de los lazos biológicos entre padres y hijos y entre hermanos nacidos de los mismos padres, están en la mayoría de las culturas, empapadas con ideas de comportamiento natural y de una moralidad natural (Harris 1981:139).

Es en el campo de la sexualidad, del matrimonio y la familia donde más nos dejamos seducir, colectivamente, por apelaciones a lo natural. La familia nuclear pareciera ser inevitable, un fenómeno natural, determinado biológicamente. Como tal se le atribuye una fuerza social y moral única, porque se la ve como la encarnación de valores humanos generales, más bien que como las convenciones de una sociedad específica. Especialmente la maternidad está investida fuertemente en nuestra cultura occidental con connotaciones de instinto, auto-sacrificio y valores superiores a un auto-interés trivial de parte de las mujeres. La mujer está considerada, antes que nada, como madre.

La Escuela de Francfort describe las cualidades morales de la familia tradicional de la siguiente manera: "Se supone que bajo la presión del padre los hijos aprendieron a no considerar los fracasos como causados por factores sociales, sino por problemas individuales, y verlos en términos de culpa, insuficiencia y inferioridad personal. Si esta presión no era demasiado severa y, sobre todo, si era ablandada por la ternura maternal, entonces resultarían seres humanos, capaces de ver los defectos propios; seres humanos que aprendieron a través del ejemplo del padre una actitud de independencia, autoridad, libertad y disciplina interna a la vez. Cuando la familia lograba instalar estos valores, los hijos ganaban en consciencia, en su capacidad de amar y en consistencia. Esto era productivo y progresista".

No es una coincidencia que esta forma de familia de la mitad del siglo XIX —el tipo

ideal a partir del cual los sociólogos miden otras formas de familia— sea la misma que la familia paradigmática del discurso contemporáneo. Esta familia de deseo y mito no es el reino brutal del patriarca sobre una familia extendida, ni es una agregación de individuos sin cara e ineficientes. En nuestra sociedad, este modelo de familia es el sistema más adecuado para criar hijos competentes y seguros, estables y autosuficientes (Barrett & McIntosh 1982:27-29).

Tal vez, los supuestos de la naturalidad y moralidad de la familia nuclear son los más difíciles de cambiar, puesto que se afirman en reflexiones filosóficas y religiosas —griegas y tomistas, entre otras— que están en la base del pensamiento cristiano-occidental y liberal. La seducción del discurso sobre la moralidad y la naturalidad se debe justamente a esta ligazón a un tipo de pensamiento que define la identidad misma de las personas que pertenecemos a la cultura occidental.

Un cambio en estos aspectos requiere de un cambio civilizatorio, posible pero difícil de forjar.

EL DISCURSO OFICIAL CHILENO

En la prensa chilena de los últimos años emerge un discurso sobre la familia que corresponde nítidamente al discurso de familia descrito arriba, la familia nuclear, anclada en las estructuras económicas, políticas y religiosas de la sociedad chilena contemporánea.

Elegimos algunas voces del oficialismo chileno que son representativas de las corrientes políticas y religiosas más favorables al modelo de la familia nuclear.

Llama la atención la tenacidad y pobreza del discurso oficial, que una y otra vez se basa en la naturalidad, la moralidad, la legalidad, acorde a su pertenencia al discurso cristiano-occidental, sin indagar en la situación empírica de la familia chilena, ni, paradójicamente, en el bienestar de sus integrantes. Por el gran énfasis en la legalidad, que es una característica de la sociedad chilena, se destaca el matrimonio, como la base legal de la familia. De allí, nos parece, la fascinación con el tema del divorcio.

Es relevante en este sentido la posición de la actual concejal de Renovación Nacional, la abogada Sara Navas, como portavoz del discurso hegemónico de la derecha, cuando se pronunció sobre el divorcio, hace más de una década: "Soy contraria al divorcio por varias razones. Tiene por finalidad destruir un *elemento esencial y connatural al matrimonio*⁴ como es la indisolubilidad que reconoce la permanencia del amor de dos seres que se unen, para realizarse como persona desde un punto de vista individual y social. Quien ama a otro, eligiéndolo como pareja, lo hace por y para siempre, ya que es propio de ese sentimiento particularísimo estar juntos y ayudarse mutuamente para toda la vida. Al contraer matrimonio se está fundando una familia, pues uno de sus *finés fundamentales es la procreación y educación de los hijos*. Este objetivo no se cumple adecuadamente si se limita a un período de tiempo. Los hijos necesitan de la presencia y cuidado permanente de ambos padres para su formación. Uno sólo no puede cumplir exitosamente lo que desde su comienzo es que hacer de dos. Los hijos-problema, rebeldes y desadaptados, son resultado, no en escasa medida, de esta labor realizada a medias" (El Mercurio, 27 de junio 1982).

4. Los subrayados son nuestros.

Sara Navas vuelve a repetir este discurso en una carta al director en *El Mercurio* del 21 de mayo de 1993, en el contexto de la discusión sobre el adulterio: "La preocupación que dice relación con el amor fecundo en el matrimonio no adquiere su profundo sentido espiritual y biológico si ella está ausente del hogar. Fidelidad, amor, respeto, son requisitos inseparables de la unión conyugal, que no debe confundirse con la falsa apariencia de matrimonio, que existe cuando faltan. *No hay amor ni respeto sin fidelidad*. La fidelidad se sitúa en el primer lugar de las obligaciones morales del matrimonio. *Los valores morales naturales deben ser absolutos y permanentes*".

Los obispos de la Iglesia Católica han expresado en varias ocasiones sus opiniones sobre la familia, en el contexto del debate sobre el divorcio y el adulterio. Dicen: "*El matrimonio es indisoluble por su naturaleza*. Es decir, pertenece al derecho natural cuyos postulados nacen de la misma naturaleza humana.... *Las leyes morales* no son sólo para los cristianos, sino para todo hombre, porque *están inscritas en la misma naturaleza de la persona*.... Las opiniones de los obispos no sirven simplemente la causa de la fe católica o el bien de la Iglesia, sino también *los más altos intereses de la comunidad nacional*.... El matrimonio es un sacramento. La alianza de los esposos es la imagen de la unión indisoluble de Cristo con la Iglesia.... Lo lamentable es la pérdida de la sanción social. ¿Quién toleraría hoy la discriminación racial, el odio a los judíos o la tortura?"⁵

En la reciente "Declaración sobre la familia y el divorcio", firmada por varios personeros políticos, y en comentarios de prensa sobre ella (*El Mercurio*, 26 de junio 1994) se puede observar la permanente conexión que se hace en el discurso chileno entre familia y sociedad: "*La familia nacida del matrimonio indisoluble representa un bien para todos sus miembros y para la sociedad en su conjunto, pues ella le proporciona una base estable y de respeto a la convivencia pacífica que ninguna otra institución podría proporcionarle en igual medida*", y "*Se está convencido de que esta sociedad —y la cultura occidental— se ha mantenido y ha sido fecunda porque se ha dado una estabilidad fundamental en la relación humana, que parte de la esencia misma del matrimonio fundado en el 'siempre'*".

En cuanto al supuesto de la natural división sexual del trabajo, Sara Navas vuelve a ser la persona con el discurso más desarrollado y articulado en la derecha: "La mujer, por causas externas —económicas, sociales, culturales— se encuentra hoy ante la alternativa de efectuar, a la vez, dos funciones, en el hogar o fuera de él, o, simplemente, hacer abandono de su quehacer familiar para dedicarse a labores rentables.... La primera alternativa produce una notable sobrecarga de preocupación y de esfuerzo en la mujer, con el consiguiente desgaste anímico y físico, y la segunda, provoca irremisiblemente la renuncia de una misión que le es propia en virtud de su esencia femenina proyectada naturalmente hacia la maternidad" (*La Nación*, 20 de diciembre 1986). En otra ocasión Sara Navas dice: "Un tercio de la población femenina se dedica sólo a los quehaceres domésticos. Por desgracia, esta proporción corre inminente riesgo de alterarse sustancialmente por la disminución de quienes desempeñan labores hogareñas ... la ausencia prolongada de la mujer en razón del desempeño de un trabajo foráneo produce necesariamente desajuste, inestabilidad, desorganización entre los suyos y, en casos extremos, es causa de graves conflictos conyugales y filiales.... Este fenómeno social está provocando la desaparición de este noble, altruista, insustituible personaje que es la dueña de casa y que, afortunadamente, en nuestro país aún se mantiene vigente.... Es

5. Estos son citas literales de opiniones emitidos por los obispos en la prensa chilena entre 1982 y 1993.

un hecho notorio que su actividad es objeto de subestimación. *No tiene cotización social el desempeño de los quehaceres domésticos, ni menos es digna de admiración quién hace de ellos la razón de su vida*" (La Nación, 27 de diciembre 1986).⁶

Nos parece claro que en las opiniones citadas se reflejan todos los supuestos que están en la base del discurso sobre la familia, expuestos arriba. La Declaración sobre la Familia y el Divorcio agrega además: "La familia sigue siendo el lugar donde nacemos y morimos, y donde encontramos la mayor felicidad". Como habíamos visto, el supuesto de la felicidad que ofrece el modelo de la familia nuclear constituye una de las mayores atracciones discursivas.

Por otra parte, es interesante observar cómo el discurso de la familia se monta sobre las estructuras de la Iglesia y el Estado o la Patria, a través de analogías simbólicas entre familia-patria y familia-iglesia. Por ejemplo, en el discurso de la Secretaría Nacional de la Mujer, durante la dictadura militar, se extiende la lealtad y obediencia femenina al *pater familias*, a la figura del general Pinochet como el *pater patriae*. "Sobre la entrega de la mujer-madre-esposa sacrificada se construye el proyecto ya no de ella, sino de la patria" (Lechner & Levy 1984:39).

También en el discurso de la Iglesia se produce la analogía familia-iglesia: "La alianza de los esposos es la imagen de la unión indisoluble de Cristo con la Iglesia". Juan Pablo II dijo, en su visita a Chile en 1987: "El amor conyugal es imitación del amor de Cristo, que amó hasta el extremo".

De esta manera, el discurso de la familia invade las estructuras de poder más importantes de la sociedad chilena: la Iglesia y el Estado.

POSIBLES CAMBIOS EN EL DISCURSO DE LA FAMILIA

A pesar de que existen varias voces oficiales a favor de una ley de divorcio en Chile, todas, sin excepción, dicen estar a favor de "la familia": es necesaria una ley de divorcio *para proteger a la familia*. El discurso chileno se coloca adentro de la familia, un adentro que desconoce la posibilidad de un afuera. Es decir, que no se disputa la existencia de la familia nuclear como una constante, una esencia, el único modelo de convivencia moral y éticamente correcto.

Aun así, la práctica muestra otra realidad diferente a la que el discurso oficial propone: existen varios tipos de familia en Chile; las nulidades y separaciones de hecho aumentan; hay muchos niños que crecen sin tener a ambos padres en casa; se empieza a revelar la magnitud del problema de la violencia doméstica; hay conflictos de toda índole entre padres y hijos; un 26,7 por ciento de las mujeres chilenas casadas con hijos tiene un trabajo remunerado; esta cifra va en aumento. Es decir, se están perfilando cambios profundos en el modelo de familia que el discurso privilegia e impone, contradiciendo así su supuesta inevitabilidad.

A pesar de que el discurso oficial sigue subrayando el modelo de la familia nuclear, el discurso sobre la familia comienza, al mismo tiempo, a erosionarse y modificarse.

6. Preferimos la voz de Sara Navas como representante del discurso político de la Derecha. Varios otros personeros de la Derecha han emitido opiniones similares, pero no de una forma tan coherente como lo hace ella. Algunos militantes de la Democracia Cristiana repiten los mismos argumentos, por ejemplo Hernán Bosselin, Ramón Briones y otros.

En la prensa aparecen posiciones discursivas, principalmente no-oficiales, sobre el cambio en la posición de la mujer, sobre las nuevas prácticas de convivencia, sobre la violencia doméstica, que empiezan a visibilizar los supuestos y contradicciones del discurso de la familia.

En este contexto es interesante observar cómo el Sernam, en su calidad de organismo de gobierno que representa las distintas corrientes políticas de la Concertación, ha recogido estas realidades en sus programas; programas que se han concentrado principalmente en las mujeres jefas de hogar, la violencia doméstica, las adolescentes embarazadas. Se podría decir que existe una actitud destructiva implícita en la elección de los campos de acción del Sernam, en el sentido de que trabaja con las "víctimas" del sistema familiar dominante: las mujeres que están afuera de la familia nuclear, que son rechazadas por ella, o que son maltratadas dentro de ella. Al mismo tiempo, el Sernam mantiene, discursivamente, una posición pro-familia nuclear.⁷

Como vimos, el discurso hegemónico chileno sobre la familia se ha formulado principalmente desde dos bloques de poder: la política, representando los intereses económicos e ideológicos de las distintas corrientes que la componen, y la Iglesia Católica, aferrándose tenazmente a sus doctrinas.

Podríamos postular que los posibles contra-discursos saldrán desde la sociedad civil, principalmente del ámbito de las organizaciones de mujeres y del feminismo. Es desde estos espacios que se ha constatado la posición subordinada que la mujer ocupa en la familia. En los últimos años, las ONGs de mujeres y otras instituciones han hecho algunos estudios y están empezando a tomar posición frente al discurso hegemónico, pero todavía hay mucho camino que recorrer. Si los cambios en el modelo de la familia siguen su curso, si los actores sociales generan las correspondientes modificaciones discursivas, podría iniciarse el cambio civilizatorio al cual aludimos.

REFLEXIONES FINALES

Como demostramos en las páginas anteriores, el modelo de familia dominante en Chile corresponde a un discurso burgués del principio del siglo XIX, anclado firmemente en las estructuras económicas, políticas y religiosas de aquella época. Este modelo fue difundido por el mundo entero, a través de un proceso de colonización.

Podemos hacer esta afirmación a través de estudios antropológicos e históricos que nos permiten relativizar este modelo, y cuestionar las construcciones de género y de parentesco que están hawaiano su base, en comparaciones transculturales e históricas.

A pesar de los cambios en las relaciones económicas, sociales y políticas en las sociedades modernas, post-coloniales, el modelo de la familia nuclear sigue vigente, principalmente, pensamos, por su funcionalidad a las estructuras económicas que siguen intactas. Además, en el caso chileno, la Iglesia Católica ha sabido mantener su

7. Esta contradicción volvió a manifestarse en una reciente entrevista de la ministra Josefina Bilbao, con la periodista Raquel Correa (*El Mercurio*, 10 de julio 1994). Al comienzo de la entrevista ella define a la familia como cualquier "grupo humano que tiene lazos sanguíneos, probablemente, y de afecto". Sin embargo, posteriormente vuelve a referirse, implícitamente, a la familia como un hombre y una mujer unidos a través del matrimonio y con hijos.

influencia sobre el imaginario cultural, al igual que su estrecha relación con el estado. Esto a diferencia de las sociedades del norte, donde se ha producido un profundo proceso de laicización en los últimos décadas.

Hemos intentado indicar un camino para "desconstruir la familia como una unidad natural y reconstruirla como una unidad social" (Rapp, en Stacey 1986:222). La distancia que facilita el método de la desconstrucción permite ver la familia desde afuera y no como algo dado en su esencia. Una desconstrucción del discurso dominante de la familia nuclear nos revela los supuestos que están en su base, la construcción de la masculinidad y la femineidad en la familia nuclear, las calificaciones de naturalidad y moralidad que se le otorga a este tipo de familia, y su ligación con las estructuras de poder, sean éstas sociales, políticas, económicas o eclesásticas.

A la vez, vimos que es importante entender por qué los actores sociales nos situamos en posiciones discursivas que no representan nuestros intereses; por qué, por ejemplo, las mujeres toleramos el discurso de la familia nuclear, que nos impide ser personas en plenitud. Los estudios de género y feministas han empezado, en los últimos 25 años, a visibilizar las relaciones de género en la familia, como relaciones construidas culturalmente y como relaciones de poder. Esta puesta en escena podría ser un primer paso hacia un profundo cambio cultural.

Nos parece necesario demostrar la funcionalidad de la familia nuclear para las estructuras de poder, y la trampa que encierra para las personas, principalmente para las mujeres. Nos parece necesario también devolver a las personas, y a la sociedad en su conjunto, las funciones que se atribuyen exclusivamente al espacio de la familia nuclear, como son la capacidad de amar, de cuidar, de educar, de ser felices.

En los últimos años se están produciendo algunos cambios concretos en el modelo dominante de la familia chilena, con un incipiente cambio discursivo, a pesar de la insistencia de la Iglesia Católica y de algunas posiciones políticas en impedir tales cambios. Es posible que ellos sigan su curso, si los actores sociales así lo desean con la suficiente fuerza.

En este contexto, nos parece importante tener en mente el análisis foucaultiano sobre la relación entre discurso y poder. Si la convivencia humana fuera una cuestión transparente, si no fuera objeto de intereses políticos, económicos y religiosos específicos, no habría sido necesaria la construcción de un discurso tan poderoso como es el discurso de la familia nuclear, y podríamos haber seguido —con Foucault en su *El orden del discurso*— el camino del deseo:

No querría tener que entrar yo mismo en este orden azaroso del discurso; no querría tener relación con cuanto hay en él de tajante y decisivo; querría que me rodeara como una transparencia apacible, profunda, indefinidamente abierta, en la que otros responderían a mi espera, y de la que brotarían las verdades, una a una; yo no tendría más que dejarme arrastrar, en él y por él, como algo abandonado, flotante y dichoso.

BIBLIOGRAFIA

- ARMSTRONG, Nancy. 1990. "Occidentalismo: una cuestión para el feminismo internacional". En: Giulia Colaizzi, ed. *Feminismo y teoría del discurso*. Madrid: Cátedra (pp. 29-44).
- BARRETT, Michèle. 1980. *Women's Oppression Today. Problems in Marxist Feminist Analysis*. London: Verso.
- BARRETT, Michèle & Mary McIntosh. 1982. *The Anti-social Family*. London: Verso.
- CHODOROW, Nancy. 1978. *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender*. Berkeley: University of California Press.
- ENGELS, Frederick. 1884. *The Origin of the Family, Private Property and the State*. New York: International Publishers, 1972.
- FLANDRIN, Jean-Louis. 1979. *Families in Former Times: Kinship, Household and Sexuality*. London: Cambridge University Press.
- FOUCAULT, Michel. 1973. *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets Editores S.A.
- HARRIS, Olivia. 1981. "Households as Natural Units". In: Kate Young, Carol Wolkowitz, Roslyn McCullagh, eds. *Of Marriage and the Market. Women's Subordination Internationally and its Lessons*. London: Routledge & Kegan Paul (pp. 136-155).
- LECHNER, Norbert & Susanna LEVY. 1984. *Notas sobre la vida cotidiana III: el disciplinamiento de la mujer*. Santiago: FLACSO, material de discusión N° 57.
- LEVI-STRAUSS, Claude. 1949. *Les structures élémentaires de la parenté*. Paris: Presses Universitaires de France.
- MOUFFE, Chantal. 1988. "Hegemony and New Political Subjects: Toward a New Concept of Democracy". In: Cary Nelson & Lawrence Grossberg, eds. *Marxism and the Interpretation of Culture*. London: MacMillan Education Ltd. (pp. 89-104).
- OAKLEY, Ann. 1972. *Sex, Gender and Society*. San Francisco: Harper and Row.
- RAMDAS, Anil. 1988. *De strijd van de dansers. Biografische vertellingen uit Curaçao*. Amsterdam: Uitgeverij SUA.
- STACEY, Judith. 1986. "Are Feminists Afraid to Leave Home? The Challenge of Conservative Pro-family Feminism". In: Juliet Mitchell & Ann Oakley, eds. *What is Feminism? A Re-examination*. New York: Pantheon Books (pp. 208-237).
- WEEDON, Chris. 1987. *Feminist Practice and Poststructural Theory*. Oxford: Basil Blackwell.



Familia: un grito de fin de siglo*

Olga Grau D.

Facultad de Filosofía, Universidad de Chile
Investigadora, Casa de la Mujer La Morada

Dada la complejidad del tema de la familia y las múltiples maneras posibles de abordarlo, no puedo sino ofrecer este artículo como una reflexión tentativa, haciendo disponibles algunas consideraciones sobre el tema que puedan servir a una discusión más consciente de sus supuestos e implicaciones. Tales consideraciones, más que obedecer a un puro interés teórico, están referidas a la extensa producción discursiva que se ha dado en nuestro contexto nacional a propósito de los temas de la familia, el matrimonio y el divorcio. De ese modo, si bien algunas de las afirmaciones que haré se presentan con un alcance más general y referidas a contextos más generales, no podría negar su condicionamiento particular. Ello hace que el artículo tenga una sinuosidad que va tocando los dos planos aludidos.

En relación a la superabundancia de discursos públicos sobre la familia, que

- Este artículo, que se publica simultáneamente en la Revista *Proposiciones* y en la Revista *ISIS Internacional*, se vincula a las reflexiones producidas en el marco del Proyecto Fondecyt 1930083: *Discurso, género y poder. Análisis de los discursos públicos oficiales (1978-1993)*, y al trabajo, relativo al tema, presentado en el mes de mayo en el Seminario Interno organizado por el Centro de Estudios de la Mujer (CEM). Forma parte de una investigación más amplia que desarrollaremos en el futuro, y que considera tanto aspectos teóricos como etnográficos.

expresan el interés político actual por la afirmación, protección, fortalecimiento y defensa de ella, y frente a la preocupación por actualizar o "modernizar" su concepto, caben algunas reflexiones filosóficas para producir una necesaria distancia, que nos permita tener en cuenta aspectos que de otro modo es probable que queden ocultos. Se trataría de mirar, a través de ciertas preguntas, desde un gesto de sospecha y duda, la sobrevaloración que está teniendo en nuestra sociedad el tema de la familia. Pretendo hacer esto en tres momentos: la consideración de aquello que llamamos el fenómeno de la hiper-representación, la señalización del fenómeno del desplazamiento, que hago operar como hipótesis respecto del cambio de funcionamiento de la representación ideológica de la familia como instancia social, y la evaluación del interés por definir en forma más amplia el concepto de familia. Finalmente se ofrecen algunas reflexiones sobre el significado de la familia como institución y algunas afirmaciones positivas que puedan aportar otro enfoque al tema.

El fenómeno de la hiper-representación

Antes de cualquiera pregunta, podríamos consignar el simple hecho de la sostenida presencia simbólica que la familia tiene en la circulación de los discursos públicos. Pareciera ser obligada referencia de todo emisor político, religioso y de muchos emisores culturales que quieren demostrar interés en los asuntos sociales. Existiría en este momento lo que podríamos llamar el fenómeno de una hiper-representación del signo familia y una hipérbole que condensa distintos significados y funciones.

La hiper-representación de la familia se relaciona con diversos hechos. Uno, que podríamos remitir a la internacionalización o globalización de ciertos temas que proceden de las macroinstituciones como Naciones Unidas. Los gobiernos de los países miembros de esta organización se comprometen a cumplir el objetivo señalado: fortalecer la familia, preocupación mundial en una agenda que se decide al margen de otras preocupaciones colectivas que pueden ser, desde otro análisis, prioritarias. Toda opción, lo sabemos, es traición a otras opciones posibles tanto o más significativas que la que logra constituirse en la más relevante.

Naciones Unidas, como zona de poder, se relaciona necesariamente con otras zonas de poder reconocido, como la Iglesia Católica. Sin embargo, mientras la Iglesia Católica define muy clara y doctrinariamente qué entiende por familia, como unidad indisoluble entre un hombre y una mujer a través del sacramento del matrimonio y como comunidad de ésos con sus hijos, Naciones Unidas propone el fortalecimiento y protección de la familia sin definirla con tanta precisión. Pese a esta diferencia, se establece un diálogo de poderes que encuentran acuerdos, y que tiene su impacto en los medios de comunicación y en los discursos, especialmente políticos. El poder suele dictarnos nuestros asuntos y temas, y puede también dictar nuestros enfoques. Siempre causará menos angustia, menos desasosiego, mantenerse a resguardo en lo normado e instituido, y por ello es posible comprender la fuerza de la reproducción y mantención de los signos del sistema y del sistema mismo, a veces a contrapelo de los propios individuos tensionados en distintos estándares de expectativas.

Es interesante observar que en la medida en que el estado moderno, como elemento unificador de la vida política y como instancia de poder máximo, está debilitado, las miradas de las políticas gubernamentales se vuelven hacia la familia como signo

posible representativo de la unificación y como signo performativo social. Se establece así el deseo de una suerte de alianza o complicidad entre familia y estado, reforzada por el discurso religioso.

En la hiper-representación del signo familia, la política papal de Juan Pablo II ha sido decisiva. A través de un conjunto de Encíclicas y otros documentos vaticanos, ha demostrado su defensa irrestricta de la familia, reclamando, al mismo tiempo, el lugar más tradicional de la mujer. Esto remata en su proposición de estudiar la posibilidad de que las madres de familia reciban un sueldo del estado que permitiera que ellas no trabajen fuera del hogar por motivos económicos (Encíclica "Laborem Exercens"), asumiendo, así, un rol de mayor dedicación a sus hijos y familia. No es incoherente la relación del fortalecimiento de la familia con el rol doméstico de la mujer en el discurso religioso, donde la mujer puede llegar a ser vista como heroína silenciosa.

La hiper-representación de la familia que se da en el presente la instituye restaurativamente como núcleo básico o pilar fundamental de la sociedad, concepción que contrasta con ciertas críticas sustantivas que sufrió ese análisis e interpretación tanto desde el liberalismo ilustrado y democrático, como desde el socialismo y el feminismo.

El pensamiento liberal moderno puso en cuestión las afirmaciones esencialistas y metafísicas del pensamiento que descansaban en el fundamento de la estabilidad y permanencia del orden natural. El liberalismo significó la afirmación del carácter histórico de la realidad versus la inmutabilidad de supuestas relaciones esenciales. Desde ese punto de vista, el matrimonio y la familia como lugares sociales de gran sujeción de la mujer al hombre, a través de los mecanismos de la obediencia, dependencia, servicio y abnegación, son cuestionados por el liberalismo que afirma la igualdad de los sexos. La familia habría sido un impedimento para el libre desarrollo de las facultades de la mujer, de su voluntad, inteligencia y sentimientos, inhibiendo su naturaleza que, *per se*, no es diferente a la del hombre (Stuart Mill).

En el período en que el pensamiento marxista tuvo una presencia significativa en la escena política y cultural, la familia era leída, desde el paradigma de la crítica al sistema burgués, como un modo de comportamiento social funcional al modelo económico y, en su relación con el estado, como uno de los "aparatos ideológicos" de éste (Althusser). Los oponentes al marxismo vieron siempre en él una amenaza para la preservación de la familia, como instancia de estabilidad social, en la medida en que la lectura que se hacía de ella la debilitaba como fundamento de la sociedad. En el proyecto de sociedad socialista, desde el enfoque socialista utópico (Fourier) y desde el marxista, la familia es derivada y secundaria, no tiene el rango de fundamento, y en todo caso es menos significativa como principio organizador, visualizándose su paulatino desaparecimiento como institución social.

A juicio del marxismo, el debilitamiento de la familia, como núcleo básico de la economía productiva, comienza con el desarrollo del capitalismo y del maquinismo, que imponen una desarticulación de la economía productiva familiar, la cual se extrema en la fase de industrialización, para sustituirla por una economía de división especializada del trabajo, concentración y organización de las fuerzas productivas articuladas sobre la base del capital. Se podría afirmar que el dispositivo familiar habría cobrado, así, un funcionamiento diferenciado: en la familia proletaria se reproduciría la fuerza de trabajo, mientras que en la familia burguesa se reproduciría la relación de propiedad con el capital. El análisis marxista signa a la familia a partir

de criterios económicos, que serán los criterios predominantes de su concepción de lo social, con énfasis en los efectos y funcionamiento ideológicos de ésta como instancia derivada del sistema de clases sociales que se configura.

El feminismo, por su parte, como propuesta radical de cambio sociocultural, pone el énfasis, a través de sus específicos instrumentos reflexivos y críticos, en el problema de la diferenciación sexual y las relaciones de género y poder que se estructuran en trama compleja a partir de aquella diferencia. Desde esa perspectiva, el signo familia ha tenido una mayor representación en los análisis críticos feministas que en el liberalismo y el marxismo, en la medida en que aborda el problema de la relación del sistema económico, social, cultural y político, con los roles sexuales, la reproducción sexual, la división del trabajo y el estatuto social y político en función de los lugares asignados a los géneros sexuales, la relación del espacio público y privado o lo doméstico y lo político, los problemas de la planificación y la crianza de los hijos, la sexualidad y otros innumerables asuntos que atraviesan el examen de la vida cotidiana. En todo caso, pese a la diferencia reconocible entre el marxismo y el feminismo en el tratamiento del tema de la familia, podríamos encontrar ciertas equivalencias de sentido: así, en la indagación de la familia a partir del examen de las relaciones naturaleza-cultura-técnica-historia-producción-reproducción, en la asignación de un menor valor simbólico que el otorgado por el pensamiento conservador y ciertas formas del liberalismo, y, finalmente, en la reclamación de la responsabilidad social en la crianza y cuidado de los hijos.

No podríamos dejar de evidenciar la relación que existe, a nuestro juicio, entre el fenómeno de la hiper-representación que cobra actualmente el signo familia con la revitalización del capitalismo en su forma neoliberal, que ha asestado un duro golpe a las políticas del estado benefactor. Por una parte, tenemos las posiciones políticas neoliberales en relación a la familia, que la disponen como baluarte de estabilidad del sistema; y, por otro, las posiciones de la Iglesia Católica que, criticando el capitalismo salvaje, vuelven sus esperanzas a la familia como lugar de preservación de los valores cristianos de solidaridad.

Es importante también situarse en las circunstancias particulares en que se refracta el fenómeno general de la hiper-representación de la familia, circunstancias de nuestra propia realidad nacional, con los procesos singulares que se dan en el plano económico y político. Las expectativas que hoy en día gravan a la familia hacen que sea un signo sobrecargado, sobredimensionado y también el síntoma de un nuevo ordenamiento social.

Si hacemos una revisión histórica, el destacado interés político por la familia, lo sabemos, ha estado muy ligado en nuestra historia nacional al pensamiento y a las reservas ideológicas de las fuerzas conservadoras de la sociedad que postulan determinadas valoraciones culturales. Podemos recordar que en los discursos del Partido Conservador era referencia permanente. Lo fue también en el Movimiento de Acción Nacional y en el Partido Nacional resultante de la unión de este movimiento con los partidos Conservador y Liberal en la década de los sesenta.

Durante el período de gobierno de Salvador Allende (1970-73), las fuerzas opositoras apelaron, entre todos los estandartes de confrontación que fueron enarbolados, a la preservación de la familia, convocando especialmente a las mujeres como sus fieles defensoras, llamadas también a la defensa de la patria. Patria y familia formarán, posteriormente, una estrecha relación ideológica del régimen militar, que insistirá

permanentemente en la necesidad de protegerlas y fortalecerlas. Este deseo de fortalecimiento está expresado como forma de contrarrestar los perniciosos efectos que difundió el marxismo con su modo de concebirla. El discurso referido a la familia cobrará una mayor institucionalización con la creación del organismo de cohesión ideológica y organización de las mujeres adeptas al régimen, la Secretaría Nacional de la Mujer, que será muy activa para ofrecerles instancias de participación social y política, y reactiva frente al avance del feminismo organizado.

Posteriormente, llamará la atención que determinadas valoraciones de la familia como fundamento de la vida social, que fueron promovidas durante el régimen militar, mantengan su vigencia en el gobierno de transición democrática de Patricio Aylwin, y también en el actual, sugiriendo que ellas pertenecen a un estrato harto más profundo que aquel en que se dirimen las opciones políticas y sociales.

El fenómeno del desplazamiento

Hechas las consideraciones anteriores, podríamos plantear algunas preguntas que suscita el fenómeno tratado y que atañen a las funciones actuales que desempeña el motivo de la familia en el discurso dominante, vinculadas a los elementos que son afirmados, o que pudieran ser reconocidos, como puntos de estabilidad del modelo económico neoliberal. Pudiera verse a la familia como el polo microsocioal en la línea de estabilidad del sistema, que tiene en su otro extremo al polo macrosocioal, la empresa privada.

En nuestra fase presente se ha operado el fenómeno de invertir a la familia con el carácter religioso de la "sagrada familia", y esto incluso sin ceñirse exclusivamente al sentido cristiano, puesto que se apela a la dimensión más primaria de la *religatio*: intentar, a través de la familia, ligar, re-ligar, lo social; confiarle los ritos, los símbolos, las asociaciones representativas de la unión e integración. Podríamos leer este fenómeno como una suerte de desplazamiento de las expectativas políticas de cohesión social producida a través de reconocidas instancias o identidades políticas integradoras tradicionales, hacia la familia.

La familia, concebida como institución, está sobrecargada de significación y sobredemandada a cumplir un determinado fin, que la clase política parece ya no poder realizar con un proyecto de sociedad neoliberal, cual es el de la formación de hábitos de convivencia solidaria. Podríamos afirmar que la familia, fijada en un nuevo modo del deber ser, viene a ser una especie de metáfora de los vacíos del sistema.

En ella, a través de los mecanismos de desplazamiento y sublimación, se intenta dar salida a la tensión social producida por el desarrollo económico neoliberal y la modernización gradual del estado, tensión derivada de los problemas de la pobreza o las limitaciones severas producidas por una desigual distribución de los bienes y servicios, la falta de igualdad de oportunidades, la solidaridad social debilitada. Y se afirma de ella que puede ser "protagonista de un cambio que ponga la solidaridad social en el centro de la convivencia ciudadana". (Aludimos al Informe de la Comisión Nacional de la Familia, donde aparece el marcado y privilegiado rol de formación de valores ciudadanos que se le otorgan a la familia, no calibrándose suficientemente — a mi entender — el impacto formativo de la lógica de mercado que atraviesa nuestra sociedad, mercado que bajo las actuales circunstancias consensuales puede ser

considerado como el agente y el espacio mayor de formación de cultura).

En este punto, también podríamos hacer una relación entre la sobredemanda que se le hace a la familia como elemento de cohesión social y la sobredemanda a que sea también la que en último término consolide el modelo económico, al asumir los vacíos que va dejando el estado subsidiario que se desprende, en gran parte, de ciertas responsabilidades sociales como la salud, la educación, la previsión.

Podemos concluir, entonces, que en la familia se concentra la expectativa de ser un factor de cohesión social, de integración, de educación moral y política y de desarrollo sustentable desde el punto de vista de la equidad.

El documento de la Comisión Nacional de la Familia alude a que los fenómenos de la modernización como el de la globalización y el de la cultura audiovisual de procedencia variada y diversa, y de vínculos internacionales, "llegan a poner en duda, en ocasiones, la percepción de que exista en nuestra sociedad una cultura compartida". Por otra parte, se deriva del documento que la discriminación negativa que suscita el acceso diferenciado a la tecnología, la insensibilidad social producto del hedonismo individualista, el debilitamiento del tejido social por un modo de dispersión presente en la sociedad, la concentración del poder en formas convencionales, enervadas también en su legitimidad frente a grupos y actores sociales más críticos, rematan en una paulatina desintegración social.

La cohesión es preocupación fundamental no sólo en nuestro país, en la medida en que el problema de la desintegración social parece ser un fenómeno mundial de importantísimas consecuencias sociales, culturales, políticas y económicas, que provoca inéditas situaciones históricas, a propósito de las cuales nos faltan elementos de comprensión y análisis que nos permitan pensarlas adecuadamente y, especialmente, elementos de administración. Puedo prever el fracaso de la expectativa en la familia para detener un proceso que está muy ligado a la economía y a factores regionalistas, étnicos, que forman una trama complejísima.

En el documento aludido, la familia particular opera como metáfora de la familia social. Es el nombre que recibe la esperanza de solidaridad, de fraternidad entre los miembros de esta última. Pero, si se piensa que el hogar ya no es el fuego que reúne, sino la pantalla de la televisión que ofrece imágenes y temas para compartir en familia, podemos derivar que la referencia de la familia social a la familia particular pende de un hilo tecnológico. La televisión ofrece una apariencia de unión, de comunicación mediada y mediatizada.

Y es en esa pantalla donde aparece la publicidad y la oferta de consumo "que escinde a la población", donde se expone la vinculación y desvinculación de las vidas particulares con la tecnología y con los bienes de consumo. El mecanismo de mercado reduce la moralidad al deseo. Lo que escinde, las diferencias sociales y culturales por obra de la economía neoliberal, presentes en la televisión nuestra de cada día, son parte del hogar y del consumo de valores y valoraciones dominantes.

Proteger la familia es, después de todo, la protección de la cohesión posible en una sociedad que pareciera tener como fuerza predominante la fuerza centrípeta, que nos expulsa hacia bordes marginales múltiples.

Otro de los rasgos que se pueden percibir actualmente, es el hecho, que no deja de ser desconcertante, de la gran complacencia generalizada que suscitan las afirmaciones de ciertas personalidades del mundo político en orden a hacer disponible socialmente un concepto ampliado de familia, incluyendo los casos no tipificados desde la visión tradicional (matrimonio con hijos). Nombrar más adecuadamente la realidad empírica es algo que podría ser más bien de perogrullo y que debiera ser una permanente preocupación de todo el lenguaje discursivo que utilizamos cotidianamente, y en especial por parte de quienes tienen de algún modo poder de generar circulación lingüística (políticos y comunicadores sociales) y de quienes producen y pretenden producir conocimientos desde el saber institucionalizado, siempre con más poder que los saberes más locales. Cabe preguntarse, entonces, qué representa la mayor extensión del concepto de familia, no tanto en la manifiesta intención modernizadora de quienes proponen esa ampliación, sino más bien en sus sentidos menos manifiestos.

Si extendemos el concepto a la vasta empiria de tal modo que podamos ampliamente registrar y contener las múltiples posibilidades de dinámicas familiares de convivencia, o dinámicas de convivencia de familiaridad, no se podría seguir hablando de un modelo de familia. Si se habla de modelo es en virtud de privilegiar una o ciertas formas por sobre otras. Es el problema de la particularidad y la generalidad. En la medida en que tipificamos, nombramos lo general, dejamos fuera las singularidades posibles de encontrar en el terreno de la vida social.

Tómese el ejemplo de una familia monoparental con madre o padre alcohólico, hijos relativa o francamente abandonados, miseria o pobreza que obliga a los niños a mendigar o finalmente a irse de la vivienda común.

¿Puede considerarse esa familia como instancia de transmisión y formación de valores que constituyen humanidad y sociabilidad? Sin embargo, éste es uno de los supuestos activos en muchas de las caracterizaciones dominantes de la familia. ("La familia determina un sentido de pertenencia. El ser humano en la familia no se siente solo y aislado, como una hoja a merced del vendaval, sino que se siente protegido, integrado". Discurso del Presidente Aylwin con motivo de la creación de la Comisión Nacional de la Familia). La disgregación misma que puede ocurrir al interior de la familia hace imposible pensarla como modelo en el sentido anterior. Es la previa sujeción a normas y acondicionamientos de regulación lo que hace a la familia devenir institución y, por ende, modelo. No es cualquier tipo de convivencia familiar la que hace familia en la concepción política.

Si tenemos en consideración distintas situaciones de convivencia, lo más amplias que nuestra imaginación pudiera considerar, que se dan o que pueden darse en la práctica, veríamos que cualquier definición chocaría con algunas de ellas. Por ejemplo, algunas definiciones consideran como familias aquellas que cumplen la condición de reproducción de la vida (mantención y transmisión de la vida). Sin aludir a casos extremos, se suscita el problema en la situación de la familia con hijos traídos al matrimonio por uno de los cónyuges, y en la que desaparece o fallece la o el progenitor(a). La familia monoparental podría llegar a formarse, de este modo, con hijos sin lazo de consanguinidad. De hecho, existe una serie de situaciones límites que desestabilizan los conceptos ordenadores. El registro de la amplia casuística tiende a poner en aprietos las generalizaciones.

También podría considerarse, como caso límite, ciertamente más extremo, la pareja de mujeres u hombres homosexuales que tiene hijos reconocidos en el nombre, en la figura de una adopción legal simulada. Piénsese en la dificultad de inclusión de esta realidad en el concepto familia, como podría serlo también la inclusión en nuestra legalidad del matrimonio formado por la pareja de homosexuales.

Lo que se quiere proteger y reforzar, entonces, insisto, no es cualquier familia entendida como forma de convivencia, sino aquella que se ajusta a algún principio establecido convencionalmente de manera previa, que está, por ende, normada según un estatuto de legitimidad y que puede poseer una cierta presentabilidad en la forma institucional. Se la norma suficientemente para poder proteger a la *familia que resulta admisible* para la particular idiosincrasia de quienes tienen el poder de las decisiones políticas. La intención política es legislar para proteger lo que se desea como familia.

Pareciera ser que la voluntad política "modernizada" pretende reconocer e institucionalizar la diversidad de formas de familia, diversidad que ha existido siempre, aunque con distintas formas particulares de acuerdo a los contextos económicos, sociales y políticos. Ese acto es relevante, como gesto político, puesto que el propósito de definir los nuevos términos para la comprensión del espacio familiar — una modernización del concepto de familia — hace explícita la poderosa dimensión convencional que la concepción de la familia tiene. Se nos revela su carácter convencional en la existencia de las múltiples maneras de significarla, donde la particular definición que se dé de ella, o la particular comprensión de su origen y sus funciones, corresponde a las expectativas del poder social.

También es relevante ese gesto político, en cuanto que manifiesta una voluntad de administración posible de la vida privada, por de pronto nombrándola, para posteriormente regularla. Se pretende legislar conteniendo las realidades de convivencia que no se tipifican en el modelo más convencional. Podríamos considerar, asimismo, que ese gesto se ha hecho cargo del sentido de la afirmación de que lo privado es también político, saber antiquísimo, pero instalado contemporáneamente desde el feminismo y desde otros enfoques filosóficos y científico-sociales.

Por otra parte, la extensión del concepto de familia puede formar parte de una cierta voluntad de secularización del propio concepto, en la medida en que la noción tradicional de familia constituye una reserva doctrinal importantísima para la Iglesia Católica, que deja la extensa diversidad de la realidad empírica fuera del espacio de la legitimidad eclesiástica. La ampliación del concepto es la afirmación de la realidad fáctica por sobre la realidad de los principios doctrinales, que forman parte de los dogmas de la Iglesia.

El tratamiento de lo que es la familia muestra, sin embargo, una suerte de conciliación entre lo eclesiástico y lo secular, al centrarse el enfoque en el aspecto moral de la familia, como garante de ciertos valores comunitarios, fraternos, solidarios y de amor. El documento al que hemos estado haciendo referencia afirma que la familia tiene la tarea ineludible de "ayudar a formar en los hijos la conciencia moral" y se le otorga, en esa función, un lugar insustituible y prioritario.

Podríamos reconocer diferentes intentos de secularización en los enfoques posibles para abordar el tema de la familia; el que actualmente se propone llevar adelante el gobierno de nuestro país, es uno de conciliación (en que la reserva moral es un signo). Esta conciliación se manifiesta en un modo de ser del lenguaje con que se nombra esta realidad, que es un modo de concebirla. Un gobierno como el nuestro, con

una composición política en que comparativamente prevalece el pensamiento democrático cristiano, no podría querer entrar en conflicto con la Iglesia en el modo de entender la familia. La propuesta de extensión del concepto de familia es una cara de la modernización, en que se sacrificarán otras, y que tras la cual quizá no sería errado suponer discusiones y consultas con integrantes de la Iglesia que, más allá de la voluntad papal, abriguen una actitud favorable a una concepción más amplia.

Dentro de los sentidos con que se aborda el tema de la secularización podría destacarse un editorial del sacerdote Luis Eugenio Silva, publicado en el diario *La Segunda*, el día 9 de mayo del presente año, titulada "Modernidad e Iglesia", en la que se afirma que el catolicismo debe estudiar con una óptica renovada los grandes temas actuales. No se trataría, a juicio de este sacerdote, de inventar un nuevo catolicismo, "sino de repensarlo en las situaciones y circunstancias totalmente inéditas que los cambios del mundo han originado"; así, "se deben descubrir las nuevas formas de encarnarse [aquel] en la polivalente sociedad moderna". Ya no es posible hacer coincidir el cristianismo, religión abierta y universal, con "el estrecho marco de una sola cultura [la de la Iglesia], no obstante que se trató de hacerlo en el pasado medieval y en el barroco".

Pareciera ser, entonces, para algunos, que la secularización cada vez mayor de la sociedad pueda encontrarse con la Iglesia renovada, modernizada, un desafío actual que la hará intervenir de una manera más sutil y más hábil, con lenguajes menos marcados desde los signos eclesiásticos. Un nuevo Papa tendrá que dar cuenta de este proceso, en caso de que sea la tendencia dominante dentro de la Iglesia actual. No dispuesta a perder su poder interno más que externo, su correlación de fuerzas en su interior, y empeñada en detener la desintegración y pérdida de pastores y fieles, tendrá que mostrar y, más bien, finalmente, dar inicio al desarrollo de otra fase.

Familia, institución y relaciones familiares

Es importante, para el análisis de estas relaciones, destacar el aspecto material, económico y sexual de la familia y el aspecto ideológico referido a las funciones culturales que ésta desempeña: lo que se espera en términos de formación de individuo social, político, de ciudadanía.

En un análisis filosófico-político de la familia se hace necesario un acercamiento a los problemas vinculados con las relaciones de poder que pueden darse en su interior como también al carácter de institución que puede serle asignado desde un enfoque político. En relación a este punto, se da la controversia entre la familia como organización natural o cultural: como realidad universal y necesaria en virtud de determinadas leyes de la naturaleza, o bien, como institución que se funda en condicionantes históricas y culturales que la hacen relativa a ellas.

Un aspecto necesario de reconsiderar y destacar es la insistencia permanente sobre el carácter institucional de la familia. Declarar así lo que es el espacio de convivencia íntima, es funcionalizarla al diseño social programático que procede de las políticas de estado. Entendida como institución básica de la sociedad, debe obedecer a la voluntad política cívica y ser vehiculizadora de los parámetros del comportamiento social necesarios para la consolidación de las decisiones políticas globales.

Pienso que la familia como institución es *a posteriori* con respecto al diseño político;

desde éste se la hace ser institución, se la impregna de los valores culturales y sociales dominantes por obra de otras instituciones, que en sentido estricto serían tales porque tienen la indesmentible marca política en su origen mismo. El proceso de constitución de un grupo de convivencia posee aspectos aleatorios, inadministrables, de mayor densidad que los presentes en toda institución.

Para considerar el aspecto de la familia como aquella forma social que determina ciertas relaciones de poder, sería conveniente tener ante la vista el sentido etimológico del concepto. *Familia* designó en la cultura romana a los criados, a los sirvientes que constituían parte de la organización de poder de un núcleo parental que tenía en común con los sirvientes el habitar el mismo lugar. Habitación común y relaciones de poder son los caracteres que constituyen lo familiar.

"Familia", del latín *familia*, significa "el conjunto de los esclavos y criados de una persona". La palabra viene derivada de *famulus*: sirviente, esclavo. Según las Partidas Reales en España, abarca a los parientes y a los criados. Curiosamente, conforman la familia quienes no pueden constituirla por sí mismos como consecuencia de la venta, el trabajo forzado o la explotación sexual, por su pertenencia a otros.

Una acepción derivada, "familiar", ha significado el "demonio que tiene trato con una persona", y en el Siglo de Oro fue usual como sustantivo, familiar, como abreviación del demonio familiar. También designó "la culebra doméstica que tienen algunas familias criollas".

En la familia ha sido tradicional el establecimiento de una estructura jerarquizada, donde se cumplen roles determinados culturalmente, donde se establecen ciertos privilegios para los adultos y otros para los vástagos, unos menores para las mujeres y otros mayores para los hombres, dependiendo esto de los sectores sociales y de los niveles culturales. Hasta el momento, es la primera estructura jerárquica con la que se encuentra el ser humano, que puede darse con estilos de arbitrariedad o de equidad, y con multiplicidad de prácticas sostenidas en valoraciones diversas.

Por otra parte, en la familia, considerada desde el punto de vista de la propiedad, el sistema de los patrimonios ligados a herencias constituye una específica forma de propiedad privada, de tal modo que se la puede relacionar con un microespacio económico que, unido a otros factores y a especiales condiciones de acumulación, crea también un sistema de endeudamiento múltiple (material y afectivo) entre los distintos componentes de la familia.

Es relevante traer aquí el sentido originario del concepto *familia* al que me referí antes, y que nombra al conjunto de esclavos y criados pertenecientes a una persona. En Grecia, en la *Política* de Aristóteles, el *oikos*, equivalente a la *familia* romana, es el conjunto de todos los que están sometidos a la voluntad del padre o jefe de la casa. Es claro, entonces, que el concepto de familia, especialmente el de la familia patriarcal, nombra relaciones de propiedad y autoridad.

Tal vez, si queremos propiciar un cambio en las relaciones de la cotidianeidad del espacio íntimo entre quienes habitan un mismo sitio, ya no nos sirva el concepto de familia, que conserva sus resabios de propiedad y sujeción impidiendo la autonomía de sus miembros. Tal vez sí nos sirve, en vez de familia, el término *paideia*, que se relaciona al destino de los niños y niñas que nacen, y a la responsabilidad de la sociedad respecto de éstos.

En todas las sociedades humanas existe algún tipo de organización de convivencia íntima. Se tiende al agrupamiento con vistas a la crianza, se tiende a producir una

relación estable, a contar con otros, para la crianza, cuidado, protección, apoyo a las crías; y, por último, se tiende a que estas funciones sean compatibles con otras tareas de la economía. Economía que se sostiene en una división sexual del trabajo, según la naturaleza de las tareas encomendadas, del estado de desarrollo de la técnica y de la concepción de los géneros sexuales.

Las características del desvalimiento de las crías, del cuidado prolongado, del amamantamiento, de la larga infancia en la sociedad humana respecto de la animal, han permitido el establecimiento de la familia, entendida como agrupación por líneas de parentescos. Podríamos concebir otras formas de familia, pero en casi todas parece cumplirse la finalidad de la continuidad o de relación estrecha entre una generación adulta y otra nueva.

Es sintomática la definición que da Kathleen Gough, de que la familia es "una pareja casada u otro grupo de parientes adultos que cooperan en la vida económica y en la crianza de los hijos(as), la mayor parte de los cuales, o todos, usan una morada común". ("El origen de la familia", en *Polémica sobre el origen y universalidad de la familia*. Barcelona: Cuadernos Anagrama, 1974). Especificado que esta definición incluye toda forma de hogar basada en el parentesco, definición que a la luz de algunas de las consideraciones anteriores se nos hace problemática, no deja de llamar la atención el sentido jerárquico de la definición que sitúa la mirada, para definir lo familiar, en la edad adulta y las funciones de ésta en su interior. Ello, por una parte, podría hacernos definir como posible familia aquella formada por adultos sin hijos que cooperan en la vida económica y que pueden tener el deseo a corto, mediano o largo plazo de criar hijos(as). No parece contemplar la familia monoparental y revela la discriminación negativa (pasiva) de los pequeños.

Las definiciones múltiples de familia, las que se han dado y las que pueden darse, nos abren a una diversidad de significaciones disímiles, entre las que podríamos rescatar un elemento común que concierne a las relaciones de parentesco, elemento que puede tener la connotación de naturalidad o de consanguinidad, o bien de juridicidad a través de la adopción legal, o todavía de adopción simple sin la mediación de leyes.

La familia supone una lógica del parentesco, lo que de algún modo significa poner un cierto orden dentro de las prácticas sexuales de individuos que tienen una habitación común y en donde hay lazos de consanguinidad. Interesante es la comprobación de estudios antropológicos que nos afirman que en todas las sociedades ha sido prohibido el incesto entre madre e hijo; en muchas la relación entre padre e hija y entre hermana y hermano.

Podríamos afirmar que la familia existe a partir de la prohibición de ciertas relaciones sexuales y que su principio ordenador se refiere a esa regulación que discrimina la sexualidad, que la organiza en función del parentesco. Piénsese en la fuerza del mito de Edipo y su carácter trágico, que no puede dejar de conmovernos profundamente, conmoción que a juicio de Freud puede ser interpretada por su referencia a nuestra propia memoria de los afectos y deseos primarios.

Desde esta reflexión, es posible hacer la lectura de que la familia es la unidad básica de la sociedad, en la medida en que es la unidad discriminatoria primaria, que instituye las primeras prohibiciones señaladas por la comunidad sobre la base de ciertos mecanismos que aún nos parecen misteriosos.

Esta discriminación debe haber cumplido un rol funcional para las estrategias de

sobrevivencia relacionadas con la economía social y doméstica (la división sexual del trabajo de producción, recolección, cuidado del fuego) y la economía sexual (la conservación de la especie y su regulación, la alimentación de la prole).

Algunas notas propositivas en relación a la familia

En forma de apartado, me inclinaría a proponer algunos nuevos sentidos para concebir a la familia, más que como institución, como clima, esto es, como un clima afectivo, un estilo de convivencia, un espacio de normatividad que mira a las instituciones, pero que en sí misma no es institución, siendo un tanto forzado el otorgamiento de esa connotación *a priori*, que no considera toda la constricción de que es objeto por parte del estado o la Iglesia. No es en sí misma la micrópolis; ya no es, en lo general, comunidad productiva de bienes; ya no es estamentaria como lo fue en la antigüedad.

En todo caso, es tal vez uno de los lugares privilegiados donde se comprenden las limitaciones de lo humano, la precariedad, los vacíos, lo relativo de los valores, donde se establecen complicidades que en definitiva pueden ser muy arbitrarias, donde se da la confusión de planos prescriptivos y de libertad, lugar de expresión de nobleza y generosidad como también de finos o refinados egoísmos y capacidad de simulación. Espacio de torpezas vividas, propicio para el cuestionamiento personal, pero donde estamos más o menos contenidos por el afecto de los otros. Espacio de sutilezas y repliegues, de encubrimiento, de manifestación de las valoraciones que ponemos en juego, vivenciadas concretamente, más que explicitados.

Desde este punto de vista, y como término de estas reflexiones y afirmaciones de carácter tentativo, provisorio, creo oportuno ofrecer un breve apunte sobre el tema de la permanencia de la familia, que puede ofrecer una rendija a través de la cual mirar el problema del divorcio —tema actual y de notoria relevancia en el debate nacional—, así como la disolución de ciertas formas familiares para dar paso a otras.

Existe, y desde hace algún tiempo, como por ejemplo en las psicologías de corte tradicionalista, una suerte de tremebundismo en relación a los temas de la separación de los padres y el divorcio. Les asiste a estos problemas o temas una aureola enrarecida, en la medida en que se los asocia al fracaso y a la pérdida dramática. Se los refiere, indudablemente, al hecho de salirse de las estructuras fijas, de estabilidad, de permanencia y continuidad.

Las cargas dramáticas, afectivas, emocionales, además de estar influidas por rasgos del carácter, están condicionadas por un tipo de cultura que no ha valorizado lo provisorio, lo efímero. La separación o el divorcio podrían relacionarse con ciclos de vida, espacios existenciales temporales, con la movilidad afectiva que ponen en juego los adultos, que, más que ser preparados o condicionados rígidamente para lo permanente, deberíamos ser preparados para el respeto, para la responsabilidad con lo que se ama, para aceptar y propiciar los cambios que pueden ser vividos como desafíos para un desarrollo compartido en un nuevo ciclo, si es que existen condiciones propicias internas y externas a la pareja, o como separación y término definitivo. Hijos e hijos harían tránsitos también menos dramáticos y desesperados.



La familia como fundamento del orden institucional*

Pedro Morandé

Prorector de la Pontificia Universidad Católica de Chile

El informe de la Comisión Nacional de la Familia, comisión asesora del ex Presidente Aylwin, en la que tuve oportunidad de participar, y que entregó sus conclusiones al Primer Mandatario en octubre de 1993, después de recordar, entre las disposiciones que dan forma al marco jurídico de la familia, el artículo primero de la Constitución, donde se afirma que "la familia es el núcleo fundamental de la sociedad", como también el inciso quinto, que establece que "es deber del Estado... dar protección a la familia y propender al fortalecimiento de ésta", agrega este inquietante párrafo "No deja de sorprender, en todo caso, que en ninguna parte, ni siquiera en las actas de la Comisión de Estudio de la nueva Constitución, se haya dejado constancia de qué se entendía por tal (por familia), más aún cuando no existe una definición en la legislación civil, a no ser una funcional en relación al ejercicio de un derecho real (de uso). De esta forma, el constituyente deja abierta la posibilidad de que sea la sociedad, en cada momento histórico, la que defina qué entiende por familia y cómo se harán efectivas muchas de las aspiraciones programáticas consagradas por la Constitución.

* Conferencia dictada con motivo de la inauguración del Año Académico (1994) de la Facultad de Derecho de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Publicada en *El Mercurio*, Cuerpo E: Artes y Letras (Santiago de Chile, domingo 17 de abril de 1994). Reproducida con autorización de *El Mercurio*, y del autor.

Aun cuando la legislación civil realiza una prolija regulación del matrimonio, lo ya señalado lleva a afirmar que el constituyente "no identifica necesariamente familia con matrimonio". Lo anterior no significa que desconozca la especial ligazón que los une, pero deja abierta la posibilidad para que se protejan otros tipos de familia" (Informe Comisión de la Familia, Cap. III).

El párrafo recién citado del informe muestra una tendencia conceptual preocupante, y bastante generalizada en amplios círculos políticos e intelectuales. Se suele afirmar que la familia que nace del matrimonio sería una entre muchos otros tipos de familias posibles, como son aquellas nacidas de las uniones de hecho, las "recompuestas" con los restos de uno o varios matrimonios fracasados, las de carácter monoparental, e incluso, como ocurre en algunos países europeos, aquellas fundadas en uniones homosexuales. Podría parecer, a primera vista, que se trata solamente de constatar una variedad sociológica de formas relativamente estables de organización social que constituyen una compleja red de relaciones. Sin embargo, el corolario que se suele extraer de este reconocimiento de la complejidad social es de otra naturaleza, a saber, que se puede disolver legalmente el vínculo matrimonial sin con ello afectar el deber constitucional de protección a la familia, ni las bases del orden institucional.

Algunos sectores políticos significativos han comenzado a formular esta tesis en términos positivos, afirmando que la legislación sobre el divorcio es una de las medidas necesarias de tomar, dentro de un conjunto de otras medidas, con el propósito de dar cumplimiento, precisamente, al mandato constitucional de proteger a la familia. Así lo suscribió, en cierta forma, la mayoría de los miembros de la Comisión Nacional de la Familia, señalando que "no es el divorcio vincular el que produce el quiebre matrimonial, sino que es el quiebre el que produce el divorcio vincular. Este último sólo regula jurídicamente los efectos del primero". Con esta argumentación, la ley de divorcio se justificaría como un mal menor que evita daños mayores y abundarán las personas que estén dispuestas a interpretar este "evitar daños mayores" como una forma de dar cumplimiento a la expectativa constitucional de protección a la familia.

Los efectos posibles de esta argumentación pueden proyectarse en toda su magnitud si se recuerda, como lo hace el citado informe, las disposiciones del inciso segundo del artículo quinto de la carta fundamental, que da rango constitucional a los tratados internacionales ratificados por Chile, entre los cuales varios afectan directa o indirectamente a la familia. Por esta vía, podrían incorporarse a nuestro ordenamiento normativo ciertas tendencias mundiales que han socavado los fundamentos de la vida familiar y que explícitamente separan la institución del matrimonio y de la familia.

Aunque se revista esta argumentación ante la opinión pública, la mayor parte de las veces, con el carácter pragmático de quien quiere recoger los "duros" hechos y adecuar la normativa legal con realismo, a ellos, de lo que se trata, en verdad, es de una cuestión antropológica fundamental. En efecto, lo que está en juego en torno a la mantención del matrimonio indisoluble o a su disolución es el dilema si acaso la persona humana y su libertad, como también la familia nacida de ellas, es el fundamento del orden social o, por el contrario, el orden social es el fundamento de la persona y de la familia. No se equivoca el constituyente al considerar la familia como "núcleo fundamental de la sociedad". Así también lo ha sostenido la tradición de la Iglesia, de la cual procede esta expresión. Pero no parece que sea igualmente sostenible esta afirmación si tiene como fundamento de la familia el matrimonio indisoluble o,

por el contrario, cualquier tipo de unión de hecho, aun cuando ésta resulte ser estable y entre personas de distinto sexo. La unión de hecho representa, evidentemente, una forma de sociabilidad. Pero la exigencia de libertad y responsabilidad que ella pone a la persona es de una naturaleza totalmente distinta que la que pone a una alianza matrimonial que no podrá disolverse, sino con la muerte de uno de los cónyuges.

Lo que hace una ley de divorcio, precisamente, es transformar el matrimonio en una unión de hecho, aunque regulada en algunos de sus efectos, puesto que las partes, por mutuo consentimiento o en forma unilateral, pueden pedir el término de la unión. Aunque se declare que se desea introducir un divorcio restrictivo y se quiera crear incluso tribunales especiales que esté obligados a tener instancias de conciliación antes de disponer el término del vínculo, la experiencia internacional ha mostrado que ha sido tan frecuente el recurso fraudulento a la fabricación de pruebas y causales ad hoc, que los legisladores han terminado por recurrir al establecimiento de la causal genérica de "término irreparable de la relación matrimonial", presumiendo de derecho que ello ha ocurrido con el solo expediente de demostrar una separación prolongada. Así, la separación de hecho es la que hoy día califica la ruptura del vínculo, lo que, considerado bajo el principio de proporcionalidad del efecto y la causa, demuestra que, en verdad, el vínculo matrimonial se consideraba solamente como un vínculo de hecho.

No parece razonable suponer que las bases fundamentales del ordenamiento institucional podrían tener como estructura soportante una institución nacida de la unión de hecho de dos personas y que puede ser modificada por ellos a voluntad, aun cuando se revista esta modificación con ciertos resguardos legales. El fundamento institucional está constituido por principios intangibles de respeto a la persona humana, a su dignidad y libertad, de los que se desprenden formas de ordenamiento social fundadas en la justicia y la subsidiariedad. Estos principios son intangibles, precisamente en el sentido de que trascienden cualquier situación de hecho, aunque el modo específico de su ejecución deba adaptarse históricamente a la realidad social existente. Aun el positivismo más extremo debe presuponer en la voluntad legislativa un sentido común anterior a ella, que no sólo se funda en la opinión y en la tradición, sino en la certeza de que el ser humano es capaz de comprender racionalmente el sentido de su existencia y los fines que está llamado a cumplir.

Entre estas intuiciones fundamentales de la racionalidad se encuentra la libertad humana, la que no sólo es expresión del arbitrio de la voluntad, sino que tiene un fundamento ontológico todavía más hondo. En efecto, la comprensión de la existencia personal no puede partir sino del hecho de que la vida nos ha sido donada por otros, que nadie ha escogido por sí mismo nacer. Ello nos hace herederos de una cadena finita, pero milenaria, de antepasados que, comenzando por nuestros inmediatos progenitores, se remonta hasta el principio de los tiempos. Cualquier interrupción en la voluntad de encuentro de estos antepasados implicaría que ninguno de nosotros estaría en la existencia. Tal vez otras personas, parecidas, pero no nosotros. Por ello, ante la evidencia de que existimos no nos queda otra reacción que un admirado estupor ante un hecho que, desde el punto de vista estadístico, podríamos denominar de altísima improbabilidad. El mismo raciocinio debemos aplicar frente a nuestra descendencia, de modo tal que nuestra voluntad de encuentro como esposos será el eslabón de una específica y no sustituible cadena de existencias personales que perdurará por los siglos. Sabemos que cada uno de nosotros fue engendrado por un

único y específico acto sexual, de modo que si no hubiese ocurrido del modo y en las circunstancias en que ocurrió, no estaríamos aquí presentes, ni estarían, por su parte, en la existencia ninguno de los hijos que amamos en su específica individualidad personal.

Este tremendo misterio de la vida que se dona de un modo absolutamente particular y que genera personas ónticamente irrepetibles e insustituibles hace que la aparente debilidad de la vida humana, su contingencia, sea la fuente de su más alta dignidad. El objetivo del orden institucional no puede ser, en consecuencia, proteger la especie o la biodiversidad, como efectivamente ocurre en el caso de todas las restantes formas no humanas de vida. En el caso de la vida humana, se trata de proteger la sobrevivencia y desarrollo de personas, cada una única e insustituible, y que son capaces de comprender con su entendimiento esta insustituibilidad. A la cultura tecnológica de hoy le cuesta entender este hecho, precisamente porque para la tecnología la contingencia de todas las cosas la obliga a definir metodologías de sustitución, como ocurre con las partes y repuestos, y hoy día hasta con los órganos humanos. Incluso más, la tecnología no sólo sustituye objetos, sino funciones y procedimientos, de tal suerte que un sistema funcional puede llegar a asumir las funciones de otro. En el plano de la vida personal, en cambio, la contingencia nos garantiza que ninguno de nosotros podrá jamás ser sustituido por nadie en su realidad óntica. Se podrá sustituir algunos aspectos de las funciones sociales que desempeñamos, pero no a nosotros ni a nuestra descendencia.

Pues bien, la libertad humana debe entenderse también sobre la base de esta realidad. No es solamente capacidad, disponibilidad y oportunidad de elección entre alternativas, del modo como escogemos productos en el supermercado o tomamos decisiones sobre cursos alternativos de acción. En estos casos podemos siempre considerar alternativas relativamente equivalentes frente a las cuales somos indiferentes. La ciencia económica ha dado ejemplo de lo útil que resulta formalizar matemáticamente estas relaciones de indiferencia. Este planteamiento en relación a la libertad humana, sin embargo, sólo es aplicable para la elección de objetos de consumo o para los aspectos funcionales de una conducta. Pero no se aplica a la contingencia personalizada de nuestro sustrato óntico. No es equivalente o indiferente engendrar un hijo con una mujer o con otra, como ni siquiera lo es con la misma esposa en uno u otro instante de la vida marital. La persona que existirá en uno y otro caso será distinta.

El acto libre de entrega personalizado de la propia existencia a otra persona, también única e irrepetible, es el mayor acto de libertad que el ser humano pueda concebir. A él le ha dado la tradición de la Iglesia el nombre de amor, imagen del modo como el propio Creador considera a cada una de sus criaturas humanas. Por ello, esa feliz frase de la constitución pastoral *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II resuena con explicable vigor e insistencia en el magisterio pontificio actual: "... el hombre, que es en la tierra la única criatura que Dios ha querido por sí misma, no puede encontrarse plenamente a sí mismo, sino por el sincero don de sí mismo" (GS 24). No es posible comprender racionalmente el significado de una vida que ha sido donada, del modo irrepetible que caracteriza nuestra contingencia, si no se está dispuesto también a donarla. Así es posible interpretar, igualmente, el significado misterioso de la sentencia evangélica, que tanta perplejidad causa a la razón: "El que busque guardar su vida, la perderá, y el que la perdiere, la conservará" (Lc 17,33).

El matrimonio indisoluble es la expresión institucional de ese supremo acto de libertad personalizado por el cual un hombre y una mujer se donan a sí mismos su existencia hasta la muerte. Por ello, la condición racional de su validez no es la posesión de un determinado sentimiento o el encontrarse en un cierto estado emocional, sino el libre consentimiento y la voluntad expresamente manifestada de que se trata de un vínculo que sólo el término de la existencia puede disolver. Por tratarse del mayor acto de personalización imaginable, sus protagonistas son sólo los contrayentes y toda otra persona es sólo un testigo. En esta calidad podrá dar fe de que el contrato se realizó válidamente o, por el contrario, que tal contrato no existió o no se realizó conforme a su naturaleza, pero como testigo no tiene potestad alguna para disolverlo posteriormente, si el acto de libertad que le dio origen en efecto existió. Por ello, una ley de divorcio con disolución del vínculo matrimonial es, en mi opinión, intrínsecamente totalitaria y quien la dicta y la aplica se arroga una potestad que, como testigo, no tiene. Así se lo manifesté por escrito al Primer Mandatario cuando se le entregó el informe de la Comisión Nacional de la Familia,

Además, la legislación sobre divorcio vincular plantea un serio problema de retroactividad de la ley. Ella declara, de hecho, inexistentes todos los matrimonios voluntariamente celebrados con indisolubilidad del vínculo, haciendo que todos ellos sean disolubles. ¿Con qué derecho el legislador se arroga esta autoridad? No tiene mucho sentido jurídico afirmar que sólo los que deseen o los que tipifiquen causales expresamente contempladas en la ley podrán disolver su vínculo matrimonial. El solo hecho de que tal posibilidad exista, cambia la naturaleza del contrato matrimonial por el solo arbitrio del legislador, atropellando seriamente la libertad de todos los que han contraído el vínculo. Este problema ha resultado ser insoluble, puesto que una legislación que declare que no existirá matrimonio indisoluble en el futuro, además de conculcar el derecho a la libertad de las generaciones que vendrán, no resistiría las presiones sociales y políticas que abogan por introducir la legislación divorcista.

Si miramos ahora el matrimonio desde el punto de vista de los hijos, y teniendo en cuenta el marco ontológico antes descrito, que descubre en la existencia de cada ser humano un ente único e irrepetible, la pregunta que deberíamos hacernos es la siguiente: ¿Cuál es la institución más racional imaginable para que un ser humano venga dignamente al mundo? Podríamos responder con algún tipo de criterio utilitarista o funcional, señalando que es aquella que tiene mayores recursos económicos, o mejor salud, o mayor estabilidad, o incluso, mayor armonía emocional o mejor calidad de vida psicológica. Hasta si dijéramos que sería aquel hogar donde reina la virtud y la paz, aun así estaríamos usando criterios funcionales, que suponen la sustituibilidad o la elección entre alternativas relativamente indiferentes. Me parece que la única respuesta racional y coherente con la contingencia personalizada que caracteriza la ontología humana, sería afirmar que tal institución no debería considerar otro criterio para recibir dignamente a ese recién nacido o a ese recién engendrado que el hecho de ser persona, única e insustituible, don único de la vida, como lo son también quienes lo engendraron. Y nadie puede tener una conciencia más honda de esta realidad que quienes se han donado libremente su existencia en un vínculo indisoluble hasta la muerte. Por cierto, los argumentos funcionales tienen también su ámbito de validez en cuanto son secundarlos y complementarios del argumento ontológico, pero no pueden sustituir a éste.

La conclusión lógica de este razonamiento es que no se puede separar la institución

del matrimonio indisoluble y la de la familia. Se pertenecen mutuamente como expresión racional de la libertad humana que encuentra su plenitud en la donación de sí mismo. Esto no quiere decir, ciertamente, que los hijos nacidos fuera del matrimonio indisoluble sean menos dignos que los nacidos dentro de él. La contingencia personalizada de cada vida humana hace que ningún ser sea comparable con otro en términos relativos. Toda persona es digna en términos absolutos; también, por tanto, en el caso en que esa dignidad no le sea reconocida por la sociedad. Pero tratándose del reconocimiento de esa dignidad, es evidente que el matrimonio indisoluble representa la más alta garantía humanamente imaginable de que se recibirá al hijo con la dignidad que da el único título de ser persona y sin consideraciones de ninguna otra naturaleza que se estimen equivalentes.

Esta importante materia es objeto de una ley actualmente en trámite y que ha suscitado no pocas polémicas. Es evidente que todos los seres humanos deben ser considerados iguales en dignidad con independencia de la forma de su nacimiento. Pero es igualmente evidente que el reconocimiento objetivo de esa dignidad por parte de su familia de origen es distinto tratándose de hijos legítimos o ilegítimos, por más que se quiera, con toda justicia y buena voluntad, aminorar las diferencias, eliminar los estigmas sociales y aspirar a que cada persona sea reconocida como valor absoluto e incomparable.

Con mucho mayor nitidez puede percibirse, a este respecto, la ilegitimidad de los procedimientos de la llamada fertilización asistida que, engendrando seres humanos fuera del cuerpo de sus madres, amenazan con transformar la procreación en una industria de producción en serie, manipulada por intereses económicos, políticos o tecnológicos. En este caso, se aplica directa y explícitamente el principio tecnológico de la sustituibilidad, siendo indiferente qué embriones se desechan. Desde el horizonte ontológico sabemos que cada uno de nosotros fue una vez un embrión, y si gozamos hoy del don de una existencia única e insustituible es porque no se aplicó ningún principio de indiferencia o de selección. Otra vez no parece posible imaginar una institución que racionalmente pueda engendrar y acoger mejor la vida en su particular dignidad personal que la del matrimonio indisoluble, incluso en el caso de que el embarazo no haya sido buscado o deseado. La entrega incondicional y personalizada de los esposos para toda la vida asegura que el deseo o la intencionalidad operen en un marco objetivo de mutua entrega que los trasciende.

La suprema expresión de la libertad humana que es la autodonación incondicional que está en la base del matrimonio indisoluble es también el mareo apropiado para la educación de los hijos a la libertad y para la transmisión de la herencia cultural que recibimos de las generaciones que nos han antecedido. En ella se modelan hasta lo más inconsciente las virtudes morales de la convivencia pacífica y justa, del sacrificio y responsabilidad por el destino de los demás seres humanos. La escuela es un complemento muy valioso de la educación familiar, pero jamás la podrá reemplazar. La familia educa a cada uno de sus miembros por presencia, por las actitudes cotidianas, por el espacio y tiempo compartidos, por los gozos y sufrimientos vinculados a la vida de cada uno. Ningún establecimiento educacional, por sofisticado que sea en sus técnicas pedagógicas, podrá igualar el nivel de personalización de las relaciones, de las expectativas, de la memoria compartida al interior de una familia. Las escuelas tienden a ser en la sociedad de hoy cada vez más funcionales dado el nivel de preparación que necesitan sus recursos docentes y la tecnología educativa, de

modo que no pueden ofrecer esa experiencia de la gratuidad del aprendizaje de una sabiduría humana acumulada por milenios.

Aunque la sociedad y la familia correspondan a formas de organización social de escala muy distinta, y aunque tampoco pueda la sociedad funcional moderna operar como si fuese una familia, puesto que necesita normas de conducta despersonalizadas y formas de intercambio fundadas en la capacidad de elegir y en el mutuo beneficio de las partes, no es posible imaginar una contraposición ni una indiferencia entre la moralidad familiar y la moralidad social. Si ambas se orientan hacia el respeto irrestricto de la dignidad de la persona humana, de sus derechos y responsabilidades, tienen necesariamente que tener un fundamento común y una muy amplia gama de virtudes compartidas.

No resulta realista abogar por una moral pública de respeto a la persona, declarando al mismo tiempo que la moralidad familiar es un asunto privado que cada quien determina del modo que desee, como tampoco es realista esforzarse por una moral familiar que busca la vida buena, si en el espacio público prima el mero equilibrio de intereses y de poderes, que puede recurrir incluso hasta la corrupción para imponerse. La moral es una sola. Y aunque cada ámbito de la vida social requiera ser considerado en sus características específicas, la persona humana no puede desdoblarse al punto de desarrollar identidades distintas para cada uno de los ámbitos en que actúa. Por ello, el deber constitucional del Estado de proteger a la familia no puede interpretarse como el apoyo a una institución ajena o externa a su ordenamiento, sino que es una exigencia de su propia estabilidad y seguridad, un requerimiento del bien común.

Es efectivo que ha aumentado en el último tiempo la cantidad de fracasos matrimoniales, el recurso fraudulento a la nulidad y las uniones de hecho. Las causas de que esto ocurra son muy variadas, algunas susceptibles de ser corregidas por el ministerio de la ley, otras, en cambio, de naturaleza moral y cultural que exceden, con mucho, la eficacia del derecho. La sociedad debe buscar soluciones eficientes para estos problemas. Pero como lo demuestra sobradamente la experiencia de otros países, la disolución del vínculo matrimonial no ayuda a superar estos males, sino a agravarlos. Más del 50 por ciento de las personas que sufren fracasos matrimoniales dan como causa la infidelidad de uno de los cónyuges. Ello indica, precisamente, que la fidelidad es un bien correlativo al de la libertad y garantía de una autodonación personalizada. Así, no tiene ningún sentido reclamar contra la infidelidad declarándola legítima o no esencial en relación a la vida de las parejas. Lo que tiene sentido, en cambio, es fortalecer la fidelidad protegiendo a la institución que naturalmente está destinada a resguardarla, y que es la que nace de un vínculo matrimonial indisoluble.

Es común también escuchar una ácida protesta contra la nulidad fraudulenta, puesto que daña muy hondamente al derecho. Nadie podría poner en duda que la mentira sistemáticamente administrada corroe los fundamentos de un estado de derecho. Pero el problema de fondo no radica en que las personas se vuelven de pronto mentirosas con la complicidad de los jueces, sino en confundir y utilizar la declaración de nulidad matrimonial, algo de suyo legítimo, con el divorcio vincular. Es el deber de un testigo dar fe si el acto jurídico que presenció correspondió o no al de un matrimonio con las características definidas en la ley. El fraude en el procedimiento actual es que el testigo sobrepasa la función que le corresponde como tal, convirtiéndose en pretexto para que, a su vez, la magistratura se arrogue un poder que no tiene. Usar el recurso de nulidad como declaración de divorcio es un grave atentado al

ordenamiento jurídico porque confunde la naturaleza de uno y otro acto. La legislación que regula la nulidad puede reformarse todo lo que se quiera, pero a condición de que siga regulando el proceso de nulidad y no algo que no corresponde al concepto de nulidad, como es la disolución del vínculo matrimonial y, junto con él, la disolución de la familia.

Algunos autores han querido justificar la naturaleza distinta del matrimonio y de la familia haciendo una diferenciación entre lo que ellos llaman la "pareja conyugal" y la "pareja parental". Mientras la primera podría deshacerse por la voluntad de las partes, la segunda sería indisoluble, puesto que la responsabilidad por el cuidado y educación de los hijos alcanza para toda la vida. Si miráramos la familia como una institución exclusivamente funcional, es evidente que una tal diferenciación podría realizarse, aunque su utilidad no queda claramente de manifiesto ante la evidencia elocuente del uso que hacen de sus hijos las parejas en conflicto para obtener ventajas emocionales, económicas o de prestigio social. Pero aun si fuese útil, esta diferenciación se equivoca en su supuesto, es decir, en suponer que la familia es una organización que regula un conjunto de funciones sociales. El nivel personalizado de la autodonación y de la transmisión de la vida hace inseparables la donación esponsal y la filial. Un hijo quiere a su padre y a su madre no sólo porque son sus progenitores, sino porque ve cómo ellos se aman entre sí, resultando indivisibles ambos amores. Precisamente el temor, la inseguridad y los conflictos de identidad que sufren los hijos ante la separación de sus padres se deben a que saben con certeza que la ruptura de ese amor se reflejará tarde o temprano en el amor a ellos. Cualquier compensación emocional a este respecto no pasa de ser un acto desesperado, un analgésico incapaz de reponer la pérdida del vínculo roto.

No es por acaso que las estadísticas muestran universalmente que los hijos de padres divorciados tenderán a reproducir la misma conducta de sus padres cuando ellos contraigan matrimonio. Su percepción del vínculo de filiación no es independiente de su percepción del vínculo esponsal. Si ambos fuesen autónomos no habría razón alguna para que se produjera una mayor probabilidad de recurrir al divorcio por parte de los hijos de matrimonios divorciados. La distinción entre "pareja conyugal" y "pareja parental" es puramente especulativa, sin fundamento en la ontología personalizada de la autodonación humana.

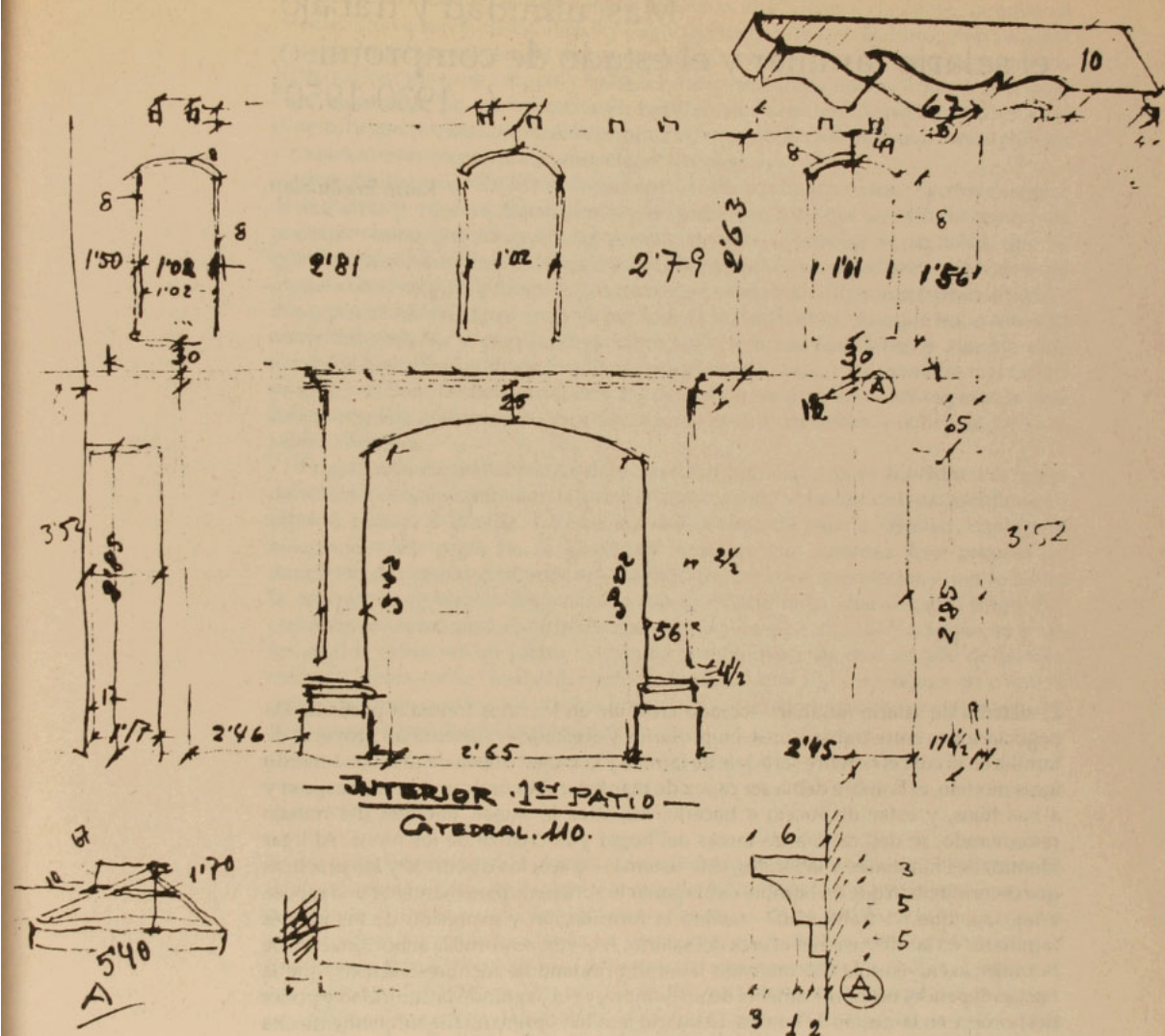
De todo lo dicho, no es difícil concluir que el matrimonio indisoluble es el fundamento de la familia, que es, a su vez, uno de los fundamentos del orden institucional. Buscar para la libre autodonación humana otro tipo de contrato disoluble o con plazos pactados no generaría una situación muy distinta que la que rige actualmente a la unión de hecho. Desde luego, no se necesita contrato matrimonial para cohabitar en un inmueble o para establecer una sociedad de bienes. Tampoco tiene mucho sentido someter a contrato la correspondencia afectiva o el régimen de actividad sexual de una pareja. Más que regular positivamente las uniones de hecho en beneficio de quienes las viven, lo que de verdad trata la ley de divorcio es de impedir el matrimonio indisoluble y la descendencia legítima, puesto que ambos actos demuestran que ante la libertad humana expresada en la total autodonación de sí, el arbitrio del poder es impotente. Si efectivamente la persona tiene un valor anterior y superior al del ordenamiento social, su prueba más elocuente es esta capacidad que la sociedad les reconoce a los seres humanos de incurrir en un acto de libertad que ninguna potestad jurisdiccional es capaz de modificar.

Esta es la razón por la cual la Iglesia defiende tan incondicionalmente la institución del matrimonio. No se trata de un argumento válido nada más que para católicos o nada más que para creyentes. Su validez se extiende a todos los hombres porque es una expresión de la libertad de seres contingentes que han recibido la existencia de un acto personalizado de donación y entregarán la vida a nuevas generaciones de modo análogo a como la recibieron. El ser humano es el único de los seres vivos que tiene conciencia de su contingencia y que es capaz de comprenderla en su particularidad y significado. Los partidarios del divorcio, en el fondo, son escépticos de que el hombre tenga la capacidad de comprender que es un fin en sí mismo y que la máxima libertad de quien se sabe un fin y no un medio es la entrega incondicional de sí mismo. La pregunta fundamental es entonces esta: ¿Tiene el hombre la libertad suficiente en algún momento de su existencia para entregarse a sí mismo a otra persona para toda la vida? Los partidarios del divorcio deben confesar, aunque no les guste hacerlo, que la libertad en que ellos creen no alcanza a tanto, que depende de las circunstancias sociales, de la madurez psicológica, y de tantos otros factores, que las decisiones son siempre situacionales y deben ser revisadas. Con este criterio jamás podría afirmarse que el valor de la persona es anterior y superior al de la organización social, sino por el contrario, debería reconocerse que el Estado o la sociedad son anteriores y superiores, y que al individuo particular sólo le queda adaptarse a lo que ellos determinen.

Como se ve, no está en juego solamente una determinada institución, sino los fundamentos mismos del orden institucional. Con matrimonio indisoluble o sin matrimonio indisoluble, el orden institucional es otro. En el primer caso, prevalece la persona como sujeto, objeto y fin de la vida en sociedad; en el segundo prevalece la sociedad como ente autorreferido y "autopoietico", como suele sostenerse ahora, siendo la persona, o bien un elemento generado por la propia sociedad, o bien parte de su paisaje o medio ambiente, sin capacidad de determinar el funcionamiento ni el sentido de las actividades sociales.

La Facultad de Derecho tiene una inmejorable oportunidad, por su competencia técnico-profesional, de aportar su talento a la clarificación del debate público que se avecina. Existe experiencia suficiente de lo sucedido en los países que decidieron seguir el camino de legislar sobre el divorcio, y sobre las consecuencias que esta elección ha ido dejando sentir, con el paso del tiempo, en otras importantes instituciones del ordenamiento social. La decisión que se tome en nuestro país afectará muy hondamente el debate posterior sobre el aborto, la fertilización asistida, la experimentación biogenética, la eugenesia, la eutanasia y tantos otros temas de crucial importancia para el destino del hombre. Por ello, cualesquiera sean las mayorías políticas y la fuerza de la opinión pública que se manifieste, en este ámbito no sirve el adagio de que "vale más un mal arreglo que un buen juicio". Están en juego principios fundamentales de antropología, avalados no sólo por el magisterio de la Iglesia, sino por la sabiduría de los pueblos que han valorado la libertad de la persona y la intangibilidad de su dignidad como uno de sus bienes más preciados.





CONSTRUCCIONES FAMILIARES

Masculinidad y trabajo: el salario familiar y el estado de compromiso, 1930-1950*

Karin Roseblatt

El sistema de salario familiar —creado en Chile en los años treinta a partir de las negociaciones entre trabajadores, empresarios y el estado— sustentó un proyecto de familia en el cual el hombre sería jefe de familia y la mujer, dueña de casa. De acuerdo a ese modelo, el hombre debía ser capaz de mantener económicamente a su esposa y a sus hijos, y estar dispuesto a hacerlo, mientras la mujer, liberada del trabajo remunerado, se dedicaría a las tareas del hogar y la crianza de los niños. Al ligar identidades familiares y laborales, este sistema —o sea, los discursos y las prácticas que determinaban que un hombre debía ganar lo suficiente para mantener una esposa e hijos/as que no trabajaban— facilitó la formulación y expresión de los ideales familiares en las discusiones acerca del salario. A la vez, reafirmó la subordinación de la mujer excluyéndola del mercado laboral; brindándole menores salarios, que la hacían depender económicamente de un hombre; y consagrando la autoridad y poder del hombre en tanto jefe de familia. El salario familiar obrero no fue simplemente una medida para paliar la pobreza de los chilenos más necesitados: junto con entregar beneficios económicos, se transmitieron profundos conceptos acerca del "deber ser" de hombres y mujeres.

* Este artículo forma parte de una investigación mayor, "Gendered Compromises, Compromised Genders: Political Cultures, Socialist Politics, and the State in Chile, 1935-1973," tesis doctoral, University of Wisconsin-Madison, actualmente en curso.

Las normas familiares y de género implícitas en el sistema de salario familiar se establecieron a través de conflictos y negociaciones entre trabajadores, empleadores y el estado. Así, en el "estado de compromiso," caracterizado habitualmente por los acuerdos logrados entre capital y trabajo, no sólo se negociaron condiciones de trabajo o los montos de las remuneraciones; también se fijaron relaciones familiares y de género, llegando esas normas a determinar el curso del estado de compromiso chileno y de sus consensos precarios entre clases sociales.

A pesar de la conformación de una norma familiar hegemónica, el poder desigual de hombres y mujeres, trabajadores y empresarios, hizo que unos influyeran más poderosamente que otros en las pautas, siempre inestables y parciales, que se establecieron. No todos los chilenos y las chilenas quisieron o pudieron ajustarse a ese modelo familiar y los preceptos genéricos que predominaron nunca fueron entendidos o practicados de igual manera por todos los ciudadanos. Aunque hubo acuerdo entre trabajadores y empleadores sobre las relaciones familiares, y aunque esos acuerdos fueron recogidos y ampliados por el estado, cada actor mantuvo una visión propia. Y si bien las percepciones y los deseos de las mujeres contribuyeron a esos consensos, sus opiniones no estuvieron en el centro del debate público en torno al salario familiar.

En este artículo se analizan los debates en torno al salario, para dilucidar una faceta del sistema de salario familiar: la forma en que consolidó una identidad masculina que vinculó trabajo y familia. La otra faz del sistema de salario familiar, explorada tangencialmente aquí, fue la identidad femenina que sustentó. Este proceso de definición de normas genéricas, se sostiene aquí, provocó resistencias y, por lo tanto, la asociación de trabajo remunerado con la masculinidad fue siempre frágil. No obstante, en un momento preciso de nuestra historia se asentó la idea de que un buen trabajador debía ser un padre de familia bondadoso y de que un jefe de familia ejemplar debía ser un trabajador esforzado. En lo que sigue se indaga en cómo el estado, los empresarios, los obreros hombres y las mujeres contribuyeron a formular y reformular esa identidad masculina.

¿Qué es un salario?

En los años treinta, cuando el capitalismo todavía no se consolidaba plenamente en Chile, los términos bajo los cuales los trabajadores intercambiarían su fuerza de trabajo por salarios todavía no estaban claramente definidos. En ese contexto de transición, las luchas sobre las remuneraciones no eran simples conflictos entre asalariados que querían ganar más y empresarios que querían pagar menos; eran conflictos sobre qué era y cómo se debía determinar un salario. En esos debates se hacían preguntas como: un salario, ¿debe reflejar la productividad de un labrador? ¿debe estar calculado para asegurar ganancias a los capitalistas? ¿o debe cubrir las necesidades básicas de un trabajador? Si se aceptaba esta última proposición, ¿cuáles eran esas "necesidades básicas"?

También los chilenos y las chilenas se preguntaron quién debía proveer por los niños. ¿Un salario debía cubrir no tan sólo las necesidades del trabajador, sino también las de su familia? Si el salario debía asegurar la reproducción de toda una familia, ¿cómo se determinaría quién era miembro legítimo de ese núcleo familiar? El concepto

de salario familiar surgió como una manera de reconciliar las respuestas divergentes de hombres y mujeres, trabajadores y empleadores, a todas esas preguntas.

Los debates en torno al salario familiar se desarrollaron no sólo en un momento particular en el desarrollo económico del país, sino también en un momento de reconstrucción del movimiento popular. Hacia mediados de la década del treinta, el movimiento obrero se encontraba en franca recuperación luego de la represión ejercida sobre los sindicatos por Ibáñez (quien intentó construir un movimiento sindical leal a su gobierno y al estado) y luego de la depresión del año treinta. En 1936 se constituyó la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCh), y el triunfo del Frente Popular en 1938 —*sine qua non* de los acuerdos que caracterizaron nuestro estado de compromiso— fue conseguido y respaldado por grandes movilizaciones populares. A partir de esas fechas, la sindicalización y la acción sindical florecieron.¹ Este movimiento obrero reconstituido (y dominado, por cierto, por hombres) jugó un papel importante en las disputas sobre los salarios.²

Oponiéndose a los empleadores, quienes intentaban aumentar ganancias que estimaban insuficientes, los obreros plantearon que los salarios debían reflejar sus necesidades. En la prensa obrera, un artículo típico preguntaba "¿Cuánto se necesita para vivir?" y para determinar dicho monto detallaba los precios del arriendo, pan, carne y pescado, malta, fideos, papas, grasa, azúcar, carbón, luz y verduras.³ Los capitalistas quisieron condicionar los aumentos salariales a incrementos en la productividad, pero para los trabajadores sus contribuciones a la producción y, por lo tanto, al progreso nacional, eran ya suficientes. Ellos sacrificaban su salud y bienestar en el trabajo, decían. ¿No merecían un salario justo por esos sacrificios?⁴

Desde que se dictó el Código del Trabajo en 1931, se le reconocía al estado un rol mediador en las disputas salariales. A partir de esa época, en los debates parlamentarios, en los fallos de las juntas de conciliación y en ciertas publicaciones estatales, se recogieron y difundieron las percepciones obreras de lo que constituía un salario justo, citando frecuentemente las alzas o la necesidad de asegurarle una vida digna a las familias obreras para justificar el apoyo a las mejoras salariales. El concepto de salario familiar descansó sobre la noción, lógicamente previa, de que el salario debía reflejar principalmente las necesidades de subsistencia del trabajador y no sólo las utilidades del empleador. Al hacerla suya, el estado legitimó esa idea.

Aunque el estado nunca dejó de defender el derecho de los capitalistas a importantes ganancias, aquellas partes del estado que velaban por los deberes y derechos de los trabajadores —por ejemplo, la Dirección del Trabajo o la Caja de Seguro Obligatorio—

1. De acuerdo a fuentes oficiales, el número de obreros pertenecientes a sindicatos legales creció de 54.801 en 1932 a 208.775 en 1941. El número de huelgas y conflictos colectivos también aumentó. En 1932, por ejemplo, hubo 7.736 participantes en 51 conflictos colectivos; en 1933, 24.648 obreros protagonizaron 172 conflictos; y en 1940 la acción sindical llegó a convocar a 148.596 obreros en 1.130 acciones distintas. Véase *Revista del Trabajo (RdeT)* 12:7-8 (julio-agosto 1942):37-38. Las fuentes periódicas citadas sin lugar de publicación fueron editadas en Santiago.
2. Sobre este período véase, entre muchos otros trabajos, Illanes (1993), Moulian (1985:13-68), Pizarro (1986).
3. *La Palabra* (Valdivia), 25 enero 1936, 1. Véase también Fonseca (1946):46; y Sindicato Industrial Obrero Andes Copper Mining Co. y Potrerillos Raylway Corp. (ca. 1937), donde se sostenía que el alza del costo de la vida y las amplias ganancias de la Compañía, calculadas por los obreros, justificaban los aumentos salariales.
4. Para un resumen de los argumentos empresariales, véase *RdeT* 4:12 (diciembre 1934):9-10.

se abocaron a asegurarles un salario digno. Especialmente desde 1938, cuando asumió el Frente Popular, el estado respaldó abiertamente la posición de los trabajadores acerca del salario. Los profesionales progresistas que trabajaban en dichas reparticiones usaron sus conocimientos para probar que, a pesar de los reclamos de los dueños de empresas, no era cierto que los empresarios no tuvieran ganancias adecuadas. Hicieron numerosos cálculos para determinar el monto de un salario mínimo vital que cubriera necesidades básicas en habitación, alimentación y vestuario. Y, basándose en esos cálculos, afirmaron que las disposiciones del Código del Trabajo relativas a salario mínimo obrero no garantizaban un salario vital. Se debía legislar nuevamente sobre la materia, decían. Accediendo a las presiones directas de los profesionales — y dada la composición más progresista del Congreso luego de 1940—, el gobierno de Aguirre Cerda decidió introducir nuevamente legislación sobre salario mínimo y asignaciones familiares obreras. Cuando Aguirre Cerda presentó los proyectos de ley relativos a esas materias, la *Revista del Trabajo* editorializó, hiriendo seguramente muchas sensibilidades empresariales:

Ya nadie se atrevería a negar que la noción del salario suficiente, es decir, de la retribución del trabajo considerada desde el ángulo de las necesidades vitales del trabajador, es, hoy día, algo definitivamente incorporado a la realidad. La idea del trabajo-mercadería aceptada en otras épocas, no encuentra ubicación ni en la doctrina ni en la práctica en los tiempos actuales del desenvolvimiento económico-social del mundo.⁵

Aun cuando la promesa de mejorar las condiciones de vida de los chilenos empobrecidos fue un pilar del estado de compromiso (especialmente en su versión frente populista), sólo intensas movilizaciones populares impulsaron al estado a pronunciarse a favor de la visión obrera de salario justo. Ni el estado ni los empresarios accedieron benévolutamente a las peticiones obreras.

El estado justificó su apoyo a las mejoras salariales recogiendo algunas partes del discurso y de las reivindicaciones obreras, modificándolas y agregando otros elementos para crear un mensaje propio. De acuerdo a ese discurso estatal desarrollado, mejorar la calidad de vida de los obreros aseguraría la "tranquilidad social," engrandecería la patria fomentando el desarrollo productivo, les traería prestigio a los empleadores, y robustecería "los vínculos sociales de colaboración y armonía que deben existir en las relaciones entre capital y trabajo."⁶ Lograr la estabilidad de las familias chilenas, pensaban los agentes estatales, también ayudaría a lograr esas metas.

5. *RdeT* 11:9 (septiembre 1941):1. Para otras formulaciones de cuestiones salariales desde el estado, véase *RdeT* 4:12 (diciembre 1934):9-12 y 5:3 (marzo 1935):87-93; y los artículos en *Acción Social* 75 (diciembre 1938-enero 1939):11-41. Proyectos de ley sobre las asignaciones familiares o salario vital se encuentran en Chile, Cámara de Diputados, sesiones ordinarias, t. I, 1 junio 1936, 5ª sesión, 244-249; sesiones ordinarias, t. II, 18 julio 1939, 23ª sesión, 1245-1247; y sesiones extraordinarias, t. II, 11 mayo 1948, 5ª sesión, 113-122.

Sobre el salario mínimo, véase Chávez (1939). La Ley 6.020, dictada en 1937, ya garantizaba asignaciones familiares y un "salario vital" a los empleados particulares.

6. Véase Chile, Cámara de Diputados, sesiones ordinarias, t. II, 18 julio 1939, 23ª sesión, 1245; y el laudo arbitral, en *RdeT* (1944):94-46.

Basadas en la idea, lógicamente previa, de que el salario debía cubrir las necesidades del trabajador, tanto para el estado como para el sector privado las asignaciones familiares fueron la materialización y puesta en práctica del salario familiar. Al premiar a los trabajadores casados, el pago de asignaciones —se pensaba— fomentaría la buena constitución de la familia, célula básica de la sociedad. También auxiliaría a los niños. En una familia "bien constituida," por supuesto, el padre aceptaba su responsabilidad económica por sus hijos y su esposa. El matrimonio civil entre los cónyuges y la legitimación de los niños, que los obreros debían documentar con los certificados correspondientes antes de recibir sus asignaciones, asegurarían la estabilidad de esos vínculos.

A pesar de que pocos obreros gozaban de asignaciones familiares antes de 1952, año en que el estado legisló a favor de las asignaciones familiares obreras, los establecimientos más grandes y con más importancia estratégica —y, por lo tanto, los más visibles— repartieron asignaciones antes de esa fecha. Por esa razón, los debates que se dieron en torno a las asignaciones en municipios, empresas estatales y privadas, trascendieron a nivel nacional. El número de obreros que cobró este beneficio, inicialmente bajo, creció paulatinamente. En 1933, 191.157 obreros se beneficiaron de asignaciones; y hacia 1946, de acuerdo a la Dirección del Trabajo, 421 establecimientos industriales, con un total de 105.562 obreros, pagaron asignaciones a 44.756 jefes de familia.⁷

Las asignaciones familiares percibidas nunca llegaron a ser un verdadero salario familiar capaz de albergar, alimentar y vestir a un jefe de familia y a todos sus dependientes. Ni el estado ni los empleadores quisieron reconocer la multiplicidad de personas que podían depender de un jefe de familia: hijos y esposa, pero también esposos, padres, hermanos y hermanas, sobrinos y sobrinas, ahijados y allegados. Aunque gozaran de asignaciones que aliviaban un tanto su pasar, la mayoría de los chilenos y las chilenas continuó viviendo en la miseria, y la educación y la recreación fueron lujos para casi todos. Incluso en aquellas familias que recibían asignaciones, era corriente que varios familiares tuvieran que trabajar para alcanzar la sobrevivencia del núcleo familiar. Sin embargo, en una sociedad en donde se desalentó la participación laboral de mujeres (diciendo que la mujer era para la casa) y de los niños (a través de la extensión de la educación), se tenía que pensar en substituir los salarios de ambos. Las asignaciones estaban pensadas para reemplazar, al menos en parte, esos ingresos. A la vez, profundizaban la noción de que las mujeres y los niños, intrínsecamente dependientes, no debían trabajar. El hecho de que las asignaciones brindaran recursos exiguos no disminuyó su eficacia ideológica. Obviando la diferencia monetaria entre una asignación y un verdadero salario familiar, antes de 1952 era común referirse a las asignaciones como salario familiar.

El estado consideró que el pago de salarios o asignaciones familiares permitiría subsanar la endémica "mala constitución" de la familia chilena. Esa mala constitución

7. Datos de Mallet (1943):10; y Chile, Cámara de Diputados, sesiones extraordinarias, 11 mayo 1948, 5ª sesión, 119. Para una lista de empresas que brindaban asignación familiar hacia 1938, véase *RdeT* 8:12 (diciembre 1938):43-54. En realidad, la ley de 1952 facultó al ejecutivo para decretar las asignaciones familiares obreras.

—ilegitimidad, abandono del padre, uniones de hecho— era considerada como un factor de inestabilidad general, dado que se creía que la familia bien constituida era el núcleo fundamental de la sociedad. Más aún, el estado quería asegurar el bienestar de los niños chilenos, futuros ciudadanos y el "capital humano" de la patria. Para el estado, la mejor manera de garantizar que los niños crecieran sanos era asegurar que sus padres, y especialmente sus progenitores masculinos, ganaran un salario que les permitiera mantenerlos.⁸ Si bien el estado chileno desarrolló algunos programas de asistencia directa a los niños, ellos fueron de un alcance limitado. Abogar por los salarios familiares fue la principal política estatal hacia la niñez. Al velar por la prosperidad de los niños, el estado mantuvo que un salario justo era, más que un salario mínimo o un salario vital, un salario familiar.

La ideología de salario familiar desarrollada desde el estado —y en ese proceso jugaron un papel fundamental ciertos profesionales que trabajaban dentro del aparato estatal, en particular médicos salubristas y visitadoras sociales— reconocía a los hombres como jefes de familia y sólo en casos excepcionales a las mujeres. El estado nunca abogó consistentemente por una mejor inserción laboral para las mujeres madres, ni por remuneraciones adecuadas para ellas —políticas que sin duda hubiesen significado mejores condiciones para sus hijos—, porque tales acciones implicaban validar una independencia de las mujeres que resquebrajaba su ideal familiar. Los siempre escasos auxilios estatales a mujeres solas con sus hijos —madres solteras, viudas o abandonadas—, desestabilizaron parcialmente la norma familiar hegemónica al admitir que el estado podía reemplazar económicamente al padre. Pero siempre se figuró a la mujer sola como una excepción, fuera de lo normal y deseable. Cuando el estado reconoció su situación, siempre desde la perspectiva de ayudar a sus hijos, insistió en que si ella no dependía de su marido, debía depender del estado. La asistencia estatal menospreció el rol económico que podía jugar la mujer dentro de la familia, y así ayudó a identificar a las mujeres como dependientes y a los hombres como proveedores.⁹

Si bien los patrones siguieron refiriéndose a los salarios en relación a la productividad y a sus ganancias, crecientemente validaron e incluso promovieron el pago de asignaciones familiares como una forma de controlar y disciplinar la mano de obra masculina. A comienzos de los años treinta y particularmente en la industria minera, los empleadores instituyeron las asignaciones como una forma de control paternalista de una fuerza laboral inquieta. Resumiendo el problema enfrentado por los empresarios, una visitadora de la Compañía Salitrera Tarapacá y Antofagasta expuso:

Nuestro obrero de la pampa tiene la inclinación natural a movilizarse de un centro a otro, en busca de mejores horizontes o simplemente por conocer nuevos ambientes, lo cual es muy perjudicial para la industria: los gastos suplementarios son costosos y la eficiencia del trabajo se resiente con los cambios y ensayos con reemplazantes no siempre aptos.

(Alvarado 1937:243)

8. Para una expresión prototípica de esta orientación, véase Allende (1939). Este libro fue escrito cuando Allende era Ministro de Salubridad, en el gobierno de Aguirre Cerda.
9. La ayuda estatal a las madres solteras, abandonadas o viudas, y a sus hijos, se realizó principalmente a través del Patronato Nacional de la Infancia, el Consejo de Defensa del Niño, la Dirección General de Auxilio Social, la Dirección General de Protección a la Infancia, la Beneficencia y, para las trabajadoras, la Caja de Seguro Obligatorio.

Enfrentados a condiciones de trabajo fastidiosas y jefes severos, los mineros solían dejar un centro minero para buscar un mejor trabajo en otro. En las minas del sur cercanas a comunidades agrícolas —por ejemplo, en la zona carbonífera o en la mina El Teniente— los mineros abandonaban la mina para volver a sus familias o para participar en la faenas agrícolas. En su afán de enriquecerse, los empleadores veían la vocación nómada de los mineros como un obstáculo (Klubock 1992:65-77).

Los patrones prefirieron trabajadores estables y tomaron medidas para disciplinar una mano de obra muy móvil. Pero, en vez de mejorar las condiciones de trabajo, las compañías mineras decidieron fomentar la estabilidad a través de la creación de departamentos de bienestar y de la implementación de regalías como la asignación familiar. Los capitalistas creían que los trabajadores casados que vivían con sus esposas e hijos se desplazarían menos y, presionados por la necesidad de proveer para sus familias, serían menos proclives a reclamar sus derechos e ir a la huelga. Dada la escasez de trabajo para mujeres y niños en las comunidades mineras y la falta de voluntad para crear empleos femeninos, la única forma de alentar la presencia de mujeres y niños en los campamentos era brindándoles un salario familiar a los obreros casados. Pero para atraer a las esposas al campamento, no fue suficiente darle un salario familiar al minero. Las compañías sintieron la necesidad de inculcarle al hombre un sentido de responsabilidad por su familia e intentaron apartarlo de "vicios," como el alcohol o el juego, que lo alejaban de sus familiares y lo hacían malgastar su jornal. Para esta tarea, las empresas contrataron visitadoras sociales, cuya misión moralizadora empezaba en la familia y terminaba por formar un trabajador disciplinado.¹⁰

Dentro del movimiento obrero, la idea de que un trabajador debía ser también un buen marido y proveedor fue recibida tibiamente; pero, al menos dentro de sectores obreros organizados, a la larga los hombres aceptaron ser domesticados. Los sindicatos argumentaron sus demandas salariales cada vez más en términos de sus roles familiares, diciendo de que, como hombres, necesitaban remuneraciones que les facilitaran el cumplimiento de sus deberes familiares. Aunque esto implicó una pérdida de autonomía para los trabajadores hombres —ahora tendrían que aceptar responsabilidades familiares y laborales que pesaban—, ganaron a cambio la posibilidad de ser jefes de familia que ejercían autoridad sobre sus hijos y esposas dependientes.

Sin embargo, contrariando las definiciones enunciadas desde el estado o las esferas patronales, los trabajadores nunca aceptaron que sólo se reconociera a sus esposas e hijos legítimos como cargas familiares. Para ellos, la sanción legal de una relación de parentesco no era lo importante e insistieron en recibir asignaciones por todas las personas que ellos consideraban como sus dependientes, incluidos convivientes, hijos ilegítimos, hermanos y hermanas, padres, u otros niños criados por la familia. En algunas instancias, los empleadores aceptaron la definición obrera respecto a quién era un dependiente, reconociendo el derecho a percibir asignación por hijos naturales, hermanos o padres. Sin embargo, la capacidad de negociación de los obreros también enfrentó límites: nunca lograron derecho a asignaciones por sus convivientes, pues los empleadores rechazaban tajantemente las uniones de hecho. En muchos casos,

10. Klubock (1992), especialmente 66-67; De Alvarado (1937):225-253; De Alvarado (1944):6-9; Pampa 10 (enero 1949):7.

sabiendo la resistencia que encontrarían, los obreros ni siquiera plantearon esa demanda.¹¹

Así, cada uno por razones propias, tanto los empleadores como los hombres de clase obrera propiciaron los salarios familiares. "Por parte del elemento obrero," comentó un observador,

el salario familiar ha sido recibido con gran entusiasmo. No podía ser de otro modo, ya que él representa las conquistas sociales del siglo que vivimos y, además, porque el salario familiar constituye el reconocimiento del valor social del obrero jefe de familia. Por otra parte, el salario familiar ha venido a dar al obrero la oportunidad de regularizar su vida y de obtener en un futuro no lejano un salario realmente vital.

(Villarreal 1936:32)

Claramente los obreros que reclamaron salarios familiares querían "el reconocimiento del valor social del obrero [hombre] jefe de familia". Pero querían también mejorar sus salarios. En este sentido, hubo sin duda de parte de los trabajadores un cierto uso manipulativo del concepto de salario familiar. Lógicamente, era más difícil que los empresarios rechazaran las reivindicaciones obreras cuando estaban formuladas en términos de sus responsabilidades familiares. Sabiendo esto, en sus negociaciones salariales los dirigentes sindicales obviaban la irresponsabilidad paterna de muchos trabajadores con hijos e insistían en que los obreros deseaban salvar a sus sagradas familias y a sus hijos hambrientos. Por otra parte, desde el punto de vista de los empresarios, una de las funciones más importantes del salario familiar fue permitir que ellos aumentaran los sueldos sin tener que reconocer la contribución de los trabajadores a la productividad, el progreso y las ganancias. Así, y aunque discreparan y negociaran sobre detalles de su puesta en práctica, empresarios y obreros estuvieron de acuerdo en reforzar la asociación del trabajo remunerado con una identidad familiar masculina. Para ello se valieron, al igual que el estado, de la idea generalizada de que el hombre debía ser el sostén económico y el "jefe" de su familia.

En síntesis, la convergencia del estado, empresariado y trabajadores en torno a la necesidad de un sistema de salario familiar—y de su materialización, las asignaciones familiares— facilitó la negociación de acuerdos entre ellos. Aun cuando cada actor tuviera intereses distintos relativos a los salarios, todos estuvieron de acuerdo en poner más recursos en las manos de los jefes de familia hombres. Al enfocar el rol familiar de los trabajadores, capital y trabajo pudieron conciliar parcialmente sus conflictos relativos a los salarios. Así, el discurso relativo al salario familiar, cuyo resultado fue asegurar la ascendencia de los hombres sobre las mujeres y otros dependientes dentro de la familia, contribuyó a los consensos que caracterizaron el estado de compromiso chileno.

Casados, solteros y unidad de clase: los obreros del salitre

Estos acuerdos no obstante, no todos los trabajadores aceptaron con igual facilidad las normas masculinas que se expresaron en los discursos relativos al salario familiar. La

11. *Bandera Roja*, 30 mayo 1936, 1-4; Sindicato Industrial Obrero Andes Copper Mining Co., s.p.); *Ceteche*, 7 diciembre 1939, 3; *RdelT*, (1944?):95; *Noticiero Sindical*, diciembre 1948, 5.

implantación del sistema de salario familiar implicó negociaciones también dentro del movimiento obrero. En los gremios u ocupaciones netamente masculinas, donde la asociación de masculinidad con trabajo aparecía como más automática y "natural," y menos problemática, esa norma fue mejor tolerada. En cambio en industrias y ocupaciones mixtas, donde las trabajadoras defendieron la posibilidad de que las mujeres fueran jefes de familia, el vínculo entre trabajo, salario y masculinidad fue más precario. Pero incluso en las ocupaciones masculinas, muchos solteros, e incluso algunos casados, resistieron la identificación de masculinidad con responsabilidad familiar. Para salvar estas divergencias dentro del movimiento obrero, en muchas ocasiones los trabajadores que pedían u obtenían asignaciones optaron por verlas simplemente como más dinero, obviando la relación que los sectores estatales y patronales intentaban entre identidad laboral e identidad familiar.

El proceso mediante el cual se llegó a pagar un salario familiar obrero en las minas del salitre revela claramente las dificultades enfrentadas por quienes querían consolidar un modelo de masculinidad que ligaba el privilegio del salario a identidades laborales y familiares. Cuando en 1934 se legisló, dentro del marco de la *ley del salitre*, un salario familiar para los mineros del salitre, se abrió por primera vez en Chile un amplio debate acerca del salario familiar.

En un primer instante, las discusiones del proyecto de ley se centraron en la posición que debía adoptar el estado frente al capital extranjero y sus trabajadores chilenos. Mediante esa ley, el gobierno de Arturo Alessandri intentaba rehabilitar la industria salitrera, en crisis por la depresión mundial y por el reemplazo del salitre natural por el salitre sintético. Pero en el parlamento o en los diarios socialistas, los comunistas, los radicales y los líderes sindicales se opusieron al proyecto, por las franquicias que brindaba a los dueños de las empresas salitreras. En el norte, los obreros organizaron mítines para debatir el problema y marchas para protestar la ley propuesta. Las compañías salitreras intentaron censurarlos, prohibiendo sus publicaciones y sus actos públicos.¹²

Quizá para aplacar los ánimos de los mineros del salitre que se sentían traicionados, o quizá para aumentar los beneficios que obtendrían los chilenos de la industria salitrera, el diputado socialista Carlos Muller presentó una indicación, que fijaba un salario obrero mínimo en la industria, al proyecto de ley. Posteriormente esa indicación fue modificada y en el proyecto aprobado se estipuló no sólo un salario mínimo, sino también un salario familiar para los casados que les permitiera a los obreros mantener una esposa y dos hijos. Para 1934, el salario mínimo diario para los casados fue fijado en \$15, y en \$10 para solteros.¹³

Descartando medidas más represivas, al dictar la Ley 5.350 el estado escogió calmar las pasiones de los obreros, facilitándoles una vida familiar. Aunque la intención de la indicación del diputado Muller fuera extraer más beneficios de las compañías salitreras, otros agentes estatales interpretaron la medida de otra forma.

12. Esta discusión de la Ley 5.350 está basada en Chile, Cámara de Diputados, sesiones ordinarias, t. II, 24 julio 1933, 32ª sesión, 1622-624; sesiones ordinarias t. II, 31 julio 1933, 35ª sesión, 1817-1821; sesiones ordinarias, t. II, 7 agosto 1933, 39ª sesión, 1992-1993; sesiones extraordinarias, t. I, 4 octubre 1933, 3ª sesión, 83-94; sesiones extraordinarias, t. I, 24 octubre 1933, 12ª sesión, 444; sesiones extraordinarias, t. I 25 octubre 1933, 14ª sesión, 513; y las fuentes citadas más adelante.

13. *Rdelt* 5:1 (enero 1935):16-17. La cantidad exacta de los salarios serían fijados por una comisión mixta sobre la base del costo de la vida en la región.

Más cercanos a los sectores patronales, estos agentes enfocaron la estabilidad laboral que resultaría de los salarios familiares. Al igual que los empleadores, pensaban que una vida familiar adecuada apaciguaría los ánimos de los mineros. En las tablas publicadas por la Dirección del Trabajo, donde se especificaba las razones por las cuales los obreros eran despedidos de las minas del salitre —que incluían robo, mala conducta, ebriedad, desórdenes, "falleros," "ausentarse sin permiso," "insubordinación," "reclamo incorrecto," "flojo," e incluso "maltratar animales"—, se señalaba cuántos obreros eran casados y cuántos solteros (*RdelT* 4:12, diciembre 1934, s/p, 30-31).

Ya promulgada, la ley del salitre siguió provocando controversia. Los empleadores no atacaron la idea de pagar un salario familiar, pero fijaron cuotas para los obreros casados. Los gerentes de las compañías salitreras aducían que estas cuotas eran necesarias no porque no quisieran pagar mayores salarios, sino porque no había suficientes casas para los casados en los campamentos, ni escuelas para sus hijos. En 1935, la Corporación de Ventas del Salitre prohibió a sus enganchadores contratar más obreros casados. Aunque la Dirección del Trabajo había afirmado ya a fines de 1934 que la proporción de obreros casados despedidos desde la promulgación de la ley no había aumentado, los obreros casados tenían otra percepción de la situación (*RdelT* 5:1, enero 1935:17). Para obtener contratos, se sentían obligados a adulterar documentos del Registro Civil, probar que no eran casados y aceptar el salario para solteros. Oponiéndose a las normas salariales de la ley, tanto obreros como empleadores afirmaban que en realidad la ley desmembraba las familias, puesto que hacía que los casados negaran sus lazos familiares y abandonaran a sus esposas y familias (*RdelT* 6:7, julio 1936:87; *Bandera Roja*, 2 julio 1936, 4).

Desde el punto de vista de los trabajadores, las disposiciones salariales de la ley de 1934 eran problemáticas, en tanto establecían intereses diversos dentro del movimiento obrero. Los trabajadores sin dependientes podían aceptar salarios más bajos, haciendo que todos los salarios bajaran, una suerte de competencia desleal. Si los casados no aceptaban esos salarios, no podían trabajar. Más aún, los casados y solteros enfrentarían las negociaciones colectivas con criterios e intereses distintos y la unidad del movimiento sindical se vería rota justo en el momento en que era más necesaria la solidaridad, pues los sindicatos intentaban constituirse luego de las crisis de los años veinte y treinta. (En el campamento María Elena, donde la ley 5.350 fue discutida intensamente por los trabajadores, por ejemplo, el sindicato se formó sólo en 1936. *Bandera Roja*, 4 junio 1936, 4). Lo que dijo un observador de las asignaciones en general también valía para la industria salitrera:

Sin embargo, *no han faltado voces* que se han levantado, no en contra el [*sic*] salario familiar mismo, sino contra la manera de ponerlo en práctica. *Han dicho estos obreros* que, desde la adopción del salario familiar, el elemento obrero tiende a dividirse entre los que reciben subsidios familiares y los que no tienen derecho a él, grupos éstos con intereses diferentes y, en ocasiones, opuestos. Un ejemplo de este hecho, han dicho estos mismos obreros, lo tenemos en el caso de huelga, en que suspende para los huelguistas, el derecho a asignaciones familiares, por lo que se ha constatado que los obreros que gozan de ellas se muestran reacios a participar en los movimientos obreros, rompiendo en esa forma la solidaridad del elemento trabajador.

(Villarreal Rojas 1936:32)

Para evitar la discriminación sufrida por los casados bajo la ley, el diputado Muller sugirió que las empresas fueran obligadas a reservar el 75 por ciento de los puestos para obreros casados.¹⁴ Pero, como le hizo notar la Dirección del Trabajo al diputado, si bien los casados eran dignos de ser protegidos, "no lo son menos los obreros solteros." En realidad, la proposición del diputado seguramente no era del agrado de los mineros solteros (*Rdelt* 5:1, enero 1935:17).

La mayoría de los obreros del salitre eran solteros.¹⁵ Resulta curioso, entonces, que a la larga los mineros hicieran suyo el discurso de los salarios familiares. Aceptar ese discurso implicaba unificar el movimiento obrero en torno a una identidad masculina que ligaba la percepción de un salario con las responsabilidades paternales y conyugales. Pero la unificación del movimiento sindical se podría haber logrado de otra manera. Dado que la mayoría de los mineros eran solteros, ¿por qué no se aliaron en torno al rechazo de la estabilidad familiar y laboral? ¿Por qué no celebrar su estatuto de hombres sin amarras? Quizá la retribución más importante que recibieron los obreros cuando aceptaron identificarse como jefes de familia—fuera de los aumentos salariales que recibieron algunos—fue el apoyo estatal a sus reivindicaciones generales, que pudieron lograr a cambio de probar que eran buenos hombres de familia y trabajadores constantes.

El hecho de que las asignaciones familiares hubieran sido adoptadas como una medida paternalista de bienestar, sólo podía ahondar la desconfianza de los trabajadores. Por eso, si a la larga los obreros dentro y fuera del salitre llegaron a ver las asignaciones como un beneficio que los favorecía, debieron primero abogar por cambios que disminuirían sus efectos desfavorables, revelados en el salitre. Reflexionando acerca de lo que había pasado en las minas salitreras, los obreros se dieron cuenta de que el pago de las asignaciones por cajas de compensación minimizaría sus efectos disgregadores y de disciplinamiento.¹⁶ Las cajas regularizarían las condiciones de pago de las asignaciones, evitando que los patrones las usaran—como era común—para estimular el rendimiento o la asistencia del trabajador, la escolaridad de sus hijos o la permanencia de su esposa en el hogar. Más aún, al hacer que los empleadores pagaran un impuesto *por cada obrero* (con o sin hijos, casado o soltero), ese sistema hacía irrelevante para el empleador el estado civil del trabajador. La asignación familiar sería una parte del salario que no estaba regulada por los mecanismos del mercado y que, por lo tanto, no podía ser factor de competencia entre los trabajadores. Ya no habría razón para que los gerentes prefirieran a los solteros.

14. *Rdelt* 6:7 (julio 1936):86-87. Véase también *Frente Popular* (Valparaíso), 2 septiembre 1937, s.p., que citaba un discurso parlamentario de Juan Guerra, diputado por Antofagasta, quien hacía notar los efectos discriminatorios de las disposiciones salariales de la ley.

15. En abril de 1935, la Dirección del Trabajo censó 3.814 obreros casados y 5.606 solteros en la industria salitrera tarapaqueña. En septiembre de 1936, detectó 7.631 casados y 11.976 solteros en las minas del salitre de Tarapacá y Antofagasta. *Rdelt* 5:5 (mayo 1935):30; 5:9 (septiembre 1935):66; y 6:11-12 (noviembre 1936):27.

Estas cifras indudablemente subestiman los obreros casados, pues algunos de ellos se decían solteros. No registran tampoco a los solteros en relaciones de convivencia o con hijos nacidos fuera del matrimonio. Sin embargo, algunos obreros casados habrían roto con sus familias. De todas maneras, es factible pensar que al menos la mitad eran solteros.

16. Así se les pagaba la asignación a los empleados. Para un argumento temprano a favor del establecimiento de cajas de compensación para obreros, véase *Rdelt* 4:5 (mayo 1934):4. En el programa del Frente Popular se pedía "Establecimiento de Cajas de Compensación de Salarios Familiares". Véase *Partido Comunista* (ca. 1941):39.

Aunque fuera casi veinte años después de los debates iniciales sobre las disposiciones salariales de la Ley 5.350, los obreros lograron imponer su preferencia por un sistema de fondo común para el pago de las asignaciones: a partir de la promulgación de la ley que estableció las asignaciones familiares obreras, se instaló masivamente ese mecanismo. Pero esa batalla obrera fue trascendente no principalmente por lo que logró, sino porque al entrar en la disputa acerca de las asignaciones, era inevitable que los obreros también se adhirieran, aunque no de forma total o incondicional, a la identidad masculina que se propiciaba a través del sistema de salario familiar. El movimiento obrero no quiso o no pudo disociar lo uno de lo otro.

Los conflictos que se dieron en torno al salario familiar en la industria salitrera revelaron la dificultad de cimentar una identidad masculina y una norma familiar que posicionaban al hombre como jefe de familia. A pesar de que todos los obreros del salitre eran hombres, algunos eran casados o tenían hijos; otros eran solteros. Muchos mineros casados deseaban olvidar sus responsabilidades familiares y algunos habían abandonado a sus familias. Algunos solteros indudablemente aspiraban a una vida familiar estable. Estas diferencias no eran insignificantes, e implantar una identidad masculina que las obviara no fue tarea fácil. Establecer esa norma hegemónica fue posible por la convergencia de un estado que veía en la familia la fuente de la integración nacional, de empresarios que querían lograr la estabilidad laboral a través de la constitución de la familia, y de un movimiento obrero que buscaba unificarse y fortalecerse. Aunque la idea de que un buen trabajador debía ser sostén económico de su familia fue en gran medida impuesta a los trabajadores por el estado y el empresariado, la implantación de un sistema de salario familiar también significó un triunfo obrero, puesto que se impuso con más fuerza la idea de que los salarios debían reflejar las necesidades de los obreros.¹⁷

Las mujeres y el salario familiar

Al igual que los hombres, las mujeres tuvieron reacciones diversas frente al salario familiar. Las mujeres con trabajo remunerado, con mayor autonomía en lo económico, pudieron cuestionar más profundamente las normas familiares y de género transmitidas por los defensores de los salarios familiares. Ellas no se opusieron a que los hombres ganaran salarios familiares, pero sí trizaron la asociación entre identidad masculina y salario familiar al mantener que ellas también podían ser jefes de familia. Las dueñas de casa, en tanto, se mostraron generalmente favorables al establecimiento de las asignaciones y aceptaron, aunque a su manera, la idea de que los hombres debían ser jefes de familia.

Aunque fueron fuertemente perjudicadas por las normas de género imperantes, las mujeres no siempre las enfrentaron directamente. Excluidas del mercado laboral

17. En un decreto del año 1941 que refijó el salario mínimo para los obreros del salitre se expresaba claramente esta victoria obrera. Ese decreto reconocía que los salarios debían reflejar la situación económica de la empresa contratante, pero insistía en que "el salario mínimo... prescindiendo de la ley de la oferta y la demanda, se establece calificando la capacidad de remuneración de la empresa, la importancia de la faena, las necesidades físicas y sociales del obrero, sus cargas familiares, la importancia de las funciones, condiciones de trabajo y costo de la vida en la zona en que presta sus servicios". Decreto 381 (13 enero 1941) citado en Valderrama (1964):42-43.

por el mismo sistema de salario familiar que las posicionaba como dependientes, las dueñas de casa lucharon por salarios familiares para sus maridos como la mejor forma de asegurar, a corto plazo, su propia sobrevivencia y la de sus hijos. Manifestando el deseo de que su marido ganara un salario familiar, por ejemplo, una "madre obrera" de Punta Arena objetó la caridad de patrones que entregaban regalos navideños a los hijos de sus empleados. "Como madre", escribió Teolinda Villarroel, "creo que lo que debe hacerse si la burguesía es tan 'humana' es que deben dar trabajo a nuestros esposos y mejorarles el salario y de esta forma seríamos nosotros mismos los que compraríamos los juguetes a nuestros niños".¹⁸ En los centros mineros del norte, las mujeres llegaron a reproducir activamente una visión clasista de la masculinidad, cuestionando la virilidad de los hombres que no participaban en las luchas sindicales. Volodia Teitelboim describió una situación de esta índole en su biografía novelada de Elías Lafferte. En ese relato, el joven Lafferte, reacio a la participación social, era amenazado junto a un amigo por la madre de su novia, quien les gritaba: "...les advierto a los muy maricones que si a las doce del día [los otros huelguistas] no les han sacado los pantalones ..., se los vamos a sacar nosotras, las mujeres,... aquí arriba. ¡Por cobardes!" (Teitelboim s/f:194). Con manifestaciones como ésta, las mujeres obreras reforzaron el sistema de salario familiar y la identidad masculina que sustentaba. Pero, al contrario del estado y los capitalistas, que veían esa identidad como factor de armonía social, ellas postularon una virilidad proletaria contestataria y confrontacional.

En aquellos lugares en donde las mujeres tenían más dificultad para lograr trabajo, las mujeres apoyaron con particular fuerza las reivindicaciones salariales de sus maridos. De allí que las mujeres de los campamentos mineros, donde había pocos oficios abiertos a las mujeres, participaran masivamente en los movimientos huelguísticos de sus maridos y familiares. Aunque las acciones de las mujeres en estos contextos —que, por cierto, los hombres aplaudían y apoyaban—, brotaran de sus necesidades económicas y no de un deseo de apoyar la autoridad masculina, el resultado de su accionar fue ahondar la asociación del trabajo con una masculinidad proletaria y profundizar las normas de género que sustentaban su propia subordinación.

A pesar de que muchas dueñas de casa no cuestionaron la asociación de trabajo con masculinidad proletaria, ellas entendieron los salarios familiares no como un privilegio masculino, del cual disponía el hombre, sino como un derecho de las esposas que ellas debían controlar. En 1962, la campesina Lili Astorga expresó claramente esta idea cuando, en una disputa con el patrón de su marido, rebatió al patrón diciendo: "Pero el Familiar es mío ... el Familiar es de la mujer y de los niños. El trabaja y le paga su sueldo, pero el Familiar es mío" (Valdés, Montecino, De León & Mack 1983:82). Invocando las normas familiares hegemónicas, mujeres como Lili Astorga resistieron los abusos masculinos y trataron de menguar su propia vulnerabilidad. Cuando un marido borrachó, mujeriego, egoísta o simplemente irresponsable olvidaba sus deberes familiares, ellas acudieron a autoridades diversas para hacer que sus maridos cumplieran con sus obligaciones. No sólo pidieron pensiones alimenticias en los tribunales, un trámite engorroso que muchas veces no daba resultado; también

18. *Avance* (Punta Arenas), 26 diciembre 1943, 5. Para un llamado a la participación femenina en un movimiento huelguístico, véase *El Despertar Minero* (Sewell), segunda quincena diciembre 1942, 3.

acudieron a los empleadores de sus maridos, pidiendo que las asignaciones familiares o parte del salario de sus maridos fuera entregado directamente a ellas. En estos trámites tuvieron más éxito, pues las visitadores sociales en los departamentos de bienestar estuvieron de acuerdo en que las esposas administraran los presupuestos familiares. En ciertas industrias incluso se pagaba, como regla, la asignación directamente a la esposa.¹⁹ El deseo de las mujeres de controlar la distribución del salario familiar se manifestó además en el ámbito político. En la mina El Teniente, para citar un ejemplo, el comité local del MEMCh pedía "declaración de urgencia para el despacho de la Ley de Salario Familiar y que éste sea entregado totalmente a la mujer". Liderada por dos mujeres, una comisión de la CTCh pidió lo mismo seis años más tarde (*El Despertar Minero*, Sewell, 15 marzo 1941, 3; CTCh, enero 1947, 4).

Las mujeres que trabajaban fuera sus hogares tuvieron otra reacción al sistema de salario familiar. Aunque las obreras organizadas no enfocaron ni la exclusión de las mujeres del mercado laboral ni la segregación del mercado laboral, mecanismos ambos que las relegaban a los empleos peor pagados, levantaron la consigna "a igual trabajo, igual salario." Donde hombres y mujeres hacían el mismo trabajo, declararon, debían percibir la misma remuneración. Los sindicalistas hombres apoyaron esta demanda porque, especialmente en las industrias donde hombres y mujeres ejercían las mismas labores, los salarios más bajos de las mujeres las hacían competidoras desleales.

Una estrategia importante que usaron las obreras para conseguir mejores salarios fue argumentar que ellas también mantenían a familiares y, por lo tanto, debían ganar salarios familiares. De esta manera las trabajadoras y sus partidarios hacían notar la falsedad de la idea de que las mujeres podían aceptar salarios más bajos porque no tenían dependientes. Como lo hizo notar una visitadora social:

Si en verdad, el salario del hombre, es de por sí muy superior al de la mujer que trabaja, no es menos cierto que eso se debe a la explotación de que estas últimas son víctimas y no como se cree y se afirma muchas veces, de que ello se debe a que el hombre tiene cargas familiares a que atender, ya que muy bien sabemos por nuestra práctica diaria en el trabajo social, de que muchas veces es la muchacha obrera la que mantiene a su familia. (Santelices 1938:164)

En la prensa obrera, los reclamos en contra de los salarios bajos de las mujeres hacían referencia frecuente a las cargas de familia de las mujeres. Graciela Sánchez, consejera provincial de la CTCh y dirigente de las empleadas domésticas, alegaba que sus colegas no tenían "en muchos casos ninguna clase de recursos para alimentar a sus hijos", y el sindicato minero de El Teniente apoyaba las demandas de las empleadas de una lavandería de Sewell exponiendo que allí las trabajadoras soportaban una explotación cruel sólo a fin de "poder ganarse el sustento diario, para ellas y para sus familiares, ya que muchas de las obreras que en ese establecimiento trabajan, tienen cargas de familias" (*Noticiero Sindical*, junio 1945, 14; *El Despertar Minero*, Sewell, 16 enero 1941, 3; y 20 junio 1939, 2). Así se dejaba al descubierto que los menores salarios

19. Para casos donde se pagaba la asignación a la esposa, véase *RdelT* 8:12 (diciembre 1938):43-54. Para un caso en donde una visitadora intervenía en el pago de la asignación, véase Ponce Ponce (1945):75. Ponce Ponce sugería, además, "que la Corporación dicte las disposiciones pertinentes a fin de que la asignación familiar sea una cuota fija y entregarla directamente a la madre" (p. 87).

percibidos por las mujeres no se podían justificar aludiendo a que ellas no tenían dependientes. Más bien, se decía desde el movimiento sindical, la discriminación salarial en contra de la mujer reflejaba y ahondaba la subordinación de la mujer, haciéndola depender de un hombre. Salvador Ocampo, dirigente sindical, expresó este juicio cuando en 1936 rebatió un proyecto de ley de salario mínimo. Ocampo denunció la injusticia de ese proyecto, que establecía un salario mínimo 30 por ciento más bajo para las obreras:

Allí (en el proyecto de ley) se habla de que el asalariado, con el producto de su trabajo, tiene derecho a satisfacer sus necesidades normales de alimento, vestuario, etc. y a tener un hogar, su mujer, etc.

La cosa es clara. Este proyecto debe estar inspirado en las leyes nacistas [*sic*] del trabajo, donde se desconoce el derecho de la mujer a independizarse del tutelaje del hombre.

(*Bandera Roja*, 30 mayo 1936, 1)

Un salario familiar para las mujeres, en cambio, les aseguraría un grado de independencia.

Al reclamar un salario familiar para todos los trabajadores, tanto hombres como mujeres, el movimiento sindical, y las obreras dentro de éste, amortiguaron el intento de establecer la autoridad masculina en la familia a través de mayores remuneraciones para los hombres. Desde esta perspectiva contestataria, se desvinculaba el salario del rol familiar, y se definía el salario familiar como un derecho universal de los trabajadores. Esto explica, en parte, por qué, fuera de la industria salitrera, los obreros pudieron reivindicar asignaciones sin que les preocuparan las divisiones que esto crearía dentro de los obreros: en muchos de estos casos, las asignaciones fueron vistas como una mejora salarial más, obviándose las diferencias, establecidas desde el empresariado, entre casados y solteros.²⁰

Este discurso obrero oposicional no sólo desdibujó el hecho de que las asignaciones se debían pagar al jefe de familia (y que había sólo un jefe); también borró la idea de que los familiares por los cuales se recibía la asignación eran necesariamente dependientes. Mientras en la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones se festejaba a la esposa dueña de casa pagando asignaciones por las cónyuges sólo si ellas no tenían actividades remuneradas, en la fábrica textil El Salto se adoptó la medida inaudita de pagar asignaciones a las mujeres por sus maridos. En esa fábrica, 350 mujeres trabajaban junto a 300 hombres, y no se podía ignorar que muchas mujeres trabajaban para mantener a sus hijos y familiares. Allí, los hombres casados percibían en 1939 una asignación de \$125 por sus esposas si ellas trabajaban en la misma fábrica, y de \$140 si no eran obreras del establecimiento. Pero las mujeres casadas también recibían una asignación por sus esposos si laboraban fuera de la fábrica. La visitadora social del establecimiento consideraba esta última disposición como absurda, pues vulneraba el sentido de la asignación. Dentro de la lógica divergente que regía el pago de asignaciones en El Salto, no se posicionaba a los trabajadores como, necesariamente, jefes de familia. Tampoco se definía a sus cónyuges como dependientes. Para la visitadora del establecimiento, entrenada para velar por las normas familiares con-

20. El hecho de que estas otras industrias se desarrollaran en centros urbanos donde había empleos diversos y donde la mayoría de las empresas no pagaban asignaciones, también mitigó los potenciales efectos discriminatorios de las asignaciones.

vencionales que las asignaciones debían incentivar, esta forma alternativa de entender las asignaciones parecía inaceptable (*RdelT* 8:12, diciembre 1938, 54; Torres 1950:116).

Conclusiones

Dentro de la misma lógica del salario familiar, cabía el intento de subvertir las identidades femeninas y masculinas consagradas por ese sistema. Si bien esta visión subversiva no fue hegemónica, tampoco fue anulada. El sistema de salario familiar, y las normas de género que sustentó, se forjaron esquivando e invisibilizando esas otras formas de entender las relaciones de parentesco.

Ese sistema también se formó en la negociación. Pues si las normas familiares y de género que predominaron no fueron igualmente compartidas por todos, fueron aceptadas por muchos. Esa aceptación no se alcanzó sólo por la represión o la violencia: la negociación fue un mecanismo central para su consolidación. No todos los participantes en las negociaciones pudieron influir de igual manera en los consensos establecidos, pero queriendo perder menos, muchos decidieron transar.

En este artículo se ha tratado de especificar en qué términos participaron diversos actores en esas negociaciones y cómo influyeron, a partir de allí, en la construcción de normas genéricas y familiares. También se ha querido demostrar cómo los pactos en torno a modelos familiares fueron parte central de los conflictos entre clases sociales y del curso de nuestro desarrollo económico y, por lo tanto, cómo confluyeron a configurar el estado de compromiso chileno.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS Y FUENTES

ARTICULOS Y LIBROS

- ALLENDE, Salvador. 1939. *La realidad médico-social chilena*. Santiago: Ministerio de Salubridad, Previsión y Asistencia Social.
- ALVARADO, Graciela de. 1937. "El servicio social en la industria salitrera". *Servicio Social* 11:4 (octubre):243.
- ALVARADO, Graciela de. 1949. "Labor realizada por el servicio social en la Compañía Salitrera Tarapacá y Antofagasta de 1936 a 1941". *Servicio Social* 18:2 (abril-agosto):6-9.
- CHAVEZ, Marta Ena. 1939. "La mujer ante el Derecho del Trabajo". Memoria, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad de Chile.
- FONSECA, Ricardo. 1946. "Plan inmediato de gobierno del Partido Comunista". Santiago.
- ILLANES, María Angélica. 1993. "En el nombre del pueblo, del estado y de la ciencia, (...)". Santiago: Colectivo de Atención Primaria.
- KLUBOCK, Thomas. 1992. "Sexualidad y proletarización en la mina El Teniente". *Proposiciones* 21. Santiago: SUR.
- MALLET, Armando. 1943. "Asignaciones familiares". Memoria, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad de Chile.
- MOULIAN, Tomás. 1985. "Violencia, gradualismo, y reformas en el desarrollo político chileno". En: Adolfo Aldunate, Ángel Flisfisch y Tomás Moulian, *Estudios sobre sistemas de partidos en Chile*. Santiago: Flacso.

- PIZARRO, Crisóstomo. 1986. *La huelga obrera en Chile*. Santiago: SUR.
- PONCE PONCE, Lucía. 1945. "Desavenencias conyugales en el hogar del obrero municipal." Memoria, Escuela de Servicio Social, Ministerio de Educación Pública, Santiago.
- SANTELCES, María. 1938. "El servicio social frente al problema de la madre soltera y sus hijos". *Servicio Social* 12:4 (octubre).
- TEITLEBOIM, Volodia. s/f. *Hijo del Salitre*. Santiago: Editora Austral.
- TORRES ROMERO, Lilia. 1950. "Condiciones de vida y de trabajo de los obreros de la Compañía Nacional de Tejidos 'El Salto'". Memoria, Escuela de Servicio Social, Universidad de Chile, Santiago.
- VALDERRAMA, Luis. 1964. "El salario en nuestra legislación social". Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad de Chile, Santiago.
- VALDES, Ximena; Sonia MONTECINO, Kirai DE LEON y Macarena MACK. *Historias testimoniales de mujeres del campo*. 1983. Santiago: CEM.
- VILLARROEL ROJAS, Carlos. 1936. "Aspectos fundamentales de la política de protección familiar obrera". Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad de Chile, Santiago.

PUBLICACIONES PERIODICAS (entre 1934 y 1948)

(Las fuentes periódicas citadas sin lugar de publicación fueron editadas en Santiago).

Acción Social

Avance (Punta Arenas).

Bandera Roja

El Despertar Minero (Sewell)

Frente Popular (Valparaíso)

La Palabra (Valdivia)

Pampa

Noticiario Sindical

Revista del Trabajo (RdelT)

DOCUMENTOS

Chile. Cámara de Diputados. Sesiones ordinarias y extraordinarias, entre los años 1933-1948.

Partido Comunista. ca. 1941. "¡Adelante en la lucha por el Frente Popular!" Santiago.

Sindicato Industrial Obrero Andes Copper Mining Co. y Potrerillos Railway Corp. ca. 1937. "Pliego de Peticiones presentado a los Sres. Gerentes y Sub-Gerentes Generales".



Construyendo "la otra familia": el proceso a una jefatura de hogar femenina asumida*

Verónica Oxman Vega

Históricamente han existido diversas modalidades de organización de las familias, modalidades que dependen de factores económicos, socioculturales y étnicos. En la sociedad occidental moderna, condicionantes morales y normativos no habían posibilitado, hasta ahora, el reconocimiento de esta diversidad como fenómeno social contemporáneo.

Cambios estructurales profundos ocurridos durante las últimas décadas, tanto en el ámbito público como privado, señalan tendencias a la reestructuración tanto de los medios de producción como del estado y la familia, haciendo visible un fenómeno social que, día a día, cobra mayor envergadura a nivel mundial: la "otra familia", la monoparental con jefatura de hogar femenina.

En el caso de Chile, las últimas cifras censales arrojaron que 25,3 por ciento de hogares monoparentales tienen una mujer como única responsable de la manutención económica y social que hace posible la sobrevivencia de sus grupos familiares (padres/madres ancianos; hermanos/as incapacitados para trabajar; otros parientes

* Las reflexiones que se presentan en este artículo se derivan, en parte, de la información recogida a través de dos estudios sin publicar en que participó la autora: "Evaluación cualitativa del Plan Piloto de Apoyo a las Mujeres Jefas de Hogar de Escasos Recursos", para Sernam, 1994, y "La jefatura de hogar femenina rural. Una perspectiva socio-regional", para Sernam, 1994.

que dependan de ella), ocupando el puesto de mayor autoridad al interior de sus hogares (INE 1992).

Ser mujer jefa de hogar se refiere a una condición de género que involucra tanto la situación socioeconómica como la posición sociocultural que ocupan estas mujeres en la sociedad y dentro de su grupo familiar.¹ Los grupos familiares de las jefas de hogar se componen de personas que comparten un mismo techo, y que además se vinculan entre sí por lazos sanguíneos directos (hijos/as menores, y/o padres/madres mayores); a veces se incluye otras personas ligadas a la mujer por otros lazos de parentesco y/o por compromisos afectivos adquiridos a lo largo de la vida, y que dependen —al menos en algún grado— del aporte económico (ingreso) de esa mujer para sobrevivir.

El concepto de jefatura de hogar femenina ha tendido a ser identificado casi exclusivamente con variables económicas, por ejemplo: niveles y/o montos del aporte al ingreso familiar y otros aspectos que caracterizan "la situación" de la mujer jefa de hogar, a través del estudio de variables económicas como la propiedad —o no— de la tierra o vivienda; el acceso —o no— a créditos o préstamos bancarios; los modos de inserción en el mercado laboral; los tipos de ocupación y, para los sectores más empobrecidos, el grado de dependencia y la obtención de beneficios y/o subsidios estatales para la subsistencia. Esto significó, hasta muy recientemente,² un menor grado de profundización en el análisis de los aspectos culturales, sociales y psicológicos involucrados en el fenómeno de la jefatura de hogar femenina.

La definición operacional del concepto jefatura de hogar femenina³ considera ciertos aspectos sociales, al plantear que se trataría de mujeres que además de sus aportes monetarios, son reconocidas como jefas de hogar por los otros miembros del grupo familiar. En este sentido, el concepto incorpora "la posición" que ocupa la mujer dentro del grupo familiar, estimada principalmente a través de las expresiones orales de reconocimiento o no de la mujer como "jefa" del hogar por parte de los otros componentes del hogar, y dependiendo de si se le asignan o no grados de autoridad y poder de decisión por sobre el resto de los integrantes.

El considerar en conjunto aspectos económicos, sociales, culturales y étnicos permite analizar el fenómeno en sus dimensiones "macrosociales"; a su vez, el incorporar aspectos psicosociales internos al grupo familiar, permite analizar otras dimensiones de nivel "microsocial". El estudio sincrónico en estos dos niveles hace visible la necesidad de que se reconozca la "unicidad" de la jefatura de hogar femenina

1. "Condición de género" de las mujeres jefas de hogar se refiere al cruce de los elementos contenidos en la situación y posición de las mujeres. Aquí se están considerando las capacidades, potencialidades y posibilidades de las mujeres para "proveer" de vivienda, alimentación, vestuario, educación y, en general, de los recursos necesarios para la satisfacción de las necesidades humanas básicas propias de las mujeres, así como de las personas con quienes comparten un mismo hogar. Se reconoce que los roles productivo y reproductivo son desempeñados en el contexto de desigualdades e inequidades históricas entre los sexos, que afectan negativamente las oportunidades para tener acceso a bienes y servicios por parte de las mujeres. De este modo, la condición de ser jefa de hogar sería doblemente desventajosa tanto para las mujeres como para sus grupos familiares, sobre todo en los estratos socioeconómicos más bajos, fenómeno creciente reconocido como feminización de la pobreza.
2. Durante los últimos años se ha profundizado en el estudio y visibilización social de la jefatura de hogar femenina, especialmente a través de la incorporación del tema a partir del Plan Piloto de Apoyo a Mujeres Jefas de Hogar de Escasos Recursos del Servicio Nacional de la Mujer, Sernam. Para mayores antecedentes, véase: Valenzuela, Venegas & Andrade (1994).
3. Utilizado tanto para la elaboración de estadísticas como en diversos estudios sociales (Salazar & Todaro 1992; Pardo & Irarrázaval 1992, entre otros).

como "condición de género", para sólo así dar cuenta de la complejidad del fenómeno.

La "condición" de jefas de hogar se caracteriza por la ejecución de una multiplicidad de roles sociales, roles que se refieren tanto a la vida productiva como a la reproductiva, lo que las lleva a asumir actitudes y conductas que traspasan las conductas y actitudes tradicionalmente consideradas femeninas. Se trata de mujeres que cumplen la doble función de proveer y reproducir materialmente, asegurando por sí solas el recambio generacional y la mano de obra, y que en mayor o menor grado están conscientes de esa condición específica. Este artículo se centra en el proceso de autoconciencia que se genera a partir de la jefatura de hogar femenina, y que puede significar o no una mayor autonomía⁴ para esas mujeres.

Las interrelaciones sociales al interior de estos grupos familiares son altamente complejas; allí se generan formas de interdependencia afectivas, económicas y sociales que van a dar curso a formas diversas de ejercicio de la jefatura de hogar femenina, las que varían dependiendo de la extensión (número de personas) y la composición (tipo de lazos y relaciones que unen a los distintos componentes por sexo y edad) de los grupos familiares. En este interactuar se asignan distintos roles y posiciones a los distintos miembros, complejizados por aspectos étnicos y culturales en general que intervienen en la definición y organización interna de las familias.

Se reconoce, por tanto, que existe una diversidad de tipos de jefaturas de hogar femenina, dependiendo también de aspectos demográficos tales como la edad de las mujeres, el número y edad de los hijos, el lugar que ocupan dentro de la estructura familiar de sus familias de origen, y otros, es decir, del momento del ciclo vital en que se encuentren las mujeres.

Al mismo tiempo, se consideran los aspectos psicosociales que condujeron a cada mujer individual a la condición de mujer jefa de hogar, vale decir, la historia personal con las experiencias afectivo-sexuales que dieron origen a su condición presente.

LA JEFATURA DE HOGAR FEMENINA COMO PROCESO

Para entender la complejidad de la jefatura de hogar femenina como fenómeno social, se postula que ésta puede ser considerada, a la vez, como proceso social y como proceso personal.

Se trata, entonces, de un proceso dual, complejo, que abarca aspectos económicos, socioculturales y psicológicos, y que presenta variaciones y cambios a lo largo de la vida de cada mujer individual. Al mismo tiempo, corresponde a una situación común para muchas mujeres, y que en tanto fenómeno social es experimentado en forma similar por distintos grupos de mujeres.

Por lo tanto, se puede considerar al menos dos niveles de análisis para la jefatura de hogar femenina como proceso. Un nivel que comprende aspectos relativos al análisis sociológico de los procesos-tipo vividos por cada una de las mujeres, y que pueden ser identificados como fenómeno social, y un segundo nivel que se refiere a

4. Se entiende por autonomía el poder de las mujeres para controlar sus vidas, en el sentido de lograr confianza para enfrentarla y desarrollar un sentido de autodeterminación que deriva del reconocimiento de su derecho a determinar opciones, tomar decisiones e influir en las direcciones a las que apunta el cambio social. La autonomía tiene distintas dimensiones: física/corporal, económica, política y sociocultural.

tres fases identificadas a lo largo de los distintos procesos-tipo de jefatura de hogar femenina como fenómeno personal: iniciación, constitución y asentamiento.

El primer nivel, el sociológico, se deriva de las historias personales de las mujeres; por lo tanto, se observan diferencias importantes en los ritmos y modos en que estas mujeres han llegado a identificarse a sí mismas y a ser identificadas por los otros como jefas de hogar.

Dichos procesos varían según la región donde habitan; las condiciones materiales o de clase en que se han desarrollado sus vidas; los niveles educacionales a los que tuvieron acceso; las redes de relaciones sociales (familiares y comunitarias) en que se encuentran inmersas; los patrones culturales y normas sociales predominantes en su medio ambiente social; las relaciones sexo-afectivas (parejas) que las llevaron a la maternidad y las experiencias vitales (migraciones, muertes, abandonos y otros) que han tenido un impacto en los estados psicológicos expresados por las mujeres.

El segundo nivel se refiere a las características que presenta el proceso de jefatura de hogar femenina según el momento en el ciclo vital de la familia y el momento en el ciclo vital en que se encuentren las mujeres que ejercen la jefatura de hogar.⁵ Se entiende que la tipificación de períodos en el ciclo vital responde exclusivamente a fines analíticos y que puede presentar importantes variaciones en relación a otros aspectos económicos (inserción laboral y tipo de ocupación); demográficos (edad de la mujer, estado civil y número de hijos), así como a aspectos socioculturales (aceptación o rechazo de la maternidad en soltería, valoración y regulación de las relaciones maritales y sexo-afectivas extramaritales, etc.), étnicos (mantención de la cultura autóctona, religiosidad, grados de aceptación o rechazo de las uniones interétnicas, etc.), y psicológicos (formas de vivir la afectividad, percepciones subjetivas del mundo, autoimagen y autovaloración, etc.).

Como se menciona anteriormente, se reconocen tres fases en el proceso de jefatura de hogar: iniciación (período transitorio inicial), constitución (período extenso no permanente) y asentamiento (período prolongado permanente).⁶ Las tres fases forman parte de un continuum construido en relación al momento en que la mujer llega a ejercer una jefatura de hogar permanente en el tiempo.

La situación de mujeres solas (sin pareja) puede convertirse —o no— en una condición permanente en la vida de las mujeres. Esto generalmente va a depender de cómo se inicia el proceso, generalmente a partir de un *hito*, entendido como un fenómeno objetivo y subjetivo que tiene lugar en un momento específico de la vida de las mujeres, que marca un cambio sustancial respecto a su situación anterior: cuando ser jefa de hogar se hace *permanente por opción* y se convierte en un hecho *asumido conscientemente* por las mujeres, y que puede llevarlas a una *mayor autonomía*, convirtiéndose en una opción validada personal y socialmente como estilo de vida diferente y no como una forma más de discriminación.

5. En este caso se consideran como períodos tipo en el ciclo vital de las mujeres: infancia (0 a 12 años); pubertad y adolescencia (13 a 18 años); juventud (19 a 26 años); adultez (27 a 45 años) y vejez (60 y más años).
6. Se entiende que cada fase presenta características específicas según el momento del ciclo vital en que se encuentran las mujeres, estado civil y en relación a si viven con su grupo familiar de origen o de reproducción. Para cada caso, los períodos de iniciación, constitución y asentamiento serán diferentes.

1. La jefatura de hogar femenina como proceso personal

Las historias de los procesos personales de las mujeres pueden ser analizadas desde la óptica de continuum objetivo-subjetivo de Peter Blau (1960:178), según ella, se considera que los procesos de jefatura de hogar femenina se constituyen a partir de la interacción entre aspectos económicos objetivos y aspectos sociales objetivos y subjetivos (incluyendo las "instituciones subjetivas"⁷ y las "estructuras sociales"⁸) presentes a lo largo de las vidas de las mujeres. Tales aspectos van a tener características específicas determinadas por su pertenencia a grupos de clase, origen étnico, y presentan grandes diferencias según la región (rural o urbana) en que habitan las mujeres y sus grupos familiares.

En la historia personal se consideran relevantes aspectos tales como: edad de las primeras relaciones sexo-afectivas que condujeron a la maternidad, estado civil de la mujer, edad de la primera maternidad, causal de la ruptura de la pareja (abandono, separación o viudez), inserción en el mercado laboral formal o informal, etc.

2. La jefatura de hogar femenina como fenómeno social

Considerar la historia de la mujer inmersa en el entorno social y en la historia de su grupo familiar, genera la interrogante respecto a cómo se produce el proceso que lleva a la jefatura de hogar: si se inicia en un momento específico del tiempo, ya sea a partir de un hecho o acción particular en la vida de las mujeres o por encontrarse en un momento avanzado de su ciclo vital, o más bien se trataría de un fenómeno que se inicia con anterioridad, que es parte de la "estructura social" pre-existente al interior de su grupo familiar, es decir, la jefatura de hogar femenina se ha establecido como alternativa de una "otra familia" en previas generaciones.

Puede tratarse, entonces, de un fenómeno social previo a la vida consciente de las mujeres, que se mantiene latente hasta que se produce un hecho objetivo que la conduce a la situación concreta de enfrentar el problema de la satisfacción de las necesidades básicas, propias y de sus hijos y/o de otros familiares;⁹ o puede ser desencadenado por alguna situación límite, un hito, que produce un cambio psicológico en la mujer y una reordenación social dentro de su grupo familiar, que la lleva a reconocerse y ser reconocida como mujer jefa de hogar.¹⁰

La historia familiar, tomada como un referente, nos ayuda a entender y caracterizar

7. Blau (1960) entiende por instituciones subjetivas, "los valores y normas comunes que se encarnan en una cultura o subcultura". En este caso, se entiende como los valores y normas referidos a las relaciones sexo-afectivas que conducen a la reproducción generacional, específicamente aquellos relativos a la maternidad y la familia, presentes en las comunidades en se encuentran insertas las mujeres.
8. El mismo autor (Blau 1960) entiende por estructuras sociales, "las redes de relaciones mediante las cuales se organizan los procesos de interacción social y se diferencian las diferentes posiciones sociales de individuos y subgrupos". En este caso, se consideran las redes de parentesco y las relaciones de poder que operan al interior de las familias y que conducen a que las mujeres sean reconocidas o no como jefas de hogar por sus grupos familiares y el resto de la sociedad.
9. Se consideran relevantes el primer embarazo y maternidad; término de la relación sexo-afectiva con el padre del o los hijos; muerte del cónyuge, etc.
10. Algunos hitos serían la expulsión del hogar parental por causa del embarazo en la adolescencia; muerte de los padres; abandono del hombre por otra mujer; muerte prematura y/o violenta del cónyuge, etc.

las diferencias que se dan entre los tipos de procesos de jefatura de hogar de las distintas mujeres. Se consideran relevantes aspectos tales como: tipo de relación que mantuvieron los padres (incluyendo el alcoholismo y la violencia intrafamiliar), el estado civil de la madre, y las relaciones padre-hija y/o madre-hija.

FASES DEL PROCESO DE JEFATURA DE HOGAR FEMENINA: INICIACION, CONSTITUCION Y ASENTAMIENTO

Se entiende que la jefatura de hogar femenina es un proceso que comprende aspectos objetivos y subjetivos acaecidos en el período de tiempo determinado por la duración de las vidas de las mujeres. Vale decir, que para determinar la fase del proceso en que se encuentran las mujeres, se están considerando las condiciones materiales de vida que presentan las mujeres, en conjunto con los actos y/o conductas sociales (aspectos objetivos) que la llevaron a esa situación, así como los valores y normas, sentimientos, expectativas y actitudes (aspectos subjetivos) que las lleva a percibirse y ser percibidas como jefas de hogar. Es a partir de la interacción entre los aspectos objetivos y subjetivos de las vidas de las mujeres, que se construyen estas tres fases del proceso de jefatura de hogar femenina.

1. Fase de iniciación del proceso de jefatura de hogar femenina

Esta primera fase se refiere a un período transitorio en el tiempo: es el período inicial del proceso que lleva a las mujeres a asumir la responsabilidad por la manutención y cuidado de los hijos y/u otros miembros de su grupo familiar. Se trata de un período de una duración relativamente corta, que generalmente abarca entre 6 meses y 2 años, cuya característica principal es la transitoriedad.

La duración y características de la fase de iniciación varía considerablemente de una mujer a otra y de un grupo de mujeres a otro, dependiendo de la situación específica que éstas presenten en el momento en que se produce un cambio radical en sus vidas respecto a su situación previa, y que se relaciona con verse obligadas a asumir en soledad los roles productivo y reproductivo.

Asimismo, los niveles de dificultad y complejidad que adquiere esta fase para las mujeres varían de acuerdo con aspectos objetivos tales como: edad que tenían las mujeres al nacer su primer hijo; tener o no una pareja estable y/o con cambios en el estado civil; número de hijos; situación económica y laboral en que se encontraban ellas y/o sus grupos familiares en ese momento; posibilidades de acceso y/o propiedad de la tierra y vivienda; acceso o no a beneficios y programas de gobierno; tamaño y composición del grupo familiar de origen y/o de procreación, etc. En general, tales niveles de dificultad y complejidad van a depender de todos los aspectos socioeconómicos y demográficos que presentan las mujeres en ese momento del tiempo.

Por otra parte, los aspectos subjetivos tales como los patrones socioculturales de la comunidad a la cual pertenecen las mujeres (normas, valores, estereotipos y prejuicios predominantes); la afiliación religiosa de ellas y/o sus grupos familiares; las reacciones emocionales frente al quiebre de sus relaciones sexo-afectivas (pololeo/pareja); los efectos psicosociales que acarrear situaciones como la violencia intrafamiliar y el

alcoholismo, y en general todos los aspectos socioculturales y psicológicos que experimentan las mujeres en el momento en que se enfrentan a esa nueva situación de vida, van a incidir directamente en que esta fase de iniciación de la jefatura de hogar adquiera una mayor o menor duración en el tiempo.

Sin embargo, a pesar de las diferencias en las experiencias concretas de las mujeres, que se generan a partir de diversas combinaciones entre esta multiplicidad de aspectos, la fase de iniciación se caracteriza por ser el período más arduo, difícil y confuso del proceso, con un carácter traumático—de mayor o menor grado—para las distintas mujeres, independientemente del tipo de jefatura de hogar que lleguen a ejercer.

Durante esta fase, las mujeres enfrentan las mayores dificultades económicas, psicológicas y sociales, puesto que en la mayoría de los casos deben solucionar, en un mismo momento del tiempo, un sinnúmero de problemas que van desde enfrentar a sus padres y grupos sociales a partir de su nueva situación, superar o aceptar el dolor del abandono masculino y/o quiebre de la relación de pareja, buscar asesoría y protección legal si ha sufrido violencia intrafamiliar, hasta empezar a satisfacer un conjunto de necesidades básicas para ellas y sus familias, satisfacción que pasa por conseguir un lugar donde vivir (si no lo tienen) o solucionar problemas de disputas por la vivienda con la ex pareja, establecer arreglos para la manutención y cuidado infantil, generar mayores ingresos y/o ingresar al mercado laboral.

Es la simultaneidad de todos estos aspectos lo que hace que la fase de iniciación sea vivida con mayor grado de dificultad: las características que se presenten en cada caso particular van a determinar en gran medida que la jefatura de hogar se transforme o no en un modo de vida permanente para la mujer.

Situaciones especialmente difíciles se presentan en casos de mujeres jóvenes embarazadas y/o madres solteras recientemente abandonadas que, por necesidad económica o de protección, permanecen o han vuelto a vivir en los hogares de origen con sus familiares, sean éstos sus padres, madres u otros parientes cercanos.

Asimismo, encontramos mujeres que, debido a separación o por abandono reciente de sus esposos, se encuentran transitoriamente en un estado de postergación en la constitución de hogares independientes. En este período se producen diversas situaciones o arreglos para la supervivencia de los miembros del grupo familiar, que si bien no son constantes, tienden a relacionarse con la satisfacción de las necesidades básicas en forma mínima, mientras las mujeres se ajustan a su nueva condición como madres solas, sin pareja, a cargo del bienestar del grupo familiar.

Se puede encontrar situaciones en que las mujeres han delegado el cuidado de sus hijos a diferentes personas, muchas veces en hogares ubicados en lugares distantes, donde tíos y tías, abuelos paternos o maternos de los niños, u otras situaciones, como son los casos en que las mujeres se ven obligadas a pagar por el alojamiento y alimentación de sus hijos durante algún tiempo. Es un período en que las mujeres se encuentran sin medios económicos suficientes para poder acceder a vivienda, lo cual las obliga a repartir a sus hijos hasta que ellas logran sobrepasar esta fase. En algunos casos, este período puede durar años, inclusive se puede generar un distanciamiento permanente entre los diversos miembros del grupo familiar, especialmente cuando las posibilidades laborales de las mujeres son limitadas y no logran acceso a un nivel de ingresos suficientes para poder regularizar, mediante la reunificación de sus componentes, su situación familiar.

Factores conducentes a la fase de iniciación de la jefatura de hogar femenina

Se puede identificar algunos aspectos en las vidas de las mujeres que responden o no a situaciones límites vividas por las mismas y que influyen directamente la iniciación del proceso de jefatura de hogar.

Para algunas de las mujeres, el proceso se inicia con un primer embarazo durante la adolescencia. La adolescencia generalmente se define a partir de variables demográficas, como edad, nupcialidad y fecundidad.¹¹ Sin embargo, debido a factores económicos y socioculturales propios de la interacción de las "instituciones subjetivas" y las "estructuras sociales"¹² propias de los distintos sectores de la sociedad chilena, la adolescencia es un período significativamente más limitado en el tiempo para los sectores urbanos y rurales empobrecidos en comparación con los sectores de ingresos medios y altos. El hecho de que la mayoría de las mujeres de los sectores de bajos ingresos empiece a desarrollar labores remuneradas o actividades productivas, dentro y fuera del ámbito familiar, en edades previas a la adolescencia (entre los 8 y los 12 años) no sólo influye en que las niñas inicien un proceso de madurez temprano, sino que también sean consideradas por "los otros" como adultas a más temprana edad (Largo 1980).

En todos los grupos sociales encontramos casos de mujeres que sostuvieron relaciones sexo-afectivas durante los últimos años de la pubertad o los primeros de la adolescencia, culminando muchas de ellas en embarazos y partos cuando las mujeres eran menores de 19 años. En algunos casos se trata de mujeres que se involucran afectivamente con hombres mayores, quienes en general les ofrecen posibilidades de relaciones futuras, incluyendo proyecciones matrimoniales, y que posteriormente, al momento del embarazo, rompen la relación con las jóvenes dejándolas en la situación de madres solteras. Generalmente, las jóvenes no vuelven a tener contacto con los padres de esos hijos primerizos, no reciben apoyo afectivo ni ayuda monetaria de parte de los mismos y, por lo general, los hijos no se encuentran reconocidos legalmente. Muchas de estas jóvenes que se embarazan durante la adolescencia tienden a permanecer como allegadas en los grupos familiares de origen, compartiendo la responsabilidad de la crianza y el cuidado de sus hijos pequeños con otras mujeres del grupo familiar, fundamentalmente sus madres y/o hermanas. Otras conviven con el padre del o los hijos, como allegados, y cuando se pueden independizar contraen matrimonio, lo que ocurre con frecuencia en sectores sociales más empobrecidos (Largo 1980).

Una forma muy particular de iniciación del proceso de jefatura de hogar se refiere a aquellas mujeres que por razones sociales o culturales se mantienen en el estado de solteras hasta una edad avanzada de su período reproductivo. Algunas de ellas deciden optar la maternidad en soltería (hito). Se trata de mujeres que al llegar a una edad entre 27 y 35 años deciden embarazarse y tener hijos sin tener una pareja estable. En general, un grupo reducido de mujeres opta por esta alternativa, aduciendo como razón principal la necesidad de compañía para la vejez. En los sectores populares y

11. Según el informe Sernam-Unicef (1991), las primeras se derivan de aspectos fisiológicos, tales como el inicio de la edad fértil de las mujeres (entre los 12 y los 19 años); las segundas se derivan de consideraciones de tipo jurídico referentes a la edad mínima para contraer matrimonio (12 años para la mujer y 14 años para los hombres).

12. Se entienden ambos conceptos en los términos definidos anteriormente.

rurales aparece como valor importante el que las mujeres no lleguen a la vejez solas, es decir, sin hijos, por lo cual esta forma de iniciación del proceso de jefatura de hogar es uno de los más aceptados socialmente. En algunos casos los hijos han sido legitimados ante la ley, pero en su mayoría los hombres tampoco aportan económicamente a la manutención de sus hijos, ni mantienen contacto estable con ellos, de modo que la mujer se constituye en la única responsable por su crianza y cuidado.

Uno de los factores que más relevancia cobra en la fase de iniciación de los procesos de jefatura de hogar femenina es la violencia intrafamiliar, específicamente la violencia ejercida por el hombre hacia la mujer (hito). Un alto porcentaje de las mujeres que toman la decisión de separarse de sus esposos o convivientes, reconocen en el hecho de haber sido golpeadas en forma reiterada por los hombres con los cuales vivían, la causal primaria de su jefatura de hogar. Ello ocurre especialmente cuando los golpes también asediaban a los hijos de las mujeres, lo cual fue considerado como un hecho de la mayor relevancia en la decisión de salir de esa situación e iniciar vidas independientes. La violencia intrafamiliar genera en las mujeres sentimientos de vergüenza por haber vivido esa situación, con reacciones psicológicas de temor y una baja autoestima generalizada a todos los ámbitos de la vida de la mujer, que afecta también la posición económica de las mujeres. Es decir, su habilidad para producir ingresos, proveer vivienda, alimentación y vestuario a sus familias se haya condicionada por el mayor o menor grado de deterioro de la salud mental de las mujeres en esta fase.

En el caso de que sean las mujeres las que hacen abandono de la relación de matrimonio o convivencia (hito), son éstas igualmente quienes por lo general se hacen responsables de la manutención y crianza de los hijos producto de la relación que dejan. La mayoría de las mujeres que deciden separarse, lo hacen en el contexto de situaciones de abuso emocional y/o físico. Sin embargo, también se dan situaciones donde la separación responde a motivaciones personales de las mujeres, a veces relacionados con el inicio de relaciones sexo-afectivas con otros hombres.

Uno de los factores que con mayor claridad actúa como detonante del inicio del proceso de jefatura de hogar, es el hecho de que el padre de sus hijos, fuera o no el esposo, hace abandono de la relación (hito). Se puede distinguir entre los hombres que hacen abandono de la relación con mujeres solteras cuando éstas se embarazan. Si bien esta situación es característica de los casos de embarazos adolescentes, no es exclusiva de ellos. También ocurren situaciones donde las mujeres, siendo mayores de edad, se ven enfrentadas al abandono o desaparición de la pareja. Cuando se trata de parejas constituidas legalmente o *de facto*, la situación generalmente se presenta cuando el hombre establece relaciones sexo-afectivas con otras mujeres, fuera de la relación inicial.

En la mayoría de estos casos se puede identificar más de un factor que opera como iniciador del proceso de jefatura de hogar femenina. A pesar de ello, se podría decir que generalmente las actitudes y conductas que llevan a la decisión de separarse son respuestas reactivas a una situación familiar previa que es considerada como insostenible e insostenible por parte de las mujeres.

El factor de iniciación de la jefatura de hogar relacionado con las migraciones (hito), presenta características diversas según si la migración corresponde al hombre o a la misma mujer. La jefatura de hogar derivada de las migraciones masculinas generalmente responde a migraciones laborales por períodos considerablemente largos de

tiempo por parte de los hombres. Es decir, se trata de situaciones en que si bien el hombre no ha hecho abandono del hogar, se ausenta delegando total responsabilidad —tanto económica como social y afectiva— en la mujer. En algunos casos, la migración laboral masculina se convierte en abandono cuando los esposos o convivientes salen a trabajar y nunca regresan ni vuelven a contactar a las mujeres y/o a sus familias.

Cuando se trata de migraciones que afectan a las propias mujeres, éstas varían también considerablemente según se trate de mujeres urbanas o rurales. En el caso de las mujeres rurales que migran para buscar y/o desempeñarse en trabajos relacionados con la producción frutícola y/o agroindustrial, en general se trata de mujeres entre los 17 y los 35 años que tienen como lugar de residencia pequeñas localidades rurales o ciudades regionales, y que se desplazan en sentidos multidireccionales, según la época del año, a los centros de concentración de las empresas agroindustriales y/o zonas de producción frutícola. Las mujeres inclusive hacen los traslados junto con sus grupos familiares, y muchas de ellas son madres solteras que llevan a sus hijos pequeños de un lugar de trabajo a otro. Por otra parte, en los sectores rurales de pequeña producción, las migraciones laborales femeninas se dan desde el campo hacia las ciudades (considerado el tipo de migración laboral femenina tradicional), donde las mujeres se trasladan a las urbes centrales para insertarse en el mercado laboral, generalmente en ocupaciones de servicios o precarias.

También se considera en esta fase los casos de mujeres que, habiendo vivido un largo período de tiempo en localidades lejanas a sus lugares de origen, deciden volver (migración de retorno), para hacerse cargo de los hijos cuya crianza habían delegado y/o para hacerse cargo del cuidado y mantención de sus padres o madres mayores de edad que han terminado el período productivo de sus vidas y que, por su edad, requieren de asistencia económica y de cuidados domésticos. Este tipo de migración se da cuando, por separación o abandono (hito), las mujeres en un primer momento no se encuentran capacitadas para proveer a sus grupos familiares adecuadamente y buscan como alternativa el compartir gastos y la crianza con otros miembros de sus grupos familiares de origen. Para ellas, generalmente esta situación corresponde justamente a la fase inicial del proceso de jefatura de hogar, y es vivido como una solución transitoria a los problemas de subsistencia, sin constituir una forma permanente de vida.

Uno de los factores por excelencia en la iniciación del proceso de jefatura de hogar femenina es, sin duda, la viudez. El fallecimiento del cónyuge o conviviente es una de las formas más directas (hito) en que las mujeres deben asumir la plena responsabilidad frente a la manutención y cuidado de los hijos. Sin embargo, las dificultades que presente el período de iniciación van a ser muy distintas según la edad y el número de los hijos que tenían las mujeres al momento de enviudar. También es determinante la situación económica que enfrentan y los elementos y/o relaciones de apoyo con que cuentan cuando se inicia el proceso. En la mayoría de los casos de mujeres viudas jóvenes, los esposos o convivientes han fallecido por causa de accidentes (laborales o del tránsito) o por suicidio del hombre. Según el tipo de muerte que presente el hombre, las mujeres experimentan el inicio del proceso de jefatura de hogar en forma diferente. Cuando la muerte del esposo o conviviente se relacionó con alguna de estas situaciones traumáticas, las emociones vivenciadas contienen mucho dolor y padecimiento durante la fase inicial. Las mujeres reconocen la dificultad de asumir la responsabilidad total por los otros integrantes del grupo familiar en un momento en

que ellas mismas se encuentran necesitadas de apoyo económico y afectivo. En los casos en que esposos o convivientes han optado por el suicidio, las mujeres experimentan sentimientos de rabia y frustración frente a la decisión de los hombres, considerándola como la forma última de abandono por parte del padre de sus hijos.

Si bien hemos considerado por separado las situaciones anteriores, que pueden ser reconocidas como factores que operan como iniciadores del proceso de jefatura de hogar femenina, en la mayoría de los casos más de uno de los factores enunciados operan al mismo tiempo y a la vez generan experiencias de vida complejas y multifacéticas dentro del proceso en sí.

2. Fase de constitución de la jefatura de hogar femenina

Por fase de constitución del proceso de jefatura de hogar, estamos entendiendo un período de tiempo mayor comparado con la fase de iniciación; se trata de un período en que las mujeres se hacen cargo a nivel objetivo de su situación como mujeres solas, aunque no han descartado la posibilidad de volver a constituir una nueva relación de pareja y/o no han llegado a establecer hogares monoparentales independientes de sus grupos familiares de origen. Muchas de las mujeres que se encuentran en esta fase son jóvenes (menores de 35 años), con hijos pequeños o en edad escolar, que eventualmente podrían llegar a constituir nuevas relaciones de pareja.

La fase de constitución de la jefatura femenina es un período en el cual las mujeres han llegado, al menos en términos relativos, a generar sus propios mecanismos de sobrevivencia, tanto a nivel económico como social, los cuales les permiten vivir su condición de mujeres jefas de hogar en forma consciente, aunque no con una proyección definitiva.

Algunas mujeres presentan una postergación de la jefatura de hogar, por no tener acceso a salarios suficientes. Es el caso de las madres solteras que viven allegadas a sus padres, o por factores socioculturales tales como el aislamiento social que se produce al tener que dedicar todo su tiempo a la doble tarea de la producción y reproducción generacional, factor que cobra especial relevancia para las mujeres que viven en el medio rural. Se trata de mujeres que presentan una jefatura de hogar que aún no está claramente definida, ni en términos de aporte al ingreso ni en cuanto al reconocimiento de ser las que toman las decisiones respecto a la crianza y manutención de sus hijos.

El proceso que se inicia con el embarazo adolescente debe ser considerado dentro del contexto social y la historia familiar, que en este caso cobra especial relevancia; él permite observar con mayor claridad aquellos aspectos relativos al impacto que tiene el tipo de familia de origen en la transmisión de ciertos valores respecto a la jefatura de hogar, que van a incidir en el inicio de uno de los tipos más complejos de jefatura de hogar femenina: la jefatura de hogar postergada, que es característica en esta fase de constitución del proceso. Ya sea que se trate de mujeres que viven de allegadas con sus grupos familiares de origen o que delegan la crianza y cuidado de sus hijos, producto de un embarazo durante la adolescencia, a sus padres, abuelos u otros familiares.

Esta situación de jefatura de hogar postergada se encuentra inclusive en casos de mujeres jóvenes (menores de 35 años) que llevan varios años insertas en el mercado laboral, que no son reconocidas propiamente como adolescentes —por tanto, como dependientes—, pero tampoco como productoras que aportan al ingreso laboral; se las

tiende a perpetuar bajo el estigma de "madres solteras" (como desviación a la norma de la maternidad dentro del matrimonio), lo que les da un estatus desmedrado en el entorno social, y dificulta sus posibilidades de desarrollo como personas y de llegar a asumir su jefatura de hogar en forma independiente. Cabe señalar que la situación socioeconómica de precariedad en que vive la mayoría de estas jóvenes, las obliga a abandonar sus estudios a edades muy tempranas, incluso con anterioridad al embarazo. Sin embargo, la mayoría deja de estudiar por causa del embarazo. Las adolescentes se ven enfrentadas a una situación nueva que adquiere un carácter traumático, lo que no les permite reorganizar sus vidas hasta muy adentradas en la edad adulta. Como vimos, esto depende, en gran parte, del estrato socioeconómico y de la edad.

El caso antes descrito representa una de los tipos de procesos de jefatura de hogar más complejos. Está marcada, en primer lugar, por una historia familiar que se desarrolla en el contexto de la discriminación socioeconómica y cultural específica que enfrentan las familias de sectores de bajos ingresos, tanto rurales como urbanos, y que se complejiza aun más con la diferenciación étnica. La comunidad mapuche, por ejemplo, por siglos ha mantenido vigente una cierta gama de interacciones entre los aspectos objetivos y subjetivos, contenidos en "las instituciones subjetivas" y en la "estructura social". Estas dan como resultado que la mujer ocupe una posición altamente compleja dentro de la familia: muchas veces es la proveedora principal del ingreso familiar y, al mismo tiempo, ocupa una posición de poder claramente subordinada no sólo respecto al padre y al esposo, sino también frente a sus propios hijos e hijas. Por lo tanto, una mujer mapuche que inicia el proceso de jefatura de hogar femenina, como producto de un primer embarazo en la pubertad o adolescencia, siendo dependiente tanto en los aspectos objetivos como subjetivos, probablemente seguirá en esa misma condición de dependencia hasta que acontezca la muerte de los familiares que la acogieron en el momento en que se produjo el hito de iniciación del proceso de jefatura de hogar.

Similar a estos casos es la situación de mujeres jóvenes, madres solteras o no, que por razones sociales, de trabajo o migración, ya sea temporal o permanente, dejan a sus hijos al cuidado de sus propias madres en los hogares familiares de origen. Estas mujeres pueden —o no— contribuir al ingreso familiar, aspecto que se considera como crucial para determinar si se trataría de una jefatura de hogar femenina postergada. En el caso de las mujeres rurales, esta situación puede tender a perpetuarse, especialmente cuando la mujer sale a trabajar lejos de su localidad de origen como asesora del hogar puertas adentro, sin lograr generar los ingresos suficientes para romper con el estado de separación de sus hijos e hijas, situación que puede mantenerse durante un número no determinado de años.

También se considera que se encuentran en esta fase aquellas mujeres que habitan en sus hogares parentales compartiendo la responsabilidad económica y social con otros miembros del grupo familiar, pero que no llegan a ser jefas de hogar por razones económicas o socioculturales; reconocen como autoridad de la familia a los parientes mayores (padres), a pesar de que puedan hacer el mayor aporte al ingreso y participen activamente en la organización interna del grupo familiar.

En algunos casos de soltería sostenida, un embarazo extramatrimonial fue el inicio del proceso de jefatura de hogar. Se trata de mujeres que, siendo jóvenes o no, establecieron relaciones sexo-afectivas con hombres que se encuentran comprometidos, ya sea por matrimonio o convivencia con otras mujeres. Este tipo de relaciones

extramatrimoniales conducen a las mujeres a ser madres solas; en muchos casos, se trata de relaciones con cierta permanencia en el tiempo, por lo cual las mujeres pueden llegar a tener más de un hijo con el mismo padre. Muchos de estos casos se dan con hombres que, estando separados de hecho (no legalmente) de sus esposas, no son considerados como hombres "libres" por las mujeres y, por tanto, ellas deciden constituir hogares monoparentales, sin expectativas de llegar a conformar familias con los padres de sus hijos.

3. Fase de asentamiento de la jefatura de hogar femenina

Algunas mujeres se encuentran viviendo el período que se denominó de asentamiento en su condición de jefas de hogar, que se caracteriza porque ellas mismas se reconocen y son reconocidas por los otros miembros del grupo familiar, como las personas a cargo y con la responsabilidad de proveer ingresos y bienes para sus familiares, en especial sus hijos en edad escolar. La característica principal de esta fase es que la jefatura de hogar se vive como una condición asumida como permanente por parte de las mujeres, con la proyección de ser jefas de hogar por el resto de sus vidas.

En general, se trata de mujeres que llevan un número considerable de años trabajando como asalariadas o en forma independiente, generando ingresos que les permiten mantener una habitación o vivienda independiente, solventar todos los gastos del consumo familiar y que además, clara y reconocidamente, toman las decisiones familiares (respecto a la crianza y futuro de sus hijos) y domésticas (organización de las tareas domésticas y distribución del ingreso en bienes de consumo y servicios). Son mujeres cuya característica común es haberse integrado en forma continua al mercado laboral por un período considerable de años, lo cual les ha permitido generar, en forma autónoma,¹³ condiciones materiales de vida relativamente estables.

También se considera aquí a las mujeres que, siendo relativamente jóvenes, se encuentran en la etapa final de su período reproductivo, y que deciden no volver a establecer relaciones de pareja.

Hay mujeres que, por muerte o enfermedad y/o vejez de los padres, asumen la jefatura de hogar de sus grupos familiares de origen, muchas veces compuesto no sólo por sus hijos, sino también por hermanos menores y/u otros familiares que se encuentran incapacitados para generar ingresos.

Por último, algunas mujeres llegan a ser jefas de hogar asumidas por vejez y que, aunque compartan la jefatura de hogar con alguno de sus hijos o hijas, posiblemente en términos subjetivos sólo con la muerte dejen de ser las jefas de su hogar, cerrando así el ciclo vital familiar.

Se considera que el período de asentamiento de la jefatura de hogar corresponde a una fase posterior en el tiempo, en la cual la mayoría de las mujeres ya ha definido algunos aspectos claves de su condición de jefas de hogar, dependiendo de diversos factores que van a estar determinando el grado de autonomía alcanzado por las mujeres.

13. Se trataría de mujeres que han alcanzado cierto grado de autonomía económica, es decir, que han llegado a adquirir control sobre sus vidas laborales o recursos productivos.

Factores condicionantes de una jefatura de hogar asumida

La fase de asentamiento en la jefatura de hogar generalmente pasa por la reconstitución psicológica de las mujeres, el haber alcanzado un grado de autonomía sociocultural,¹⁴ que les permita sobrellevar sus sentimientos de dolor profundo, superar la baja autoestima y los estados depresivos que se derivan de la complejidad del fenómeno de ruptura y violencia vivido como parte del proceso. Principalmente, la pérdida de la confianza en sí mismas y en los otros juega como elemento limitante de las posibilidades de las mujeres para obtener los medios de sobrevivencia necesarios para ellas y sus grupos familiares.

El tipo de empleo, especialmente en relación a su temporalidad, opera como un factor que va a incidir en las posibilidades de que la mujer se asiente o no como jefa de hogar en forma permanente. En la medida en que las mujeres no tienen acceso a ingresos estables, mayores son las probabilidades de que se mantengan en situaciones de allegamiento o de compartir vivienda, gastos, cuidados de los hijos e hijas, etc., con otros miembros de su grupo familiar.

Los niveles de dependencia que presentan las mujeres respecto a sus familias de origen, constituyen un elemento fundamental en la consideración de la permanencia de la jefatura de hogar. Aquí se considera el tipo de relación económica, social, cultural y afectiva que la mujer mantiene con los miembros de su grupo familiar de origen. En forma recurrente, la soledad y el aislamiento aparecen como los principales obstáculos para que las mujeres lleguen a convertirse en jefas de hogar asumidas, estableciendo viviendas independientes de otros miembros de sus familias extensas de origen. Uno de los elementos principales que determinan el nivel y tipo de relación de dependencia con sus padres y/o hermanos, se debe a que las mujeres rara vez tienen acceso a la propiedad de bienes y/o de una vivienda o de tierras por sus propios medios.

La mayoría de estas mujeres que viven solas con sus hijos son mayores de 35 años y menores de 60 años y su condición de jefatura de hogar dura ya por varios años. Aun así, encontramos en las diferentes clases sociales y regiones, mujeres que, habiendo llegado a una edad madura, por razones socioeconómicas nunca lograron constituir hogares independientes. Incluso se dan casos de mujeres que, junto a un alto grado de independencia social, presentan condiciones económicas de gran precariedad. Generalmente, si las mujeres han tenido acceso a viviendas propias, ha sido por medio de herencias o a través de programas públicos o subsidios habitacionales específicos, no a través de sus propios recursos.

La edad de los hijos es otro de los elementos que se debe considerar en esta fase. Cuando se trata de niños pequeños o en edad escolar, las mujeres requieren de ayuda para el cuidado infantil, generando dependencias de sus familiares cercanos, vecinas y amigas, que se constituyen en personas claves que influyen en que las mujeres puedan o no asumir el rol productivo que involucra la jefatura de hogar. La escasez o inexistencia de centros de cuidado infantil en sus localidades opera como una determinante que condiciona negativamente las posibilidades de independencia, tanto económica como social, de las mujeres.

14. La dimensión sociocultural de la autonomía se refiere al momento en que las mujeres logran redefinir una identidad independiente, un valor de sí y un sentido de autorrespeto.

Otro aspecto psicosocial que es necesario considerar, y que en mayor o menor grado va a operar como factor condicionante para que la jefatura de hogar femenina se convierta en una condición estable, se relaciona con las actitudes de las mujeres frente a la posibilidad de que sus hijos se vean enfrentados a maltratos por parte de hombres que nos son los padres biológicos. Para la mayoría de las mujeres, la posibilidad de convivir con un hombre distinto al progenitor de sus hijos representa un riesgo no sólo para sí mismas, sino también para los hijos. El riesgo se refiere a la posibilidad de abuso sexual en el caso de las hijas, y al rechazo y abuso físico o emocional en el caso de los hijos. Estos temores, fundados en el conocimiento a partir de sus propias experiencias personales o de otros casos observados en sus familias y/o comunidades, operan como una de las razones más importantes para que las mujeres no lleguen a constituir una nueva relación de pareja. En este caso, la jefatura de hogar significa una mayor autonomía física¹⁵ para las mujeres, la cual adquiere una alta valoración, pues las distancia concretamente del peligro que puede involucrar una relación mal avenida y violenta.

En todos los casos, es importante tener en cuenta que las enumeraciones y divisiones que se realizan en relación a los períodos del proceso de jefatura de hogar en que se encuentran las mujeres, son puramente para fines analíticos, ya que la vida de las mujeres no se da en forma parcelada ni unívoca, como se podría llegar a concluir sobre la base de lo expuesto anteriormente.

Sin embargo, se considera que este tipo de operacionalización del concepto es pertinente si se quiere, por una parte, analizar en profundidad la complejidad de aspectos, variables y conceptos involucrados en el fenómeno de la jefatura de hogar femenina como potencial proceso de autonomía personal para las mujeres; y, por otra, promover una mayor aceptación de la jefatura de hogar femenina como proceso de construcción de un tipo de familia diferente, "la otra familia". De este modo, las mujeres individuales podrán vivir este proceso con mayor aceptación, dignidad y autonomía, al mismo tiempo que se rompe con la estigmatización, discriminación y desigualdad social que enfrentan los distintos componentes de estos grupos familiares, situación que prevalece aun hoy en día.

Por su parte, la opción de las mujeres de vivir sin pareja pone en el tapete el cuestionamiento al significado de "ser hombre" y "ser mujer" (lo masculino y femenino) en la sociedad actual, evidenciando cambios culturales profundos que están experimentando las mujeres. Cambios que, según se observa, no tienen los mismos ritmos entre los sexos, es decir, no adquieren el mismo significado para los hombres, sujetos más tardíos en el proceso de construcción de una identidad humana más acorde con valores como la igualdad y equidad.

15. La autonomía física se refiere al pleno control de las mujeres sobre su propio cuerpo, el control sobre la sexualidad, incluyendo el derecho a no ejercerla, y sobre la fecundidad, donde la maternidad es opcional.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ARANDA, X., V. OXMAN & J. HOOVER. 1994. "La jefatura de hogar femenina rural. Una perspectiva socio-regional". Informe inédito. Santiago: Sernam, mayo.
- BLAU, Peter. 1960. "Estructural effects". *American Sociological Review* 25.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICAS-INE. 1992. *Cifras Censo XV de Población y II de Vivienda* 1992. Santiago.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICAS-INE. 1994. *Mujeres de Chile: Radiografía en números*. Santiago: Imprenta INE, 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer.
- IRARRAZAVAL, I. & L. PARDO. 1992. "Jefatura familiar femenina, estructura de hogar y pobreza". Inédito. Santiago: Semam.
- LARGO, Eliana. 1980. "Madres solteras adolescentes de bajo estrato socioeconómico: ¿problema o alternativa?" *Revista de Trabajo Social* 32 (Sep.-Dic.). Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile (pp. 22-25).
- OXMAN, V. & P. FARIAS. 1994. "Evaluación cualitativa del Plan Piloto de Apoyo a las Mujeres Jefas de Hogar de Escasos Recursos". Informe inédito. Santiago: Sernam, enero.
- POLAKOV, V. 1993. *Lives On the Edge. Single mothers and their children in the Other America*. Chicago: University of Chicago Press.
- SERNAM-UNICEF. 1991. *Embarazo en adolescentes. Diagnóstico 1991*. Santiago: Sernam-Unicef, agosto.
- THORNE, B. 1992. "Feminism and the family: Two decades of thought". In: Thorne & Yalom, *Rethinking the Family*. Northeastern University Press (pp. 3-30).
- TODARO, R. & R. SALAZAR. 1992. "La vulnerabilidad de las jefas de hogar". Inédito. Santiago: Semam.
- VALENZUELA, M. E., S. VENEGAS, C. ANDRADE. 1994. "De mujer sola a jefa de hogar. Género, pobreza y políticas públicas". Santiago: Semam, agosto.



Fruticultura y patrones de ocupación a nivel familiar

Sylvia Venegas Leiva

A partir de las diferencias entre los obreros permanentes y los temporeros del sector frutícola en cuanto a edad, sexo y estado civil, se ha creado la imagen de que estas categorías ocupacionales se corresponden con determinadas posiciones en la estructura familiar: mano de obra primaria y secundaria, respectivamente. Incluso, con frecuencia se argumenta que la alta concentración de la demanda de trabajo en ciertos meses del año que caracteriza a la fruticultura, no representa un problema social precisamente porque la oferta de mano de obra es tan estacional como la demanda.

Los estudios realizados muestran, en efecto, que, duplicando en algún grado el esquema hacendal, los obreros permanentes (como los inquilinos antes), son predominantemente hombres, de mediana edad y jefes de hogar. Los temporeros, en tanto (tal como los voluntarios en el pasado), son hombres, más jóvenes, con mayor presencia de solteros que de casados, y mujeres adultas que generalmente tienen responsabilidades familiares. O sea, una fracción minoritarias de solteras y predominio de mujeres casadas, separadas o viudas.

En este marco familiar, el impacto social de la expansión frutícola, y particularmente de la dinamización del mercado laboral vía el fuerte aumento del empleo temporal, sería, sin contrapeso alguno, positivo. A la vez, la familia sería la instancia que, en la práctica, transformaría una dinámica laboral difícil en una situación que se adecuaría a las características individuales de los distintos miembros del grupo familiar.

Sin embargo, hay varios supuestos en esta interpretación que es necesario explicitar y contrastar con las condiciones de vida de las familias frutícolas. Utilizando datos recogidos a través de una encuesta a trabajadores permanentes y temporeros de la fruta en el verano 1988-89, en el presente trabajo se analizarán tres de tales supuestos.¹

En primer lugar, se estudiará hasta qué grado los trabajadores logran una resolución efectiva para el problema de la estacionalidad en el ámbito familiar. Para ello se identificarán los patrones de ocupación que desarrollan las familias frutícolas, a partir de la combinación de los tipos de empleo que tienen todos sus miembros económicamente activos. El análisis de estos patrones de ocupación permitirá, en segundo lugar, abordar algunos aspectos cualitativos envueltos en la distinción entre mano de obra primaria y secundaria, específicamente aquéllos relacionados con la forma actual de inserción laboral de las mujeres. Por último, se describirán los montos de ingresos familiares que se generan a partir de los distintos patrones de ocupación, como indicador de calidad de vida y aproximación a la validez económica de la distinción entre mano de obra primaria y secundaria para este segmento de la fuerza de trabajo del país.

Caracterización demográfica de las familias frutícolas

Antes de analizar los patrones de ocupación que desarrollan las familias frutícolas es conveniente hacer una breve mención a su composición demográfica. Así como el contexto en que las familias residen define el marco de opciones laborales para sus miembros, también los grados de libertad para actuar en el marco de tales opciones dependen en gran medida, como se comprobará más adelante, del número y características de quienes componen los grupos familiares.

El tamaño promedio de estas familias es de 5.5 miembros, lo que indica que son más numerosas que la familia promedio en el país (4 personas por hogar según el último Censo de Población de 1992). Entre los hogares de temporeros y de permanentes, las diferencias en este aspecto son escasas: 5.6 y 5.4 miembros en promedio, respectivamente. En asociación al tipo de lugar de residencia de los trabajadores, también las diferencias son de magnitud relativamente pequeña (los hogares rurales se componen de 5.6 miembros en promedio, en tanto que los urbanos de 5.3). Más importantes son las diferencias por región; en las zonas manzaneras de las provincias de Colchagua y Curicó, la familia promedio tiene 5.8 miembros, en tanto que en los valles nortinos de Copiapó y Elqui la cifra equivalente es de 5.3. En los valles centrales del Maipo y Cachapoal, la cifra correspondiente se ubica entre ambos extremos.

En cuanto a la estructura de los hogares frutícolas, se observa un predominio de las familias nucleares, 53 por ciento de los casos, seguidas por las familias extensas, que representan el 38 por ciento de las familias. Según el Censo de 1992, estas dos categorías abarcan el 57,9 y 23,4 por ciento de los hogares del país, respectivamente. La mayor frecuencia de la familia extensa que se observa en los hogares frutícolas se

1. En el diseño de la muestra se combinó una selección estratificada por cuotas de empresas ubicadas entre Copiapó y Curicó con una selección al azar de trabajadores permanentes y temporeros. Más detalles respecto a este estudio se pueden consultar en Rodríguez y Venegas (1991) y Venegas (1992).

asocia principalmente a las características de los hogares de los temporeros. Entre ellos hay 40 por ciento de familias extendidas y 52 por ciento de familias nucleares, cifras que en el caso de los hogares de los trabajadores permanentes alcanzan a 29 y 60 por ciento, respectivamente.

La mayor cercanía de los hogares de permanentes al patrón cultural "normal" de estructura familiar, se expresa también en el hecho de que la existencia de parejas incompletas es considerablemente menos frecuente que en el caso de los hogares de temporeros. En los hogares de los primeros, tal situación se da en 12 por ciento de los casos, en tanto que entre los hogares de temporeros ello ocurre en 30 por ciento de los hogares.

Seguramente en relación con la alta frecuencia de las parejas incompletas es que también en los hogares de temporeros la jefatura femenina de hogar es más frecuente: 22 por ciento de los casos frente a sólo 10 por ciento en los hogares de los obreros permanentes. Esta última cifra se aleja considerablemente del valor nacional, que según el último Censo de Población (1992) es de uno por cada cuatro hogares del país. Tal como ocurre a nivel nacional, también entre los trabajadores de la fruta ocurre que la jefatura femenina es más frecuente en las áreas urbanas que en las rurales (31 y 16 por ciento, respectivamente).

La comparación con las cifras nacionales sobre la importancia de la jefatura de hogar femenina tiene una limitación. A partir de las respuestas dadas por los trabajadores frutícolas a la pregunta sobre jefatura de hogar, se identificó una categoría que el Censo por definición excluye: la jefatura "democrática", a cargo de la pareja. "En la casa mandamos los dos igual", dijeron algunos, lo que obligó a contemplar la opción de una jefatura de hogar compartida. Aunque esta forma de distribución del poder y la autoridad al interior de la familia frutícola es poco frecuente (8 por ciento de los casos), cabe destacarla como eventual opción de futuro: entre las familias más jóvenes —con jefes de hogar menores de 30 años de edad— se aproxima a un quinto de los casos (17 por ciento).

Si bien los parámetros que se han mencionado para caracterizar demográficamente a las familias frutícolas presentan algunas diferencias entre obreros permanentes y temporeros y también en función de variables socioeconómicas y regionales, las diferencias son, como se ha visto, poco marcadas. Esto se debe a que el país se encuentra en un estadio avanzado del proceso de transición demográfica, lo que tiende a disminuir el peso de las variables socioeconómicas como causales de diferencias en el comportamiento demográfico. Las variaciones más drásticas aparecen asociadas, en cambio, al ciclo vital de la familia.

Para mostrar la importancia del ciclo vital, se puede mencionar que, por ejemplo, entre las familias jóvenes, con jefes o jefas de hogar menores de 30 años, el tamaño promedio es de sólo 3.7 miembros, un 63 por ciento tiene estructura nuclear y un 11 por ciento está a cargo de una mujer. En los hogares intermedios, cuyo jefe tiene entre 30 y 44 años, el tamaño promedio aumenta a 5.1 miembros, la estructura nuclear a 75 por ciento y las jefas aumentan a 18 por ciento. Por último, en los hogares mayores, con jefes de 45 o más años de edad, el promedio de miembros sube a 6.3, los hogares nucleares bajan a 36 por ciento y las jefas alcanzan al 23 por ciento.

Todo lo anterior refuerza el hecho de que la composición demográfica de las familias pasa a constituirse en un factor clave en la determinación de las condiciones de vida del hogar. Así, el número de miembros económicamente activos es de 1.9 en

los hogares jóvenes, de 2.5 en los intermedios y de 3.4 en los hogares mayores. La misma diferencia es francamente marginal entre hogares de obreros permanentes y de temporeros (2.8 y 2.9 respectivamente), y también muy pequeña en relación a otras dimensiones socioeconómicas (por ejemplo, 2.9 personas en hogares rurales y 2.7 en hogares urbanos).

Patrones de ocupación en los hogares frutícolas

Con el propósito de tipificar las combinaciones de ocupaciones que se dan al interior de las familias frutícolas, se considerarán dos características de los empleos. La primera se refiere al tipo de posición ocupacional que tienen los miembros económicamente activos del hogar: i) sólo estables (es decir, de planta y/o por cuenta propia regulares a lo largo del año); ii) sólo inestables o por temporada; y, iii) mixtas, cuando en el hogar coexisten los dos tipos de ocupaciones anteriores. La segunda dimensión se refiere al sector de ocupación: a) agrofrutícola; y b) múltiple, cuando hay miembros ocupados en el sector agrofrutícola y también en actividades no agrícolas.

En el Cuadro 1 se presentan los patrones de ocupación de las familias frutícolas, definidos a partir de los criterios mencionados.

Cuadro 1.
PATRONES DE OCUPACION DE LAS FAMILIAS SEGUN TIPO DE TRABAJADOR
FRUTICOLA

PATRONES DE OCUPACION	PERMANENTE		TEMPORERO		TOTAL	
	Abs.	%	Abs.	%	Abs.	%
Agrofrutícola estable	35	28,4	3	0,7	38	6,6
Agrofrutícola inestable	4	3,3	94	20,7	98	17,0
Agrofrutícola mixta	52	42,3	92	20,3	144	25,0
SUBTOTAL	91	74,0	189	41,7	280	48,6
Múltiple estable	10	8,1	4	0,9	14	2,4
Múltiple inestable	0	0,0	109	24,1	109	18,9
Múltiple mixta	22	17,9	151	33,3	173	30,1
SUBTOTAL	32	26,0	264	58,3	296	51,4
TOTAL	123	100	453*	100	576	100

* Se excluyen 5 casos sin información suficiente.

Fuente: Encuesta a Trabajadores Frutícolas, verano 1988-89.

En general, estos datos sugieren que la conducta ocupacional de las familias frutícolas está orientada por un esfuerzo de diversificación. La combinación de posiciones ocupacionales es una conducta muy generalizada, y la combinación de

ramas de la economía es también significativa, pero sólo en el caso de los hogares de los temporeros.²

En efecto, los hogares de estos dos tipos de trabajadores difieren significativamente en cuanto a la frecuencia en que uno o más de sus miembros activos se ocupan en actividades no agrícolas. En el caso de los hogares de temporeros, ésta es de hecho una conducta predominante, que se observa en más de la mitad de los casos (58,3 por ciento), cifra que es de sólo 26 por ciento en los hogares de los permanentes. Esta diferencia seguramente se asocia, en parte, a que la residencia urbana es más frecuente entre los temporeros.³

A pesar de los esfuerzos diversificadores que reflejan los patrones de ocupación de las familias de los temporeros, la proporción de familias que no logra tener ni siquiera un miembro con empleo estable es de tal magnitud que no puede obviarse: cerca de la mitad de los hogares (45 por ciento).

Si bien dicha fracción es considerablemente inferior al peso de los temporeros en el total de los trabajadores de la fruta (84 por ciento), igualmente pone en evidencia que la estacionalidad del mercado laboral es lo suficientemente generalizada como para cubrir tanto la mano de obra primaria como la secundaria en una proporción importante de hogares.⁴ La falta de una mínima estabilidad ocupacional para estas familias es un argumento de peso para plantearse la urgente necesidad de revisar las normativas que actualmente rigen las diversas formas de empleo "flexible".

En efecto, se aprecia en el Cuadro 1 que la falta de estabilidad ocupacional es un fenómeno frecuente tanto para las familias de temporeros que se ocupan sólo en el sector agrofrutícola como para aquellas que además combinan las anteriores con empleos no agrícolas. En el primer caso, hay prácticamente igual número de familias que no tienen miembros con empleos permanentes, "familias temporeras", como de familias en que hay al menos un miembro en tal condición. En el segundo caso, la situación es algo mejor: por cada familia en que todos los miembros son temporeros, hay, en promedio, 1.4 en que por lo menos un miembro tiene empleo permanente. Esta relativa ventaja se puede considerar como una evidencia indirecta de la necesidad de promover actividades no agropecuarias en las regiones agrarias. Si bien esta constatación no es nada de novedosa, sí parece importante destacar que la "modernización" de la agricultura ha mejorado los niveles de ocupación, pero no ha logrado revertir la incapacidad estructural del sector para absorber regularmente la oferta de mano de obra local.

Es importante agregar que las formas de inserción ocupacional de las familias no varían drásticamente entre los distintos valles. Esto se debe a que la expansión frutícola ha producido un alto grado de especialización productiva en ciertas áreas, y que las características estructurales de requerimientos de mano de obra de esta

2. Las categorías aparentemente contradictorias de agrofrutícola inestable entre los permanentes como la de agrofrutícola estable entre los temporeros, se explican porque los datos tienen como período de referencia el año 1988 completo (y no sólo la temporada en que los trabajadores fueron encuestados). Tales categorías representan la situación predominante durante el año en cuestión en los pocos hogares que aparecen en las respectivas celdas.
3. Sólo 7 por ciento de los trabajadores permanentes reside en localidades de 15 mil o más habitantes, fracción que alcanza a 28 por ciento entre los temporeros.
4. La fracción de 84 por ciento de temporeros en el total de trabajadores de la fruta corresponde a los momentos del ciclo productivo con mayor demanda por fuerza de trabajo.

actividad no presentan diferencias de fondo entre los diversos rubros. Hay ciertamente rubros algo más intensivos que otros, como la uva de mesa, por ejemplo, y valles que, por la mayor variedad de frutales, tienen períodos de alto empleo algo más prolongados, como son los valles del Maipo y del Cachapoal. Pero todos carecen de fuentes alternativas de ocupación capaces de contrarrestar la estacionalidad del empleo frutícola.

Se puede afirmar, por tanto, que en la actualidad el empleo agrícola temporal no constituye simplemente una opción ocupacional que complementa otras que generan ingresos permanentes para las familias. Es, en cambio, una modalidad de ocupación que, además de aglutinar personas que por diversos motivos hacen incursiones más o menos aleatorias en el mercado de trabajo, representa para muchas otras un oficio propiamente tal. Las "familias temporeras" son una expresión de esta situación.

Los Núñez viven en Linderos, pequeña localidad de la comuna de Buin, en el corazón frutícola del país (el valle del Maipo). Una familia pequeña, formada por Luisa, su marido y su único hijo de 9 años (a pesar de que ya llevan diez años de matrimonio). Ella es una temporera que desde hace cinco años se ocupa como tal, después de haber realizado varios trabajos (ayudante en un taller de modas, mesera, cocinera y niñera "en casa particular"), con una incursión de un año a Santiago. Al contar respecto del trabajo de su marido, Luisa afirmó: "El trabaja igual que yo, de temporero, así da vuelta el año" (al menos en 1988 no tuvo cesantía).⁵ En efecto, a pesar de la igualdad entre Luisa y su marido en cuanto a clase de inserción ocupacional, para ella la situación es más difícil: en 1988 estuvo cesante dos meses completos -julio y agosto- y, además, siete días de octubre, según informó con absoluta precisión. Es que Luisa es una temporera profesional, un tipo de trabajadora que es frecuente encontrar en los valles del Maipo, Cachapoal y Aconcagua (o como migrante en los valles nortinos). Esta actividad constituye para Luisa un oficio que, por lo menos en relación a las otras opciones que están a su alcance, ella considera mejor. Afirma que le gusta trabajar en la fruta porque tiene un horario establecido (a diferencia de la niñera o la cocinera) y porque le gusta estar al aire libre. Y, con la misma claridad y precisión, Luisa identifica los problemas que la afectan en su condición de temporera: "la inestabilidad, la falta de un contrato que sea respetado, que no sea en blanco, que no la puedan echar a una con cualquier pretexto". O sea, es la falta de formalidad con que se trata a los temporeros y temporeras lo que preocupa a Luisa; una discrecionalidad patronal que es contradictoria con el grado de profesionalismo con que ella se ubica a sí misma en el mercado laboral. La total ausencia de su condición de madre y esposa en sus juicios sobre el trabajo es inusual, pero nada casual. No meramente porque ella tiene sólo un niño, a quien además se le han buscado, con relativo éxito, actividades para que desarrolle mientras sus padres trabajan, sino también porque ella no es ni se siente la "encargada del hogar".⁶ "En la casa somos los dos encargados, el que llegue más temprano hace las cosas; generalmente la comida la hago yo, el aseo mi marido, lavamos tres veces por semana y el que llegue primero lava, y las compras de la

5. El período de referencia sobre la información ocupacional de las familias fueron los doce meses del año 1988.

6. Luisa fue encuestada en pleno verano, de modo que el niño no asistía a la escuela. Cuando se le preguntó quién lo cuidaba, dijo que parte del tiempo se quedaba solo, y que concurría a la Digeder (Dirección de Deportes del Estado) todas las mañanas y que, lunes, miércoles y viernes, practicaba karate por las tardes.

mercadería las hacemos juntos, los dos o los tres". Ellos son, además, un ejemplo de hogar con jefatura "democrática"; cuando se le preguntó a Luisa quién era jefe de su familia dijo, asertivamente, "los dos".

Los Núñez no son el caso más típico de la "familia temporera"; más bien representan una las experiencias más logradas dentro del marco adverso en que se encuentra este quinto de los hogares de los temporeros. "Dar vuelta el año" como temporero es una suerte de proeza que pocos logran.⁷ Por otro lado, la cesantía de Luisa es menor al promedio de las temporeras y, por sobre todo, su forma de organización de la vida doméstica es muy excepcional en los hogares de los temporeros y, posiblemente, en los hogares chilenos en general.⁸

Este es, sin embargo, un caso relevante. En parte, como una posibilidad de futuro; también como una ilustración de la estrecha relación que se da entre la dinámica intrafamiliar y la forma en que la mujer se posiciona en el mercado laboral. Se requeriría otro tipo de información para profundizar respecto a cómo se encadenan estos elementos y qué factores específicos intervienen. Pero tiene sentido pensar que no es casual que en esta familia exista, por un lado, igualdad en cuanto al tipo de trabajo, lo que entre otras cosas implica cierta simetría en los aportes económicos al hogar (parte de la temporada, Luisa gana, incluso, más que su marido); y, por otro lado, una distribución también igualitaria de las responsabilidades domésticas.

Los patrones de ocupación que caracterizan el comportamiento ocupacional de los miembros de los hogares de los trabajadores permanentes indican que, contrariamente a lo que podría pensarse, ellos también se ven afectados por la estacionalidad del empleo frutícola.

En estos hogares se observa una alta concentración en el empleo agrofrutícola. Como muestra el Cuadro 1, en más de 70 por ciento de los casos todos sus miembros activos se ocupan en dicho sector. La estabilidad ocupacional de estos hogares se deriva específicamente del empleo en la fruta, aunque lo normal en ellos es que haya sólo un obrero frutícola permanente (82 por ciento de los casos). A pesar de la centralidad de la fruta como fuente de estabilidad ocupacional, sólo una minoría de estos hogares se limita al empleo agrofrutícola estable. Su patrón ocupacional más frecuente consiste en combinar lo anterior con el empleo temporal agrofrutícola (42 por ciento del total de casos). En el 80 por ciento de los hogares de los trabajadores permanentes en que hay también miembros con empleo temporal, éstos se ocupan en el sector agrofrutícola.

Todo lo anterior indica que en los hogares de los trabajadores permanentes de hoy, tal como ocurría con los hogares de los inquilinos, persiste la conducta de que sus mujeres e hijos se incorporen al trabajo en las temporadas de alta demanda. Salvo excepciones, esta participación en el empleo estacional de los familiares de los obreros permanentes se da hoy en un marco normativo y cultural radicalmente distinto. El relato de una de tales excepciones, probablemente única, mostrará algunas de las sutilezas de tales cambios.

7. Excluidos los estudiantes, cerca de 15 por ciento de los temporeros trabaja más de ocho meses en fruta, fracción que para las mujeres no llega al 10 por ciento.

8. La cesantía promedio de las temporeras es de poco más de tres meses. Para la absoluta mayoría de las temporeras que, como Luisa, tiene responsabilidades familiares, su rol doméstico permanece inalterado mientras trabaja en la fruta, lo que significa un promedio de tres horas diarias de trabajo. La ayuda que reciben de los otros miembros del hogar se limita a ciertas tareas y es muy variable.

En el sureño fundo San Juan (comuna de Romeral, provincia de Curicó) la historia tiene un peso singular. Las 109 hectáreas que comprende hoy son apenas un retazo de las tierras que, después de subdivisiones, herencias y expropiación ("por extensión, no por mala explotación", subrayó don Carmelo, el propietario), tuvo la familia desde que el abuelo compró en 1902. Aquí la fruta es un rubro que, paradójicamente, se comenzó a trabajar mucho antes del denominado "boom", pero que ocupa sólo alrededor de 40 hectáreas. Los guindales se plantaron en 1940 y los manzanales en 1950, sólo los kiwis son una adquisición reciente. En este fundo se mantienen otras tradiciones: los 22 trabajadores permanentes viven en el fundo, "tienen casa, se les paga luz, se les da un cuarto de cuadra, leña, talaje y el 3 por ciento bruto de las utilidades", según informó don Carmelo. Ellos son, por tanto, inquilinos. ¿Y los temporeros?, se le preguntó. "Bueno, los temporeros", afirmó don Carmelo, "son todos miembros de la familia de los trabajadores de planta". Se ocupan exclusivamente durante el período de cosecha, y son "el doble que los de planta". O sea, cada uno de estos aporta, en promedio, dos temporeros (lo que es demográficamente posible y hasta ahora técnicamente suficiente para las necesidades de la explotación, dada la baja importancia de la fruta en el total de hectáreas plantadas). Así, relató don Carmelo, "con los temporeros no hay negociación, eso se arregla con el dueño de casa nada más; el dueño de casa después entrega las gamelas a su nombre y él ve que hace con la plata". "Cada jefe de hogar hace las veces de jefe de cuadrilla y, como tiene participación del 3 por ciento, se encarga de trabajar bien". Don Eulogio Sánchez, uno de los 22 trabajadores de planta del fundo San Juan, confirmó el arreglo laboral del fundo San Juan, tan peculiar para los tiempos actuales. "Me dan casa", dijo, "pedacitos de chacra para sembrar, lo suficiente para mantenerse (un cuarto de cuadra), y también bonos después de las cosechas, una canasta y un corte de género para la señora en la pascua". O sea, condiciones de trabajo muy parecidas a las que regían para su papá, que también fue inquilino en el mismo fundo. Así, don Eulogio ha vivido y trabajado casi toda su vida en el mismo fundo. "Chico le empecé a ayudar a mi papá, a los 16 trabajé por mi cuenta aquí mismo; sólo una vez trabajé en otro fundo por una semana, y desde el 14 de abril de 1969", señaló sin dudar, "que tengo libreta de planta". Don Eulogio vive con su señora y cuatro hijos de entre 2 y 13 años; él es el jefe de familia (cuando se le preguntó quién era el jefe de su familia, dijo, sin dudar: "Yo, ¡lógico!"). Los tres niños mayores "estudian y la señora mía es dueña de casa", afirmó a pesar de que doña Rosa, la señora, al igual que los niños, siempre trabajan con él en los tratos para las cosechas. Es que estos cuatro "temporeros" que aporta don Eulogio, en los hechos trabajan para el fundo, pero sin que ello tenga una representación explícita a nivel normativo, cultural ni económico. Como claramente lo expresa don Eulogio, "ellos me vienen a ayudar, para adelantar".

Las condiciones de vida de doña Rosa son ciertamente muy distintas a las de Luisa; sin embargo, también sugieren una estrecha relación entre el espacio familiar y el laboral. En un plano puramente técnico, ambas cumplen una función muy semejante dentro de las empresas: satisfacen necesidades estacionales aunque absolutamente periódicas del trabajo productivo. Pero su posición y su identidad social son absolutamente distintas. Estas dos mujeres representan los prototipos extremos del proceso de cambio de las relaciones de trabajo al interior de las empresas agrarias y de la forma como ello está incidiendo en las relaciones entre los miembros del grupo familiar: entre hombres y mujeres, y también entre padres e hijos.

En su calidad de esposa y ayudante de don Eulogio, doña Rosa no dispone de los

mínimos elementos para sentirse una mujer trabajadora. Ella está absolutamente amarrada a desempeñarse en una empresa particular; simplemente no sale a buscar empleo a otra parte, no recibe nada a cambio de su trabajo, tampoco puede incidir sobre sus condiciones de trabajo (como dijo don Carmelo, con los temporeros "no se negocia"); ella no está en el mercado laboral. En definitiva, para ella misma y para quienes la rodean, en el espacio doméstico y en el productivo, ella no es una temporera, aunque todos los años trabaja en las temporadas de cosechas de frutas y en las vendimias. Doña Rosa es una dueña de casa y, prácticamente, es como una extensión de esta condición que ella se inserta en el ámbito productivo.

Esta modalidad parece encerrar evidentes ventajas para las empresas: sólo una fracción de la masa laboral constituye efectivamente fuerza de trabajo y esta misma fracción se encarga de controlar al resto (que, en el caso del fundo San Juan, la dobla en número). Obviamente, este fundo es hoy una pieza de museo, que no se ha incorporado de lleno a la corriente renovadora (que producía múltiples dudas a don Carmelo), y ha mantenido un patrón de uso del suelo que todavía no genera el agudo desbalance entre mano de obra permanente y temporal. En este marco, la familia de los trabajadores permanentes puede responder a los requerimientos de mano de obra estacional.

Distinta es la situación de la mayor parte de las empresas frutícolas, que, a nivel nacional, presentan una relación entre el número de permanentes y de temporeros (en época de cosecha) que es de 1 a 5. Así, en los valles frutícolas centrales, de lejos los más importantes del país, se aprecia con claridad la constitución de una clase de trabajadores, conformada por hombres y mujeres, y especializada en el trabajo frutícola temporal. Entre otras consecuencias importantes, el surgimiento de esta clase de trabajadores ha terminado con las diversas formas de mediación que, como en el caso de doña Rosa, ejercían los hombres en relación al trabajo de las (sus) mujeres. La mayor parte de los temporeros, como Luisa, son frente a sí mismas, a sus maridos, a los patrones, exactamente eso: trabajadoras que responden a requerimientos estacionales, pero absolutamente indispensables y periódicos, de las empresas.

Sin embargo, ello no siempre está representado en una clara identidad de mujer trabajadora. Más allá de la estacionalidad del empleo, como se dijo antes, las temporeras, en el ámbito familiar y social, siguen siendo consideradas como dueñas de casa. Mientras esta definición social de las temporeras no cambie, parece difícil que ellas logren consolidar su identidad de trabajadoras.

Niveles de ingresos de las familias frutícolas

El sentido común llevaría a pensar que mientras más diversificada es la inserción ocupacional, mayor es el bienestar de las familias, ya que lo primero supone un mayor número de generadores de ingresos. Sin embargo, se vio antes que el mayor número de activos se encuentra en las familias más numerosas, lo cual puede implicar menores ingresos per cápita. En este apartado se mostrará cuál es la relación entre el tipo de inserción ocupacional y los ingresos per cápita de las familias, y la importancia de la composición demográfica de las mismas en la determinación de dichos ingresos.

En el Cuadro 2 se presenta la distribución de ingresos per cápita de las familias frutícolas según su forma de participación en el mercado de trabajo. Los niveles de

ingresos se han agrupado en tres categorías, que representan situaciones de indigencia (hasta \$4.900, valor de la Canasta Mínima de Alimentos), pobreza (\$4.901 a \$9.800, valor de la Canasta Mínima de Satisfacción de Necesidades Básicas) y no pobreza (\$9.801 y más), para el período de referencia.⁹ Dado que lo que aquí interesa establecer es el significado de los ingresos del trabajo sobre las condiciones de vida de las familias, se excluye de estos cálculos los ingresos provenientes de subsidios, pensiones y jubilaciones.¹⁰

Las cifras del Cuadro 2 muestran una realidad desalentadora. Menos de la mitad del total de familias frutícolas logra un ingreso suficiente como para atender las necesidades básicas de sus miembros en el mes de referencia. Las cifras indican que, entre estas familias, la proporción de indigentes era prácticamente la misma que a nivel nacional, pero que la fracción de hogares pobres era considerablemente mayor. Utilizando como referencia los datos de las encuestas Casen 1987 y 1990, se puede estimar en aproximadamente 15 por ciento la proporción de hogares indigentes en el período considerado, y en 24 por ciento la fracción de hogares pobres en el país (Mideplan 1994).

Si bien los ingresos per cápita que se asocian a los diferentes tipos de inserción ocupacional en todos los casos ubican a proporciones significativas de familias en condiciones de pobreza, hay diferencias que anotar.

Existe una relación claramente positiva entre el grado de diversificación de la inserción ocupacional y los montos de ingreso per cápita, especialmente en lo que se refiere a las categorías extremas. En general, cuando la diversificación es mayor, las proporciones de familias en situación de indigencia son relativamente bajas y las de familias no pobres relativamente altas. La proporción de pobres, en cambio, oscila entre 35 y 40 por ciento en la mayor parte de los casos.

Los hogares que aparecen más fuertemente afectados por la indigencia corresponden a los que desarrollan la estrategia agrofrutícola estable, los que corresponden preferentemente a hogares con un activo permanente en la fruta. Esto reafirma lo dicho respecto de la importancia de la composición demográfica de la familia, y es también un indicador claro de que la precariedad de la situación laboral de los trabajadores de la fruta no se limita a los temporeros. Es esta situación la que explica el aparente contrasentido de que, en ocasiones, los temporeros tengan la posibilidad de acceso a un empleo permanente, y opten por rechazarla (Venegas 1992). El privilegio de tener un ingreso estable, al menos en la fruticultura, tiene un costo económico: el mercado se encarga de fijar niveles de salario más bajos ante la abundancia de la oferta.

En general, son algo más exitosos los patrones de ocupación que tienen algún componente de empleo no agrícola. Las distintas formas de inserción múltiple en el mercado laboral generan ingresos per cápita superiores a las categorías equivalentes según posición ocupacional, pero que participan sólo del empleo agrofrutícola. Es entre las primeras que se encuentra la mayor proporción de familias no pobres, con 57 por ciento de los casos que tienen una inserción "múltiple mixta".

9. Los ingresos están referidos al mes anterior al levantamiento de la encuesta, lo que corresponde al período comprendido entre noviembre de 1988 y febrero de 1988.

10. Es importante anotar que si bien una alta proporción de las familias frutícolas recibe transferencias del Estado, su monto es muy bajo (en alrededor de 75 por ciento de los hogares que las reciben, la cifra no supera los \$ 5.000 por mes).

Cuadro 2.
INGRESOS PER CAPITA LIQUIDO MENSUAL SEGUN TIPO DE ESTRATEGIA
OCUPACIONAL DEL GRUPO FAMILIAR (en pesos)

RAZON OCUPACIONAL	HASTA 4.900		4.901/9.800		9.801 Y MAS		TOTAL	
	Abs.	%	Abs.	%	Abs.	%	Abs.	%
Agrofrutícola estable	11	29,7	14	37,8	12	32,5	37	100
Agrofrutícola inestable	22	23,2	40	42,1	33	34,7	95	100
Agrofrutícola mixta	11	8,3	55	41,7	66	50,0	132	100
SUBTOTAL	44	16,7	109	41,3	111	42,0	264	100
Múltiple estable	2	16,7	6	50,0	4	33,3	12	100
Múltiple inestable	25	23,8	37	35,2	43	41,0	105	100
Múltiple mixta	12	7,4	58	35,8	92	56,8	162	100
SUBTOTAL	39	14,0	101	36,2	139	49,8	279	100
TOTAL	83	15,3	210	38,7	250	46,0	543	100

Fuente: Encuesta a trabajadores frutícolas.

Hay que destacar que los ingresos analizados corresponden a un período de alto empleo en el ciclo agrícola. Por ende, durante el invierno la extensión de la pobreza tiene que ser necesariamente mayor. Con los datos disponibles no es posible tener una idea precisa de la magnitud de la caída de los ingresos derivados del trabajo que sufren las familias frutícolas durante los comúnmente llamados "meses azules". Como aproximación, se puede mencionar que durante la primavera de 1988 (meses de octubre, noviembre y diciembre), sólo en 14 por ciento de los hogares de los temporeros no hubo ningún miembro ocupado en tal posición en labores frutícolas, y que más de la mitad tuvo por lo menos un temporero ocupado en dicho rubro. Durante el invierno del mismo año (de mayo a septiembre), la fracción de hogares sin temporeros frutícolas fue de 51 por ciento, y los que tuvieron al menos uno no llegaron al 20 por ciento del total.

Sin embargo, la relación entre diversificación ocupacional y número de activos, por un lado, y niveles de salario per cápita familiar, por otro, no es lineal. En el Cuadro 3 se muestra cómo varían los niveles de ingresos de acuerdo a la composición demográfica familiar. Esta se ha resumido a partir de la "Razón de Actividad", que expresa la relación entre el número de miembros económicamente activos y el número de inactivos. Dicha razón es menor que 1 cuando las familias tienen más miembros económicamente activos que inactivos. Cuando la razón es mayor que 1, predominan los inactivos, mientras que es igual a 1 cuando por cada activo hay un inactivo.

Las cifras son elocuentes. Entre las familias que tienen una composición demográfica "favorable", más activos que inactivos, la proporción de no pobres es, en el marco de ingresos de las familias frutícolas, muy alta (casi 7 de cada 10). En ninguna de las categorías de inserción ocupacional se encontró esta proporción de familias no pobres. Semejante es la conclusión que se puede sacar respecto de las familias que tienen una

Cuadro 3.
SALARIO LIQUIDO PER CAPITA MENSUAL SEGUN RAZON DE
ACTIVIDAD DE LAS FAMILIAS FRUTICOLAS

RAZON DE ACTIVIDAD	HASTA 4.900		4.901/9.800		9.801 Y MAS		TOTAL	
	Abs.	%	Abs.	%	Abs.	%	Abs.	%
Menor a 1	12	4,7	70	27,5	173	67,8	255	100
Igual a 1	8	8,9	35	38,9	47	52,2	90	100
Mayor a 1	65	32,0	106	52,2	32	15,8	203	100
TOTAL	85	15,5	211	38,5	252	46,0	548	100

Fuente: Encuesta a Trabajadores Frutícolas, verano 1988-89.

composición demográfica "desfavorable" (con más miembros inactivos que activos): sólo el 16 por ciento de ellas logra ingresos derivados del trabajo que le permitan costear sus necesidades básicas.

Los hogares con igualdad numérica de miembros activos e inactivos se encuentran en una situación intermedia. La indigencia es relativamente poco frecuente (9 por ciento de los hogares), pero la pobreza afecta a una fracción significativa (casi 40 por ciento). De manera que, con los niveles de salario existentes, para superar la pobreza no basta con tener igualdad numérica de miembros activos e inactivos; se requiere que los primeros sean más numerosos.

En términos de ingresos per cápita, los resultados de todas las formas de inserción ocupacional de las familias se ven afectados por la composición demográfica. Cuando existe predominio de activos por sobre los inactivos, entre 60 y 70 por ciento de las familias logra ubicarse en el estrato de los "no pobres", independientemente del patrón ocupacional que desarrollan. A la inversa, cuando los inactivos son más numerosos, la fracción de "no pobres" es siempre muy minoritaria, aunque las diferencias relativas entre las distintas formas de inserción ocupacional son mayores. Es entre las familias que tienen igual número de activos que de inactivos, en otras palabras, cuando el factor demográfico es relativamente neutral, cuando el peso de la forma de inserción ocupacional de las familias se hace más visible. En este caso, es la participación diversificada en el mercado de trabajo la que permite que proporciones relativamente significativas de familias logren superar la pobreza ("agrofrutícola mixta": 56 por ciento; y "múltiple mixta": 64 por ciento). Sin embargo, como muestra el Cuadro 3, la proporción de familias frutícolas que tienen igual número de activos que de inactivos es francamente minoritaria (16 por ciento).

De todo lo anterior se puede derivar que una alternativa para mejorar las condiciones de vida de las familias frutícolas, y probablemente de otras afectadas por situaciones de pobreza, es preocuparse por desarrollar iniciativas tendientes a que ellas logren una composición demográfica "favorable". Esto es importante de considerar, puesto que si bien las políticas y programas orientadas al desarrollo de actividades económicas de contra-estación son las que podrían tener un impacto más directo en la superación de la pobreza, la experiencia de los últimos años ha mostrado que ellas son también muy difíciles de implementar.

En primer lugar, las acciones tendientes a eliminar las barreras que limitan la incorporación igualitaria de las mujeres al mercado laboral, ciertamente inciden en forma directa sobre la relación entre el número de miembros activos e inactivos a nivel del grupo familiar. En este aspecto existen avances, pero son todavía insuficientes. Los diversos programas de atención a hijos de mujeres temporeras apuntan en esta dirección,¹¹ pero todavía están lejos de la cobertura necesaria, tanto en términos del número de temporeras beneficiadas como del período de atención a los menores que, en general, cubre sólo parcialmente la temporada de alto empleo. No menos importante que las insuficiencias de cobertura de estas iniciativas es el bajo apoyo logrado en el sector empresarial, cuyos aportes han sido ínfimos en relación a los esfuerzos del Estado.

En segundo lugar, pueden incidir en la superación de la pobreza las acciones dirigidas a promover el acceso a la vivienda, lo que podría facilitar a las parejas jóvenes la conformación de hogares independientes. El allegamiento de hijos, con su propia familia nuclear, es uno de los factores asociados a la constitución de familias extensas, tan frecuentes entre los temporeros, lo que, a su vez, atenta contra el logro de una composición demográfica "favorable" conforme las familias avanzan en su ciclo vital. Existen evidencias que indican que, junto con la modernización agraria, se ha producido un incremento en los años de permanencia de las parejas jóvenes en casa de sus padres (Rodríguez y Venegas 1989).

Conclusiones

Los datos analizados respecto de las características demográficas y ocupacionales de las familias de los trabajadores de la fruta permiten sacar al menos tres conclusiones significativas.

Puede afirmarse, en primer lugar, que la familia que organiza su vida sobre la base de un proveedor que, con su trabajo, debe costear la sobrevivencia, y de una mujer como la responsable de las tareas que tal sobrevivencia demanda al interior del hogar, es un modelo inviable desde un punto de vista material. Los niveles de remuneración de la mano de obra existentes en el sector frutícola simplemente excluyen tal posibilidad. Esto seguramente explica que sean muy pocas las familias de los trabajadores del ramo que sobreviven con los aportes de solo un miembro activo.

Sin embargo, y ésta es una segunda conclusión que merece destacarse, la viabilidad del modelo tradicional de familia no está en jaque sólo por motivos económicos. Las altas tasas de participación femenina en el mercado de trabajo de la fruta responden también a una redefinición del papel social de las mujeres. Este es ciertamente un proceso en marcha, francamente inacabado, pero aun así visible. La condición de temporera hoy no supone simplemente incorporarse a las empresas en los períodos de cada año en que los requerimientos por mano de obra son más intensos, como bien lo muestra el caso de doña Rosa. Temporera es la mujer que tiene tal comportamiento en

11. En este sentido se puede citar, por ejemplo, que la evaluación respecto a la temporada 1993-94 de los Centros de Atención a Hijos de Temporeras, coordinados por Semam en convenio con diversos municipios del país, mostró que alrededor de 60 por ciento de las mujeres participantes declaró que de no haber tenido la posibilidad de llevar a sus hijos a tales Centros, no habría podido trabajar.

el marco de una relación directa con las empresas, lo cual le permite, con más o menos claridad, reconocerse como una trabajadora.

Varios son los factores que atentan contra la consolidación de una identidad de trabajadoras entre las temporeras. Ciertamente, el carácter estacional del empleo frutícola y la falta de empleos de contra-estación son barreras importantes, lo cual seguramente explica que en los valles centrales —con los períodos de ocupación en fruta más largos— sea donde tal identidad resulta más clara y visible. Pero, como muestra el caso de Luisa, las anteriores no son barreras insalvables. Ella se siente y se comporta como cualquier temporero hombre que, cuando no tiene trabajo, se define como cesante. La claridad de las percepciones de Luisa no se explica sólo por su comportamiento en el mercado laboral. Puede pensarse que incluso más importante es el comportamiento y situación de Luisa al interior de su hogar, donde ella no es la dueña de casa. En efecto, dados los patrones culturales predominantes que ordenan las relaciones al interior de las familias, en su mayoría las temporeras siguen siendo dueñas de casa en su hogar. Una responsabilidad que, a diferencia del trabajo en la fruta, es permanente y que, además de sus contenidos simbólicos y afectivos, demanda un inversión cotidiana y permanente de tiempo y energía.

Por último, amerita mención especial la alta fracción de familias de trabajadores de la fruta en que todos sus miembros tienen ocupaciones temporales o inestables. Usualmente, el énfasis respecto a las consecuencias negativas de la estacionalidad se ha puesto en él o la trabajadora individual, lo cual recoge sólo parcialmente la problemática social que se genera en torno a la precariedad del empleo. Parece evidente que las familias se están haciendo cargo de los costos sociales que ha tenido la modernidad agraria, y más en general, la flexibilización del mercado laboral. El desafío de que tal flexibilización no sea sinónimo de precariedad ocupacional y pobreza, parece central para el logro de un desarrollo económico equitativo.

En definitiva, los datos presentados demandan un llamado a la reflexión y a la acción respecto al impacto social neto de la "modernidad agraria", para que, superando los exitismos exacerbados, la sociedad se haga cargo de su carácter incompleto.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- MINISTERIO DE PLANIFICACION Y COOPERACION (MIDEPLAN). 1994. «Situación de la pobreza en Chile». Santiago.
- RODRIGUEZ, D. & S. VENEGAS. 1989. *De praderas a parronales. Un estudio sobre estructura agraria y mercado laboral en el valle del Aconcagua*. Santiago: Grupo de Estudios Agro-Regionales/Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
- RODRIGUEZ, D. & S. VENEGAS. 1991. *Los trabajadores de la fruta*. Santiago: Grupo de Estudios Agro-Regionales/Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
- VENEGAS, S. 1992. *Una gota al día. . . un chorro al año. El impacto social de la expansión frutícola*. Santiago: Grupo de Estudios Agro-Regionales/Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Hogares con jefatura femenina: una realidad invisible

María Elena Valenzuela

Según diversos análisis longitudinales con información censal, en las últimas décadas se ha producido una tendencia al aumento en la proporción de hogares a cargo de una mujer (Buvinic et al. 1978, Youssef & Hetler 1984, Merrick & Shmink 1983, García 1992, Polakow 1993, Buvinic & Gupta 1994). Esta situación se observa en todo el mundo, aunque no es homogénea en todas las áreas geográficas y en los diversos sectores sociales. Se presenta con mayor énfasis en los países en desarrollo y la proporción de hogares con jefatura femenina es mayor en los grupos más pobres. Es por esto que se ha denominado a los hogares con jefatura femenina como "los más pobres entre los pobres".

En Chile, de acuerdo al Censo de 1992, un 25,3 por ciento de los hogares tiene jefatura femenina, observándose la misma tendencia ascendente del resto de los países. A pesar de la alta proporción de hogares con jefatura femenina, esta realidad permanecía invisible hasta hace unos pocos años. Diversos diagnósticos y estudios han permitido cuantificar y caracterizar a estos hogares, mostrando el peso de los elementos de género en la precarias condiciones de vida que presentan.

La estrecha vinculación entre las condiciones derivadas de la posición de la mujer en la sociedad con la mayor pobreza de estos hogares, ha aportado antecedentes valiosos para la formulación de políticas públicas tendientes a enfrentar el tema de la equidad en su doble dimensión de género y pobreza.

Este artículo muestra el incremento de los hogares con jefatura femenina y de los diversos tipos de estructuras familiares encabezadas por mujeres, y su vinculación con la pobreza y la dimensión de género. Analiza la estrecha vinculación que existe entre el tipo de estructura familiar, el sexo de quien lo encabeza, y la vulnerabilidad de sus miembros. Describe algunos mecanismos a través de los cuales se feminiza la pobreza en Chile, plantea algunas causas y consecuencias de este fenómeno, y finalmente señala algunas proyecciones generales de política.

Estructura familiar y jefatura de hogar femenina

El modelo familiar tradicional romano, con el *pater familias* como eje del hogar, ha ocultado la presencia de otras formas de organización familiar que han existido históricamente. Las familias con jefatura femenina se han hecho más visibles en años recientes, producto —entre otros factores— de la importancia social que adquirieron las unidades domésticas en respuesta a las presiones económicas y sociales impuestas por la última crisis económica en América Latina y en Chile. Esta, junto a procesos de cambio cultural, económico y social, ha provocado un doble fenómeno: el aumento de los hogares y núcleos a cargo de una mujer y el empobrecimiento de los mismos.

El hijo sin padre públicamente reconocido constituye una figura legendaria en la vida nacional (Montecino 1991). Las fuentes históricas muestran que las familias conformadas por mujeres solas con niños, eran de frecuente ocurrencia. La figura de los "peones itinerantes" que durante el siglo XIX deambulaban —"desidiosos y refractarios al matrimonio"— con empleos inestables y de corta duración, estuvo acompañada de la mujer sola que, como costurera, cocinera, lavandera o alguna forma de pequeño comercio, lograba poner "su rancho independiente" en los suburbios de alguna ciudad.¹ No resulta sorprendente, por tanto, que hacia 1900 se estimara que "el 49,5 por ciento de los niños bautizados eran ilegítimos" (Salazar 1985).

Aun cuando con el proceso de modernización iniciado el siglo XX se produjo un aumento de las familias nucleares y biparentales, en las últimas dos décadas se han observado cambios importantes en la estructura familiar, en que la presencia de mujeres a cargo de hogares monoparentales se ha hecho más fuerte. El aumento de la jefatura femenina es un fenómeno que se produce en toda América Latina, la que en su casi totalidad tiene porcentajes de jefatura femenina superiores al 20 por ciento.² Es así como en Chile, según los censos de los últimos veinte años, el número de hogares a cargo de una mujer se ha más que duplicado. En 1970, 349.034 hogares estaban a cargo de una mujer, esto es, 20,3 por ciento del total de hogares, cifra que aumentó a 532.249 hogares en 1982, el 21,6 por ciento del total de hogares y a 834.327 en 1992, 25,3 por ciento de los hogares chilenos (Reca 1993).

El aumento de la jefatura femenina coexiste con un fenómeno más amplio de nuclearización familiar y de una disminución de su tamaño. Aun cuando la forma tradicional de familia nuclear, compuesta por una pareja en que el hombre es el proveedor y la mujer se encarga de las tareas domésticas, todavía es la que ocupa una proporción mayor (33 por ciento), ella está en claro descenso.

1. Según Salazar (1985), entre los años 1854 y 1920 las mujeres representaron entre el 39,5 y el 56,5 por ciento de los peones urbanos y rurales en el país.
2. "Situación de la mujer en el mundo. Tendencias y estadísticas 1970-1990". Naciones Unidas.

Las transformaciones en la estructura familiar ocurridas en las últimas décadas se producen en el contexto de un acelerado proceso de cambios en la distribución espacial de la población, en la tasa de crecimiento, fecundidad, envejecimiento y, en general, de una serie de modificaciones en las pautas demográficas, asociadas a profundos cambios sociales, económicos, culturales.

La actual distribución espacial y el tamaño de los hogares es el resultado del proceso de modernización de la sociedad chilena. Junto al aumento de la industrialización y urbanización, se ha producido una disminución del tamaño de los hogares y su tendencia a concentrarse en grandes ciudades. Estos se ubican mayoritariamente en zonas urbanas, de tal forma que 84 por ciento de los hogares se encuentra en esta zona y sólo 16 por ciento en áreas rurales, lo que muestra una disminución de casi diez puntos en la población rural en relación a 1970.

De acuerdo al último censo de población, realizado en 1992, la población chilena se distribuye en 3.293.779 hogares, con un promedio de 4 personas por hogar, esto es, una persona menos que lo que mostraba el censo en 1970. Esta es una clara consecuencia de la caída en la tasa de fecundidad, que alcanzaba a 5.3 hijos por mujer a comienzos de los sesenta, y llega a 2.5 hijos por mujer en los noventa (Valdés & Gomáriz 1992).

Otro proceso de cambio importante es la composición familiar de los hogares. Mientras en 1970 todavía predominaba el tipo de hogar extenso, a partir del censo de 1982 se observa un creciente predominio de la familia nuclear (Reca 1993).

Cuadro 1.
EVOLUCION DEL TIPO DE HOGARES
SEGÚN COMPOSICION FAMILIAR (porcentajes)

TIPO	1970	1982	1992
Unipersonal	5,7	7,1	8,3
Nuclear	30,3	53,1	58,0
Extenso	47,4	31,0	23,4
Otro tipo	16,6	8,8	10,4

Fuente: Reca (1993), datos Censo 1970, 1982, 1992.

La mayor nuclearización de las familias no significa, sin embargo, que ellas se conformen en organizaciones homogéneas.³ De hecho, el aumento del predominio de la familia nuclear se está produciendo concomitantemente con otros dos fenómenos: el aumento de los hogares nucleares monoparentales y de los hogares unipersonales.

Las familias extensas siguen teniendo alguna importancia, especialmente como una estrategia de varios núcleos que no pueden vivir de manera independiente. Dentro de cada hogar se distingue el grupo familiar primario, que está compuesto por el o la jefa del hogar con sus familiares directos, es decir, cónyuge e hijos (siempre que no tengan éstos dependientes propios) y otros núcleos familiares secundarios, constituidos por los hijos mayores de edad del jefe o jefa de hogar con sus dependientes, u otros familiares no directos del jefe o jefa, que viven en el hogar con o sin

3. Esto sólo indica que ellas están cada vez más concentradas en torno a una pareja con o sin hijos, o a la madre o padre con sus hijos, perdiendo importancia los hogares compuestos por varias familias.

dependientes. La existencia de núcleos secundarios allegados ha sido subregistrada por las estadísticas, ocultando un fenómeno importante, como veremos más adelante.

El concepto de jefatura de hogar y su medición

Los problemas con el concepto de jefatura femenina y su medición han sido analizados por diversos autores (Buvinic, Youssef & Von Elm 1978, Youssef & Hetler 1983, Folbre 1991, García 1992, Buvinic & Gupta 1994).

La expresión "jefatura de hogar" tiene una carga ideológica, y asume que hay una jerarquía interna en la familia, en la que hay una persona que es más importante, que ejerce autoridad y de la cual depende el resto. En general, cuando hay un hombre en el hogar, se asume que éste es el jefe, y de ahí la escasa proporción de mujeres que se declaran como jefas si tienen pareja. Un avance en este sentido fue el cambio en la redacción de la pregunta en el último censo de población aplicado en 1992, donde se preguntó por "el o la jefa de este hogar".

Frente a la diversidad de criterios a partir de los cuales los miembros asignan a uno de ellos la jefatura, es que se plantea la necesidad de usar un lenguaje más específico. En la práctica, se estaría incorporando bajo esta categoría a un universo bastante heterogéneo de situaciones.

La jefatura familiar se determina por autodeclaración de las personas entrevistadas, sin consideración acerca de las funciones o responsabilidades que cumple al interior del hogar. Esta definición convencional de jefatura de hogar, que corresponde a la asignación de tal posición a una persona que se autodeclara como tal o es reconocida por el resto de los miembros del hogar, no necesariamente implica dependencia económica del resto de los miembros del hogar.

En general, la mujer ocupa la posición de jefa de un hogar o, más en general, de un grupo familiar, cuando carece de pareja. La forma en que se produce esta ausencia de pareja depende centralmente de la edad. Entre las mujeres más jóvenes predomina la condición de madre soltera, fruto de una relación que no alcanzó a establecer vida en común. Entre las mujeres adultas es más frecuente la jefatura por separación. Por último, entre las mayores la viudez se vuelve predominante, aunque, cabe notar, incluso entre las mujeres mayores hay una proporción que ha permanecido toda su vida como madre soltera (Valenzuela et al. 1994).

En los hogares con jefatura femenina se observa una gran complejidad de situaciones y arreglos familiares. El caso de mujeres que viven solas con sus hijos y son el único sustento del hogar representa sólo una proporción del total. Son comunes las familias extensas a cargo de una mujer, en que ésta vive con sus hijos y con otras familias de allegados. En estos casos diversos miembros aportan al presupuesto común, siendo estos aportes usualmente mayores que el ingreso de la jefa de hogar. Esta es, sin embargo, reconocida como jefa de familia y administra el presupuesto común.

Una situación aun poco conocida, pero no por esto menos importante, es la de las jefas de núcleos allegados. Se trata en general de mujeres jóvenes sin pareja, madres solteras, que permanecen en el hogar de origen. Es un segmento altamente invisible, en la medida en que las estadísticas sólo cuantifican la jefatura de hogar, es decir, del núcleo principal del hogar. No obstante, se trata de un grupo significativo, en que las mujeres representan algo más de la mitad del total de jefes de dichos núcleos. Se

encuentran en una situación económica tanto o más difícil que las jefas de hogar. Su concentración en los sectores de menores ingresos es muy marcada —sobre el 50 por ciento se encuentra bajo la línea de pobreza—, a pesar de que presentan tasas de participación económica más altas que las jefas de hogar. Los mayores niveles de escolaridad que generalmente tienen las jefas jóvenes no les aseguran, por tanto, un mayor nivel de bienestar.

Los hogares con jefatura femenina

Existe una diversidad de factores que llevan a la constitución de hogares con jefatura femenina, desde los estrictamente demográficos, tales como diferenciales de mortalidad por sexo que hacen de las viudas una fracción mucho más importante que los viudos, hasta los socioculturales y económicos asociados al embarazo precoz y/o no deseado y a la disolución de las uniones. En el caso de las jefas de núcleos allegados, la maternidad en soltería es la principal causa directa de su condición, en más de 60 por ciento de los casos.

El incremento de las familias monoparentales también se encuentra asociado al aumento de las madres solteras y de la fecundidad adolescente, que dan lugar principalmente a la formación de núcleos secundarios a cargo de una mujer. Aunque la maternidad fuera del matrimonio tiene un peso importante en la formación de la jefatura femenina, parece ser que el fenómeno de mayor importancia lo constituye la jefatura por abandono del padre, o separaciones en el caso de uniones consensuales o legalmente constituidas.

Diversos factores han sido asociados al aumento de las separaciones. Entre los más mencionados están la menor responsabilidad que asume el progenitor, considerando que con la incorporación de la mujer al mercado de trabajo la familia puede sobrevivir —aunque en peores condiciones— sin el aporte paterno. Se menciona también como un factor importante el cambio en el tipo de relaciones familiares, asociado a un cambio de los valores prevalecientes en la sociedad, más centrados en el logro individual y menos en valores de tipo colectivo. De igual forma, se señala como otro elemento significativo la dificultad para adaptarse a los requerimientos de flexibilización de roles y modernización de su estructura y funcionamiento que enfrentan las familias, especialmente frente a las nuevas formas de inserción social de las mujeres. La creciente incorporación de la mujer al mercado de trabajo ha planteado un desafío a los roles tradicionales, llevando a hombres y mujeres a cuestionar los ámbitos de acción para los cuales muchos de ellos fueron socializados. Se observan, sin embargo, resistencias, principalmente de parte de los hombres, para participar en un proceso de redistribución de las responsabilidades derivadas del proceso de reproducción social.

La apertura de nuevas opciones para la mujer, asociadas a la modernización e industrialización, con sus mayores posibilidades de desarrollo personal y autonomía por su incorporación al mercado de trabajo, aumento del nivel educativo, y la disminución de la fecundidad, no se ha visto acompañada de un proceso similar de reestructuración de las responsabilidades domésticas.

A pesar del creciente peso de los hogares monoparentales a cargo de una mujer, éstas difícilmente se reconocen como jefas de hogar. La mayoría de ellas perciben su

situación de pareja como una carencia y una desviación de la norma, por la que hay una sanción social. A pesar de esto, se valoran por su capacidad para asumir los roles de la pareja ausente y enfrentar solas la crianza de los hijos, una de las principales fuentes de identidad positiva.

Cuadro 2.
JEFATURA DE HOGAR SEGUN ESTRUCTURA FAMILIAR
Y SEXO DEL JEFE-A (porcentajes)

TIPO DE HOGAR	JEFE HOMBRE	JEFA MUJER	TOTAL HOGARES
Unipersonal	4,3	16,9	6,8
Pareja sin hijos	9,5	0,3	7,7
Nuclear biparental	58,1	1,1	46,7
Nuclear monoparental	1,4	35,2	8,2
Extenso biparental	9,1	1,2	15,5
Extenso monoparental	3,3	39,6	10,5
Extenso amplio	4,3	5,7	4,6
TOTAL	100	100	100

Fuente: Irarrázaval y Pardo (1994) (datos Casen 1990).

El Cuadro 2 muestra que la distribución de los hogares según tipos varía al considerar el sexo del jefe del hogar. Los hogares con jefatura masculina tienden a ser hogares biparentales, vale decir, el jefe tiene pareja.⁴ Los hombres encabezan principalmente hogares compuestos por una pareja con hijos (58,1 por ciento), en menor medida hogares compuestos por una pareja sin hijos (9,5 por ciento) y por último hogares en los que además de la pareja y los hijos, viven otras familias allegadas (9,1 por ciento). El asumir las responsabilidades de la mantención de su familia en pareja significa que existe una contraparte femenina -la esposa- que cumple roles de dueña de casa, cuidado de los niños y eventualmente también aporta al presupuesto familiar, con quien el hombre comparte las responsabilidades familiares.

Las jefas encabezan principalmente hogares monoparentales, en que además de sus hijos hay otros núcleos allegados (39,6 por ciento) y también hogares en que sólo están ella y sus hijos (35,2 por ciento). Destaca también la importancia del hogar unipersonal (16,9 por ciento) en que la mujer vive sola. Asume las responsabilidades familiares sin contraparte de esposo y padre de familia, y sólo una proporción menor recibe aportes del padre ausente para la mantención de sus hijos (Valenzuela 1994). Entre otras consecuencias, esto produce importantes diferencias económicas entre los hogares de jefes hombres y los hogares de jefa mujer, lo que altera el tipo de organización familiar que ellos asumen, contribuyendo a explicar el peso de los hogares extensos a cargo de una mujer. Frente a la falta de pareja, el menor ingreso de

4. A menudo se utilizan las categorías "familia completa" para referirse a los hogares biparentales, y "familia incompleta" para referirse a aquellos monoparentales. Esto refleja una valoración de las distintas formas de organización familiar, en la cual la monoparental representa no sólo una desviación de la norma, sino también un supuesto de que cumple de manera menos eficaz sus funciones.

la mujer y la menor participación de ella en el mercado laboral, establece una estrategia en busca complementar su ingreso con el de otros miembros de la familia, favoreciendo así la organización de la familia en forma extensa (Irrarázaval y Pardo 1994).

La diversidad de familias, los núcleos allegados y los hogares

La complejidad de los diversos tipos de familias llevan a la necesidad de distinguir entre las categorías de hogares, núcleos primarios y núcleos secundarios. El hogar está conformado por el grupo de personas que, viviendo bajo un mismo techo, comparten un presupuesto y cocinan en común. En cada hogar es posible distinguir un núcleo primario y, algunas veces, uno o más núcleos secundarios. El núcleo principal de cada hogar está conformado por el jefe del hogar, el cónyuge o la cónyuge, los hijos menores de 18 años, los hijos mayores de 18 -siempre que no tengan dependientes propios- y otros familiares unipersonales del jefe del hogar que viven con él sin dependientes. Los núcleos secundarios del hogar lo conforman los hijos del jefe del hogar mayores de 18 años que viven en el hogar y que tienen dependientes propios (esposo, esposa, hijos). También conforman un núcleo secundario en el hogar otros parientes del jefe del hogar que viven en él con dependientes propios, al igual que personas no parientes directos del jefe del hogar que viven en el hogar con o sin dependientes propios.

La presencia de núcleos allegados muestra la complejidad de formas y arreglos familiares, que no alcanzan a ser representados bajo el concepto de hogar.

La diversidad de formas que asume la jefatura femenina obliga a considerar la situación de los núcleos secundarios, subregistrados por las estadísticas, pero que sin embargo numéricamente representan alrededor de un tercio del total de familias con jefatura femenina.

Los hogares y núcleos con jefatura femenina responden a distintos orígenes en la estructuración de la familia. Así como los hogares dirigidos por mujeres constituyen estructuras que originalmente contaban con pareja, los núcleos secundarios con jefatura femenina son generalmente el resultado de maternidad en soltería, es decir familias constituidas sin la presencia de pareja.

Según la encuesta Casen 90, existen 533.604 hogares en los cuales es posible distinguir, además del núcleo familiar primario, uno o dos núcleos familiares allegados (núcleos secundarios), en los cuales hay un predominio de mujeres jefas de familia. De acuerdo a los datos que proporciona esta misma encuesta, una de las pocas fuentes de información que permite identificar núcleos al interior del hogar, las familias extensas alcanzan al 30,6 por ciento de los hogares y en un 56 por ciento de ellos (que corresponde a 16,7 por ciento del total de hogares) es posible distinguir uno o más núcleos familiares secundarios allegados al núcleo primario (Pardo e Irrarázaval 1994).

De tal forma, a los 3.197.429 hogares, en los cuales hay una igual cantidad de núcleos principales, habría que agregar los 620.099 núcleos allegados como otras familias. De tal modo, se llega a 3.817.528 grupos sociales con responsabilidades familiares.

La proporción de jefatura femenina es mayor en los núcleos allegados que en los hogares. El 52,2 por ciento de los núcleos allegados está encabezado por una mujer. A su vez, los núcleos a cargo de mujeres tienden a allegarse en hogares también a cargo de una mujer, en tanto los hogares con jefatura masculina que tienen núcleos

allegados, éstos tienen indistintamente jefatura masculina o femenina.

Tanto en el caso de los hogares como en los núcleos allegados, la mujer asume la jefatura sola, lo que se asocia a su mayor pobreza. Así, las familias allegadas con jefa mujer tienen una mayor presencia en los hogares de menores ingresos. En los hogares con jefas mujeres correspondientes al primer quintil del ingreso familiar hay un 64,2 por ciento de núcleos secundarios y, en el quinto quintil, un 45,9 por ciento. En los hogares con jefes hombres correspondientes al primer quintil hay un 35,8 por ciento de grupos secundarios y, en el quinto quintil, un 54,1 por ciento (Irrázaval & Pardo: 1994).

Cuadro 3.
JEFES DE NÚCLEOS SECUNDARIOS SEGUN SEXO
Y QUINTIL DEL INGRESO FAMILIAR PER CAPITA (porcentajes)

QUINTIL Ingreso Familiar	SEXO		TOTAL %
	Hombre %	Mujer %	
1	35,9	64,2	22,5
2	45,7	54,3	24,7
3	52,9	47,2	22,1
4	54,9	44,8	17,6
5	54,3	45,9	
TOTAL	47,8	52,2	100,0

Fuente: Irrázaval y Pardo (1994) (datos Casen 90).

De manera similar a lo que sucede con los hogares, los núcleos secundarios presentan diferencias importantes según el sexo de quien lo encabeza. Así, alrededor del 70 por ciento de los jefes de núcleos son casados, con hijos, en tanto la mayoría de las jefas de núcleos son solteras con hijos. Tienen edades similares, de poco más de 30 años en promedio, y niveles de escolaridad también similares, de poco más de 9 años de estudio aprobados. Así, al igual que en el caso de los jefes de hogar, los jefes de núcleo comparten las responsabilidades familiares con una pareja, en tanto las jefas de núcleo, al igual que las de hogar, lo hacen solas.

La pobreza de los hogares y núcleos con jefatura femenina

Aunque no todos los hogares con jefatura femenina son pobres, su pertenencia a los grupos de mayor pobreza es desproporcionadamente alta. Los hogares y núcleos con jefatura femenina tienden a ser más pobres porque las mujeres se concentran en empleos mal remunerados, tienen un peso excesivamente alto en el sector informal, trabajan una cantidad menor de horas a la semana y tienen un menor número de dependientes que aportan ingresos al hogar. Un factor adicional que explica la mayor vulnerabilidad de las jefas es su bajo nivel promedio de escolaridad, de sólo 7 años,

inferior a la escolaridad de los jefes, que alcanza a 8.7 años, y al nivel de escolaridad promedio de la población femenina, que es de 8.8 años.

La mayor pobreza relativa de los hogares a cargo de una mujer es una de las expresiones de la feminización de la pobreza. La baja disponibilidad de empleos para las mujeres -tanto en términos de oportunidades ocupacionales como salariales- explica la mayor parte de las diferencias de ingreso de los hogares con jefatura femenina y masculina.⁵ Estas brechas de acentúan en el caso de las jefas, por sus características personales y constitución del hogar.

A pesar de que la tasa de participación de las jefas es mayor que la de la población femenina, su inserción ocupacional es más precaria, ante las obligaciones familiares que se le plantean, que la obligan a flexibilizar sus horarios de trabajo. Las diferencias de género en el uso del tiempo, entre trabajo doméstico y trabajo remunerado, afecta negativamente a las mujeres jefas de hogar, especialmente a las más pobres.

Las jefas, al igual que el resto de las mujeres, encuentran dificultades en un mercado laboral segmentado por sexo, que limita el número y tipo de opciones ocupacionales. Enfrentan también limitaciones de tiempo y desplazamiento, lo que puede resultar en aparentes "preferencias" por trabajos de tiempo parcial, o trabajos peor pagados, pero que le permiten compatibilizarlos con el cuidado de sus hijos y las tareas domésticas (Buvinic 1993).

Cuadro 4.
TASAS DE PARTICIPACION EN LA FUERZA DE TRABAJO DE LOS JEFES DE HOGAR
SEGUN SEXO Y TRAMO DE EDAD

	MENOS DE 25	25-45	46-65	MAS DE 65	TOTAL
Hombres	92,4	97,6	79,6	23,5	82,9
Mujeres	46,1	70,9	38,5	6,4	38,7
TOTAL	87,2	94,4	69,7	17,0	74,1

Fuente: Irarrázaval y Pardo (1994) (datos Casen 90).

Analizando la tasa de participación según la edad de las jefas de hogar, se observa que ésta difiere significativamente en los distintos grupos considerados. Es así como las jefas entre 25 y 45 años, probablemente las con mayores responsabilidades familiares, e hijos menores a su cargo, presentan las mayores tasas de inserción laboral, a pesar de las dificultades para combinar las tareas domésticas con el trabajo remunerado. La mayor diferencia con la tasa de participación de los jefes hombres se presenta en el grupo de mayores de 65 años, en parte debido a que la tendencia al incremento de la participación femenina es un fenómeno relativamente reciente, y por lo tanto se presenta con mayor fuerza en las generaciones más jóvenes. Esta diferencia puede también deberse a que en algunos hogares se reconoce como jefa a la madre, habitualmente propietaria de la vivienda, que recibe un pequeño montepío y adminis-

5. Mayores antecedentes sobre este punto en Merrick y Schmink (1983).

tra el presupuesto familiar compuesto fundamentalmente por aportes de los miembros.

Las jefas de núcleo secundario, cuya edad promedio es menor que la de la jefa de hogar, tienen una tasa de participación significativamente mayor, de 51,6 por ciento, esto es 12.9 puntos por sobre la tasa de las jefas de hogar, que alcanza en el tramo entre 25 y 45 años a un significativo 63 por ciento. A pesar de esto, su participación es también menor que la de los jefes de núcleos hombres. Es necesario tener en cuenta que se trata de mujeres jóvenes, solteras, con hijos pequeños, bajo nivel de calificación, lo que hace más difícil su inserción laboral.

Cuadro 5.
TASAS DE PARTICIPACION DE JEFES DE NUCLEO SECUNDARIO,
SEGUN SEXO Y TRAMO DE EDAD

	MENOS DE 25	25-45	46-65	MAS DE 65	TOTAL
Hombres	85,7	95,1	78,4	12,3	88,5
Mujeres	39,9	63,0	37,9	5,2	51,6
TOTAL	58,3	79,3	59,4	8,8	69,3

Fuente: Irarrázaval y Pardo (1994) (datos Casen 90).

Tal como lo muestra el Cuadro 5, los jefes de núcleo secundario muestran una tasa de participación similar a la de los jefes de hogar, la que alcanza a 88.5 por ciento y 82.9 por ciento respectivamente.

Al igual que en el caso de Población Economicamente Activa Femenina, las tasas de participación de las jefas -de hogar o de núcleo- crecen a medida que aumenta el nivel de ingreso familiar. La baja tasa de participación de las jefas -tanto de hogar como de núcleo- perteneciente al quintil de menores ingresos es especialmente preocupante, puesto que es en este grupo donde se concentran los mayores niveles de pobreza.

Los ingresos de los hogares y núcleos con jefatura femenina y las distintas formas de medir pobreza

La brecha de ingresos con sesgo de género que caracteriza al mercado laboral en Chile determina automáticamente una situación de mayor vulnerabilidad económica para los hogares y núcleos con jefatura femenina. Un reciente estudio sobre diferenciales de salario por sexo en 15 países de América Latina (entre ellos Chile) mostró que las mujeres reciben en promedio un 70.5 por ciento de los ingresos de los hombres, y que las diferencias en capital humano sólo explican un 20 por ciento de la brecha, siendo el resto presumiblemente el resultado de discriminación de género (Psacharopoulos y Tzannatos 1992).

En Chile la distribución de los jefes de hogar, para cada quintil del ingreso familiar per cápita, no presenta diferencias tan importantes según sexo, a pesar de las

Cuadro 6.

TASA DE PARTICIPACION EN LA FUERZA DE TRABAJO DE LOS JEFES DE HOGAR
SEGUN SEXO Y QUINTIL DE INGRESO FAMILIAR PER CAPITA

	QUINTILES DE INGRESOS					TOTAL
	Primer	Segundo	Tercer	Cuarto	Quinto	
JEFES-AS DE HOGAR						
Hombres	84,9	86,6	80,8	79,8	81,9	82,9
Mujeres	32,6	38,5	36,0	39,3	48,5	38,7
Total	73,7	78,0	72,1	71,0	75,5	74,1
JEFES-AS DE NUCLEO SECUNDARIO						
Hombres	82,6	90,0	88,6	88,6	93,2	88,5
Mujeres	35,3	50,3	58,0	64,9	67,3	51,6
TOTAL	52,1	68,4	74,0	77,7	81,0	69,3

Fuente: Irarrázaval y Pardo (1994) (datos Casen 90).

diferencias significativas en cuanto a los montos de los ingresos personales y a la tasa de participación de jefas y jefes. Estas diferencias, sin embargo, no se expresan en el ingreso per cápita del hogar según sexo, porque en los hogares dirigidos por mujeres hay un menor número de personas y, a su vez, hay un mayor aporte de los otros miembros. Esto compensaría las diferencias de ingresos personales entre los jefes.

Esta forma de medir comparativamente el nivel de pobreza de los hogares con jefatura masculina y femenina, ha sido criticado por quienes comparan ingreso total e ingreso per capita de los hogares (Visaria 1980). En un estudio realizado en India, se observó que los hogares con jefatura femenina estaban sobre-representados entre los pobres si se usaban indicadores que contabilizaban el total del ingreso familiar, pero no así si se utilizaban indicadores de ingreso per capita. Dada la existencia de algunos costos fijos más o menos independientes del tamaño del hogar, la comparación a través de ingreso per cápita distorsionaría la disponibilidad real de dinero para cubrir necesidades básicas. Por otra parte, frente al peso de los núcleos allegados o secundarios en el total de familias con jefatura femenina, cabe preguntarse si es válido suponer que en un hogar con varios núcleos hay una distribución homogénea del ingreso y la categoría de ingreso familiar per cápita del hogar expresa una situación real. Si esto no es así, como cabe suponer, esta categoría estaría encubriendo situaciones de pobreza en los núcleos familiares allegados.

Una situación similar a la que se detectó en el estudio realizado en India se observa para Chile, donde la brecha del ingreso per cápita de los hogares con jefatura masculina y femenina es 17,8 por ciento según datos de la Casen 90. Si se considera el ingreso total de los hogares, la brecha es mayor, siendo los hogares con jefatura femenina un 36,3 por ciento más pobres que los con jefatura masculina.

La mayor pobreza de los hogares con jefatura femenina se vincula también al aporte que hace la jefa, y su capacidad para controlar el gasto. Si sólo consideramos el ingreso del trabajo correspondiente a los jefes, se observa que el de las jefas mujeres es equivalente al 42 por ciento del ingreso de los jefes hombres.⁶

Es importante también considerar que ingreso no es equivalente a gasto, especialmente si éste es percibido por distintas personas. La composición de los ingresos de los hogares varía según el sexo del o la jefa. En el caso de hogares con jefatura masculina, el aporte del jefe es crucial, fluctuando entre el 70 y el 60 por ciento del ingreso total del hogar. Los hogares con jefa mujer en cambio, dependen en mucho mayor medida de otros ingresos que de aquellos aportados por el trabajo de la jefa. Su aporte alcanza en promedio a sólo un 40 por ciento del ingreso total del hogar. Por esto, en los hogares con jefatura femenina son muy importantes los aportes de los otros miembros del hogar, alrededor del 46 por ciento del ingreso total del hogar y en menor medida las transferencias privadas provenientes de recursos fuera del hogar. Estos últimos constituyen un 13 por ciento de los ingresos del hogar, y entre ellos es posible suponer que están los aportes de familiares y las pensiones de alimentos que entrega el padre ausente para contribuir a la mantención de sus hijos, entre otras fuentes.

Al comparar los ingresos que reciben los hogares con jefatura masculina por concepto de transferencias privadas, se observa que alcanzan una cifra similar al de los hogares con jefatura femenina, de 9,7 por ciento. Dado el alto nivel de separaciones, viudez y nulidades (70,4 por ciento) entre las mujeres jefas de hogar, el monto de las transferencias de hombres ausentes a los hogares con jefatura femenina, aparece como extremadamente bajo. Esto se confirma con la información obtenida de parte de las mujeres jefas de hogar participantes en el Plan Piloto coordinado por Sernam, un 60 por ciento de las cuales no recibía ningún tipo de apoyo del padre de sus hijos, y de las que recibían, una proporción menor contaba con un ingreso estable por este concepto.

Hay estudios que muestran la necesidad de desagregar según tipo de jefatura, para identificar la situación marital, edad y condiciones que dieron origen a la jefatura femenina, así como la presencia de niños, para determinar la tasa de dependencia y así poder discriminar adecuadamente acerca de las condiciones de pobreza del hogar.

Analizando separadamente la situación de pobreza de los distintos grupos familiares dentro del hogar, se observa que los núcleos secundarios presentan mayor precariedad, obteniendo ingresos promedios que alcanzan alrededor de un 40 por ciento de los de los núcleos primarios. El mayor peso relativo de las mujeres entre los jefes de núcleos secundarios, y la diferencia de salario según sexo, se agregan a los menores ingresos que reciben los jóvenes. Adicionalmente, en estos núcleos, encabezados por jóvenes, hay un importante número de guaguas y niños muy pequeños, dependientes que no pueden trabajar.

Así, en el primer y segundo quintil, cuyos miembros estarían por debajo de la línea de pobreza, se encuentra casi un 60 por ciento de las mujeres jefas de núcleos y un 40

6. La medición se realiza considerando a todos los jefes y jefas, por lo que en el caso de jefes que no trabajan su ingreso del trabajo es cero. Dada la diferencia de participación de hombres y mujeres, la diferencia en los ingresos del trabajo del hogar según sexo del jefe muestra una situación general y promedio, desvirtuando la verdadera diferencia de ingresos del trabajo, según sexo de los que efectivamente trabajan.

por ciento de los hombres jefes de núcleos. En el quinto quintil, por su parte, domina la jefatura de los hombres en relación a las mujeres.

A partir de esta realidad es que núcleos secundarios a cargo de una mujer son altamente vulnerables a una situación de pobreza. Se trata de mujeres relativamente jóvenes, con educación media incompleta, sin pareja, con hijos que mantener y baja participación en el mercado laboral. El nivel de ingresos per cápita de estos grupos es muy pequeño, de tal forma que difícilmente pueden separarse del grupo primario con el cual conviven en un hogar (Irrázaval y Pardo 1994).

Políticas de género para enfrentar la pobreza de las jefas de hogar y de núcleo

Las transformaciones en la estructura familiar ya analizadas plantean la necesidad de analizar lo que estos cambios han producido en el nivel de vida y bienestar de sus miembros. Se asume que la familia nuclear completa es el prototipo, y como consecuencia se constituye en el modelo a partir del cual se elaboran las políticas públicas. La realidad muestra que sin embargo sólo un 54.4 por ciento de los hogares son nucleares biparentales, vale decir formados por una pareja, con o sin hijos. El resto de los hogares tiene otro tipo de estructura familiar, ya sea por constituir hogares extensos, conformados por varios núcleos, -entre los cuales destaca la jefatura femenina cuando son monoparentales-, unipersonales, o nucleares monoparentales.

Frente a esta realidad que muestra la gran heterogeneidad de las estructuras familiares, se plantea la necesidad de revisar los supuestos en torno a los cuales se han diseñado las políticas públicas. Se ha asumido en general que las familias están estructuradas en torno a hogares biparentales, en los cuales la mujer asume el rol de esposa y dueña de casa. Cabe preguntarse si le corresponde al Estado promover implícitamente un tipo de estructura familiar, en detrimento del resto. El no reconocer la diversidad de organizaciones familiares impide identificar los factores que están detrás de situaciones de vulnerabilidad, asociados por ejemplo al género y la etnia, frente a los cuales el Estado debe actuar para garantizar igualdad de oportunidades y derechos.

Así por ejemplo, considerando que la situación de pobreza de los hogares con jefatura femenina está asociado a la baja tasa de participación de las jefas, es necesario identificar las restricciones que afectan las posibilidades de trabajo para la mujer y que justificarían el tomar medidas que permitieran una mayor inserción laboral de la mujer, para evitar la generación y reproducción de focos de pobreza. Aun cuando la mayor edad promedio de las jefas podría también explicar parte de la diferencia en la tasa de participación, factores de tipo cultural y social acerca de los roles considerados más apropiados para las mujeres, y la falta de apoyos sociales para el desempeño de las tareas ligadas a la reproducción de la fuerza social cuando la mujer trabaja, son factores clave para entender el por qué de la menor participación de la mujer en la fuerza de trabajo.

Las políticas tienden a descansar en el supuesto que la mujer debe asumir una serie de tareas en su calidad de intermediaria entre las instituciones prestadoras de políticas y el resto del grupo familiar. Es así asumida bajo un criterio utilitarista, como instrumento para entregar servicios y llegar al resto de la familia. Esto sin embargo va

en desmedro de la mujer, dejando de lado sus propias necesidades. La discriminación de la mujer es un fenómeno subyacente y latente que se expresa en múltiples situaciones de la vida en sociedad. Por esto, partir como si no hubiera desigualdad, basarse en una pretendida igualdad de quienes no lo son, es consolidar la discriminación. Este constituye un desafío en el diseño e implementación de políticas públicas en democracia.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- BUVINIC, Mayra et al. 1978. "Women Headed Households: The Ignored Factor in Development Planning". Washington: International Center for Research on Women.
- BUVINIC, Mayra. 1993. "The Feminization of Poverty? Research and Policy Needs". Ponencia presentada al International Institute for Labour Studies Poverty Symposium. November 22-24.
- BUVINIC, Mayra y Geeta Rao GUPTA. 1994. "Targeting Poor Woman-Headed Households and Woman-Maintained Families in Developing Countries: Views on a Policy Dilema". Working Paper, International Center for Research on Women. Washington.
- GARCIA CASTRO, Mary. 1992. "Female Headed Households in Brazil and Colombia: Similarities and Differences". Mimeo.
- IRARRAZAVAL, Ignacio & Lucía PARDO. 1994. "Jefatura familiar femenina, estructura del hogar y pobreza". Véase Valenzuela, Venegas & Andrade 1994.
- MERRICK, Thomas & Marianne SCHMINK. 1983. "Households Headed by Women and Urban Poverty in Brazil". In: M. Lycette & P. McGreevey, eds. *Women and Poverty in the Third World*. Baltimore: The Johns Hopkins Press.
- MONTECINO, Sonia. 1991. *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno*. Santiago: Editorial Cuarto Propio-Cedem.
- POLAKOW, Valerie. 1993. *Lives on the Edge. Single mothers and their children in the Other America*. Chicago: The University of Chicago Press.
- RECA, Inés. 1993. "La familia en Chile en los noventa". Informe de investigación. Santiago: Semam.
- SALAZAR, Gabriel. 1985. *Labradores, peones y proletarios*. Santiago: SUR, Colección Estudios Históricos.
- TODARO, Rosalba & Rebeca SALAZAR. 1994. "La vulnerabilidad de las jefas de hogar". Véase Valenzuela, Venegas & Andrade 1994.
- VALENZUELA, María Elena; Sylvia VENEGAS, Carmen ANDRADE. 1994. "De mujer sola a jefa de hogar". Véase Valenzuela, Venegas & Andrade 1994.
- VALENZUELA, María Elena; Sylvia VENEGAS & Carmen ANDRADE, eds. 1994. *De mujer sola a jefa de hogar. Género pobreza y políticas públicas*. Santiago: Semam.



Las familias en Chile: una perspectiva económica de género

Rosa Bravo B.,
Cepal*
Rosalba Todaro,
Centro de Estudios de la Mujer (CEM)

En este artículo se quieren destacar aspectos de la realidad de "la familia", que comúnmente quedan invisibles ante la fuerza que se da culturalmente a las funciones de amor, de protección y de afecto. La familia cumple además funciones económicas, indispensables para la reproducción de la sociedad.

Cuando se destacan las funciones económicas de la familia recurrimos al concepto de hogar-familia, que corresponde al espacio dentro del cual sus integrantes, dependiendo de su sexo y edad, aportan sus recursos y capacidades para realizar el conjunto de tareas necesarias para la reproducción cotidiana y generacional del grupo familiar y de la sociedad en su conjunto. Las actividades de reproducción incluyen la *reproducción biológica* (tener hijos y cuidarlos), la *reproducción cotidiana* (mantenimiento de sus miembros a través del consumo y de la producción doméstica no remunerada de alimentos y otros bienes y servicios para la subsistencia) y la *reproducción de los valores y pautas de conducta* considerados apropiados, en cada momento histórico, para la convivencia social.

De acuerdo con el "modelo ideal" de familia, correspondiente a la era industrial, que todavía propone la cultura dominante, ella está integrada por una pareja unida legalmente, donde el padre-esposo es jefe de hogar y proveedor económico y la

* Las opiniones vertidas en este artículo no necesariamente reflejan las de la institución donde trabaja.

madre-cónyuge se dedica a las tareas del hogar, al cuidado de los hijos y de la salud familiar, tareas todas envueltas en un halo de amor y abnegación, cualidades consideradas naturales de la femineidad.

Este modelo ideal no corresponde a la realidad de las familias chilenas. Por diversas razones, sociodemográficas, económicas y/o culturales que afectan a la pareja, existen otras formas de organización familiar, en las que puede estar presente sólo uno de los padres, así como convivir con otros miembros familiares o no familiares directos del miembro reconocido como jefe de hogar. Es necesario aclarar que se considera jefe de hogar a aquel que se define como tal y es así reconocido por los demás integrantes del hogar. Tanto por razones culturales como de conveniencia estadística, se considera que todo hogar o grupo familiar ha de tener un jefe y además generalmente se le da este estatus al hombre. Es la ausencia de una figura masculina la que determina, en la gran mayoría de los casos, que una mujer adquiera la categoría de jefe de hogar.

La familia no es una unidad homogénea, sino un sistema integrado por miembros de diferentes sexos y edades que cumplen diferentes funciones según estas características y según la posición socioeconómica en que se encuentran. Los hombres (cónyuges-padres), quienes tienen asignado socialmente el papel de proveedor, de sostén económico de la familia, ejercen generalmente dicho papel. Las mujeres (cónyuges-madres), a pesar de asignárseles socialmente el trabajo reproductivo, también participan en proporciones diferentes, según sus características específicas, en el mercado de trabajo. Los niños y los jóvenes, para quienes el papel de estudiante es socialmente aceptado y estimulado, cumplen en general con este rol, pero también trabajan o realizan otra actividad no remunerada (trabajo doméstico), dependiendo del sexo, del nivel de ingreso y del tipo de familia a la cual pertenecen.

El artículo que presentamos en esta publicación incluye una tipología de hogares, de acuerdo a la composición de sus miembros, aplicada al caso de Chile. La tipología utilizada resulta adecuada debido a que todos los tipos de hogares considerados tienen una magnitud relativa significativa. Se analizó cómo dicha tipología muestra perfiles diferentes en los distintos estratos de ingreso per cápita de los hogares. Por otra parte, se construyó una tipología de hogares de acuerdo a la etapa del ciclo de vida de las familias, la que a su vez se analizó de acuerdo al tipo de hogar y estrato de ingreso.

En su parte final se analiza el papel de las mujeres como actores protagónicos en el funcionamiento de los hogares familiares y cómo dicho papel varía según nivel económico y tipo de familia.

Los análisis cuantitativos que se realizan en ambos puntos están basados en la Encuesta de Empleo del INE correspondiente al período octubre-diciembre de 1990 y en la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (Casen) de 1990.

LA DIVERSIDAD DE HOGARES CHILENOS

En términos socioeconómicos no se puede hablar de "la familia", ya que existen variadas formas en que las personas pueden organizarse para realizar las funciones de reproducción cotidiana y generacional indispensables para su propia supervivencia, y así la de la población en su conjunto.

La tipología de hogares construida con el objeto de dar cuenta de dicha diversidad, muestra que en 1990 (Cuadro 1) los hogares familiares constituidos por el núcleo biparental con madre-esposa dedicada a los trabajos del hogar, no tienen en la actualidad una presencia mayoritaria.

En 1990, poco más de la mitad (52 por ciento) de los hogares del país estaban conformados por familias nucleares biparentales, correspondiendo el 45 por ciento a los que tenían hijos presentes en el hogar. Un tercio de ellos estaba conformado por una pareja donde las madres declararon dedicarse exclusiva o mayoritariamente al trabajo al interior del hogar. Los hogares integrados por familias extensas, es decir, el núcleo mono o biparental más otros parientes, eran casi un cuarto del total de hogares, con una presencia más significativa de los biparentales.

Los hogares familiares monoparentales, ya sean nucleares o extensos, sumaban 16 por ciento del total de hogares del país, con la casi totalidad de ellos encabezados por una mujer. Los hogares en que la madre-cónyuge no está presente son una proporción muy poco significativa del total de los hogares chilenos.

Cuadro 1
COMPOSICION DE LOS HOGARES CHILENOS (porcentajes)

TIPO DE HOGAR	TOTAL (porcentajes)
UNIPERSONAL	8
NO FAMILIAR	5
FAMILIAR:	
Nuclear biparental	52
Nuclear c/hijo*	45
Madre trabaja remuneradamente	12
Madre no trabaja remuneradamente	33
Nuclear s/hijo	7
Nuclear monoparental	9
Extensa	24
Completa	17
Monoparental	7
Compuesta	2
TOTAL	100

Fuente: INE, Encuesta Nacional de Empleo, oct-dic. 1990.

* Los constituidos por parejas unidas consensualmente son el 8 por ciento.

Variedad de hogares según estratos de ingreso

Los aspectos contextuales que afectan las condiciones de vida de las familias — medidas en este caso por el nivel de ingreso per cápita del hogar— influyen sobre las formas como se organizan las personas para cumplir sus funciones de reproducción cotidiana y generacional.

En el Cuadro 2 se puede observar que los hogares nucleares biparentales con madres que no participan en el mercado de trabajo, descienden a medida que aumentan los ingresos. Para el 20 por ciento de los hogares más pobres esa proporción alcanzaba a 46 por ciento, descendiendo a 20 por ciento para el quintil de hogares más ricos.

Cuadro 2.
COMPOSICION DE LOS HOGARES SEGUN ESTRATO DE INGRESO
PER CAPITA DEL HOGAR (porcentajes)

TIPO DE HOGAR	ESTRATOS DE INGRESO				
	I	II	III	IV	V
UNIPERSONAL	3	4	6	9	16
NO FAMILIAR	6	4	4	4	6
FAMILIAR:					
Nuclear biparental	53	53	52	49	54
Nuclear s/hijo*	50	48	45	40	41
Madre trabaja remuneradamente	46	40	33	24	20
Madre no trabaja remuneradamente	4	8	12	16	21
Nuclear s/hijo	3	5	7	9	13
Nuclear monoparental	10	9	9	10	9
Extensa	26	28	27	24	13
Completa	17	19	18	17	10
Monoparental	9	9	9	7	3
Compuesta	2	2	2	2	2
TOTAL	100	100	100	100	100

Fuente: INE, Encuesta Nacional de empleo, oct-dic. 1990.

La mayor presencia de hogares del tipo que hemos denominado tradicional en el estrato más pobre puede asociarse con el hecho de que las madres de estos sectores tienen escasas posibilidades de acceso al mercado laboral estructurado. También puede observarse cómo el nivel de ingreso modifica la importancia relativa de los hogares unipersonales, nucleares sin hijos y extensos.

Los hogares unipersonales aumentan su significación desde el 3 por ciento al 16 por ciento en el grupo de ingresos más altos. Estas tendencias pueden asociarse con la mayor capacidad económica, que permite a las personas enfrentar independientemente, si así lo desean, sus necesidades de reproducción cotidiana.

Los hogares nucleares sin hijos, es decir, aquellos integrados por ambos miembros de la pareja, aumentan con los mayores ingresos, desde 3 a 13 por ciento. Nuevamente podría argumentarse que los mayores niveles de ingreso permiten que las parejas jóvenes que aún no tienen hijos, o las mayores cuyos hijos se independizaron, puedan enfrentar sus gastos de reproducción independientemente.

Los hogares conformados por familias extensas, es decir, aquellos núcleos que integran a otros miembros familiares, también muestran una asociación con los ingresos. Los hogares más pobres parecieran utilizar como estrategia de subsistencia, la integración a sus hogares de más miembros familiares. Como puede observarse en el Cuadro 2, en el quintil más bajo los hogares extensos son 26 por ciento del total de hogares, versus 13 por ciento en el quintil más alto.

Los hogares integrados por familias nucleares monoparentales representan proporciones muy similares en todos los estratos de ingreso (alrededor de 10 por ciento). En estos hogares la jefatura femenina es importante, alcanzando un promedio de 86 por ciento, con una tendencia a disminuir con el aumento del ingreso: baja de 88 a 81 por ciento en el estrato más rico (Cuadro 3). Ello significa que los hogares donde existe un solo miembro de la pareja e hijos, son en su gran mayoría encabezados por una mujer.

Cuadro 3.
HOGARES NUCLEARES MONOPARENTALES
SEGUN INGRESO Y SEXO DEL JEFE

QUINTILES	HOGAR NUCLEAR MONOPARENTAL (porcentajes)	
	Mujer	Hombre
1	88	12
2	87	13
3	89	11
4	85	15
5	81	19
TOTAL	86	14

Fuente: INE, Encuesta Nacional de Empleo, oct-dic. 1990.

Si el total de hogares se clasifica en unipersonales y multipersonales, se puede observar que en los hogares con jefatura femenina hay una mayor incidencia de la pobreza que en los hogares con jefatura masculina (Cuadro 4).

Cuadro 4.
DISTRIBUCION DE LOS HOGARES POR NIVEL DE POBREZA
SEGUN SEXO DEL JEFE DE HOGAR (porcentajes)

HOGARES	Indigentes	Pobres	SUBTOTAL	Nº pobres	TOTAL
Unipersonales:					
Hombre	5.2	5.7	10.9	89.1	100
Mujer	7.2	9.7	16.9	83.1	100
Multipersonales:					
Jefe hombre	11.1	24.2	35.3	64.7	100
Jefe mujer	15.9	23.7	39.6	60.4	100
TOTAL	11.6	22.9	34.5	65.5	100

Fuente: Elaborado con datos de Berta Teitelboim, "Dimensión y características de la pobreza", en: *Población, educación, vivienda, salud, empleo y pobreza. Censo 1990* (Santiago: Mideplan, 1992).

Considerando que la jefatura femenina proviene en aproximadamente el 90 por ciento de los casos —referidos a hogares multipersonales— de la ausencia de pareja de la jefa de hogar, se puede plantear que, en cierta medida, estos hogares son más pobres porque tienen un ingreso principal menos. Por otro lado, también es posible adelantar la hipótesis de que la pobreza sea, frecuentemente, el origen de la jefatura femenina. Esto se debería a que en los hogares pobres el hombre huye de las responsabilidades familiares asignadas a su rol proveedor, al no poder cumplirlo cabalmente.¹

Los hogares monoparentales encabezados por una mujer son especialmente vulnerables, ya que por la preponderancia dada en la sociedad a su rol como reproductora, tiene menores oportunidades para insertarse en el trabajo remunerado. Las personas que viven en hogares con jefatura femenina pertenecientes al estrato pobre han sido calificadas como las más pobres entre las pobres.

Cuando se define al hogar familiar, desde el punto de vista socioeconómico, como unidad doméstica, éste no se restringe al núcleo principal. Los resultados encontrados parecieran indicar que el nivel de ingresos de la familia sería un factor importante en la determinación de las familias para integrar otros miembros. Sin embargo, también pueden estar jugando otros factores afectivos o culturales en esa determinación, no posibles de identificar a través de estudios cuantitativos.

El reconocer la variedad de formas de organización familiar no como un proceso de desorganización o descomposición familiar, sino respetando las necesidades específicas de organización frente a determinadas circunstancias, permitirá diseñar políticas que efectivamente lleguen a todas las familias y en especial a las más postergadas, que son las que con mayor frecuencia se alejan del modelo tradicional de la era industrial. Por razones de orden cultural principalmente, y también muchas

1. Rubén Katzman aporta antecedentes interesantes sobre el comportamiento de los hombres de los sectores populares en su documento titulado "¿Por qué los hombres son tan irresponsables?", Cepal, noviembre de 1991.

veces por la falta de antecedentes cuantitativos sobre las diversas formas de organización familiar existentes, aun hoy día se sigue considerando ese modelo tradicional de hogar como representativo de la sociedad chilena.

Variedad de hogares según ciclo de vida y estrato de ingreso

Otra dimensión sociodemográfica que influye en la forma en que se organizan los hogares familiares es la etapa del ciclo de vida en que se encuentran las familias, las que a su vez presentan características específicas según el nivel de ingreso.

Para caracterizar el ciclo de vida familiar se utilizaron dos medidas. La primera corresponde a la edad de la madre, de manera de poder diferenciar entre familias jóvenes sin hijos (cónyuge menor de 31 años), que correspondería a su etapa de iniciación, y las familias adultas sin hijos, (cónyuge mayor de 31 años), que correspondería a la etapa del "nido vacío". La segunda medida utilizada es la edad del hijo mayor, por considerarse que es ésta justamente la medida que se asocia con la edad de los padres y, por lo tanto, el tiempo vivido como pareja, o como padre o madre en los hogares monoparentales.

En el Cuadro 5 se observan las etapas del ciclo en que se encontraban en 1990 los diversos tipos de hogares familiares.

Cuadro 5.
TIPOS DE HOGARES FAMILIARES SEGUN ETAPA DEL CICLO
TIPO DE HOGAR FAMILIAR (porcentajes)

CICLO	TIPO DE HOGAR FAMILIAR					TOTAL
	Nuclear completo	Nuclear incompleto	Extenso completo	Extenso incompleto	Compuesto	
Pareja joven s/h	80	0	17	3	0	2
Hijo mayor 0-5	82	5	10	1	1	12
Hijo mayor 6-12	78	9	10	2	2	18
Hijo mayor 13-18	68	14	11	5	2	22
Hijo mayor 19-24	49	15	24	10	3	14
Hijo mayor > 25	26	14	32	24	3	23
Pareja adulta s/h	72	0	24	0	4	10
TOTAL	60	10	19	8	3	100

Fuente: INE, Encuesta Nacional de Empleo, oct-dic. 1990.

Las cifras muestran que 32 por ciento de las familias tiene hijos menores de 12 años, es decir, familias jóvenes; un 36 por ciento está en edades intermedias, y el restante 33 por ciento corresponde a familias en las etapas más avanzadas del ciclo.

A medida que se avanza en las etapas del ciclo de las familias con hijos, disminuye

fuertemente la proporción de hogares nucleares biparentales y aumenta la de nucleares monoparentales. En su gran mayoría este último tipo de hogares está encabezado por mujeres, es decir, se trata de hogares integrados sólo por la madre y los hijos. Esta proporción empieza a ser significativa a partir de las edades de los hijos primogénitos entre 13 y 18 años.

También a medida que avanza el ciclo de vida de las familias aumentan los hogares integrados por familias extensas, lo que puede significar que se trata de hijos casados o unidos que viven en el hogar de los padres, quienes se declaran jefes, posiblemente por ser los dueños de la vivienda.

Los dos fenómenos destacados marcan distintos tipos de problemas. Entre ellos, hijos en edades tempranas en hogares con menores aportes de ingresos del padre, lo que significa en general hogares pobres y trabajo de las mujeres en condiciones desfavorables, tanto por ser mujer como por el hecho de asumir una doble jornada. Otro problema se asocia con los adultos mayores que deben albergar en sus hogares a sus hijos con sus parejas y a sus nietos, teniendo generalmente que apoyar con sus bajas jubilaciones a esas personas, además de enfrentar una vida más compleja.

La distribución de los hogares familiares según ciclo de vida y estrato de ingreso que se incluye en el Cuadro 7, muestra que la situación difiere según los estratos de ingreso: a medida que aumenta el ingreso se produce una mayor concentración de familias en etapas más avanzadas del ciclo.

Cuadro 6.
DISTRIBUCION DE LOS HOGARES SEGUN CICLO
Y ESTRATO DE INGRESO (porcentajes)

CICLO	ESTRATOS DE INGRESO				
	1	2	3	4	5
Pareja joven s/h	2	3	5	7	15
Hijo mayor 0-5	10	10	9	9	10
Hijo mayor 6-12	22	18	14	14	12
Hijo mayor 13-18	27	23	19	15	13
Hijo mayor 19-24	11	12	14	13	10
Hijo mayor > 25	16	19	23	23	18
Pareja adulta s/h	11	12	17	21	32
TOTAL	100	100	100	100	100

Fuente: INE, Encuesta Nacional de Empleo, oct-dic. 1990.

Por último, se contrastarán las características de los hogares familiares por etapa del ciclo, entre el estrato más pobre (Cuadro 7) y el estrato más rico (Cuadro 8).

Los resultados permiten verificar situaciones diferentes para estos dos grupos. Las familias nucleares pobres con hijos se concentran, en un 85 por ciento, en la etapa del ciclo en que los hijos tienen hasta 18 años. Para las familias de más altos ingresos de la misma naturaleza, esa proporción alcanza al 67 por ciento. Esto muestra que las

Cuadro 7.
ESTRATO BAJO. DISTRIBUCION DE LOS HOGARES
POR ETAPA DEL CICLO (porcentajes)

CICLO	HOGAR FAMILIAR						TOTAL
	Nuclear con hijos	Nuclear sin hijos	Nuclear monopar.	Extensa biparent.	Extensa monopar.	Compuesta	
Pareja joven s/h	0	11	0	1	0	4	1
Hijo mayor 0-5	16	0	7	5	1	4	11
Hijo mayor 6-12	34	0	23	10	4	18	24
Hijo mayor 13-18	35	0	40	19	17	22	29
Hijo mayor 19-24	9	0	13	20	19	12	13
Hijo mayor > 25	5	0	16	36	59	27	18
Pareja adulta s/h	0	89	0	9	0	13	4
TOTAL	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: INE, Encuesta Nacional de Empleo, oct.-dic 1990.

Cuadro 8.
ESTRATO ALTO. DISTRIBUCION DE LOS HOGARES
POR ETAPA DEL CICLO (porcentajes)

CICLO	HOGAR FAMILIAR						TOTAL
	Nuclear con hijos	Nuclear sin hijos	Nuclear monopar.	Extensa biparent.	Extensa monopar.	Compuesta	
Pareja joven s/h	0	24	0	2	0	4	1
Hijo mayor 0-5	19	0	5	8	1	12	11
Hijo mayor 6-12	23	0	11	10	7	16	15
Hijo mayor 13-18	25	0	16	9	9	13	17
Hijo mayor 19-24	14	0	21	14	16	18	13
Hijo mayor > 25	19	0	47	35	68	24	23
Pareja ad. s/h	0	76	0	22	0	13	10
TOTAL	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: INE, Encuesta Nacional de Empleo, oct.-dic.1990.

familias pobres tienen menos posibilidades que las de estratos altos de vivir en hogares nucleares, cuando los hijos alcanzan edades mayores de 18 años. Además de las menores posibilidades, juega el hecho de que en los sectores pobres los jóvenes se unen a edades más tempranas. También se puede observar que a las familias nucleares jóvenes sin hijos pobres les es más difícil formar hogares independientes. Sólo el 11 por ciento lo consigue, en comparación con el 24 por ciento de las familias de mayores ingresos.

Las familias monoparentales nucleares pobres se concentran en mayor medida que las ricas en las etapas más jóvenes del ciclo familiar. El 70 por ciento de las pobres tiene hijos menores de 18 años, en comparación con el 32 por ciento de las familias de estratos altos.

Las familias extensas completas del estrato más alto se concentran en mayor proporción en las etapas del ciclo más avanzadas, que en caso de las pobres.

La comparación de las etapas del ciclo de vida familiar en los dos extremos de ingreso permite concluir que los pobres tienen mayor necesidad de integrarse en etapas jóvenes del ciclo en familias no nucleares. Ello permitiría inferir una vez más que la incorporación de miembros no nucleares en las familias responde en una medida importante a necesidades económicas.

Se ha visto cómo el nivel de ingresos de los hogares puede asociarse con la mayor o menor significación de determinadas formas de organización de las familias, así como a diferencias relacionadas con el ciclo de vida. Se puede concluir que el ingreso es un determinante importante para que las familias se separen del modelo tradicional.

Otro aspecto interesante de analizar en relación al tema de los niveles de ingresos de los diversos hogares dice relación con el número de miembros económicamente activos y con el tamaño de los hogares. La relación de dependencia es un indicador sintético de ambas dimensiones.

La relación de dependencia mide el número de personas inactivas que tiene que soportar cada miembro activo. Para los hogares nucleares con hijos, se encontró que en aquellos pertenecientes al estrato más pobre esta relación es de 2.8, la que va disminuyendo con el ingreso, hasta alcanzar a 1.3 en el estrato más alto de ingreso. La relación de dependencia tiene una alta asociación con la pobreza, a través de las menores oportunidades de empleo de las cónyuges, de la mayor fecundidad de las familias más pobres y porque éstas se concentran en etapas más jóvenes del ciclo.

LA UBICACION DE LAS MUJERES EN LOS HOGARES Y SU PAPEL EN LA PRODUCCION Y EN LA REPRODUCCION

Según la concepción tradicional de familia, las mujeres en los hogares son esposas o hijas en relación de parentesco con el jefe de hogar, quien es esposo-padre-proveedor. Pero, como vimos en el punto anterior, las mujeres son también jefas de hogar.

La función "intrínseca" que se supone debería cumplir la madre-esposa es la de realizar el trabajo doméstico. La forma e intensidad que éste asume están asociadas con la inserción del hogar en los distintos estratos socioeconómicos y en las diversas etapas del ciclo de vida. Además, la participación de las mujeres madres-esposas o hijas en el trabajo remunerado, también está altamente asociada con esas mismas dimensiones. No podemos hablar, por lo tanto, de las mujeres como si fuese un grupo homogéneo.

Se puede observar que la mayoría de las jefas de hogar carece de pareja, pero en su mayoría tienen hijos con ellas. En cambio, sólo 3 por ciento de los hombres jefes tiene hijos en su hogar y no tiene pareja.

Cuadro 9.
SITUACION FAMILIAR DE LOS JEFES DE HOGAR POR SEXO (porcentajes)

	CON PAREJA		SIN PAREJA		TOTAL
	Sin hijos	Con hijos	Sin hijos	Con hijos	
Jefe hombre	12.9	82.2	1.9	3.0	100
Jefa mujer	1.0	10.1	15.8	73.1	100

Fuente: Mideplan, Encuesta Casen 1990.

De los hogares nucleares con ambos cónyuges y con hijos, sólo el 1 por ciento tiene jefa mujer. Por razones culturales, cuando hay esposo, es a él a quien generalmente se designa como jefe. En los nucleares sin hijos, los que tienen jefa mujer ascienden al 2 por ciento. Las nucleares incompletas, en cambio, en su mayoría tienen jefa mujer; los hijos quedan con ella cuando, por cualquier motivo, los progenitores no viven juntos. Este porcentaje es menor en los estratos de mayor ingreso; esto, en parte, estaría mostrando que en esos hogares hay mayor posibilidad de que se contrate una mujer que supla a la madre ausente para el cuidado de los hijos. En los hogares de menores ingresos, es aún más probable que los hijos queden con la madre y, a falta de ésta, que se transformen en extensas incompletas, donde una abuela, por ejemplo, se haga cargo de los niños. Los datos sobre familias extensas incompletas apoyan esa hipótesis.

Según la encuesta Casen de 1990, de las mujeres inactivas en edad de trabajar, el 64,2 por ciento daba como razón para no buscar trabajo los quehaceres del hogar, el 15,2 por ciento ser estudiante, 8,9 por ciento ser jubilada. Sólo el 1,8 por ciento de los hombres daba como causa de inactividad los quehaceres del hogar, 44 por ciento ser estudiante y 33 por ciento ser jubilado (Todaro y Salazar 1994).

La participación de las mujeres en el trabajo no se define, por lo tanto, solamente por las condiciones del mercado o por la estructura de empleo, sino por la posición en el hogar y por el sector socioeconómico al que pertenecen.

Según datos de la Encuesta Nacional de Empleo del INE de 1990, las mujeres jefas de hogar en su conjunto tienen una tasa de participación mayor al promedio de las mujeres y cercana al 40 por ciento. La participación de las jefas en las familias nucleares sin hijos alcanza el 51 por ciento, en la nuclear con hijos el 48 por ciento, lo mismo que en la nuclear incompleta. Las cónyuges tienen una tasa menor, mientras que para las hijas es mayor, especialmente en los hogares llamados incompletos.

Las tasas de participación de las mujeres también están afectadas por la etapa del ciclo de vida. De acuerdo con esta dimensión, se observa que la tasa de participación de las jefas es más alta que la de las cónyuges y la de las hijas. Para las jefas, la tasa mayor se da en los hogares con el hijo/a mayor en edad escolar básica, seguida por estrecho margen por las jefas de hogares con hijo/a en edad escolar media, mientras que para las cónyuges la tasa más alta se encuentra en los hogares de pareja joven sin hijos, desciende en los hogares con hijos pequeños y sube para acercarse al promedio en los hogares con el hijo/a mayor en edad escolar media.

Los resultados encontrados están afectados por varios factores. Por un lado, la dificultad que proviene de tener hijos pequeños, por el cuidado que requieren y por la escasez, baja calidad y/o altos costos de los lugares donde dejarlos, y que cubran, además, todo el horario de trabajo de los padres. Sin embargo, las mujeres jefas de

Cuadro 10.
JEFATURA DE HOGAR SEGUN SEXO, TIPO DE HOGAR Y QUINTILES DE INGRESO

TIPO DE HOGAR Y SEXO	QUINTILES DE INGRESO					TOTAL
	1	2	3	4	5	
UNIPERSONALES						
Hombre	45	36	40	58	48	47
Mujer	55	64	60	42	52	53
NO FAMILIARES						
Hombre	32	31	43	41	44	39
Mujer	68	69	57	59	56	61
FAMILIARES:						
Nuclear Biparenteral C/Hijo						
Hombre	100	99	99	99	99	99
Mujer	0	1	1	1	1	1
Nuclear Biparenteral S/Hijo						
Hombre	95	98	99	98	98	98
Mujer	5	2	1	2	2	2
Nuclear Monoparental						
Hombre	12	13	11	15	19	14
Mujer	88	87	89	85	81	86
Extensa Biparental						
Hombre	99	98	99	99	100	99
Mujer	1	2	1	1	0	1
Extensa Monoparental						
Hombre	18	18	21	26	18	20
Mujer	82	82	79	74	82	80

Fuente: INE, Encuesta Nacional de Empleo, oct-dic. 1990.

hogar con hijos escolares tienen que desplegar estrategias —que seguramente repercuten en la calidad de vida personal y familiar— para tener acceso a trabajos remunerados que les permitan sustentar a sus grupos familiares. Algunos de estos problemas se relacionan con el tipo de trabajo que pueden obtener, como se verá más adelante.

En las variaciones en la tasa de participación según la etapa del ciclo de vida también está presente el efecto de una variable no medida directamente en el Cuadro 12 —pero que tiene relación con el ciclo de vida—, cual es la edad de la mujer: ésta influye de manera inversa con su participación laboral. Por esto, aun cuando se esperaría una mayor participación de las mujeres al quedar liberadas del cuidado de hijos pequeños, estas mujeres tienen menor participación. En alguna medida esto sucede porque ya están jubiladas, pero también porque pertenecen a una generación en que las mujeres tenían menor participación. Aquí también hay que considerar el efecto de incentivo al trabajo remunerado de las mujeres en función de la necesidad

Cuadro 11.
TASAS DE PARTICIPACION DE LOS MIEMBROS DEL HOGAR
SEGUN SEXO Y TIPO DE HOGAR

TIPO DE HOGAR Sexo	RELACION DE PARENTESCO				
	Jefe	Cónyuge	Hijo	Pariente	No pariente
UNIPERSONAL					
Hombre	71				
Mujer	36				
NO FAMILIAR					
Hombre	78			69	51
Mujer	31			23	26
FAMILIARES:					
Nuclear Biparenteral S/Hijos					
Hombre	93	88			
Mujer	51	24			
Nuclear Biparenteral C/Hijo					
Hombre	64	78	50		
Mujer	48	27	29		
Nuclear Monoparental					
Hombre	66		63		
Mujer	48		41		
Extensa Biparental					
Hombre	76	86	74	70	
Mujer	33	22	40	20	
Extensa Monoparental					
Hombre	55		79	68	
Mujer	42		44	22	
Compuesta					
Hombre	82	100	66	74	61
Mujer	39	31	38	27	30
TOTAL					
Hombre	84	82	62	69	57
Mujer	39	26	37	21	44

Fuente: INE, Encuesta Nacional de Empleo, oct-dic. 1990

económica que genera la crianza y educación de los hijos. Una vez que disminuye la intensidad de la necesidad económica, un sector de mujeres se retira del mercado de trabajo, especialmente las de mayor edad y las de menores ingresos que sufrieron un fuerte desgaste en su etapa laboral, efecto de la doble jornada y las malas condiciones de trabajo. Sin embargo, esta tendencia está cambiando, como lo muestra la comparación entre 1986 y 1992 del Cuadro 13.

Cuadro 12.
TASAS DE PARTICIPACION DE LOS MIEMBROS DEL HOGAR SEGUN SEXO Y ETAPA
DEL CICLO DE VIDA

ETAPA DEL CICLO Sexo		RELACION DE PARENTESCO				
		Jefe	Cónyuge	Hijo	Otro pariente	No pariente
PAREJA JOVEN S/HIJOS						
Hombre	89	100		70	64	84
Mujer	35	51		29	53	41
HIJO MAYOR EDAD PREESCOLAR						
Hombre	99	100		80	45	98
Mujer	46	25		33	88	31
HIJO MAYOR EDAD ESC. BASICA						
Hombre	99	92		57	68	96
Mujer	46	25		24	90	35
HIJO MAYOR EDAD ENS. MEDIA						
Hombre	96	97	24	62	67	67
Mujer	61	32	10	18	89	29
HIJO MAYOR EDAD UNIV/LAB.						
Hombre	88	91	59	76	72	72
Mujer	51	27	32	16	72	32
HIJO MAYOR EDAD TRAB.						
Hombre	60	66	82	73	61	73
Mujer	22	17	52	20	77	36
PAREJA ADULTA S/HIJOS						
Hombre	62	79		63	55	62
Mujer	34	19		21	74	29
TOTAL						
Hombre	84	83	62	69	61	75
Mujer	39	26	37	21	80	33

Fuente: INE, Encuesta Nacional de Empleo, oct.-dic. 1990.

Cuadro 13.
TASAS DE PARTICIPACION DE LAS MUJERES
EN LA FUERZA DE TRABAJO, POR EDADES

Edad	oct-dic. 86	oct-dic. 92
15-19	11.3	11.7
20-24	39.6	42.1
25-29	41.1	46.8
30-34	40.0	42.6
35-39	43.3	45.3
40-44	40.0	46.5
45-49	36.4	39.7
50-54	28.7	39.3
55-59	21.8	28.2
60-64	10.8	19.2
65-69	6.7	9.6
70 y más	2.7	4.6

Fuente: INE, Encuesta Nacional de Empleo, oct-dic.1990.

Las mujeres tienen una tasa de participación mayor cuanto más es alto es el sector de ingresos al que pertenecen. Esto es así tanto para las jefas como para las cónyuges y las hijas.

Cuadro 14.
PARTICIPACION EN LA FUERZA DE TRABAJO DE LAS MUJERES
SEGUN POSICION EN EL HOGAR

QUINTIL DE INGRESO	POSICION EN EL HOGAR		
	Jefa	Cónyuge	Hija
1	26	10	19
2	33	15	30
3	36	23	43
4	47	37	49
5	54	46	46

Fuente: INE, Encuesta Nacional de Empleo, oct-dic 1990.

Las cónyuges de los hogares más pobres trabajan 10 de cada 100, y las pertenecientes al estrato más rico lo hacen en una proporción de 46 de cada 100. Los determinantes socioeconómicos de estas diferencias radican principalmente en: a) los mayores niveles educativos logrados por las mujeres de los estratos altos, que les ofrecen mayores oportunidades de insertarse en el mercado de trabajo formal; b) los mayores niveles de ingreso, que les permiten contratar trabajo remunerado para que realice gran parte del trabajo necesario para la reproducción cotidiana de su familia; y c) el relativamente menor número de hijos que tienen las parejas de los estratos más altos. Para estos últimos se calculó que el 91 por ciento de los hogares tiene a lo sumo tres hijos, en cambio en los más bajos se observan proporciones de 17 por ciento de hogares con más cuatro hijos.

Se observa una asociación inversa entre el trabajo remunerado de las madres-cónyuges y la pobreza. Destacar esta asociación no significa postular que la pobreza se resuelve con el trabajo remunerado de esas mujeres, sólo se quiere destacar que ello permite alcanzar un mayor bienestar económico familiar.

Utilizando la Encuesta Casen realizada por Mideplan en 1990, se calculó que 21 por ciento de los hogares del país sale de la línea de indigencia gracias al aporte del ingreso de las cónyuges. Esta proporción es aún más significativa para el Gran Santiago, donde alcanza a 39 por ciento de los hogares. En 1992, según la misma encuesta, se calculó que el aporte de las cónyuges significó sacar al 22 por ciento de los hogares de la condición de indigentes.

También en relación al aporte que realizan las cónyuges al ingreso familiar, es interesante destacar que, a pesar de la alta participación de las cónyuges del estrato alto, su aporte al ingreso familiar no es sustancialmente distinto al que realizan las del estrato más pobre, 12 por ciento y 15 por ciento, respectivamente. Esto es resultado de la fuerte diferencia de ingresos entre hombres y mujeres, que va aumentando con los distintos niveles educativos. Las profesionales ganan en promedio un 42 por ciento de lo que gana los hombres profesionales. A pesar de las grandes diferencias en el ingreso, se puede decir que estas mujeres tienen un mayor costo de oportunidad, es decir, su ingreso, aun cuando inferior al de su pareja, es superior al costo de no trabajar. Esta situación es muy diferente para las mujeres pobres, quienes, con sus bajos ingresos, aun cuando similares a los de su pareja, no alcanzan a cubrir los costos que les significa trabajar. En estos sectores, la función económica del trabajo doméstico es insustituible: no se puede optar por ayuda doméstica remunerada y/o sustituirla por algunos bienes y servicios que pueden adquirirse en el mercado. Además, los sistemas de cuidado infantil son inadecuados para las necesidades de las mujeres trabajadoras.

Si bien las jefas de hogar tienen una tasa más alta de participación que el conjunto de las mujeres, persisten altos niveles de inactividad, en especial en los sectores de menores ingresos. Ella es expresión de las dificultades que enfrentan las mujeres en general para trabajar remuneradamente. Las restricciones laborales de las jefas de hogar también influyen en el tipo de inserción ocupacional: en el sector informal y trabajos atípicos se ocupa una mayor proporción de jefas mujeres que de hombres, y que de mujeres en su conjunto. Lo mismo sucede con el empleo en el servicio doméstico. Un factor que incide de manera importante en la mayor informalidad se encuentra en la necesidad de tener empleos con horarios más flexibles para poder atender obligaciones del hogar.

A pesar de las limitaciones que enfrentan las mujeres en el trabajo, su tasa de participación sigue creciendo. La tasa de participación por edades nos muestra también esa tendencia: a partir de los 20 años, las mujeres jóvenes tienen tasas considerablemente más altas. Comparando los datos del trimestre octubre-diciembre de 1986 con el mismo trimestre de 1992, se nota un incremento en todas las edades por encima de los 20 años, inclusive de las mujeres mayores, que refleja que las mujeres que empezaron a trabajar siendo jóvenes se mantienen en actividad una vez que alcanzan edades más avanzadas. También incide el aumento en la participación de las mismas mujeres en esas edades. Esto significa que la posibilidad del cuidado de los niños por parte de las abuelas ya no es una alternativa viable y muy probablemente lo será cada vez menos.

ALGUNAS REFLEXIONES FINALES: MUJERES Y FAMILIAS, UNA RELACION INELUDIBLE

¿Por qué decimos que hay una relación ineludible entre mujeres y familias? ¿Acaso los hombres no viven en familias?

Las familias se construyen alrededor de las mujeres y con ellas quedan los hijos cuando las parejas se separan; no se conocen demasiados casos en que los padres reclamen la tenencia de sus hijos.

Del mismo modo, cuando los hijos tienen problemas, de inmediato se sospecha una falla en la madre: quizás los ha desatendido por ocuparse "excesivamente" de su trabajo fuera del hogar. Se responsabiliza a las mujeres del abandono de la domesticidad; pero es muy raro que los que están preocupados por los "efectos destructivos" del trabajo de las mujeres, se preocupen de analizar el comportamiento de los hombres hacia la familia y el tiempo y la atención que dedican a sus hijos.

El comportamiento de las mujeres en el trabajo remunerado está íntimamente relacionado con la familia y el lugar que ocupen en ella. No es así en el caso de los hombres, para quienes la familia no constituye una interferencia con el trabajo remunerado sino, por el contrario, ésta se constituye en un sistema de apoyo para el trabajo masculino.

El trabajo doméstico, como función económica de la familia, recae en las mujeres. Su jornada laboral incorpora, en la mayoría de los casos, una parte de trabajo para la familia, en la forma de trabajo doméstico. Aunque el trabajo que realizan difiere según el nivel de ingresos, en todos los estratos son las mujeres las organizadoras de la vida familiar y las responsables del trabajo que de allí se derive.

Se observa hoy día una mayor aceptación discursiva de la igualdad de género; sin embargo, es poco el cambio en los roles y comportamientos masculinos. El trabajo remunerado de las mujeres implica cambios en los roles tradicionales, fundamentalmente porque las mujeres comparten el rol proveedor, pero los hombres asumen muy poco del trabajo doméstico.²

Los sistemas de cuidado infantil se asocian a las trabajadoras mujeres, y el costo laboral que ello implica se asigna a ellas. Las deficiencias y fallas del sistema repercuten directamente en la disponibilidad de las mujeres para el trabajo remunerado. Los empresarios también tienen una propensión distinta a contratar mujeres según su situación familiar, justamente por la asociación "ineludible" que se hace de la mujer y la familia, asociación tanto simbólica como objetiva en las condiciones actuales.

La posición de la mujer fuera del hogar también incide en su situación al interior de la familia: hay indicios de que en las familias donde las mujeres trabajan fuera del hogar existe una menor incidencia de la violencia (Larraín 1994), es decir, se opera una redistribución del poder al interior de la familia; el trabajo de las mujeres repercute en una caída de la fecundidad; mayores niveles educativos también inciden en la fecundidad.

¿Podemos deducir de lo dicho que está llegando el momento de asumir el trabajo

2. Algunas investigaciones realizadas en Estados Unidos muestran que los hombres han ampliado su contribución al trabajo doméstico en sólo minutos. No hacen más trabajo doméstico si sus esposas trabajan a tiempo completo fuera de sus casas, ni siquiera si ellos mismos no realizan trabajo remunerado.

del hogar, el cuidado de los niños y otros dependientes, de manera conjunta entre todos los miembros adultos de las familias, independientemente del sexo, y que la sociedad asuma los costos de la reproducción social de las personas?

Lo que hoy día se suele denominar debilitamiento de la familia no parece ser más que el debilitamiento de la familia patriarcal y la constatación de la necesidad de relaciones más igualitarias entre los géneros, tanto en el ámbito privado como en el público.

BIBLIOGRAFIA

- BRAVO, Rosa. 1993a. "La diversidad de las formas de organización familiar en Chile". Documento elaborado para la Comisión Nacional de la Familia.
- BRAVO, Rosa. 1993b. "Utilización de una encuesta de empleo para el estudio de la situación socioeconómica de las familias chilenas". En: INE, Estadística y Economía (Santiago) 7 (diciembre).
- KAZTMAN, Rubén. 1991. "¿Por qué los hombres son tan irresponsables?" Santiago: Cepal.
- LARRAIN, Soledad. 1994. Violencia entre cuatro paredes. Las mujeres golpeadas. Santiago: Editorial Universitaria.
- TODARO, Rosalba. 1993. "Mujeres y familias: una relación ineludible". Informe elaborado a petición de la Comisión Nacional de la Familia.
- TODARO, Rosalba y Rebeca SALAZAR. 1994. "La vulnerabilidad de las jefas de hogar". En: M. Elena Valenzuela, Sylvia Venegas y Carmen Andrade, eds. De mujer sola a jefa de hogar. Género, pobreza y políticas públicas. Santiago: Sernam.





MIRADAS AL MUNDO RURAL

Familia, matrimonio e ilegitimidad en la hacienda del siglo XX*

Ximena Valdés S.

Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer, CEDEM

... al nivel de la historia de las diversas prácticas, existe un proceso que yo llamo tradición selectiva: aquella que dentro del contexto de una cultura dominante, se hace pasar "por la tradición", "por lo importante del pasado". Pero de lo que se trata, es siempre de la selectividad: la manera en que, de todo un dominio del pasado, ciertas significaciones, ciertas prácticas son escogidas y acentuadas, mientras otras son omitidas y excluidas. A un nivel todavía más decisivo, algunas de estas significaciones y prácticas son reinterpretadas, diluidas o presentadas bajo formas que dan soporte, o al menos no contradicen, a otros elementos que se encuentran en el seno de la cultura dominante.

Raymond Williams, *Marxism and literature*

Uno de los rasgos que atan el pasado con el presente, y uno de los de mayor perdurabilidad, es aquel vinculado a la importancia de las casas en la sociedad chilena. Si el imaginario colectivo y la ficción literaria depositaron en la "casa grande" hacendal el poder y la transmisión de los códigos culturales de reproducción familiar, hoy día en las casas, esta vez de la ciudad, perviven las familias cuya cohabitación con el servicio doméstico habla de la no consanguinidad en el establecimiento y funcionamiento urbano de las familias. Las casas son los espacios laborales que concentran a una mayor parte de la población femenina económicamente activa, ya que el servicio doméstico alcanza a la cuarta parte del total de las mujeres que trabajan en forma remunerada. Son, además, el lugar de la transmisión cultural de las familias, toda vez que el cuidado infantil se deposita en la institución de la "nana", mientras la maternidad es exacerbada y se ofrece en ciertos discursos contemporáneos como un horizonte para las mujeres, contrapuesto a una mayor autonomía femenina posible de lograr

* Este artículo está basado en una investigación Fondecyt que se desarrolló entre 1992 y 1994 en el tema "Transformaciones agrarias, mujer y familia entre 1890 y 1990", y en una publicación Fondart cuyo título es "Masculino y femenino en la hacienda del siglo XX". En él se ha recurrido a diversas fuentes, tales como las históricas y estudios sociales, la literatura, tesis universitarias y la memoria oral.

mediante una mayor inserción en la fuerza de trabajo.

La familia patriarcal sigue constituyendo el núcleo fundamental de nuestra cultura. Las ideas tradicionales sobre la familia se mantienen rígidamente contra el curso de la historia, y nos encontramos frente a la paradoja de que "cuanto más terreno pierde la familia como unidad económica esencial de la civilización occidental, más importancia atribuye la sociedad a sus formas convencionales" (Horkheimer 1994:181).

La familia, aparte sus demás funciones, es esencialmente una institución de transmisión cultural por la cual se legan de una generación a otra los códigos que sirven de soporte a su reproducción (Schrecker 1994:275).

Se ha señalado que en toda sociedad existe una tradición selectiva mediante la cual grupos sociales e individuos seleccionan, adaptándolos a los cambios, elementos de la tradición que les son útiles para resignificar el presente y adecuarse a las transformaciones de un mundo cambiante (Williams 1977:39).

El tema de la familia, tal como las "anomalías" y las desviaciones que son vistas como patologías sociales hacia fines del siglo XX en nuestra sociedad, muestran que la familia prosigue atada discursivamente a una concepción que excluye otras formas familiares. Esta familia que aparece como modelo hegemónico está basada en la pareja conyugal y su descendencia, aun cuando la ilegitimidad hoy día alcance al 34 por ciento de los hijos nacidos y la jefatura de hogar femenina bordea una cuarta parte de los hogares existentes en Chile en 1992. A ello se agregan las nulidades matrimoniales, que expresen una manera de contrarrestar el discurso del "matrimonio para toda la vida" frente a un marco jurídico relativo al divorcio que se mantiene como uno de los más retrógrados del continente y del planeta.

El propósito de este artículo es mirar el pasado para entregar algunos elementos que pudieran estar incidiendo en la concepción vigente sobre la familia. El supuesto es que las nociones actuales están impregnadas de una matriz cultural que se forjó en una institución que tuvo una larga duración, en la cual radicarón ciertas ideas acerca de la familia que aún se mantienen en vigor; los atributos de la masculinidad y la feminidad también se encuentran marcados por concepciones que adquirieron corporeidad durante este período de nuestra historia en figuras como las de los hacendados, inquilinos y peones y sus pares femeninos, ya que las relaciones sociales dejaron una marca que se evidencia en la sociedad contemporánea.

LA GRAN FAMILIA HACENDAL

En la hacienda coexistieron familias no consanguíneas dentro de un sistema cuyos rasgos de dominación y obediencia caracterizaron un largo período de la historia social chilena. La coexistencia en un mismo territorio y propiedad de familias hacendales y familias inquilinas, contribuyó a construir socialmente la imagen de la hacienda como una gran familia donde los inquilinos eran los hijos menores y más vulnerables, y el hacendado, un padre que tanto ejerció justicia en la comarca como despotismo y protección entre la población arraigada a sus tierras. "Lo saben señor temible pero también padre" (Barrios, T.2:113). Los hacendados mantuvieron "con sus inquilinos relaciones de patronato que, si bien recuerdan las del señor de la horca y cuchillo, tienen al mismo tiempo su aspecto patriarcal" (Orrego Luco 1983:53). Si es

ésta la imagen del hacendado recogida en la novela de la primera mitad de siglo, historiadores han asegurado que en la figura del hacendado apegado a la tierra se entremezclaron comportamientos de índole autoritaria y paternal para con sus servidores:

Tenía con sus trabajadores ternuras paternas un día y arbitrarias violencias, mezquindades y sevicias al siguiente; ostentaba una tosquedad brutal y disimulaba una fina apreciación por la poesía del campo, el clima, los animales, las plantas.
(Vial 1984:636)

La imagen de la hacienda como una gran familia presidida por la figura patriarcal del hacendado que aparece en la literatura y estudios sociales e históricos, fue ratificada por testistas de la Escuela de Agronomía de la Universidad Católica a mediados de siglo:

El patrón debe constituir con los obreros y familiares, una gran familia. Esta girará a su alrededor; su ejemplo será la norma por la que muchos se guiarán.... Si por la mutua comprensión con los obreros logramos constituirnos en padres espirituales, habremos dado el paso más importante para el éxito de nuestra acción.
(Tagle 1945)

Tras esta gran familia no consanguínea existió una compleja gama de articulaciones, funciones y relaciones sociales. La familia del hacendado vivió, en forma permanente o temporal, bajo el mismo techo que la servidumbre y, a veces, las instalaciones de ésta se encontraban próximas a las casas grandes. Empleadas, sirvientas, niñas de mano, cocineras, nodrizas, se encargaron de la mantención de los interiores y a la vez de la maternidad delegada en ellas por las patronas. Este círculo interior de cohabitación se complementaba con otro generalmente compuesto por sirvientes hombres preocupados de la mantención de las mismas casas y sus alrededores: parques y jardines. A este nivel de relaciones sociales interiores y próximas a las casas de la hacienda se agregaba otro círculo ligado a la producción, compuesto por las personas que desempeñaban diferentes puestos de trabajo vinculados a las actividades agrícolas y ganaderas, así como a la vigilancia y control del inquilinaje y la peonada: mayordomos, administradores, capataces, sotas, llaveros, ovejeros, inquilinos con y sin posesión de tierra y derechos a talaje, carpinteros, herreros, ordeñadoras, jornaleras. De esta forma, la vida cotidiana de la gran familia hacendal estuvo conformada por la convivencia de personas y relaciones sociales interiores y exteriores a la casa, y todo ello enmarcado dentro de las fronteras hacendales.

Las casas de la hacienda fueron depositarias del poder hacendal, constituían un verdadero Estado para la población arraigada, y regulaban la vida laboral y privada de la población residente, entre inquilinos y personal de control y vigilancia. "Las casas de la hacienda —señala un autor— son para el inquilino el palacio de su pueblo, tanto por la superioridad material que tiene sobre los ranchos, como porque ellas son, puede decirse, la residencia del gobierno. Allí está el patrón, y de allí parten todas las órdenes y medidas administrativas.... No pasa en la hacienda ningún acontecimiento importante o ruidoso sin que muy pronto se lleve noticias de él a las casas" (Atropos 1966:206). En las Casas Grandes, de Campo o de los Espíritus de la ficción novelística, el imaginario colectivo consagró la localización del centro del poder que rigió la vida

de una numerosa población, que hasta la década del treinta superó a aquella que vivía en pueblos, aldeas y caseríos (McBride 1936:136-7).

Casa, familia y poder aparecían bajo el sistema hacendal como nociones indisociables, en la medida en que el patrón era miembro de una familia de poseedores de la tierra cuyos códigos culturales se transmitían de una generación a otra, junto con las propiedades y los apellidos, y a la vez era la figura visible donde radicaba la organización de la producción, así como la tuición sobre la vida privada de la población arraigada a sus tierras.

El modelo familiar y su consagración matrimonial

En *Casa de Campo*, los códigos de transmisión cultural se expresan en que "no eran ... los requerimientos económicos lo que impulsaba a los Ventura a emprender año tras año el agotador viaje a sus tierras. Los animaba una motivación más alta: el deseo de que sus hijos crecieran con la certeza de que la familia es la base de todo bien, en lo moral, en lo político, en las instituciones" (Donoso 1978:58). Esta concepción sobre la importancia de la familia que aparece en la novela *Casa de Campo* rodeará la vida de la época y no sólo será de gran importancia dentro de los hacendados, sino también en la vida de los inquilinos y pequeño propietarios.

En los dueños de la tierra, la noción de familia se vinculaba con los códigos de transmisión cultural entre generaciones, que fueron los que en última instancia permitieron la preservación del poder y la propiedad. Entre mediados del siglo pasado y el primer cuarto del siglo XX, doce familias controlaron entre el 10 y el 7 por ciento de los ingresos de la agricultura, manteniendo a lo largo de estos años el control y la propiedad de alrededor de ochenta grandes haciendas de la región central del país (Bauer 1994:203). Durante este período, nuevos apellidos fueron ingresando a la propiedad de la tierra, una vez que la oligarquía tradicional se abrió a fortunas fundadas en la plata, el salitre y las finanzas.

La amalgama de fortunas agrarias, mineras y financieras solía concretarse mediante alianzas matrimoniales. Mientras se producían transformaciones en la sociedad, la familia siguió siendo básicamente una institución feudal sustentada en el principio de "sangre", aun cuando el principio de sucesión había perdido importancia. Las figuras femeninas hacendales no corrían otra suerte, sino casarse. Casarse con un miembro de la misma clase social —lo que garantizó la mantención de la propiedad y muchas veces su expansión— o casarse con un miembro ajeno a ésta, pero avalado por su riqueza, lo que permitió el ingreso de nuevos capitales y apellidos a la agricultura. Casarse, al fin de cuentas, o entre los mismos grupos detentores de la propiedad de la tierra o entre grupos afines en fortunas, aunque no lo fueran en apellidos. Las uniones matrimoniales eran prácticamente inconcebibles si escapaban a los preceptos sociales y económicos de una oligarquía fundada en la propiedad de la tierra, que se entremezcló con grupos sociales detentores de una gran fortuna habida en el salitre, el comercio o las finanzas.

La familia de los contrayentes, en caso de que las uniones escapasen a estos códigos, controlaba su transgresión. Así, por ejemplo, se propiciaron las uniones entre pares sociales. Frente a la eventualidad de la no asunción de esta norma, la familia advertía ante el peligro que ocasionaría una unión inusual e inconveniente. No obstante la costumbre, también hubo quienes desoyeron "al coro de la familia que le imploraba

que tuviera cautela, ya que —aunque se trataba de uno de los profesionales más distinguidos de la capital— no siendo uno de ellos, pariente como todos por sangre, por educación y por leyes acatadas sin enunciarlas, no podían predecir cómo se desempeñaría en su papel de marido" (Donoso 1989:63).

Al patrón le correspondía una mujer de su clase para casarse. Una mujer que pudiera poner orden en su vida y en su casa, fuera una buena madre para sus hijos, y también un buen ejemplo de familia para los inquilinos. El desorden en la vida sexual del hacendado a veces expresado en la novelística, que cobraba corporeidad en el desorden de su casa. Sólo una mujer de su mismo rango social podía poner fin a este estado de cosas. "Aquí me hace falta una mujer ¿no les parece? Esto no es una casa; cuando más el albergue de un señor en medio de una tribu. Esas monturas metidas en el dormitorio, esos salones vacíos, ese comedor desmantelado, sin un ramo de flores jamás y con chuicos arrinconados como en los chincheles.... Mucho, mucho falta la señora, la patrona" (Barrios 1983:173).

A la mujer le correspondió ordenar la casa, y no le fue difícil, ya que conocía las maneras de vivir ciudadinas y las formas de organizar los espacios privados. También ordenaba la vida del patrón. Además de depositarias de la continuidad familiar, descansaba en ellas la tarea de la reproducción de la vida cotidiana, desarrollada a través de la delegación de distintas funciones en un cuerpo de sirvientes.

No obstante los atributos —en belleza, elegancia y virtuosidad— de las mujeres provenientes de familias de hacendados, con frecuencia los acuerdos matrimoniales se establecían al margen de los propios contrayentes. "Era todo un complicado cálculo de posición social, combinado astutamente por los padres y aceptado rápidamente por ella, sin grandes vacilaciones, sin desconsoladoras luchas, sin reticencias de corazón, pero sin entusiasmo loco ni delirios apasionados, con la cordura de muchacha reflexiva y habilidosa, a pesar de locuras aparentes" (Orrego Luco 1983:110). Dado que —junto con el convento— el matrimonio era el único destino deseable para las mujeres, éstas desde pequeñas eran preparadas para tal evento.

La aceptación de las mujeres ante un destino al cual difícilmente podían escapar, se mezclaba con las concepciones e ideales románticos con que ellas adornaban a los hombres y la vida matrimonial. Educadas en el deber de la virtud y la castidad, ante el adulterio del marido —socializado para ejercer abiertamente y sin restricciones su sexualidad— no les quedaba otra alternativa que la resignación, con lo cual su vida adulta solía transformarse en "un valle de lágrimas, cosa a la cual no podían acostumbrarse las mujeres; se necesitaba resignación y fortaleza, pues no hay matrimonio donde no exista alguna falla, las más de las veces imperceptible para el mundo" (Orrego Luco 1983:151).

En general, el sentido común dictado por el buen tono se imponía como norma en caso de adulterio o desavenencias matrimoniales. A ello se unía el mandato eclesial del "sacrificio y la resignación por los hijos, tomando en cuenta su porvenir y la situación social tan falsa en que solían quedar con las separaciones de los padres" (Orrego Luco 1983:151).

El divorcio era impensable y desde todo punto de vista inconveniente, porque además de desacreditar socialmente, provocaba escándalo, en una sociedad donde no era considerado adecuado hacer públicos los problemas privados y donde se esperaba que las familias oligárquicas fueran un ejemplo para el bajo pueblo.

Leyes sociales implacables habían establecido el matrimonio indisoluble, como cadena que no se podía cortar hasta la muerte. Preocupaciones religiosas y sociales de la raza española de América encerraban la vida del hombre en marco de hierro con púas, si por desgracia, al casarse, llegaba a equivocarse como a él le acontecía. Si la incompatibilidad absoluta de caracteres le hacía imposible de llevar existencia de matrimonio, o si sobrevenía el adulterio, como en otros casos, la ley prohibía al hombre rehacer su existencia legalmente: sólo permitía la felicidad fuera de su orden convencional, descargando el peso de sanción social abrumadora sobre seres que no tenían más delito que el de amarse y de comprenderse sin lazos legales que les estaban prohibidos por la organización social existente.

(Orrego Luco 1983:191)

Relaciones sexuales abiertas como atributo de la masculinidad hacendal

La concepción de la familia hacendal aparece basada en el matrimonio para asegurar la reproducción de la descendencia. No obstante, una sexualidad abierta, concebida como un atributo de virilidad, caracterizó la masculinidad hacendal, y se ejerció en el marco de los derechos del hacendado sobre las mujeres del inquilinaje. "El aristócrata 'acampado' solía mostrarse a la vez un trabajador infatigable y un juerguista impenitente; ser un marido enamorado y un padre amante, pero al mismo tiempo derramar su semilla por la comarca entera, engendrando innumerables 'huachos'" (Vial 1984:636). La conjunción del buen padre de familia con el despliegue de una sexualidad abierta hacia las mujeres del inquilinaje y la peonada, configuró uno de los atributos de la masculinidad de aquellos hacendados más apegados a la tierra. Así, por ejemplo, en *Gran señor y rajadiablos*: "Revisa José Pedro, durante aquel ocio de domingo, su vida sexual. A ella pertenecen esos amores o dominaciones de macho en las chicas de la peonada.... Las que le han parido un hijo, en particular, adquieren continente de sometidas al caballero feudal.... Tampoco él sólo vive así. Está seguro de que la mayoría de sus antepasados y los de otras familias poderosas han hecho lo mismo. Basta examinar, en toda casa grande, las caras de las chinas en servicio doméstico: descubren los rasgos de la familia, son huachas" (Barrios 1984:147-8).

Estas características del hacendado descritas por Barrios en 1948 se repiten en *Casa de los Espíritus*, de Isabel Allende, en que la marca de la violación patronal marcaba a las muchachas del inquilinaje: "Pancha García no se defendió, no se quejó, no cerró los ojos. Se quedó de espaldas, mirando el cielo con expresión desfavorada, hasta que sintió que el hombre se desplomaba con un gemido a su lado. Entonces empezó a llorar suavemente. Antes que ella su madre, y antes que su madre su abuela, habían sufrido el mismo destino de perra" (Allende 1983:57-8). Estos y otros incidentes similares contribuyeron a "la fama de su brutalidad [que] se extendió por toda la zona y causaba envidiosa admiración entre los machos de su clase. Los campesinos escondían a las muchachas y apretaban los puños inútilmente, pues no podían hacerle frente. Estaban Trueba era más fuerte y tenía impunidad" (Allende 1983:62).

En tanto el patrón mantenía una sexualidad abierta con las mujeres de su dominio territorial, a las figuras patronales femeninas les cupo organizar casas y vidas de sus cónyuges y acatar sus comportamientos, lo que contribuyó a que las esposas, como aquella de Valverde en *Gran señor y rajadiablos*, no les cupiera otro horizonte de vida que el descrito por Barrios: "A Misia Marisabel se le desliza entre las intimidades el tiempo. Aparte de los viejos celos, que la persiguen en el recuerdo y recrudecen cada

vez que divisa chinás o huachos, su vida es más bien mansa".

No obstante estas características de la vida familiar hacendal, en las parejas inquilinas se promovió la sanción matrimonial de las uniones. Las fuentes tienden a afirmar que estos matrimonios eran impuestos más por el carácter moralizador de la hacienda, ya que independientemente de la condición jurídica de las parejas, el poder ilimitado de los hacendados no daba lugar a la autonomía de las familias ni a la de las personas que las constituían. De hecho, la vida privada de los inquilinos era prácticamente inexistente. Por ello, las familias inquilinas solían convivir con la contradicción de tener una familia "bien constituida", pero dispuesta a abrir las puertas de sus casas a las solicitudes del patrón para con las mujeres.

Salazar sintetiza cómo era vivido, bajo esta contradicción, el cotidiano familiar del inquilino:

Los inquilinos tuvieron que hacerse más caseros fundando con mamá familias estables y numerosas... Y véanlo ahora aquí, dentro del rancho, doblado sobre la mesa: ¿no está iracundo, huraño, autoritario? Allí no es más que un "peón" sumiso, a pesar de su categoría de "inquilino"; aquí, entre nosotros, un capataz de segunda categoría, autoritario, pese a su fama de 'padre de familia'. Pero hay más: ¿no les ha hervido la sangre cuando él deja a los patrones entrar a nuestro rancho, que no vienen a otra cosa sino a divertirse a costa de la mamá, o las tías, o las hermanas de uno? Claro, él sabe perfectamente que no puede impedir que ellos ejerzan su derecho de meterse a nuestro rancho y de "chacotearse con las niñas", pues, después de todo, junto con nuestra casa, nuestra familia también es como de propiedad de ellos.

(Salazar 1990:59)

La hacienda frente a la ilegitimidad y las uniones consensuales

Existía una fuerte preocupación por la inmoralidad en que vivían las familias inquilinas y las clases trabajadoras agrarias en general. Los jóvenes candidatos a la carrera de ingenieros agrónomos de la Universidad de Chile, se sorprendían ante esta situación: "Es curioso lo corriente que es encontrar hijos de diferentes padres en una misma mujer, vivir junto a ésta y al marido último" (Mujica 1939:90). "La mayoría de las parejas no viven maritalmente con las consecuencias que es de esperar ya que continuamente estuvimos viendo a mujeres cargadas de hijos cuyos padres por no estar unidos legalmente a sus madres no se preocupan en absoluto de ellos.... Algunos agricultores de la zona han tratado de solucionar el problema, llevando a los fundos misioneros que se encargan de predicar la religión y de bautizar a muchos muchachos, pero no pueden casar a las parejas..." (Zalazar 1941:39).

A estas preocupaciones se agregaban las de un tesista de la Universidad Católica, que observó las irregularidades en que vivían las familias inquilinas: "Es increíble el sinnúmero de uniones libres e ilegítimas que se observa en fundos, cuya distancia a la Parroquia y el registro Civil no son razones que pueda hacer valer el obrero en su defensa. ¡Imaginemos el desorden atroz que esto significa para la organización de la familia!" (Tagle 1945).

La novela recogió estas mismas concepciones acerca de la necesidad de ordenar a las familias inquilinas, caracterizadas por la irregularidad en las uniones y nacimientos de los hijos. Así, doña Dolores en la novela de Urzúa, "casaría a Fidelisa, como lo hacía con todas las hijas de los inquilinos amancebadas con mozos de la hacienda. Ella

no podía impedir que cumplieran el destino de sus instintos; pero sí estaba obligada a evitar que los hijos quedaran abandonados. Mas en el caso de Fidelisa ¿a cuál de los dos hombres imponer el matrimonio?" (Urzúa 1952:163).

Respecto de las uniones ilegítimas y el peso que tenían los hacendados para determinar matrimonios, un hombre que fue inquilino en haciendas de la costa de Colchagua relataba lo siguiente:

Ahí tenían que casarse igual, así era la vida antes con los patrones. Ellos no aceptaban ninguna cosa que fuera ilegal. Fuera que una mujer quedara sola, sin su marido y tuviera necesidad de un marido que la cuidara —por la compañía, los niños chicos— tenía que decirle al patrón: mire patrón, yo quiero casarme. Entonces ella tenía sus cosas medias vistas ya y se casaban, pero si la patrona la merecía sorprender así no más, sin casarse, como hoy día que se junta cualquier persona con otra y viven juntos, ahí las mandaban cambiar al tiro. Se terminaba porque era vicio. El administrador del fundo decía: "He recibido esta orden, hay que despedir a fulana de tal, porque se mata la perra y se termina la leva.

(Entrevista a H. J., Colchagua)

Sin embargo, en la ficción novelística y las fuentes históricas la inmoralidad y el desorden asociado a las uniones familiares consensuales y a la ilegitimidad en los nacimientos de los hijos, se encuentran más cercanos al segmento peonal que en familias residentes en fundos y haciendas, permanentemente sometidas al control y la vigilancia del patrón y de la Iglesia Católica.

Disciplinamiento y moralización

El modelo de familia centrado en la pareja conyugal fue difundido y promovido entre las clases laboriosas, con el corolario de una sanción laboral y la amenaza de expulsión de la hacienda a quien no acatara los principios sacramentales y legales del matrimonio.

Disciplinar al inquilinaje y ordenar las uniones libres y las relaciones concubinas, así como seleccionar a los trabajadores cuyas parejas constituían uniones legítimas, eran funciones asignadas a un buen patrón:

Como patrones, y especialmente como católicos, tenemos no sólo la conveniencia de enseñar y aún seleccionar a nuestra gente en este sentido sino que, además, es un deber grave de conciencia. Una vez instalados en nuestro predio agrícola, debe ser preocupación primordial nuestra averiguar directamente, o por medio de la Visitadora Social junto a los demás datos ya indicados sobre la vivienda y familia campesinas, la forma en que ésta está constituida, desde el punto de vista moral.... Por las razones expuestas y además, por la relajación que produciría nuestra tolerancia, unida a la influencia del mal ejemplo, una vez agotadas las posibilidades de ordenar estos matrimonios, reemplacemos a aquellos individuos, por personas que vivan conforme a la moral.

(Tagle 1945)

Es por ello que, en tiempos de misiones, se conformaban los matrimonios:

Eran pocas las mujeres solteras que quedaban; casi todas se casaban, si para eso traían las misiones y todos los años había como dos o tres casamientos.... El mismo día que llegaba la misión lo llamaba el patrón, los llamaba a los dos y les decía: "Ustedes, el jueves

o el viernes o cualquier día de la misión, ustedes, a la hora de la misión se van a casar". La gente, con el temor de que no lo echara el patrón pa' fuera, llegaban y se casaban, con ganas o sin ganas. Ahí tenían que casarse igual, así era la vida antes con los patrones. (Entrevista a H. J. Colchagua)

Para lograr este ordenamiento en las uniones, el principal ejemplo debían darlo los patrones. Así, en 1928, la Sociedad Nacional de Agricultura editorializa respecto del problema del arraigo de los trabajadores en los fundos, elemento crucial para mantener las actividades productivas, aludiendo al papel ejemplificador de las familias patronales sobre las familias inquilinas: "Un elemento que ayudaría al arraigo, es la presencia del patrón y su familia en la propiedad; si no, el trabajador se siente abandonado.... Otra forma de preocupación es el influjo directo que ejerce el patrón y su familia en las familias del inquilino" (Arteaga 1994).

La Iglesia Católica trató en 1913 la cuestión de la familia desde el punto de vista de su moralización, y como instrumento para ello se privilegiaron las misiones en los campos:

No es posible que el inquilino carezca de un elemento tan necesario como es el religioso. Es preciso que el patrón se imponga el deber de facilitar un buen servicio al respecto.... Las misiones son ante todo, y sobre todo, de una importancia imponderable. Nuestros campesinos no se resisten a los santos embates de una misión. Durante nueve, diez y más días los misioneros siembran la semilla del dogma y de la moral en el alma de los fieles; en ese tiempo visitan a los enfermos, atraen a los niños para prepararlos a la Primera Comunión, purifican los hogares de impurezas y odios; en una palabra, son días empleados enteramente en santificar las almas, arreglar desavenencias domésticas, organizar familias, instruir mediante sólidas enseñanzas a todos los que lo necesitan". (Diario *La Unión*, 25 julio 1913)

En síntesis, la cuestión familiar en la hacienda adquiría complejas significaciones: mientras la familia consagrada por el matrimonio constituyó el discurso que imperó, permeando la concepción familiar de la época, con ella coexistió la sexualidad abierta de los patrones, fundada en el antiguo "derecho a pernada" y en la mayor permisibilidad sexual masculina. Mientras tanto, afuera de las haciendas, en las áreas de pequeña propiedad, en caseríos y aldeas campesinas y en los bordes urbanos, se dio una mayor flexibilidad y las condiciones para la constitución de familias diferentes a las que propiciaba el discurso enarbolado por los hacendados.

FLEXIBILIDAD EN LAS UNIONES FUERA DE LA HACIENDA

Mujeres abandonadas y niños sin padre

Fuera de la hacienda existieron modelos familiares más flexibles, tanto entre el peonaje como entre pequeños propietarios. De hecho, la falta de control patronal y moralización religiosa permitió una mayor libertad en las uniones y en los modos de constituir familia.

Entre los peones, un elemento destacable en las fuentes es su orientación a la libertad. En diversas fuentes, la figura del peón aparece como una alegoría a la libertad

y en él se depositan los atributos opuestos a los inquilinos, marcados por la obediencia y la servidumbre: "Es menester no confundir al inquilino con el que vulgarmente se llama peón suelto. El primero es casi siempre casado, padre de familia.... El peón suelto es regularmente soltero, y no tiene tierra ni familia ni propiedades que lo obliguen a adoptar una morada fija.... Esta clase de huasos es sin duda mucho menos moral y laboriosa que la de los inquilinos" (Atropos 1966:206). Para Vial (1984:751), el peón "no conocía techo ni hogar; esparcía su semilla al voleo (se le culpaba, parcialmente, por la altísima tasa de ilegitimidad que afectó a las zonas campesinas); no respondía en lo más mínimo de sus hijos casuales; su compañera ocasional sabía tener como destino último e ineluctable el abandono, sin siquiera una explicación". Para De Rokha (1990), el peón es "machuno y soberbio ... burlesco y dicharachero, ubica el honor del varón en ser hombre y la lealtad es la personalidad trágica estallando ... descendiente de soldados andaluces y madre india, porque somos los chilenos seguramente los únicos hijos sin padres de aquellas madres indias que nos parieron medio a medio en la historia del mundo". Su vida transcurre "andando por los caminos de faena en faena, de aldea en aldea, de mar a la montaña, del mineral de carbón a las pampas trágicas del salitre de Tarapacá a Antofagasta, por el Valle Central grande a los contrafuertes cordilleranos ... y a los trigales, a los viñedos, a los maizales oceánicos en donde el roto de Chile se muere de hambre". Un diálogo de afuerinos en Durand (1989) recoge esta orientación a la libertad del peón: "Yo ey sido siempre muy trajinante. Me entra un tremendo aburrimiento cuando estoy mucho tiempo en una parte. Y entonces me las emplumo... A mí a veces me tira quedarme por ey, arranchao. Y buscarme una mujer que me haga la merienda y me costuree... pero la mujer es muy llevá de sus ideas y muy amiga de gobernar al hombre como chiquillo mediano" (pág. 23). "Y es tan bonitazo andar por el camino sin que naide lo gobierne a uno. Dándole gusto al cuerpo nomás" (pág. 12).

Como corrolato de la vida entre los caminos, la pampa y las haciendas, y los esporádicos amancebamientos con alguna mujer del pueblo, "sin Dios ni Ley", sin casa ni familia, se dieron uniones esporádicas producto de la itinerancia de un lugar a otro de los hombres. Más sedentarias, las mujeres, con residencia aldeana o pueblerina, debieron organizar su vida de tal modo de subsistir sin un hombre al lado. Se desempeñaron animando actividades comerciales, o como lavanderas, cocineras, facturando productos de uso campesino y como jornaleras agrícolas. Las ocupaciones urbanas a veces coexistieron con la prostitución abierta o encubierta (Salazar 1985).

Ser hijo de peón, nos dice Salazar,

significaba hacerse a la idea de que papá no era sino un accidente —o una cadena de incidentes— en las vidas de su prole. Apareciendo y desapareciendo.... A veces, como merodeando, aparecía por el rancho de mamá. Como un proscrito culpable, corrido, irresponsable. Despojado de toda aureola legendaria. Traía regalos, claro, algo para mamá: una yegua, un cabrito, una pierna de buey.... Permanecíamos mutuamente distantes, como extraños. Hasta que de pronto la visita terminaba, generalmente en una borrachera o en un violento altercado con mamá. Cuando se iba —casi siempre en dirección al monte— el aire se nos hacía más respirable. Más fino y transparente. Que se pierda en el polvo de sus caminos. ¡Que siga "aposentándose" por allí, embarazando mujeres y desparramando "huachos"!

(Salazar 1990:59)

Abundaron así las mujeres solas, abandonadas temporalmente o del todo, y los

niños sin padre. Y fue la vertiente peonal la que contribuyó a ello. El amancebamiento con mujeres de los pueblos y de los bordes urbanos y con campesinas provenientes del inquilinaje y la pequeña propiedad, de aquellos hombres que bien estaban en los campos o en las minas, contribuyó a que ésta no fuera sólo la construcción social de una figura de la época, el peón, sino un tipo de masculinidad cuyos rasgos se extendieron en la sociedad chilena. Del lado de las mujeres, estos hombres fueron percibidos como tarambanas, irresponsables, como figuras ausentes:

Así era. Partía y regresaba sin decir palabra. Un día ya nadie miró a la puerta esperando ver dibujarse su figura sobre el umbral, nadie esperaba que golpeará. No porque tuviera que pedir permiso. Al fin y al cabo, no lo necesitaba. Pero se le olvidó la casa. Simplemente se quedó en la ruta. Buscó otros caminos, vivió como bala perdida. Formó nueva familia en Copiapó. Poeta intermitente, mujeriego permanente, chileno errante, preceptor a ratos, ahogó sus capacidades en copiosos hectólitros del reputado pisco de la zona.

(Teitelboim 1991:19)

Del lado de la pequeña propiedad

En las áreas de pequeña propiedad, lo más usual era casarse y fundar familia para llevar adelante una pequeña propiedad que requería del trabajo mancomunado de la pareja y de la descendencia. Los hijos hombres, en particular, constituían la fuerza de trabajo familiar para la explotación de la tierra.

En su mayoría, las mujeres fueron las que primero migraron a los pueblos y ciudades. La estrechez de las tierras campesinas era un aliciente para la expulsión de mujeres, y esto se detecta a lo largo del presente siglo. Las que permanecían en el campo, o lograban casarse en las localidades campesinas o bien permanecían al lado de sus padres, en general solteras, para hacerse cargo de ellos durante la vejez. Era frecuente en el medio pequeño propietario tener hijos antes del matrimonio; algunas mujeres se casaban más tarde, aportando a la pareja conyugal hijos que fueron producto de uniones anteriores. Otras permanecían como madres solteras y vivían al alero de sus padres o parientes.

El hecho de que las mujeres tuvieran uno o más hijos con otros hombres antes de casarse, mostraba la mayor flexibilidad en la concepción de las uniones en el medio campesino: "Tuve un hijo soltera y después llegó mi marido por ahí. Yo no lo conocía, era primo hermano mío, nos enamoramos, yo de él y él de mí, comenzamos a pololear y ahí nos juntamos. Estuvimos cuatro años juntos y después nos casamos" (Entrevista a C. V., Colchagua). Esta fue una práctica extendida en los campos que hasta el presente marca los itinerarios de vida de las mujeres, a la cual se suma la mantención de alguna mujer de la familia en soltería para cuidar a los padres viejos. En este contexto, los hijos de las madres solteras fueron bienvenidos a las familias campesinas, toda vez que existió una fuerte migración que contribuyó a la soledad de los viejos y a la falta de brazos para las labores agrícolas en los pequeños lotes de tierra. Los nietos sin padre fueron "la compañía" de sus abuelos y abuelas.

Si bien, como en el caso de los grupos hacendales, el matrimonio fue importante para la mantención de la propiedad de la tierra, las normas sobre las uniones y el tipo de filiación entre los pequeños propietarios fue más flexible que entre los grandes propietarios de tierras. Esta flexibilidad no sólo se observa respecto de los hijos

habidos fuera del matrimonio, ya que los testamentos son proclives a igualar, a pesar de la legislación discriminatoria para los hijos ilegítimos, al conjunto de la descendencia mediante las disposiciones legales de la cuarta de libre disposición o de la cuarta mejora. Lo usual en la trasmisión de los bienes fue legar las casas a las mujeres y las tierras a los hijos hombres, especialmente en los sectores campesinos más tradicionales (Rebolledo 1995). De esta forma, se contemplaba un lugar donde habitar para el género femenino, y la tierra para producir destinada al género masculino, concepción sobre la trasmisión de la propiedad que contribuía a la concentración de las tierras en manos de los hombres pequeño propietarios.

La vulnerabilidad económica de las familias de campesinos independientes, la misma pequeñez de sus tierras, las desventajosas condiciones para la venta de sus productos y la orientación a mantener un tipo de producción de autoconsumo y a la vez mercantil, facilitó el desarrollo de actividades femeninas orientadas al mercado. Las mujeres solían forjarse un espacio autónomo fuera de la familia, el que les procuraba ingresos para su manutención y la de sus familiares.

La permanencia en soltería de las mujeres familiares de pequeño propietarios en parte se explica por poseer saberes y dominar oficios que les permitieron lograr autonomía económica. Tal es el caso, por ejemplo, de las alfareras. A una mujer de Pomaire, pequeño propietaria además de trabajadora de la greda, la conciencia de la independencia que le da su oficio la lleva incluso a descartar, y con bastante desprecio, la posibilidad del matrimonio:

Yo considero que la mujer que se casó, se embromó para siempre; es una buena tontería... una mujer pobre que se casa: a criar chiquillos... a servir al marido... que al otro día, "ya mijita, camisa, corbata, pantalones, que necesito otro".... Aquí hay tanta mujer soltera porque son borrachines los hombres.... Qué ganas van a dar de casarse, si desde que se casa la mujer pasa a ser empleada de ellos. Después que le lava, ... después el almuerzo, después en la noche con todo lo que tienen de joder, dónde está la felicidad de la mujer casada".

(Historia de vida de Olga Salinas, en Valdés & Matta 1986:199-200)

Ser portadora de un oficio que posibilite la manutención de las mujeres solas es un argumento para optar por la soltería, a diferencia de las mujeres inquilinas, cuya relación con el padre, el marido o su pareja hacía posible su permanencia en las haciendas.

La flexibilidad y pragmatismo entre las mujeres pequeño propietarias respecto del tipo de unión que suele caracterizar las opciones de pareja es ilustrada en la literatura por doña Santos, que mediante un matrimonio obtiene "una hijuelita que vale sus pesos". El marido muere, y entonces:

jui yo y me ije: "no pues Santos, no habís de ser más lesa. No te volvai a casar. Si querís otro hombre vivís no más con él. Hombre necesitas, pa' que te cuide l' hijuela no más sea.
(Brunet 1983:72)

En el momento en que transcurre el relato, doña Santos vive con un joven. Ella sabe que su hombre puede irse con una mujer menor que ella. Pero, asegura,

pior pa' él. Si se enreda con alguna lo echo. Pior pa' él, guelvo a repetirlo, ya que con naiden tendrá la vía más descansá que conmigo.

—Pero entonces quiere decir que si vive con Ud. es sólo por interés.

—Y yo lo tengo también por el interés que me cuide l' hijuela y que me cuide a mí. Estamos pagaos.... le voy a dar a su mercé el secreto pa' ser feliz. Es mi verdá aprendía en tantos años de euperiencias. A los hombres, pa' tenerlos seguros, hai qui agarrarlos por el mieo a encontrarse cualquier día sin mujer. No hay qu' icirles nunca sí ni no. Hay qu' icirles siempre, quizá. Créame ñorita: la mujer que no tiene al hombre sobresaltao a celos, está perdía... se lo igo yo, que por decir una vez si estuve cinco años penando, y por decir quizá hey pasao el resto de mi vida contenta.

(Brunet 1983:73-74)

De esta manera, la distancia social, geográfica y cultural de la hacienda, contribuyó a otorgar a las uniones una mayor flexibilidad en un contexto donde también el matrimonio configuraba un horizonte importante en la vida de hombres y mujeres, y actuaba como soporte económico de las pequeñas unidades campesinas cuyo patrimonio normalmente se acrecentaba con el aporte de ambos cónyuges (Rebolledo 1995). No obstante ello, abundaron las mujeres solas cuyas parejas intermitentes contribuyeron a alimentar la ilegitimidad en los campos y junto a ello el desarrollo de actividades femeninas para mantener a la prole.

EPILOGO

Lo más grave ... es el intento totalitario del Plan [de Igualdad de Oportunidades para las Mujeres] de imponer desde el Estado una visión sesgada e ideológica de lo que es la mujer y el rol que debe cumplir en la sociedad y la familia.

Entrevista a Fernanda Otero (Instituto Libertad y Desarrollo), por Pilar Molina, *El Mercurio*, D29, 26 mayo 1995)

El imaginario colectivo y la memoria depositaron en las casas de la hacienda la imagen de una gran familia. *Casa Grande*, *Casa de Campo* y *La Casa de los Espíritus* muestran cuán socorrida ha sido la casa en la literatura para reconstruir en la ficción novelística una visión de la historia social chilena.

En su mayoría, estas casas han sido derruidas por el tiempo y por los procesos de orden político que acabaron con el orden hacendal en los años sesenta. Así también, las figuras y las funciones asignadas a cada una de ellas bajo la hacienda, han dado paso a otro tipo de relaciones sociales, no obstante hayan tendido a permanecer las desigualdades sociales y un tipo de relaciones entre los géneros profundamente marcado por los vestigios de la matriz cultural hacendal.

Mientras un discurso que pretendía imponer un modelo de familia basada en la pareja conyugal y la descendencia era legitimado por la hacienda y la Iglesia Católica, una mayor flexibilidad en las uniones se daba fuera de la hacienda, y sobre todo entre el peonaje rural. Tanto la sexualidad abierta de los hacendados más apegados a la tierra y a su dominio, como la cultura peonal de itinerancia y amancebamiento, contribuyeron a la extensión de la ilegitimidad en los campos. Entre 1907 y 1910, cuando la mayor parte de la población era rural, se inscribieron en el país 632.345 nacimientos, de los cuales 234.067 eran ilegítimos, es decir, el 37,01 por ciento, no

obstante se asevere que esta proporción puede estar abultada por la renuencia de los campesinos a casarse por el civil y sólo a hacerlo por la iglesia (Vial 1984:526). En décadas recientes —en 1960— se registró un 15,9 por ciento de hijos ilegítimos en el total de los nacidos, mientras esta cifra aumentó a 18,5 por ciento en 1970 y a 34,3 por ciento en 1990 (Irrarrázabal et al. 1993:156-157).

¿Contribuirían a esta disminución de las tasas de ilegitimidad las políticas de regulación de la fecundidad de las décadas del sesenta y comienzos del setenta? Independientemente de la relación causal que pueda o no establecerse en este aspecto, lo cierto es que los dispositivos de moralización e imposición de un modelo familiar no parecen haber logrado cabalmente los propósitos que los animaron.

Revisando el período hacendal, las distintas clases sociales muestran diversos modos de relaciones entre los géneros a nivel familiar. La familia basada en la pareja conyugal y sancionada por el matrimonio aparece como el modelo cultural de la época, a pesar de que éste se transgreda y dé paso a otros tipos de constitución familiar en la medida en que aumenta la distancia a la hacienda.

El discurso sobre la familia se materializó a través de la moralización y el disciplinamiento ejercido por la hacienda y la Iglesia Católica entre el inquilinaje; no obstante, permaneció la ilegitimidad en los nacimientos como un fenómeno extendido en los campos y alimentado desde diversas vertientes sociales.

A lo largo del siglo, la intervención del Estado fue reemplazando paulatinamente la tuición que la hacienda tuvo sobre la economía y la sociedad. Con el desarrollo de la legislación laboral y las asignaciones familiares, se sustentó un proyecto en el cual el hombre sería jefe de familia y la mujer, dueña de casa: el salario familiar permitiría subsanar "la endémica mala constitución de la familia chilena", que daba lugar al abandono del padre, a la ilegitimidad y al concubinato (Rosemblatt 1995).

La expulsión de las mujeres de los trabajos de la hacienda por la mecanización de las faenas y el socavamiento de las bases materiales para desplegar sus actividades productivas, la pérdida de poder en la comunidad rural (Valdés 1994), fue limitando el accionar femenino a las actividades domésticas y menguando su papel en la cultura campesina. Ello contribuyó a que las mujeres se ampararan en el "Familiar" percibido por el trabajo del marido, aceptando así la hegemonía de los hombres en el acceso al trabajo y los ingresos percibidos por ello. De esta manera, se fueron afianzando las condiciones para legitimar la inactividad femenina en la agricultura asalariada y el reforzamiento de la división de roles entre los géneros.

Además del salario y la Asignación Familiar, otra arremetida importante del estado para modelar las formas de organización familiar, y con ello la división genérica del trabajo en su interior, fue la Reforma Agraria. El derecho a la tierra sólo fue concebido para los hombres. Durante la Reforma Agraria, la inserción de los hombres en puestos de trabajo en fundos y haciendas, vinculada a la cuestión familiar y el número de cargas, constituyeron ventajas para obtener las tierras expropiadas al latifundio reformado. Por ello, las mujeres fueron excluidas del acceso a la tierra. A través de esta política, el estado va a contribuir a reforzar la tendencia existente en la cultura campesina de transmisión de la propiedad por la línea masculina.

Con las normativas estatales y las políticas públicas referidas al salario y la concepción familiar del mismo, y las ventajas de los hombres por sobre las mujeres respecto del acceso a la tierra, se fueron ampliando las desigualdades entre hombres y mujeres. Tal situación fue reforzada por el accionar de los Centros de Madres

(CEMA), que contribuyeron a reforzar la maternidad y el rol doméstico de las mujeres (Vial et al. 1994).

Así, finalmente, una vez que la hacienda dejó de tener tuición sobre la sociedad rural, el estado contribuyó a legitimar un modelo de familia grabado en la misma matriz anterior.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ALLENDE, Isabel. 1983. *La Casa de los Espíritus*. 6ª edición. Barcelona: Plaza & Janes/Literaria Editores.
- ATROPOS. 1966. "El inquilino. Su vida. Un siglo sin variaciones (1861-1966)". Revista Mapocho, Biblioteca Nacional, Tomo V, Nº 2-3, Vol. 14. Santiago: Editorial Universitaria, págs. 195-218.
- BAUER, Arnold. 1994. *La sociedad rural chilena. Desde la Conquista española hasta nuestros días*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- BARRIOS, Eduardo. 1983, 1984. *Gran señor y rajadiablos*. 2 tomos. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- BRUNET, Marta. 1983. *Montaña adentro, y otros cuentos*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- DE ROKHA, Pablo. 1990. *El amigo de piedra*. Autobiografía. Santiago: Ediciones Pehuén, Colección Testimonio.
- Diario *La Unión*, 25 de julio 1913.
- DONOSO, José. 1989. *Casa de Campo*. Santiago: Editorial Antártica.
- DURAND, Luis. 1989. *Afuernos*. Santiago: Editorial Zig-Zag.
- HORKHEIMER, Max. 1994. "La familia y el autoritarismo". En: Fromm, Horkheimer, Parsons, *La familia*. Barcelona: Ediciones Península, Historia/Ciencia/Sociedad, págs. 177-194.
- IRARRAZABAL, Ignacio & Juan Pablo VALENZUELA. 1993. "La ilegitimidad en Chile. ¿Hacia un cambio en la conformación de la familia?" Revista *Estudios Públicos* (Santiago) 52:145-190.
- McBRIDE, George. 1936. *Land and Society*. American Geographical Society, Researches Series Nº 19, University of California, New York.
- MOLINA, Pilar. 1995. "Plan del SERNAM para la Mujer. ¿Igualdad o totalitarismo feminista? Entrevista a Fernanda Otero". *El Mercurio*, Cuerpo D, pág. 29, Santiago, 26 de mayo.
- MUJICA, Manuel. 1934. "Monografía económico cultural del Fundo Las Casas de Cocalón, Cachapoal". Tesis de Prueba para optar al Título de Ingeniero Agrónomo, Universidad de Chile, Facultad de Agronomía. Santiago.
- ORREGO LUCO, Luis. 1983. *Casa Grande*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- REBOLLEDO, Loreto. 1995. "Vivir y morir en familia en los albores del siglo". Art. publicado en este número de *Proposiciones*.
- ROSEMBLATT, Karin. 1995. "Masculinidad y trabajo: el salario familiar y el estado de compromiso, 1930-1950". Art. publicado en este número de *Proposiciones*.
- SCHRECKER, Paul. "La familia como institución transmisora de la tradición". En: Fromm, Horkheimer, Parsons, *La familia*. Barcelona: Editorial Península, págs. 275-296.
- SALAZAR, Gabriel. 1990. "Ser niño 'huacho' en la historia de Chile (siglo XIX)". *Proposiciones* 19: Chile. Historia y "bajo pueblo". Santiago: Ediciones SUR, julio, págs. 55-83.
- TAGLE VALDES, Manuel. 1945. "El agrónomo católico frente al problema campesino". Tesis de Prueba para optar al Título de Ingeniero Agrónomo. Universidad Católica de Chile. Santiago.
- TEITELBOIM, Volodia. 1991. *Gabriela, pública y secreta. Truenos y silencios en la vida del primer Nobel latinoamericano*. Santiago: Ediciones BAT.

- URZUA, Waldo. 1952. *Don y Doña*. Santiago: Editorial Nascimento.
- VALDES, Ximena. 1988. *La posición de la mujer en la hacienda*. Santiago: Ediciones CEM.
- VALDES, Ximena. 1992. *Mujer, trabajo y medio ambiente. Los nudos de la modernización agraria*. Santiago: Ediciones CEDEM.
- VALDES, Ximena. 1993. "Del prestigio a la gestión: poder y liderazgo en las mujeres del campo". *Proposiciones* 22. Santiago: Ediciones SUR, agosto, págs. 241-248.
- VALDES, Ximena y Paulina MATTA. 1986. *Oficios y trabajos de las mujeres de Pomaire*. Santiago: Coedición Pehuén/CEM.
- VIAL, Gonzalo. 1984. *Historia de Chile (1891-1973)*. 3ª edición. Tomo II, "La sociedad chilena en el cambio de siglo (1891-1920)". Santiago: Editorial Santillana.
- VIAL, Luis & Ximena VALDES. 1993. "Análisis del Diario La Nación. Los Centros de Madres entre 1965 y 1983". Proyecto Fondecyt: Transformaciones agrarias, mujer y familia entre 1890 y 1990. Santiago (inédito).
- WILLIAMS, Raymond. 1977. *Marxism and literature*. Oxford.
- ZALAZAR, Jorge. 1941. "Monografía económico cultural del Fundo Flora McIver, Provincia Maule". Tesis de Prueba para optar al Título de Ingeniero Agrónomo, Universidad de Chile, Facultad de Agronomía. Santiago.



Vivir y morir en familia en los albores del siglo*

Loreto Rebolledo G.

Programa Interdisciplinario de Estudios de Género, Universidad de Chile

Las primeras tres décadas del siglo XX parecen ser el laboratorio en el cual se ensayaron las transformaciones que fueron tomando cuerpo en las décadas venideras, y que marcaron y seguirán marcando a la familia en su conformación y en sus proyectos. En este artículo ahondaremos en la vida de familias signadas por la ruralidad, a partir de la revisión de testamentos de hombres y mujeres de dos zonas diferentes, una de modernización temprana y otra más tradicional, San Felipe y Santa Cruz.¹

En general, las familias de comienzos de siglo suelen ser extensas, con miembros de distintas generaciones unidos por el parentesco y la afinidad albergados bajo el mismo techo. También es común el sentido que se otorga a la unidad familiar en

* Este artículo forma parte de la investigación "Transformaciones agrarias, mujer y familia entre 1890 y 1990". Proyecto Fondecyt 415-92.

1. La información se obtuvo de 325 testamentos de hombres y mujeres de San Felipe y Santa Cruz y sus respectivos alrededores, la mayoría de ellos residentes en zonas rurales, otorgados entre 1900 y 1935. En los testamentos, expresión escrita de la última voluntad de hombres y mujeres en relación a sus bienes, a sus funerales y a sus familias, también son visibles los afectos y rencores, certezas, temores y expectativas de quien testa respecto a los familiares que lo sobrevivirán. Por ello, constituyen una fuente privilegiada para el estudio de la familia.

cuanto a lo económico y reproductivo, y en los aspectos afectivos y simbólicos. Sin embargo, es posible distinguir diferencias entre ellas, tanto a nivel de su constitución como de los roles que se asigna en su interior a hombres y mujeres.

SAN FELIPE: UNA SOCIEDAD ABIERTA DE ACENTO FEMENINO

La revisión de testamentos de la zona de San Felipe y sus alrededores muestra que usualmente la pareja es la unidad mínima de la familia —medie o no el matrimonio entre sus miembros—, a la cual se van agregando los hijos. No obstante, los mismos documentos muestran que existen otras formas de constituir familia, en las que la presencia masculina no siempre es una realidad, al menos como pareja.²

También los testamentos de San Felipe muestran que el matrimonio no era una experiencia única en la vida de algunos hombres y mujeres. Las segundas, e incluso terceras nupcias, aparecen con cierta frecuencia, siendo más recurrente el fenómeno en el caso de los hombres, que en general, al casarse por segunda vez, lo hacen con mujeres bastante más jóvenes que la primera esposa.³ Esta reincidencia matrimonial masculina se explica por el desequilibrio provocado por una mayor migración de los hombres en comparación a la de las mujeres; al haber menos hombres libres disponibles que pudieran ofrecer un buen matrimonio, las mujeres esperaban la viudez de alguno para contraer matrimonio, en algunos casos sin importarles que se tratara de las terceras o cuartas nupcias del contrayente, o grandes diferencias de edad. De este modo, la "circulación de viudos" permitía contrarrestar el desbalance hombre-mujer, y se lograba mantener y reproducir un modelo de familia completa (hombre, mujer e hijos), dentro de los marcos de una pareja conyugal bien casada.

Constitución de la familia

La exogamia era la opción más utilizada para escoger pareja en la zona de San Felipe, pero esta norma tiende a relativizarse en las localidades rurales más alejadas (los Rincones, por ejemplo). En ellas se da con regularidad una cierta endogamia, que aflora al revisar los apellidos de los cónyuges, y que en algunos casos se reitera en varias generaciones.

En la elección de pareja se nota una gran flexibilidad, para la cual no es obstáculo la riqueza o pobreza de uno de los contrayentes, o que sean hijos ilegítimos.⁴ La

2. Entre los testamentos revisados en la zona encontramos casos de tres generaciones viviendo juntas —madre, hija y nietos—, donde la jefa de hogar era una mujer. En otros casos encontramos a madres solteras viviendo solas con sus hijos, pero rodeadas por sus consanguíneos, así como casos de concubinato donde la pareja podía ser o no el padre de los hijos.
3. Un ejemplo de ello es Desiderio Rivillo, quien, al testar a los 65 años, estaba a punto de tener un hijo con su tercera esposa. (Archivo Notarial de San Felipe —en adelante ANSF—, Notaría Polloni, 1922, Testamento de Desiderio Rivillo, Doc. 723).
4. Ejemplos de mujeres que tenían un patrimonio y se casaron con hombres que no tenían nada se encuentran en los Testamento de Carmen Vargas. (San Felipe 1911, Doc. 533, f. 321; y Testamento de Filomena Saa, San Felipe, 1912, Doc. 535, f. 365).

tolerancia del matrimonio con gentes de otra región, de diferente estatus económico y de diverso origen social, evidencia que San Felipe, en las primeras décadas del siglo, era una zona de gran apertura y permeabilidad. Las normas existentes no eran rígidas ni infranqueables, lo que mostraría a una sociedad en proceso de adaptación a nuevas situaciones.

Respecto a las relaciones matrimoniales, los testamentos muestran situaciones diversas, desde testadores que se preocupan especialmente del futuro de su pareja, hasta otras en que las tensiones y desavenencias son tan evidentes que se utiliza el testamento para denunciar al cónyuge y desheredarlo.⁵ En otros casos, los problemas matrimoniales han sido tan grandes que, al momento de testar, las parejas se encontraban separadas de hecho.

Con respecto a los hijos, predominan los legítimos, pero el número de hijos naturales no es despreciable, lo que se hace más notorio porque suele usarse el testamento como instancia legal de reconocimiento.⁶ El ser madre de hijos naturales no parece haber implicado una sanción social para la mujer ni un motivo de estigmatización, pues muchas madres solteras se casan posteriormente, y en aquellos casos en que permanecen solteras no parecen tener mayores reparos en asumir su maternidad. Es muy posible que la ausencia de sanción social se debiera a que la maternidad al margen del matrimonio fuera una situación relativamente común.

Es sorprendente la alta tasa de infertilidad de algunas parejas: un 34 por ciento de los testadores viudos y casados reconoce no haber tenidos hijos en su matrimonio, y muchos de ellos criaron niños ajenos; generalmente se trataba de sobrinos o ahijados —niñas o varones— y, en algunos casos, éstos aparecen residiendo con su padre o madre biológica en la casa de sus padres de crianza. En otros casos se trata de niños aparentemente "donados" por sus padres a matrimonios sin hijos y también a mujeres solas.

En relación a los hijos, los testamentos muestran que su existencia no era un imperativo para transformar una unión consensual en matrimonio, puesto que hay situaciones de hombres y mujeres que tienen varios hijos naturales y permanecen solteros. Por otra parte, en muchos casos encontramos constituciones familiares complejas, ya que al interior de una familia conviven hijos de distintos padres o madres, ya sea por el nuevo matrimonio de un hombre o mujer viuda que vuelve a tener hijos, o porque son hijos naturales de madres solteras que posteriormente se casan y tienen hijos legítimos de la nueva pareja. Un ejemplo extremo de la heteroge-

5. Este es el caso de Carmen Vargas de Lobo, nacida en Rinconada de los Andes y domiciliada en San Felipe, quien en su testamento deja constancia de los abusos de su segundo marido, y lo deshereda: "Declaro que mi marido no aportó nada al matrimonio, siendo míos los bienes existentes... Desheredo y declaro indigno de sucederme a mi marido Luis Lobos por haber cometido injuria i atentado grave contra mi fortuna, honor i bienes, haberme amenazado varias veces con quitarme la vida, haber dilapidado mi fortuna, haberse abandonado al vicio de la embriaguez i no tener ninguna honesta ocupación". (ANSF, Notaría Polloni, 1911, Doc. 533, f. 321).
6. El que los padres reconozcan a sus hijos en el momento de testar no significa que esos hijos estuvieran abandonados, pues solían vivir con alguno de sus progenitores. Sólo es indicativo de que no habían sido registrados antes como hijos naturales. El reconocimiento a través del testamento implica otorgarles derecho a la herencia. En general, los hijos naturales viven con sus madres, pero también mantienen contacto con sus padres, incluso en aquellos casos en que éstos son casados. Un ejemplo de esta cercanía es el de Claudina, hija ilegítima de José Alciro Magna, quien recibe el legado de una casita por haber acompañado a su padre a trabajar. (ANSF, Notaría Polloni, Testamento de José Alciro Magna, Doc. 809, f. 579).

neidad en relación a los hijos es el de Pacífico García, residente en Rinconada de los Andes, quien, estando soltero, tuvo dos hijas naturales; luego, en su primer matrimonio, tuvo un hijo; en el segundo tuvo otros tres; luego tuvo nueve hijos naturales con Rosenda Santelices, los que fueron reconocidos con el posterior matrimonio de ambos y a los que se agregaron otros tres hijos nacidos después del matrimonio.⁷

La familia como unidad económica

Un elemento esencial en la reproducción de las pequeñas economías campesinas es el trabajo familiar con roles diferenciados por género y generación, aspecto que ha sido señalado por diversos autores. En San Felipe y sus áreas aledañas, a principios del siglo XX la actividad agrícola parece haberse desarrollado en extensiones de tierra relativamente pequeñas, que en muchos casos no eran más que sitios que permitían contar con algunos árboles frutales, algo de viñas y huerto. El ganado, mencionado en los testamentos como una actividad masculina, no obligaba necesariamente a contar con grandes extensiones de suelo, si se tenía derechos de serranía y de río que permitieran sostenerlo. El comercio masculino y el rentismo femenino en la ciudad eran otras de las actividades que aparecen en los testamentos.

En la década de 1910 aparecen numerosas menciones a la actividad vitivinícola, en la cual las mujeres tienen una participación activa. Además se constatan otras actividades económicas masculinas, como el arrieraje y transporte público de pasajeros. A medida que avanza el siglo, llama la atención el aumento de los legados en dinero, así como los montos de los cuales se dispone, lo que indicaría un incremento de actividades comerciales o de trabajos realizados a cambio de salario.

Hacia 1910, las mujeres parecen haber tenido más de una alternativa para ganarse la vida de manera autónoma, pues a las actividades agrícolas y vitivinícolas se agregan las rentas por casas y terrenos; los testamentos indican que tampoco les fue ajena la actividad de prestamistas. Otras se incorporaron al mercado laboral como empleadas públicas y particulares.

En la década del veinte, los depósitos bancarios, las cuentas de ahorro, los desplazamientos entre el lugar de nacimiento y el de residencia de los testadores y testadoras, nos hablan de una sociedad abierta hacia Valparaíso, Quillota y Santiago.

Con respecto al acceso a tierras, las vías fundamentales que se pueden rastrear en la documentación son la compra y la herencia, las cuales en muchas ocasiones se usan de manera complementaria. Las compras de tierra involucran tanto a hombres como a mujeres; no obstante, en el caso de las segundas existe la tendencia a que sean solteras o viudas las que se muestran más activas como compradoras.⁸

7. ANSF, Notaría Polloni, 1921, Testamento de Pacífico Nicomedes García, Doc. 1097, f. 798.

8. Ejemplos de mujeres que participan activamente en el mercado de tierras son el de Balbina Barco, soltera de 66 años que en 1901 deja constancia de que había comprado una casita en la sexta subdelegación, otra en la quinta subdelegación en la calle del Almendral, además de haber adquirido por adjudicación en un juicio que siguió contra Zoilo López una quinta con casa, arboleda y viña. Similar situación es la de Jacoba Aspee, soltera de 63 años, domiciliada en Quebrada de Herrera, Putaendo. En 1904 era dueña de varias propiedades que le había comprado a su hermano (tal vez le compró los derechos sucesorios de sus padres); tenía otra hijuela comprada a su hermana, que se sumaba a otra que había heredado de su madre, y además de un fundo en la plazuela de Quebrada de Herrera y una viña en San Antonio. (ANSF, Notaría Polloni, 1901, Testamento de Balbina Barco, Doc. 1036, ANSF; Notaría Polloni, 1904, Testamento de Jacoba Aspee, Doc. 737).

Una forma de acrecentar y consolidar la propiedad agrícola era a través del matrimonio, donde los aportes hechos por los cónyuges jugaban un papel de vital importancia para el despegue económico de la pareja. Aquellos bienes que no eran aportados al momento de la boda por los contrayentes podían ser adquiridos por compras posteriores, como fruto del trabajo mancomunado de la pareja. Por su parte, las parejas cuya actividad principal era la agricultura podían experimentar una bonanza significativa, gracias a las adquisiciones hechas en el marco de la sociedad conyugal.⁹ Es de destacar que, a comienzos de siglo, el mercado de tierras en San Felipe era muy activo, con frecuentes compraventas y arriendos de sitios y terrenos agrícolas.

Una forma importante de convertirse en propietario de tierras agrícolas era a través de la herencia. En muchas ocasiones, un pequeño terreno heredado de los padres u otros parientes permitía iniciar una actividad como campesino independiente y, en algunos casos, a partir de esta herencia o legado se comenzaba a anexar otros pedazos adquiridos por compra. En muchos de los testamentos revisados es evidente que la pareja conyugal pudo comenzar su proyecto independiente sólo cuando, al morir los padres de alguno de los cónyuges, les dejó en herencia un sitio, un potrero o un fundo.

En la zona de San Felipe, la dispersión de tierras de un grupo familiar, con pequeñas parcelas, potreros o sitios en lugares separados, parece ser lo que posibilita la independencia económica de más uno de los hijos. Esos retazos de tierra independientes pueden legarse a diferentes hijos sin afectar de manera definitiva el hogar paterno, permitiendo así que los hijos se conviertan en pequeños propietarios rurales. Lo anterior parece haber sido práctica característica de la zona, pues aparece documentada en testamentos de diversas localidades de Putaendo, Santa María, Calle del Medio, entre otros.¹⁰

En muchas ocasiones, los padres, aún estando vivos, entregaban la posesión de sitios y terrenos a diferentes hijos. Es muy posible que estos usufructos se les hayan dado en el momento en que se casaban o formaban familia propia. El otro elemento destacable es que tanto en los legados como en las entregas de sitios o funditos en goce no se hace diferencias entre hijos hombres y mujeres, todos los cuales pueden tener acceso a tierras por esta vía.

Para evitar la subdivisión de tierras y, por tanto, la pulverización de propiedades pequeñas, hay varios casos de hombres y mujeres que mantienen y trabajan en conjunto una parcelita heredada de sus padres y, a la hora de testar, se aseguran de revertir a ese hermano(a) o a los sobrinos(as) hijos de él (o ella) ese terreno, de tal modo

9. Es el caso de Clemente Tapia, un pequeño propietario que al casarse por segunda vez aportó al matrimonio una hijuela de medio cuarto de cuadra, un caballo ensillado, una casa y su sitio; por su parte, su mujer contribuyó con otra hijuela de medio cuarto de cuadra y dos ovejas; al momento de testar constan como gananciales 25 animales vacunos, dos cuadras y media de terreno, un sitio y una casa habitación, además de unos derechos de campo. Durante el matrimonio, esta pareja quintuplicó la cantidad de tierras con que había iniciado su vida conyugal, además de lograr un ahorro de 25 animales vacunos. (ANSF, Notaría Polloni, 1903, Testamento de Clemente Tapia, Doc. 167).

10. Ejemplo de ello es Pabla León, residente en Santa María, quien deja como legado a uno de sus hijos la mitad del fundo en que vive y dos potreritos que éste se encuentra usando al momento en que se hace el testamento. La otra mitad del fundo se la deja a otro de sus hijos de un primer matrimonio. A su otro hijo del primer matrimonio le deja el fundito en que éste vive y un tercer fundito, ubicado al lado de donde ella vive. Deja además como legado a una mujer otro fundito que está al lado de su residencia.

de llegar a una tercera generación sin subdividir. En otros casos, uno de los hijos compra los derechos sucesorios de sus hermanos, de tal modo de no minifundizar más.

*El destino de los legados*¹¹

En San Felipe, los testadores hombres y mujeres tendían a favorecer a las mujeres, ya fueran hijas, hermanas o esposas. Los legados de mujeres testadoras, al igual que las herencias de mujeres solas que carecen de herederos forzosos, tienden a seguir líneas femeninas, en que las beneficiarias son hermanas, sobrinas y nietas.

En general, entre las mujeres a quienes se deja como beneficiarias de legados, se busca mejorar a aquellas que son solteras o menores de edad, así como a las que tienen situaciones precarias, ya sea por razones de salud o de un mal matrimonio. De este modo, el legado cumple el papel de garantía económica para la subsistencia de personas que se considera socialmente vulnerables. En los casos en que con un legado se favorece claramente a una mujer que tiene un mal matrimonio, se aparta explícitamente al marido del posible goce de esos bienes.¹²

Resulta curioso constatar que las casas tendían a separarse de la herencia para dejarlas como legados a las mujeres. Leemos en este hecho la voluntad explícita de evitar la subdivisión o la venta, y el deseo de preservarlas como una totalidad. Las casas, en tanto bien raíz, servían a la legataria para tener ingresos o garantizar un techo en el cual vivir. Sin embargo, pensamos que al escoger a mujeres como destinatarias de las casas también se les entregaba una responsabilidad en relación a la preservación de un patrimonio familiar de gran valor simbólico; la "casa paterna", el "hogar de los padres", en tanto espacio afectivo y trascendente, debía ser preservado por alguien que no migraría: una hija, una sobrina o una nieta. Así, en un contexto de migración e itinerancia masculina, la responsabilidad de cuidar para el futuro el patrimonio familiar —condensado simbólicamente en la casa— y la continuidad familiar y la prolongación de la "estirpe", recaían en hombros femeninos.

En general, la información que se desprende de los testamentos revisados para el período analizado apoya las anteriores apreciaciones: las mujeres migraban menos que los hombres; existía la costumbre de que una de las mujeres de la familia —hija, hermana o sobrina— se quedara en la casa familiar cuidando a los parientes mayores. Tenían así responsabilidades particulares en relación a la familia, y específicamente a los padres y a los hijos; eran el nexo obligado entre los antecesores y los descendientes, un puente intergeneracional, lo que les otorgaba un centralidad nada despreciable. Y

11. Los legados expresan más libremente los afectos o deseos del testador de beneficiar a alguno de sus parientes o no parientes. A diferencia de la herencia, donde el 50 por ciento se destina por ley a los herederos forzosos, los legados se constituyen a partir del 50 por ciento restante y se dividen en las cuartas de mejora y de libre disposición. La primera debe destinarse al pariente que el testador elija y la de libre disposición, como su nombre lo indica, a cualquier persona que el testador quiera beneficiar.
12. De ello hay constancia en el testamento de Samuel Guzmán, quien deja el usufructo de varias casas de arriendo que posee a su hermana Julia, con la advertencia de que "sobre este usufructo no tendrá su marido, don Hernán Torres, ni administración, ni usufructo, ni goce alguno". Además le lega muebles, ropa y alhajas bajo las mismas condiciones. (ANSF, Notaría Polloni, 1934, testamento de Samuel Guzmán.

el espacio en que esta continuidad podía darse era —idealmente— la casa familiar.

Lo anterior no significaba que a la mujer se le reconociera sólo la casa como espacio de responsabilidad, actividad y realización. El reconocimiento a las mujeres de su capacidad de ser propietarias, gestadoras y administradoras de bienes económicos se encuentra en los nombramientos de éstas como albaceas y tenedoras de bienes en varios testamentos de comienzos de 1900; en algunos casos, incluso pasando por sobre hermanos mayores, lo que indica que el papel económico y la posibilidad de autonomía femenina en San Felipe fue reconocido tempranamente.

SANTA CRUZ: UNA SOCIEDAD CERRADA Y DE CORTE TRADICIONAL

En Santa Cruz, la concepción familiar predominante era la de familia extensa, entendida como una asociación de parientes consanguíneos que se van reproduciendo en el tiempo, definición que excede con largueza las puntualizaciones legales respecto a los derechos patrimoniales. En esta concepción de familia lo que prima es la sangre; así, los hijos o nietos legítimos son considerados tanto como los naturales o los ilegítimos. Sin embargo, pese a la apertura para considerar iguales ante la familia a los hijos naturales, es posible que para las mujeres no fuera fácil asumirlos socialmente, ya que en muchos casos queda la duda de si los niños que aparecen como criados por una mujer son tales o encubren a hijos o nietos naturales, que se confunden debido a la repetición de apellidos.

La ilegitimidad de los hijos parece no haber sido una práctica común y tampoco estaba asociada necesariamente con la ausencia del padre, ya que en algunas de las menciones a hijos naturales se trata de un hombre y una mujer que tienen varios hijos juntos sin estar casados. Hay casos en que la misma pareja tenía hijos legítimos y naturales, lo que indica que una pareja, después de vivir y tener hijos en concubinato, se casaba y seguía teniendo hijos. Esto refuerza la idea de que la principal forma de estructurar familia durante el período analizado en estas localidades, a diferencia de San Felipe, era a partir de una pareja que —casada la mayor parte de las veces— convivía establemente y criaba en conjunto a sus vástagos.

No encontramos referencias a separaciones o a desavenencias conyugales, lo que no deja de llamar la atención cuando se compara esta situación con la de San Felipe en los mismos años; es probable que en Santa Cruz las expectativas respecto al matrimonio se concentraran en lo económico, o bien que las separaciones conyugales no estuvieran consideradas como camino posible en una sociedad más bien cerrada y de corte tradicional.

Constitución de la familia

En Santa Cruz, al momento de escoger pareja, la tendencia era a buscarla en la localidad de residencia y, en algunos casos, entre parientes que compartían un apellido; incluso llama la atención que el segundo matrimonio de un hombre podía realizarse con una mujer pariente de la primera esposa. No obstante, aunque hay constancia de endogamia, la norma matrimonial más frecuente era la exogamia. El matrimonio ideal parece haber sido aquel que se daba entre personas con situación

social y económica similares, aunque no siempre sucedía; si a esto agregamos la tendencia a casarse dentro de la localidad y en algunos casos con parientes, vemos que Santa Cruz aparece como una sociedad sin grandes posibilidades de movilidad espacial ni social.

El promedio de hijos, así como las tasa de mortalidad infantil, son mayores en Santa Cruz que en San Felipe. (En Santa Cruz son frecuentes las parejas que superan la decena de hijos, y encontramos un par de casos en que hay más de veinte hijos). Los promedios de hijos muertos del total de nacidos son bastante altos: hay un hombre que tuvo 18 hijos, de los cuales 14 murieron en la infancia.¹³ La mayoría de los hijos había nacido dentro del matrimonio, pero algunos de ellos eran naturales.

Al igual que en San Felipe, en los casos en que una pareja carecía de hijos propios criaba como tales a niños ajenos, los que podían ser parientes o bien haber sido "donados" por sus padres. En los testamentos de mujeres hay incluso casos de niños criados por ellas aun cuando tenían hijos propios; es posible que estos niños fueran acogidos cuando las testadoras habían enviudado y sus hijos fueran ya adultos, lo que permite pensar que en las casas siempre se deseaba tener niños, como compañía o como ayuda en las labores de la casa y del huerto.

En el marco de la familia extensa más tradicional que, como dijimos, parece haber sido el modelo dominante en la época estudiada en esta zona, los sirvientes ocupaban un lugar especial dentro de las preocupaciones de los testadores. En los legados se les menciona dejándoles algo de dinero o ropas, y en otros casos se busca garantizar su futuro a través de asegurarles un techo, previa exigencia de lealtad, lo que demuestra que se les hacía entrar en el juego de reciprocidades que se espera de los parientes. Así, los sirvientes entraban en una conceptualización de la familia en que se entiende a ésta en un sentido "patriarcal", donde aquellos que hacen de cabeza —sean hombres o mujeres— se hacen responsables por los integrantes de su hogar, especialmente los más débiles, como mujeres solteras, sirvientes y niños.¹⁴

En general, al casarse, los hombres parecen haber sido bien aceptados como parte importante de la familia de la esposa. Se les asignaba los mismos roles de los consanguíneos masculinos en lo que se refiere a administración de bienes, representación pública y responsabilidad, especialmente en los casos de ausencia o imposibilidad de éstos. Así, algunos de ellos son nombrados como albaceas con tenencia de bienes, y en otros casos son solicitados como curadores de menores de edad o administradores de los legados que a éstos se les dejan.

13. No deja de sorprender que muchos testadores, hombres y mujeres, no recuerdan el nombre de todos sus hijos nacidos vivos y muertos en la infancia, lo que nos hace suponer que los niños en la sociedad santacruceña de principios de siglo no estaban constituidos aún como sujetos, especialmente en los primeros meses o años de edad. Debido a la alta mortalidad infantil, sólo cobraban importancia dentro de sus grupos familiares cuando lograban superar la barrera de edad que garantizaría con mayor certeza su sobrevivencia. Evidentemente, esto implica una conceptualización de los hijos, sobre todo de los infantes pequeños, diferente de la actual, y es justamente la posibilidad de esa conceptualización distinta lo que tal vez explique que una madre hubiera llegado a perder 18 hijos.
14. Lastenia Arriagada deja como herederas a sus hermanas "con la espesa condición que estas legatarias tengan a su lado a mis sirvientas María Mercedes Flores y Lucila Meza, siempre que estas permanezcan en estado de soltería". Por su parte, Agueda Alcaide deja como herederos a sus dos hijos, obligando a su hijo hombre a pagar todas las deudas de la sucesión; "a mi hija Albertina [le] impongo la obligación de proporcionar a mi sirvienta Rosenda Cariz para que habite en ella mientras viva, una posesión en la hijuela que les corresponde a mi citada hija"; además le deja a la sirvienta algo de dinero. (Archivo Notarial de Santa Cruz —en adelante ANSC—, Notaría Tampe, 1911, Testamento de Agueda Alcaide, Doc. 658).

En los documentos analizados hay indicios de que la mayor responsabilidad económica otorgada a los hombres por sobre las mujeres, sobre todo en lo relacionado con la administración de bienes, haya sido el espacio potencialmente más conflictivo entre parientes y afines que convivían en un mismo hogar, donde o existía confianza total o una desconfianza completa. Si bien hay más ejemplos de lo primero, también encontramos casos en que, a través de cláusulas precisas, se intenta impedir que el cónyuge de alguna pariente a la que se dejaba legados o herencias pudiera tener acceso al goce o administración de éstos. También esta desconfianza puede explicar que, en muchos casos, a las hijas casadas se les dejara legados en dinero, mientras a sus hermanas solteras se les dejaba tierras o casas.

Las mujeres no parecen haber despertado la misma desconfianza que los yernos y cuñados, y su incorporación a la familia política en general parece haber sido bastante completa. Incluso, en algunos casos, aun existiendo hijas mujeres de una testadora, es a la nuera a quien se lega la casa y el menaje de ésta; al quedarse con el hogar familiar, se le asigna el rol de asegurar en el futuro la trascendencia de la familia, simbolizada en la casa. Es posible que en esta aceptación de las mujeres llegadas a la familia por matrimonio incida una tendencia implícita a privilegiar la línea de descendencia masculina, que hacía que las esposas de los hijos tuvieran cierta preeminencia por sobre las hermanas de éstos, ya que las hermanas, al casarse, se irían al espacio familiar de su marido.

La familia como unidad económica

En la primera década del siglo, la vida de Santa Cruz y sus alrededores parece haber estado marcada por la actividad agropecuaria masculina, con un cierto acento vitivinícola que involucraba a hombres y mujeres. La ganadería era una actividad masculina cuando se trataba de ganado mayor, y las mujeres participaban en la crianza de animales menores, como ovejas, chanchos, cabras y aves de corral. El préstamo de dinero a interés parece haber sido otra actividad frecuente de hombres y mujeres, así como el comercio y las rentas urbanas.

Las actividades económicas mencionados como principales, especialmente aquellas desempeñadas en espacios rurales, generalmente se realizaban de manera combinada: quien tenía viñas también solía tener tierras destinadas a la agricultura y algo de ganadería. Existía una multispecialización que permitía mejores rendimientos y menos riesgos en tierras que no siempre contaban con riego o con extensiones suficientes, y que eran administradas por personas que carecían del capital y la tecnología necesarios para especializarse en una sola labor.

En las décadas de 1910 a 1930, los testamentos, especialmente aquellos de gente que vivía en ciudades o pueblos, mencionan con mayor frecuencia instrumentos o herramientas que dan cuenta del desempeño especializado en algún oficio. El movimiento de dinero entre individuos a partir de préstamos de diversa magnitud era notorio e involucraba a hombres y mujeres en el papel de prestamistas o deudores. El flujo de dinero al interior de la región estudiada da cuenta de una incorporación fuerte al mercado.

Sin embargo, no obstante la monetarización de la economía, visible en los préstamos a interés, en las deudas y en los legados en dinero, también parecían perdurar formas más arcaicas y tradicionales de intercambio y relación económica. Así, encon-

tramos varias menciones a medierías,¹⁵ tenencia de animales en compañía, trabajo en comunidad de viñas, etc. En estas medierías participaban también mujeres viudas o solteras, pero de manera bastante marginal a la de los hombres. Ello estaría demostrando que las decisiones económicas recaían más en los últimos, aunque en muchos casos ellas eran propietarias de tierra y ganados y, gracias a sus aportes al matrimonio, la familia había logrado despegar.

En los testamentos revisados no encontramos evidencias de la existencia de un mercado de tierras agrícolas o urbanas importante. Por ello, los aportes económicos —ya sea en bienes o en dinero— que hacían los cónyuges al matrimonio, así como la herencia y legados, constituían una base fundamental para los comienzos de una vida económicamente autónoma de la pareja. Esto cobra una mayor importancia en el marco de una sociedad con un sesgo de tradicionalidad, donde en la primera década del siglo se carecía de especialización laboral y de un mercado de trabajo amplio que permitiera la subsistencia de un grupo familiar a partir de salarios.

Cuando los aportes al matrimonio eran desiguales, solía ocurrir que el mayor lo había hecho la mujer. Así, por ejemplo, María del Tránsito Valenzuela, en su testamento de 1909, deja constancia de haber llevado al matrimonio 30 mil pesos, y su marido, nada. Generalmente el aporte de la mujeres era un sitio o terreno que permitía instalar la casa y comenzar a formar una familia con cierta independencia económica. Es muy probable que este tipo de contribuciones femeninas se diera en el marco de un matrimonio entre mujeres de familias pequeños propietarios y hombres provenientes del sector inquilino o peonal.

Muchos de estos aportes —especialmente cuando se trataba de casas o terrenos— eran fruto de herencias y legados de familiares, generalmente de los padres o tíos. Otras veces eran fruto del trabajo de quienes se casaban, facilitado en muchas circunstancias por las medierías agrícolas o ganaderas de los hombres con sus padres. En el caso de las mujeres, las donaciones de animales, vacas paridas, terneros, ovejas, gallinas, permitían que la niña fuera acrecentando sus animales a medida que crecía, y de este modo contaba con una base económica mínima para aportar a su vida de casada.

Los legados en Santa Cruz

Entre quienes dejaban testamento escrito en la zona de Santa Cruz, la mayoría eran casados. Entre las parejas sin hijos, se percibe que en legados y herencias se tendía a favorecer al cónyuge vivo, lo que indicaría que en muchos casos la ausencia de hijos creaba relaciones afectivas más estrechas entre ambos cónyuges.

La existencia de una igualdad de estatus de los hijos legítimos y naturales ante la familia se hace visible en los testamentos a través de la búsqueda de compensaciones económicas a los segundos a partir de legados, de modo de igualar su situación con la de los hijos nacidos dentro del matrimonio. Y no sólo se busca compensar así a los

15. Para quien no tenía tierras propias, o bien tenía una cantidad insuficiente, las medierías eran una buena alternativa de acceso a ellas y de mantenerse en áreas rurales ligadas a la agricultura, aun cuando no existieran condiciones materiales propias para ello. Por otra parte, para quien contaba con las tierras, pero no con la fuerza de trabajo familiar suficiente, o el dinero para pagarla, la alternativa del mediero permitía hacerlas producir sin tener que contratar trabajadores.

hijos naturales, sino también a los nietos naturales, por aquello que la ley les negará al momento de la partición de la herencia.¹⁶

En la primera década del siglo, los hombres que testaban en Santa Cruz buscaban equilibrar sus legados entre hijos e hijas; sin embargo, es notoria una cierta inclinación a privilegiar a los hijos hombres y, en muchos casos, al hijo varón mayor. Por su parte, las mujeres, al testar, privilegiaban a mujeres como legatarias de la cuarta de mejoras y de libre disposición, y eran las hijas solteras menores de edad las principales beneficiarias de los legados de casas.

En la segunda década del siglo, que se inicia con un período de crisis económica aguda que hace a diferentes personeros públicos preocuparse por "la cuestión social", encontramos ciertas variaciones. En los testamentos de las mujeres casadas aparece el marido como legatario de bienes o del goce de éstos, lo que no ocurría en la década anterior; lo mismo ocurre en el sentido contrario. Por otra parte, los nietos de ambos sexos figuran mencionados en muchos casos como legatarios.

Los testamentos de hombres y mujeres solteros muestran preferencias por las mujeres, ya sean de su propia generación (hermanas y amigas) o de la siguiente (sobrinas) para dejar legados; aun cuando se mantiene la tendencia a privilegiar como legatarios a los hijos e hijas de un hermano varón, característico de la década anterior, también encontramos casos en que los sobrinos escogidos son hijos de una hermana del testador. Esto marca una diferencia con el período anterior, en que los hombres eran en buena medida los beneficiarios de los legados. Este cambio sería el reflejo de situaciones externas que tensionaban a las familias, afectando de manera diferente a sus integrantes y segregando según género y edad a los individuos más vulnerables. Entre los factores tensionantes estarían la situación socioeconómica y los cambios producidos en la familia como efecto de tal situación.

Hacia 1930, los testamentos masculinos reflejan la importancia de las esposas, algo lo que no ocurría antes: del conjunto de mujeres beneficiarias de legados son las más nombradas, incluso más que las hijas. Ello significaría que a la mujer se le reconoce una mayor capacidad de gestión económica que en las décadas anteriores, y que se la valora como aglutinadora y sostenedora de la familia.

Esta preferencia por dejar legados a mujeres y niños, especialmente a medida que avanza el siglo, estaría demostrando que éstos son vistos cada vez más como individuos frente a la sociedad. Al ser más visibles y no quedar indiferenciados dentro de los integrantes de la familia, son percibidos como más vulnerables y, por ello, más necesitados de una garantía económica. Esto ocurre en el contexto del paso de una familia fuerte y extensa, con convivencia de distintas generaciones y distintas alternativas de reemplazo masculino al jefe hogar, hacia una familia nuclear centrada en la pareja conyugal, donde si falta el padre, es la mujer la que debe afrontar la subsistencia material y afectiva.

Los testamentos de mujeres viudas que testaron más de una vez demuestran que la percepción de su mayor vulnerabilidad no era tan errada, pues a medida que transcurre el tiempo va decreciendo su patrimonio, especialmente en aquellos casos en que alguno de los hijos exigió su parte de herencia paterna y que las mujeres van

16. Los testadores tienen una concepción de familia y de patrimonio familiar que se expresa en una ética económica que busca la equidad, definida en un sentido diferente al que reconoce la jurisprudencia. De este modo, los testamentos son el instrumento que permite hacer justicia y enmendar situaciones injustas provocadas por definiciones legales o situaciones de discriminación social. En este sentido, los legados, además de ser reparaciones de corte económico, se inscriben en intentos de reparación social, tratando de dar "su lugar" a los afectados.

envejeciendo. Magdalena Valenzuela muestra en su empobrecimiento esta vulnerabilidad femenina. Al momento de testar tenía deudas con dos de sus hijos y con otras dos personas; su endeudamiento comenzó con la entrega de la hijuela paterna a su hijo mayor, y jamás logró recuperarse económicamente.¹⁷

LOS CAMBIOS EN LA FAMILIA

Sin duda uno de los aspectos más resaltantes de la familia en el marco de sociedades de corte rural como San Felipe y Santa Cruz en el período analizado, es el papel económico fundamental que cumple. La sociedad conyugal operaba como una empresa económica en que ambos aportaban, en bienes o en trabajo, para acrecentar el patrimonio común. Así lo demuestran los testamentos, pues en aquellos casos en que se iniciaba la vida conjunta con aportes de ambos cónyuges se evidencia un aumento notable de los bienes, y en las situaciones en que se partió de cero es visible que en el curso de la vida en común se van adquiriendo terrenos, casas o animales que van conformando un patrimonio familiar.

Así como la pareja aparece como la unidad mínima desde la que se crea una familia y un patrimonio para sustentarla, a medida que avanza el ciclo vital de ésta y los hijos van creciendo, la familia como unidad económica va tomando una dimensión diferente. Los hijos, al colaborar y trabajar en conjunto con sus padres, van creando las bases económicas para el surgimiento de las futuras unidades familiares, no sólo en términos de un aprendizaje de las labores del campo, sino también en términos de la creación de un patrimonio. Cuando los hijos —especialmente los varones— son mayores y trabajan en tierras del padre, se diferencian sus aportes en trabajo. Así, en los testamentos queda claramente establecido cuánto de una cosecha o qué cantidad de plantas de viña les pertenecen. Esto es más evidente aún en los casos de medierías y de la existencia de ganado "en compañía".

Otro paso hacia la independencia económica de los hijos y la aceptación de la creación de una nueva unidad familiar ocurre cuando éstos apartan casa. En estos casos, el padre o la madre (quien ejerza como jefe de hogar) hace una especie de distribución de su herencia en vida, asignando un sitio al hijo(a) para que instale su casa y establezca su familia. El goce de ese sitio suele mantenerse hasta el momento en que el progenitor(a) decide testar y asigna a ese hijo, como herencia o legado, el lugar donde tiene ubicado su hogar.

Veamos que en la zona de San Felipe generalmente se trataba de dejar a cada hijo uno de los varios terrenos dispersos que los padres tenían y en los cuales era posible desarrollar actividades vitivinícolas, hortícolas o agroganaderas, según la dimensión y calidad de los suelos. En Santa Cruz, en cambio, se señalaba a los hijos un sitio dentro del terreno familiar, generalmente heredado a su vez por los padres de sus respectivos progenitores; se trataba de designar las tierras y sitios con sus deslindes, y en los casos en que el legatario ya tenía alguna propiedad heredada o en goce, se trataba de hacer coincidir el legado con ésta, de manera de ir conformando un patrimonio continuo en lugar de muchos retazos dispersos.¹⁸ Incluso el deseo de evitar la venta de tierras o

17. ANSC, Notaría Tampe, 1924, Testamento de Magdalena Valenzuela, Doc. 324, f. 205.

18. En su testamento, Gavino Pardo separa los terrenos que deja a los hijos de su primer matrimonio, contiguos a la hijuela que éstos heredaron de su madre, del cerco que deja a los hijos de su segundo matrimonio en La Isla. (ANSC, Notaría Tampe, 1913, Testamento de Gavino Pardo, Doc. 564, f. 337).

retazos de ellas por parte de los herederos o legatarios, para preservar la totalidad del patrimonio, se evidencia en cláusulas específicas del testamento, donde se prohibía la enajenación de las propiedades y sólo se permitía la venta mutua con otros herederos.

De este modo, vemos que en la zona de Santa Cruz, a la muerte del testador, ya no operará la familia extensa en un sentido vertical —con el padre estructurando la relación con los hijos— sino horizontal, en que los hermanos vivían de manera contigua unos con otros y donde, pese a la existencia de diferentes techos, existía colaboración entre ellos. Se reforzaba así la unidad familiar a través de la vecindad y la existencia de una historia familiar común. Diferente es el caso de San Felipe, donde cada hijo, al vivir en el sitio heredado de sus padres, aislado físicamente de sus hermanos, formaba familias de tipo nuclear.

En este sentido, los lazos de sangre juegan un papel fundamental en la definición de familia a la hora de hablar de patrimonio familiar, y los aportes al matrimonio y la herencia parecen ser parte o momentos de un mismo proceso en que está inserta la familia a nivel temporal. En una concepción del patrimonio familiar de tipo tradicional, como la que detectamos en Santa Cruz, no aparecería como pertinente que alguien sacara un bien de la circulación generacional para apropiárselo y expropiarlo al grupo de parientes que deberían gozarlo, por lo que prevalece el valor de uso y la carga simbólica en relación a la familia que se asigna al patrimonio. Un papel similar cumplirían los legados de casas a las mujeres en San Felipe, lo que indicaría la persistencia de ciertos aspectos tradicionales en el marco de una sociedad que muestra transformaciones familiares más tempranas que Santa Cruz.

Nos parece que en el momento en que se produce una transformación en las mentalidades respecto a los bienes y propiedades familiares, en que se da primacía al valor de cambio por sobre el valor de uso, fruto de procesos de migración, urbanización y modernización, no sólo se está reconceptualizando el patrimonio familiar, sino se pone en el centro del debate el tema de la transcendencia temporal de la familia en términos económicos.

En una concepción tradicional, los bienes inmuebles —tierra y casas— deberán trascender las generaciones, ya que pertenecen a la familia, y los distintos miembros de ella en diferentes momentos podrán gozarlos en vida, pero al morir deberán devolverlos a la familia. La familia aparece así como una línea continua e ininterrumpida en el tiempo, que tendría su materialización en la familia extensa donde conviven diversas generaciones y se preserva el patrimonio de los antepasados para las generaciones futuras. De este modo, la tierra y las casas son espacios intemporales por los cuales desfila "la estirpe". Una generación tras otra los disfrutarán, reanudándose constantemente el ciclo.

Esta concepción toma corporeidad cuando se analiza los testamentos de mujeres viudas y sin descendientes. En estos casos se hace evidente que una parte de los bienes, aquellos que llegaron a la familia por vía del marido, tienden a revertir hacia la línea de parentesco de éste a través de legados a sus hermanos o sobrinos.¹⁹ Se separa esos bienes del patrimonio de la mujer, que será legado a su línea de parientes. Lo mismo ocurre con los hombres viudos o casados sin descendencia. Sin embargo, en muchos

19. El primer testamento de Juana Araya viuda de Espinoza, hecho en 1906, muestra cómo opera en la realidad esta conceptualización. Ella no tenía hijos vivos, pero sí hermanos y sobrinos; sin embargo, intenta "devolver" bajo la forma de legados a los hermanos de su marido lo que éste aportó al matrimonio: tierras, casas y viña. (ANSC, Notaría Tampe, 1906, testamento de Juana Araya viuda de Espinoza, Doc. 580, f. 318).

casos el deseo de restituir a cada línea de parientes —consanguíneos y afines— lo que se recibió por herencia era más un ideal que una concreción práctica.

En una conceptualización no tradicional, el patrimonio familiar pasa a ser conceptualizado como personal, lo que implica pensar a la familia como una estructura con definiciones temporales muy precisas: el tiempo de vida del jefe de familia. En este sentido, se entendería a la familia como una multiplicidad de puntos en el tiempo, donde cada generación representa un punto, lo que podría graficarse como una línea discontinua; la concreción espacial de esta concepción sería el hogar de una familia nuclear donde el centro lo constituye la pareja conyugal.

Estas dos concepciones de familia y de patrimonio familiar son las que se enfrentan en las primeras décadas del siglo. En San Felipe el proceso comenzó más temprano que en Santa Cruz, donde los elementos de tradicionalidad se mostraron más resistentes y se dio una gradualidad mayor en las transformaciones. La nuclearización de la familia, la fragmentación del patrimonio e incluso la búsqueda de soluciones al respecto, estarían indicando que en el área de San Felipe, en las primeras décadas del siglo, los procesos de cambio a nivel familiar ya estaban avanzados, lo que se manifiesta en la asignación de roles genéricos.

Uno de los rasgos que muestran los cambios que ya a comienzos de siglo operan en San Felipe, es la gran autonomía económica de las mujeres, reflejada en su participación activa como vendedoras, compradoras y arrendatarias de tierras, como dueñas de viñas y alambiques, y en el ejercicio de diversos oficios, como empleadas públicas y particulares. Aparecen como productoras importantes y asimismo tomando decisiones en relación a la familia y sus negocios, actuando como albaceas con tenencia de bienes y curadoras de sus hijos. Más allá de sus actividades como cónyuges de pequeños propietarios campesinos, desarrollan actividades diversas y tienen en sus manos la dirección de sus negocios y de sus familias.

Por el contrario, en la zona de Santa Cruz, las mujeres en muchas ocasiones hacían aportes al matrimonio más importantes que los hombres; sin embargo, las decisiones económicas y familiares recaían sobre éstos, especialmente en los veinte primeros años del siglo. Las mujeres casadas, solteras y viudas carecían de poder de decisión sobre aspectos productivos y de la posibilidad de actuar como albaceas y curadoras de sus hijos en caso de viudez; pese a ello, tenían clara conciencia de la situación del patrimonio familiar y de sus rendimientos, especialmente de lo aportado por ellas. No era así la ignorancia lo que las mantenía alejadas de las decisiones económicas, sino la distribución de roles según géneros de la familia.

Nos parece que como el peso de los varones de la familia santacrucense en la gestión económica era fuerte, los aportes de las mujeres en bienes o dinero al matrimonio revestían un carácter especial para ellas, ya que operaban simbólicamente como una carta de garantía mensurable y tangible de su valor. Era la forma de demostrar que no se era una "recogida" ni una "mantenida"; esto se evidencia en que las mujeres, mucho más que los hombres, suelen detallar al máximo en sus testamentos cuáles fueron sus aportes al matrimonio. En algunos casos incluso las mujeres viudas, que en principio no tienen por qué dar cuenta de quien aportó qué al matrimonio, pues ya se ha disuelto la sociedad conyugal, explicitan sus aportes como una forma de dejar establecido que la herencia y legados que dejan a sus descendientes son producto de su contribución activa. Así, el aporte al matrimonio, dejado como herencia a los descendientes, es utilizado por las mujeres para contrarrestar su desvalorización social.

El tránsito de un tipo de familia extensa a otra nuclear, que en Santa Cruz se comienza a hacer evidente a partir de 1920, implicó redefiniciones del papel de la mujer al interior de la unidad familiar, que se sintetizan en el reconocimiento de una capacidad de gestión y toma de decisiones económicas que permiten pensarla como posible jefa de hogar en caso de muerte del marido. Esto se traduce en los testamentos en una mayor presencia femenina como herederas y legatarias del marido, y en que a partir de esta década comienzan a constar como albaceas y/o curadoras de sus hijos.

Hacia 1935, la sociedad santacruceña muestra cambios notables respecto a los primeros años del siglo. De una sociedad de corte rural, con un peso importante de la cultura campesina y definiciones de familia y de patrimonio familiar de corte tradicional, se va pasando poco a poco a una sociedad más moderna, lo que se hace visible en la importancia que cobran los oficios y actividades profesionales y el peso creciente que va teniendo el individuo. En la identificación del testador ya no basta con decir hijo de quién es y el lugar de nacimiento y domicilio; desde 1925 adelante también se consigna la profesión o actividad. Y en estas nuevas formas de identificar a los testadores, no se hace distinción entre hombres y mujeres, lo que nos habla de una cierta igualdad, al menos al comparecer ante la ley.²⁰

En la década del treinta, en Santa Cruz y en San Felipe coexisten elementos de tradicionalismo con otros que dan cuenta de cierta modernización. El peso creciente del dinero, la utilización de cuentas de ahorro, préstamos hipotecarios, préstamos a interés e incluso el tener seguros de vida, hablan de manejos financieros vinculados a un funcionamiento urbano; sin embargo, estas formas modernas de conducir las finanzas conviven en muchos casos con negocios sin intervención de dinero que se hacen entre parientes y vecinos, donde priman las solidaridades y las confianzas nacidas de la cercanía y los lazos de sangre y donde tienden a entremezclarse esferas. La especialización del trabajo, la individualización de las personas, la nuclearización de la familia, la tendencia a la urbanización, coexisten con arcaísmos económicos y sociales como las medierías de chacras y animales, los préstamos de trigo y de mosto y la endogamia en muchos matrimonios, así como con la pervivencia de familias extensas, entre otros.

En San Felipe, en los años treinta muchos de los testadores firman los documentos y se hacen evidentes los cambios en los usos civiles; por ejemplo, la utilización del apellido del marido por parte de las testadoras y la indicación de la profesión de los hombres, que mostrarían un desplazamiento de la identidad de los individuos — cómo se sitúan frente a los demás — desde la familia a la actividad desempeñada. Ello significaría que, en el caso de los hombres, en la valoración social del sujeto deja de tener tanta importancia la ascendencia y origen, y pasa a ocupar un lugar preferente lo que se ha logrado por mérito personal. Un proceso diverso ocurre entre las mujeres, donde pierde importancia la familia de origen (visto en el desuso del apellido del padre) y la mayor importancia se otorga al estatus obtenido por matrimonio, lo que coincide con una cierta consolidación de la familia nuclear. La herencia de una posición por apellido, por formar parte de una "estirpe", estaría disputando así el lugar con el reconocimiento social de los logros personales, todo ello en el marco de una sociedad en donde la escolaridad se amplió y comienza a tener trascendencia en la movilidad social y donde una nueva conceptualización de la familia, centrada en la pareja y los hijos, poco a poco se va abriendo paso.

20. En 1935 se acuña para las mujeres la identificación de "chilena, casada, sin profesión", que reemplazará a la identificación "labores del sexo" y que penará a las chilenas hasta la segunda mitad del siglo.

El des/orden campesino. Violencia en San Felipe (1900-1940)*

Catalina Arteaga A.

Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer (CEDEM)

A partir de una investigación sobre transformaciones agrarias, familia y mujer campesina en Chile entre 1890 y 1990,¹ surgió la idea de estudiar la violencia en un contexto rural de principios de siglo, en la convicción de que ella fue (y seguramente sigue siendo) un elemento constitutivo de las relaciones sociales en el ámbito rural. Como base para tal estudio, hemos recurrido a juicios criminales en San Felipe y a entrevistas realizadas a mujeres de familias campesinas, que se refieren a la vida de sus abuelas/os, madres y padres. Hemos querido, así, reconstruir parte de la vida cotidiana y del trabajo de familias campesinas de principios de siglo. Se trata de una mirada que, desde la violencia, se dirige a la familia, al trabajo, al vivir cotidiano. Pero hablaremos más de desorden que de orden, de violencia más que de trabajo y vida cotidiana, de desigualdad y jerarquía más que de equidad. Sin embargo, y éste es una de las cosas que saltan a la vista, los elementos se entrecruzan implacablemente, conformando un complejo tejido donde no siempre es posible separar lo público de lo privado, lo familiar de lo social, lo laboral de lo personal, lo violento de lo habitual.

Hemos tomado tres aspectos de la dura realidad que se daba en una —aparente-

* Agradezco las sugerencias y comentarios de Loreto Rebolledo, Ximena Valdés y Alvaro Bello.

1. "Transformaciones agrarias, mujer y familia campesina en Chile. 1890-1990". Proyecto Fondecyt 92-415.

mente tranquila— localidad rural a principios de siglo: la violencia ligada al ámbito laboral, la que ocurría en los lugares de diversión y la que se daba en el espacio propiamente familiar, considerando que aquello que acontece en los ámbitos de trabajo y diversión incide en la vida familiar y ésta, a su vez, se filtra en todas las dimensiones donde se desenvuelven las personas.

Entendemos la violencia como una manifestación extrema de condiciones desiguales en el ámbito económico, social y/o cultural. Creemos que las contradicciones que pueden existir en una sociedad se reflejan en distintos grados de agresión y en diversos espacios, que abarcan desde aquellos que son públicos y visibles, hasta los más privados y secretos.

Por otro lado, el hecho de que exista violencia al interior de la familia, además de relacionarse con frustración en el ámbito laboral, pobreza o malas condiciones de vida en general, tiene que ver también con concepciones que existen y se han construido históricamente respecto de las formas en que se puede y debe expresar la agresividad, la frustración, así como las respuestas ante ellas. Estas formas, culturalmente pautadas, son diferentes de acuerdo al momento histórico, país, edad, condición social y sexo. En este sentido, la organización familiar, la división sexual del trabajo, la posición de la mujer y el hombre en la familia, son aspectos claves para entender el problema. En el caso de las familias campesinas, las causas criminales develan diferencias al respecto y presentan una realidad distinta a aquella que se da en el ámbito urbano o en 1995 o en grupos de élite, por ejemplo. Al respecto, concordamos con la idea de que la violencia va a adquirir formas específicas de aparición, en función del contexto en que se manifiesta, el cual está determinado histórica y socialmente (Grosman, Mesterman & Adamo 1989).

Para abordar el problema de violencia y familia, es entonces necesario examinar las concepciones culturales subyacentes respecto de la constitución familiar, la masculinidad y la femineidad, en la misma medida en que es importante analizar las condiciones socioeconómicas en que se desenvuelve esa sociedad.²

Por último, queremos señalar que los testimonios que aparecen en las causas judiciales en muchos casos omiten o desvirtúan la realidad; no obstante, muchos de ellos entregan datos interesantes de aspectos anexos a los hechos mismos, relativos a la vida cotidiana, la familia, la sociabilidad.

Inestabilidad laboral y violencia

La alta migración de hombres y mujeres campesinas, desde la segunda mitad del siglo pasado hasta las primeras décadas del presente siglo, es uno de los fenómenos sociales más importantes de la época. Hacendados, intelectuales y políticos, discutían y opinaban sobre el origen, motivos y consecuencias de los movimientos de población. Algunos señalaban que era culpa de los patronos y de las malas condiciones de vida

2. Respecto del análisis de la violencia como manifestación de condiciones socioeconómicas, véase Jorge Pinto (1988). Por su parte, René Salinas (1992) analiza el fenómeno de la violencia intrafamiliar en los siglos XVIII y XIX, destacando los aspectos ideológicos subyacentes en él. Un muy interesante trabajo que sintetiza ambas perspectivas y aporta nuevas miradas al problema, es el de la mexicana Soledad González (1987).

y trabajo de los inquilinos.³ Los hacendados más conservadores veían en el bandolerismo y la inseguridad en los campos, el principal motivo de la huida. Otros ubicaban las causas en el carácter del campesino y en su personalidad. Las opiniones dominantes expresadas por los patrones, la Iglesia y la elite en general, identificaban a peones y gañanes principalmente, como jugadores, bebedores, inestables y agresivos.⁴

No obstante las diversas razones que se adujeron, lo cierto es que el desarrollo de la agricultura comercial y la necesidad de tierras por parte de los hacendados, produjo —entre otras características— una expulsión de inquilinos de los fundos, empobrecimiento de familias campesinas, y un consiguiente aumento de trabajadores agrícolas errantes. Estos se desplazaban entre el sector rural y urbano, principalmente Santiago y Valparaíso, pero también a otras zonas, como el norte salitrero, el sur y Argentina. En el caso de Santiago, los hombres tendían a inmigrar en forma temporal, alternando los trabajos agrícolas con otros en la ciudad o en las minas. Las mujeres se trasladaban de manera permanente, en general para realizar trabajos domésticos o de tipo comercial. A la falta de trabajo en el campo, para las mujeres se sumó la disminución de las artesanías tradicionales (Romero 1988).

Las migraciones intrarregionales también fueron significativas. Un ejemplo de ello fue, desde temprano, el Valle de Aconcagua, donde se encuentra San Felipe.⁵ Esta fue una zona de gran movilidad, reforzada por la existencia del ferrocarril. Las grandes haciendas, los fundos y chacras, atraían trabajadores en las épocas de cosecha. La actividad minera, por su parte, captaba constantemente mano de obra local y afuerina. También actuaban como focos de interés para la población de la provincia: Valparaíso, Santiago, el norte y Argentina, en forma temporal o permanente.

La fuerza laboral temporal estaba constituida principalmente por peones y gañanes, los que se asentaban en los bordes de los fundos, aldeas, caseríos y como allegados, en las épocas de trabajo en el campo.⁶ La actividad minera y el arriaje que se realizaba entre Chile y Argentina también implicaron el tránsito de trabajadores

3. En el *Boletín de la Sociedad Nacional de Agricultura (BSNA)*, un artículo de 1908 paradójicamente señalaba: "Salvo raras excepciones, la existencia de los inquilinos es hoy tan miserable i desamparada como en los tiempos primitivos. Habitaciones, si es que ciertos ranchos merecen este nombre, comida, tratamiento moral, todo es tan rudimentario, que hai detalles en que apenas es perceptible la linea de separacion entre el animal i el sér humano". *BSNA*, vol. XXXIX, No 2 (febrero 1908), p. 75.
4. El mismo *Boletín*, en una de sus editoriales, se refería a los obreros agrícolas y peones: "... raras veces trabaja a conciencia. Es, por lo general, muy indolente y no se despierta en él, ni aún asociándolo al éxito de los resultados, un espíritu bien intencionado y de cooperación hacia los intereses del patrón.... Si el trabajador se esforzase, conseguiría mejores condiciones de trabajo.... Pero el inmenso número de nuestros peones quedan al margen de estas posibilidades por falta de enseñanza más que de aptitudes. Y al decir enseñanza, no nos referimos tanto a los conocimientos de técnica o de habilidad manual, como a la formación del sentido moral para responder al cumplimiento del deber, lo que implica obediencia fiel de las órdenes recibidas, aprovechamiento honrado del tiempo, actividad y despliegue de iniciativas por la defensa de los intereses que se cuidan, sobriedad de costumbres y rectitud de conducta en general. *BSNA*, vol. LIX, No 8 (agosto 1927).
5. En 1907, el Departamento de San Felipe pertenecía a la Provincia de Aconcagua y se dividía en 14 subdelegaciones y 65 distritos. Estaba administrado por 3 Municipios: San Felipe, Santa María y Las Juntas.
6. En 1907, según el Censo de Población, en el Departamento de San Felipe había 1.640 gañanes y 2.392 agricultores y labradores. En 1920, la categoría de gañanes se incluye dentro de los "sin profesión", que suman 4.601, se cuentan 104 jornaleros y los agricultores son 3.648. Según el censo de 1930, en la Provincia de Aconcagua (no hay datos por Departamentos), de los 25.974 obreros/as agrícolas, sólo 7.443 son inquilinos/as.

solos, por los pueblos y aldeas de la zona. Los peones y gañanes provenían de familias inquilinas expulsadas, de familias de peones y de pequeños propietarios. Eran trabajadores generalmente jóvenes, desarraigados en términos geográficos y familiares. Debían buscar trabajo fuera de su lugar de origen, salir de casa por temporadas, alojando con suerte donde algún pariente o amigo y, si no, en una pieza o como allegado. La movilidad y la precaria situación económica en que se encontraban generalmente los llevó a formar parejas inestables o, en caso de casarse, abandonar por tiempos largos sus familias. Estas características explican, en alguna medida, su importante participación en los casos criminales recogidos.

Por su parte, si bien las familias inquilinas y pequeño-propietarias contaban con trabajo más estable, en el caso de los primeros, estaban expuestos a la voluntad del patrón por mantenerlos. Además, muchas veces los jóvenes debían emigrar, ante la insuficiencia de trabajo. En el caso de los segundos, las labores en la propiedad debían alternarse con trabajo asalariado, lo que implicaba muchas veces alejarse por períodos de la casa, pasando a formar parte de la fuerza laboral temporal.

La inestabilidad en el trabajo y la movilidad masculina fueron parte de la realidad familiar campesina de la época. En el caso de los peones y gañanes, se constituyó en el eje de su identidad. El ir de un lado para otro en busca de trabajo, pocas veces les permitía establecer lazos permanentes en algún lugar. Esta situación llevó a las mujeres a realizar distintas labores, dentro de las posibilidades que tenían en una localidad eminentemente rural como San Felipe a principios de siglo, en donde el trabajo agrícola era prioritariamente masculino y el femenino estaba ligado al ámbito doméstico, a la elaboración de comida, al lavado, planchado, costura y cocina.

Si los hombres debían salir a buscar trabajo afuera y ausentarse, en el caso de las esposas de peones y gañanes, las labores que realizaban las mujeres eran imprescindibles para sostener a la familia, pudiendo ser el único ingreso familiar, a menos que vivieran con algún pariente o compañero que ayudara a solventar los gastos. Las mujeres de familias pequeño-campesinas tenían trabajos complementarios a las labores agrícolas, que aportaban al presupuesto familiar. En el caso de las mujeres que vivían en las haciendas, junto al trabajo doméstico, que era general para todas, trabajaban en las haciendas, en las casas patronales o en labores de ordeña.

El trabajo que realizaban las mujeres, complementario o no a las actividades agrícolas, era de tipo doméstico asalariado, como lavado, costura y artesanía. También alquilaban piezas para viajeros o trabajadores temporales, eran parteras y comerciantes. En el siguiente Cuadro se muestran las que, según los censos de población de 1907 y 1920 —en 1930 no hay datos—, eran las "profesiones" que concentraban mayor cantidad de mujeres en el departamento de San Felipe.

La venta de comida y alcohol en sus casas fue una de las actividades comerciales que las mujeres desplegaron. La cocina y la fabricación de licor fueron aprendizajes tradicionales, ligados a las labores que las mujeres campesinas desarrollaban en sus casas. En el caso de las mujeres solas, esposas o compañeras de gañanes o peones, si tenían una propiedad y un pequeño terreno, era relativamente fácil comercializar alcohol o instalar un prostíbulo, generalmente en forma ilegal. Aquellas que tenían un poco de capital, podían establecer una cantina. Los clientes que frecuentaban las "casas de remolienda", cantinas o casas de prostitución, eran gañanes, agricultores, inquilinos, policías, mineros y arrieros.

Estos lugares de diversión fueron espacios frecuentes de violencia, la que aumen-

Cuadro 1.
DISTRIBUCION DE POBLACION FEMENINA POR PROFESIONES,
DEPARTAMENTO DE SAN FELIPE, 1907 Y 1920

Año 1907		Año 1920	
PROFESION	Nº DE MUJERES	PROFESION	Nº DE MUJERES
Artesanas	989	Costureras	538
Lavanderas	968	Lavanderas	379
Domésticas	890	Cócineras	431
Empleadas	455	Criadas	290
Comerciantes	370	Sin profesión	10.605
Labradoras	295		
TOTAL	3.967	TOTAL	12.243

taba en las épocas de cosecha. Por una parte, había más ganancias, pero por otra, menor tranquilidad. Se trababan riñas que terminaban fatalmente, por lo que quedaban registradas en el juzgado y en donde las mujeres eran activas protagonistas. De los casos recogidos, el 24,6 por ciento ocurría en estos lugares,⁷ principalmente referidos a lesiones, riñas y asesinatos. En el caso de las riñas, los heridos iban a dar al hospital antes de ser encarcelados, donde se les tomaba declaración, como a Manuel Contreras "... al que interrogado bajo juramento dijo: llamarse como queda dicho, ser Soto por parte materna, nacido en San Felipe, de diezciocho años, analfabeto, gañan, soltero, domiciliado en la Cancha del Olivar. Que con relación a sus lesiones, ellas le fueron causadas por Segundo Carvallo sin motivo alguno ... i que esto ocurrió en la casa de Juana Castro en donde estaban remoliendo y bebiendo licor..."⁸

Los clientes que asistían eran generalmente hombres, de diversas condiciones sociales y de múltiples actividades, lo que aumentaba la tensión y las posibilidades de violencia. Las mujeres, si bien muchas veces fueron protagonistas, podían ser aprehendidas por mantener negocios clandestinos y sin patente:

Doy cuenta a V.S. que ayer Domingo, trece del corriente, a las veintiuna quince horas, se sorprendió en el negocio clandestino de licores y casa de diversión de propiedad de Virginia Díaz Brito, y regentada por ella misma, ubicado en la villa de Catemu, en calle García Huidobro s/n, sin patente ni clasificación, expendía vino tinto ... a las siguientes personas: Luis Lara Muñoz, empleado, domiciliado en Catemu; Juan Alberto Gonzalez Ramirez, empleado, domiciliado fundo Las Varillas; Guillermo Valdivia Vega, agricultor, domiciliado en fundo 'Santa Rosa'; Guillermo Córdova Herrera, agricultor, domici-

7. De acuerdo al espacio, hemos clasificado los delitos cometidos:

LUGARES	CANTIDAD	% DEL TOTAL
Calle o caminos	18	22,2
Fundos, haciendas chacras	18	22,2
Casa particular	20	24,6
Cantinas, casas de prostitución	20	24,6
No se especifica	5	6,1

8. Archivo Judicial San Felipe (AJSF), causas criminales. Contra Segundo Carvallo. N° 1923. Leg. C 19 N° 11. Iniciado el 9 de agosto de 1915.

liado fundo 'Santa Margarita'; Javier Elgueta Moreno, agricultor, domiciliado en 'Santa Margarita'; Camilo Pasten Bahamondez, agricultor, 'Santa Margarita'; Haroldo Céspedes cabo 2º del Regimiento 'Yungay'.⁹

Estos espacios de diversión constituyeron uno de los lugares de socialización masculina más comunes de la época en San Felipe. Los hombres definían su condición genérica en el trabajo, la calle, las casas de prostitución. La masculinidad se asociaba a la fuerza, a la capacidad de defender lo propio, al trabajo intenso, a la farra, la borrachera, las relaciones con prostitutas, la "remolienda". Estas características se probaban y expresaban en estos espacios.¹⁰

Por otra parte, la organización del trabajo agrícola, tanto en la hacienda como fuera de ella, así como las labores mineras y relacionadas con el arrieraje, implicaban un gran esfuerzo físico y mental. Ello llevaba a buscar en estos lugares consuelo y diversión para olvidar por un momento el duro trabajo. Se encontraba allí un refugio y un lugar donde desahogar penas, alegrías, frustraciones y rabias. La violencia fue muchas veces expresión de todos estos elementos, por lo que no siempre había una razón específica para ella. Ante un insulto, una mala mirada o una palabra que no agradaba, muchas veces se agredía, como una forma de defenderse y de establecer límites claros. Un testigo de una riña en una cantina, señalaba que "... tuvieron [los que pelearon] un disgusto en el mencionado negocio de José Muñoz donde se encontraban bebiendo en compañía de varios mas, y desde ai lo convidó Muñoz que salieran a arreglarse a la calle. Una vez solo este lo agredió con el cuchillo ocasionandole la herida ya indicada".¹¹

La cultura hacendal y campesina definía lugares concretos de trabajo, sociabilidad y diversión a hombres y mujeres. Principalmente en la hacienda, los primeros estaban ligados "naturalmente" al trabajo productivo y eso no se cuestionaba, por lo que las mujeres debían realizar todo el resto del trabajo que posibilitara su reproducción. En concreto, el trabajo doméstico: cocinar, lavar, planchar, cuidar a los niños, cocer. Además se preocupaban muchas veces del cuidado de las aves y del cerco. Dentro de las haciendas, además eran cocineras, ordeñadoras, lavanderas (Valdés 1988). Esta situación se reflejaba también en el caso de las que trabajaban en las cantinas y prostíbulos, donde mantenían su papel de proveedoras, atendiendo o entregando diversión, a diferencia de los hombres que iban a tomar o a divertirse. Las causas criminales dan cuenta de esta situación, siendo la mayoría de los acusados de riñas en cantinas, hombres (80,4 por ciento), como también lo señalan González & Iracheta (1987) para el caso de México.

Una forma de obtener ingresos familiares de manera relativamente fácil para los pequeños campesinos, fue también el comercio. Este se estableció de manera más formal que en el caso de las mujeres solas o abandonadas, principalmente por la mayor posibilidad de tener capital, lo que permitía la instalación de cantinas y ramadas en las épocas de cosecha, cuando había más trabajadores. La propiedad de un terreno posibilitaba tener una parra para producir chicha y un espacio para la diversión de los

9. AJSE, causas criminales, 14 de agosto de 1933.

10. En 1938, según el Departamento de Higiene Social, en San Felipe había 140 prostitutas inscritas (Allende 1939). Respecto a la prostitución, véase Bello 1992.

11. AJSE, causas criminales, leg. N° 2168, M16 causa N°10, enero 9 de 1917.

concurrentes. No obstante, los casos de asaltos o violencia al interior de estas propiedades eran frecuentes. Las riñas y disputas personales permeaban la vida familiar, aunque no siempre sus integrantes estuvieran implicados. Un propietario de chacra, Andrés Saavedra, señalaba "que encontrándose en la ramada que posee en una chacra de su pertenencia, en la calle Placilla en compañía de su esposa Aurelia Ramirez, de su hermano David Saavedra, sus amigos Manuel i Victor Canto de 24 y 20 años respectivamente estos ultimos i Maria Luisa Gonzalez i en circunstancias que se bebia i bailaba se presento de improviso en la puerta de la calle Manuel Guerra, quien sin provocacion de parte de los unos arriba nombrados se abalanzo, armado de un gran cuchillo sobre Manuel Canto, infiriendole una herida en la region del corazon que le causó instantaneamente la muerte".¹²

Las ramadas, aunque no generaban gran cantidad de dinero, eran muchas veces asaltadas. Los asaltos se realizaban con cierto grado de violencia y generalmente implicaban a la familia que se encontraba en la propiedad, como lo que ocurrió en el caso de Juan de la C. Castro Correa, quien "salió de la ramada de una Chacra que posee en el camino a Jahuel y próximo a los Baños de la Higuera y recién que habían salido, se presentaron dos individuos desconocidos ... y sorpresivamente procedieron a amarrar a su esposa Marta Rivera de Castro y a su yerno ... lanzándoles palabras obscenas y preguntándole donde tenía la plata".¹³

Las cantinas o expendios de bebidas alcohólicas que las familias mantenían en las casas también eran focos constantes de asaltos, riñas y agresiones, como vemos en el caso de Fidel Fernández, dueño de una de ellas, asaltado junto a su mujer, quien "epuso que se habían presentado en su casa cinco malhechores, de los cuales tres penetraron al interior de su habitacion armados de rifles recortados i despues de amarrarlos a él i su esposa i haberlo golpeado con las armas haciéndole una herida en la frente como de tres centímetros mas o ménos; procedieron a quitarle dieziocho pesos en dinero i un par de zapatos de su esposa".¹⁴

El alcoholismo general de la población, si bien fue una realidad en todo el país, en aquellos lugares de tradición vitivinícola y de fácil acceso a su fabricación y comercio, como en el caso de San Felipe, alcanzó mayores dimensiones. Este fue uno de los motivos principales de aprehensión. En 1909, de los 1.261 hombres ingresados a la cárcel de San Felipe, 883 fueron por ebriedad, correspondiendo al décimo lugar a nivel nacional, de un total de 79.¹⁵ Al observar las declaraciones de los detenidos, víctimas o testigos, gran parte de ellos señalaba como la causa o antecedente del delito, el haber bebido, como Miguel Berríos, gañán acusado de herir a un amigo, quien se defiende diciendo que "esto ha pasado nada más por mi borrachera y mi fatalidad porque eramos mui amigos con Nicanor Diaz".¹⁶ Esta característica era asumida en general por hombres y mujeres como algo natural y, por tanto, la posterior agresión quedaba de alguna manera amparada en esta realidad:

Pedro Miranda Miranda, chileno, casado, 35 años, analfabeto, gañán domiciliado en el fundo 'Escorial' detenido hoy a las 16 hs. en calle Puente ... pasa a disposición de US. por

12. AJSF, causas criminales, N° 1259, febrero 27 de 1912.

13. AJSF, causas criminales, leg. 29 N° 5727, 1930.

14. AJSF, causas criminales, mayo 13 de 1904.

15. *Anuario Estadístico* 1909, p. 185.

16. AJSF, causas criminales, noviembre 8 de 1904.

la responsabilidad que puede afectarle en el delito de lesiones graves de que fué víctima Jose Reyes Roman, el que, momentos antes, se habia presentado a esta Comisaria manifestando que en circunstancias que andaba en compañía del detenido y de Manuel González, trabajadores tambien del fundo 'Escorial', y se encontraban bebiendo en un negocio de la calle Puente, González sin mediar provocación de su parte y sin causa justificada, lo agredió a cuchillo.¹⁷

Las fiestas que se realizaban durante el período de cosecha también fueron momentos aprovechados para beber. La trilla, sobre todo, fue un acontecimiento de gran importancia social, donde confluían patrones, trabajadores, familiares, amigos y donde era muy importante el baile, la comida y la bebida en grandes cantidades. En ella se desarrollaba ampliamente la sociabilidad y convivencia campesina, pero también se desataban las pasiones, rabias y rencores, como expone Víctor Lobos Astudillo: "Agricultor 23 años de edad, soltero natural de San Esteban y domiciliado en el Monte y espuso, que el jueves 22 del pte. mes habia ido a una trilla de Esteban Reyes domiciliado en el Monte y despues de haberse terminado la trilla se pusieron a cantar y beber licor y más o menos a las 24 horas se formó un desorden entre Reyes y la señora Domitila Silva Silva con quien este hace vida marital y en vista que la golpeaba de una manera incorrecta procedió Lobos a defenderla por lo que fué recibido por Esteban Reyes con bofetadas y golpes".¹⁸ La violencia contra las mujeres, directa o indirectamente, fue bastante común y, como veremos, se produjo en diversos ámbitos y circunstancias.

La violencia hacia las mujeres

Las mujeres en general fueron víctimas más que protagonistas de la violencia. Frecuentemente eran agredidas por hombres, ya sea por sus maridos, amigos o desconocidos. De un total de 88 acusados, 70 son hombres y 17 mujeres; en cambio, del total de 77 víctimas, hay 21 mujeres.

La ebriedad, fundamentalmente masculina, y el desamparo en que estaban las mujeres e hijos, fueron motivos frecuentes de violencia. No sólo se encontraban solas cuando el marido estaba lejos, sino que muchas veces estaban solas porque el marido había salido a tomar. En este contexto, había casos de violencia intrafamiliar, que involucraba a maridos, esposas e hijos, como señala Rosa del Carmen Avila, quien acusa a su marido de "que anoche como a las 19 horas, en circunstancias que se encontraba en su domicilio en compañía de su hijo Roselindo Herrera Avila, llevo Nicolas [su marido] en estado de ebriedad con insultos groseros y sin motivos justificados le dió de golpes con un hacha a Roselindo".¹⁹

Sin embargo, la violencia de los maridos a sus mujeres no sólo se daba cuando estaban borrachos. María Luisa Salinas Perez, obrera de la Hacienda Quilpué declara que "en circunstancias que poco antes de la hora indicada volvía de su trabajo diario de la Hacienda ... al llegar a la esquina de la Alameda de Maipú con Chacabuco, le salió al encuentro su esposo Olerano Córdova, domiciliado en la Hacienda ... y del cual está

17. AJSE, causas criminales, N° 8000 parte 399, noviembre 6 de 1935.

18. AJSE, causas criminales, leg. 17 N° 5511, marzo 26 de 1929.

19. AJSE, causas criminales, leg. 8 N° 6261, agosto 21 de 1931.

aparte cerca de dos meses, agrediéndola con las manos y ocasionándole lesiones leves en la cara y ojo izquierdo".²⁰ En este caso, lo más probable es que el marido golpeará a la mujer por el hecho de estar alejada de él, lo que no concordaba con el comportamiento que debía tener una esposa.

La alta dependencia económica de las mujeres que habitaban en fundos y haciendas aumentaba las posibilidades de ser agredidas y no poder defenderse. Dentro de las haciendas, la organización del trabajo, como señalamos, se realizaba bajo una estricta división sexual. En este contexto, el salario o las posibilidades de obtener ingresos eran prioritariamente masculinos, pues los oficios a los que tenían acceso las mujeres generaban ganancias esporádicas y, generalmente, menores. Ante esta realidad, la dependencia y subordinación femenina era fuerte, lo que las exponía en mayor grado a posibles agresiones de patrones, control por parte de los curas misioneros, asedio sexual de los administradores y/o violencia de sus maridos, sin la capacidad, muchas veces, de rebelarse, como en el caso de Elvira Lopez Pizarro, domiciliada en el fundo San Miguel, quien señalaba que "el día martes catorce del presente como a las doce del día mas o menos llegó mi marido Sixto Pizarro Velasquez almorzar i sin motivo ninguno llegó haciendo pedazos las sillas i enseguida le dio de golpes a la declarante con un fierro, por lo que le quebró la mano derecha. Inmediatamente fui a pedir auxilio a don Roberto Parker en la hacienda San Miguel, quien le dió orden a don Teófilo Leroy para que le diera aviso a los carabineros".²¹

En el caso de las familias pequeño-propietarias, las mujeres, si bien tenían mayor independencia y menor control externo sobre sus vidas, también eran agredidas, aunque podían responder ante la agresión o buscar apoyo en amigos o familiares, con mayor facilidad que las mujeres de las haciendas. En algunas ocasiones había terceros que intercedían directamente para defenderlas, siendo a su vez atacados. Es el caso de Juan Segundo Diaz, a quien se le acusó de haber agredido con un cuchillo a Orellana, en circunstancias "que se encontraban en casa de Nuñez, en union de don Humberto Urquieta, Rosa i Juana Nuñez; por cambio de palabras que tuvo Diaz con su mujer Carmen Gonzalez; Diaz sacó cuchillo para pegarle, en vista de esto, el señor Urquieta i Orellana trataron de intervenir en el asunto cargando contra ellos".²²

Las mujeres que estaban solas o cuyo marido estaba ausente también estaban expuestas a ataques de hombres extraños, ante lo cual poco podían hacer. Generalmente estas agresiones estaban relacionadas con el interés de robar, asaltar o violar a la mujer o hijas más jóvenes que hubiese en la casa, como fue lo que le ocurrió a Teodolinda Saavedra, sobrina de María Duarte, quien indicó que "como a las siete de la noche mas o ménos, me encontraba en mi casa ... acompañada de mi sobrina Teodolinda Saavedra, cuando llegaron de improviso Victor Bernal, alias el Rastra y Miguel 2º Cabrera, tratando éste último de violar a mi sobrina a quien arrastró mas de diez metros, desde la casa hácia la viña que hai en la propiedad, despedazándole la blusa i despojándole de una cadena de plata".²³

En otro caso, declara una mujer que entraron dos hombres armados de carabinas a su casa particular, con el fin de revisar la viña y sacar chicha, y "que cuando llegó

20. AJSE, causas criminales, leg. 27 N° 5770, marzo 4 de 1930.

21. AJSE, causas criminales, leg. 16 N° 5721, enero 21 de 1930.

22. AJSE, causas criminales, N° 923, agosto 16 de 1910.

23. AJSE, causas criminales, leg. 9 N° 13, febrero 27 de 1914.

Sanchez con la chicha, Rojas se fue a sentar en la falda de Luisa Molina, entónces intervino la abuela de ésta Margarita Espínola a la cual quiso pegarle, por lo que intervino la declarante i Rojas le dió a ella una bofetada; interviene su hijo Manuel Jesus Salinas ... que intervino su marido Agustin Salinas i con un yatagán le pegó a Rojas en la sien ... que en seguida la Teresa Salinas le llamaba i pedia ausilio diciéndole que Rojas la estaba violando pero ella no pudo ir en su ausilio".²⁴

La soledad en que se encontraban a veces las mujeres de pequeños propietarios, la ebriedad masculina, la incapacidad de defenderse o la dependencia económica, principalmente de las mujeres de familias inquilinas, fueron elementos que incidieron en la violencia hacia ellas. En el caso de las últimas, creemos que lo central es la jerarquía de poder que existía en la familia, y la subordinación y dependencia en que se encontraban. Ellas debían realizar determinadas labores en determinados espacios; su sociabilidad estaba también determinada y se les prohibía otro tipo de relación. Esto se reflejaba de manera dramática en el caso de las mujeres jóvenes, que tenían muchas veces prohibición para salir o tener contacto con algún hombre. Dentro de las causas criminales, encontramos varios ejemplos de mujeres jóvenes que se fugaban. La denuncia era hecha, en todos los casos que encontramos, por el padre de la joven, quien acusaba al hombre de raptó y a su hija de "abandono de hogar". Es el caso de una joven que, a pesar de tener un hijo con su pareja, debió arrancarse de la casa para estar con él, por la negativa del padre a que se casara. En el interrogatorio ella declara que "el lunes veinticinco del mes en curso salí de la casa de mi padre como a las siete de la mañana y me fui a Rinconada de los Andes acompañada de Domingo Aguilar con el cual he tenido relaciones de marido i mujer desde hace mas de cinco años i tenemos un hijo de tres años de edad. Hace mas de cinco años a que mi padre tiene conocimiento de estos hechos i no ha querido que me case con el citado Domingo Aguilar".²⁵

La negativa de la familia o del padre para que una mujer se casara podía relacionarse también con otros factores, como las diferencias sociales o la resistencia de dejar parte del patrimonio familiar en manos de un yerno que no fuera a mantenerlo y acrecentarlo. En una familia de pequeños propietarios, ante la resistencia del padre al matrimonio de su joven hija, ésta se va con su pareja y tienen relaciones sexuales. El padre pone la denuncia, señalando que se debe obligar al hombre a cumplir la promesa de matrimonio a su hija. El joven señala en su declaración que "le prometió casarse con ella a la Sabina Rosa i está dispuesto a hacerlo. Que ha procedido de este modo para casarse con Sabina Rosa Muñoz porque su padre quería mandarla al Monasterio pero que hoi da el consentimiento para que se case con el declarante".²⁶

A pesar del control que recaía sobre algunas mujeres y la prohibición de la sexualidad, había casos de embarazos adolescentes y abortos. Estos elementos, junto a las malas condiciones de vida, llevaba en algunas ocasiones al abandono de niños, como el incidente que denuncia Isolina Espinosa Ferreira, quien señala que "el sábado tres del mes en curso a las once i media de la mañana llegó a i negocio de cocinería una niña joven con una criatura de pocos días de nacida a comprarme dos platos de almuerzo i despues que hubo consumido la comida me pidio permiso para dejar la criatura en mi casa mientras iba a la agencia de San Martin a recoger unas prendas.

24. AJSF, causas criminales, leg. 17 N° 5542, abril 27 de 1929.

25. AJSF, causas criminales, leg. 16 N° 3031, abril 28 de 1921.

26. AJSF, causas criminales, leg. M16. N° 2331, N° 14, noviembre 28 de 1917.

Hasta la fecha no ha vuelto la citada niña que segun averiguaciones que he hecho hoi se llama Ester Lazo i vive en Putaendo cerca de la Plaza de san Antonio. Que la Ester Lazo habia salido el mismo dia tres del presente del Hospital de San Camilo de esta ciudad en dió a luz la criatura que dejó abandonada en mi casa".²⁷

Aparte de la violencia directa que se ejercía hacia las mujeres, éstas eran afectadas indirectamente, como vimos en las cantinas y casas de prostitución. A veces, a pesar de no estar implicadas o no tener relación con los motivos de las riñas o peleas, se veían involucradas. Delfina Ibacache señala que se "encontraba en una pieza de la casa i mi papá estaba afuera con mi mamá i mis hermanos Mercedes y Clodomira i un amigo, Atilio Arancibia i Pedro Tapia cuando llegaron de acaballo Felipe Zúñiga i Anibal Pizarro quien se dirigió a mi papá dándole de golpes con una huasca de fierro en la cara, yo salí a defender a mi papá entonces este hombre me dio un huazcaso en la frente ... con este golpe me hechó al suelo i quede aturdida por mucho rato".²⁸

Por su parte, las esposas de los aprehendidos debían ir a declarar, pagar fianza o prescindir del aporte económico del marido, en el caso de que fuera encarcelado o muriera en una pelea. En algunas ocasiones, ante una riña, alguno de los involucrados se escapaba, por lo que la justicia recurría a la esposa para ser testigo: "... y trayendo a este cuartel a la esposa de Baez Carmen Godoy confesó esta que su esposo habia salido a tomar y estaba ella en su casa con su hija Ernestina Godoy, y como a las dos de la mañana llegó a su casa Loreto Molina (el agredido) un poco ebrio pidiéndole licor.... Segun declaraciones de La Godoy dise que Molina queria faltarle a su hija por lo que ella se opone y entonces Molina se acuesta en la cama de Carmen Godoy. Momentos despues dise que llega el esposo y ... toma una escopeta y con ella da de palos a Molina".²⁹ Luego de todo esto, ante la ausencia del marido, la mujer debe ir a declarar.

En otro caso, en un sumario para averiguar las lesiones causadas a Manuel Pizarro, éste declara que estaba en la casa de remolienda de Juana Gallardo y no sabe quién lo agredió. La mujer debe ir a declarar, señalando que es verdad que él fue a su casa, pero que se retiró en la tarde y que estaba allí por ser compadre de su hija. Luego debe declarar la esposa del lesionado, quien indica que "mi marido salió en el dia i no llegó en toda la noche i yo salí a trabajar esta mañana temprano; como a las doce de hoi me contaron que mi marido estaba en el hospital". Otra testigo de los hechos, dice que "serían como las nueve de la noche cuando sentimos unos lamentos en la calle.... Pocos momentos despues empujaron la puerta de la calle que se encontraba junta y entro Manuel Pizarro todo ensangrentado.... Al entrar Pizarro a mi casa los hechores empearon a golpearme la puerta e inmediatamente fui a avisarle a mi hijo Luis Quiroz el que salió y por la ventana disparó un tiro de revolver al cual los hechores dispararon en el acto".³⁰ En este caso, hay tres mujeres indirectamente involucradas en los hechos. Deben declarar, probar su inocencia y, en el caso de la esposa, asistir al marido, faltando a su trabajo y prescindiendo, suponiendo que lo tuviera, del trabajo de su esposo.

27. AJSE, causas criminales, N° 2321, leg. 41 N° 21, diciembre 5 de 1917.

28. AJSE, causas criminales, N° 21, enero 16 de 1906.

29. AJSE, causas criminales, leg. N° 10, N° 2239, N°1, junio 6 de 1917.

30. AJSF (Archivo Nacional), causas criminales, Caja 118, fs. 14, enero 23 de 1900.

En síntesis:

Una parte de la realidad familiar de San Felipe a principios de siglo era dura y violenta. La escasez de fuentes de trabajo y la inestabilidad laboral se reflejaba en la existencia de un contingente de hombres jóvenes, principalmente solteros, desarraigados, que recorrían los caminos, pueblos y aldeas en busca de empleo. Por una parte, esta situación nos habla de familias (las de origen) incompletas, en donde los hijos o maridos están ausentes por largos periodos; y, por otra, de la imposibilidad de estos jóvenes de establecer lazos afectivos permanentes, lo que también se refleja en familias incompletas, mujeres solas, hijos ilegítimos.

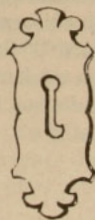
Ante esta realidad, las mujeres de peones y gañanes debían muchas veces hacerse cargo de la mantención del hogar, para lo cual lo que se les ofrecía fundamentalmente era trabajo doméstico en las haciendas; en ocasiones instalaban casas de prostitución y expendios clandestinos de bebidas alcohólicas, adonde iban hombres de todas condiciones sociales.

Las características que señalamos en el caso de peones y gañanes, junto a la sociabilidad masculina rural propia de la época y las difíciles condiciones de trabajo, producían escenas de agresiones, riñas y asesinatos tanto en los lugares de diversión como en calles, caminos y en las fiestas, principalmente aquellas relacionadas con la cosecha.

Por su parte, los pequeños campesinos desarrollaban trabajos de tipo familiar, como la instalación de ramadas y cantinas, las que estaban expuestas a robos y asaltos en las épocas de mayor venta. En estas ocasiones, también se trababan peleas que, muchas veces, implicaban a varios concurrentes. El alto nivel de alcoholismo que había en San Felipe también fue una importante causal de aprensión, así como detonante de situaciones violentas.

Aparte de la violencia que afectaba a hombres y mujeres en estos lugares, las familias rurales también vivían la violencia intrafamiliar, de la cual las mujeres eran las principales víctimas. Las que vivían en haciendas eran más vulnerables y tenían menos posibilidades de defenderse, por la situación de dependencia económica y la subordinación a la que estaban sometidas, no sólo en su familia, sino dentro del sistema hacendal.

Finalmente, la violencia hacia las mujeres también se manifestaba de manera indirecta, siendo afectadas muchas veces en las riñas y peleas. Asimismo, eran llamadas a declarar cuando maridos o parientes caían presos, caso en que debían solventar solas los gastos relacionados con la prisión.



- ALLENDE, Salvador. 1939. *La realidad médico-social chilena*. Santiago: Ministerio de Salubridad, Previsión y Asistencia Social.
- BELLO, Alvaro. 1992. "La prostitución en Temuco, 1930-1950: la mirada del cliente". *Proposiciones* 21. Santiago: Ediciones SUR (pp. 78-88).
- ARANDA, Ximena. 1986. "Las familias pobres rurales en áreas de pequeña propiedad". en: Paz Covarrubias, Mónica Muñoz, Carmen Reyes, eds. *En búsqueda de la familia chilena*. Santiago: Ed. Universidad Católica de Chile (pp. 73-174).
- CAVIERES, Eduardo. 1991a. "Historiografía y familia: de la sociedad tradicional chilena a la transición en la modernidad". En: *Seminario Historia de la familia, la población y las mentalidades. Primer Informe*. Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile (pp. 31-48).
- CAVIERES, Eduardo. 1991b. "Matrimonio y adulterio en el valle central tradicional. Estudio preliminar". En: *Seminario Historia de la familia, la población y las mentalidades. Segundo informe*. Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile (pp. 43-55).
- CAVIERES, Eduardo. 1991c. "Sociedad rural y marginalidad social en el Chile tradicional, 1750-1860". En: Gonzalo Izquierdo F., ed. *Agricultura, trabajo y sociedad en América Hispana*. Serie Nuevo Mundo: Cinco siglos, No 3.
- GONZALES, Soledad, Pilar IRACHETA. 1987. "La violencia en la vida de las mujeres campesinas: el distrito de Tenango, 1880-1910". En: *Presencia y transparencia de la mujer en la historia de México*. México: El Colegio de México. Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer.
- GROSMAN, Cecilia; Silvia MESTERMAN, María T. ADAMO. 1989. *Violencia en la familia. Aspectos sociales, psicológicos y jurídicos*. Buenos Aires: Ed. Universidad.
- LAMAS, Marta. 1986. "La antropología feminista y la categoría 'género'". En: *Nueva Antropología* 30.
- PINTOR, Jorge. 1988. "La violencia en el corregimiento de Coquimbo durante el siglo XVIII". En: *Cuadernos de Historia* 8. Depto. de Ciencias Históricas, Universidad de Chile (pp. 73-97).
- ROMERO, Luis Alberto. 1988. "Rotos y gañanes: trabajadores no clasificados en Santiago (1850-1895)". En: *Cuadernos de Historia* 8. Depto. de Ciencias Históricas, Universidad de Chile (pp. 35-71).
- SALAZAR, Gabriel. 1985. *Labradores, peones y proletarios*. 2ª ed. Santiago: Ediciones SUR, Colección Estudios Históricos, 1989.
- SALINAS, René. 1992. "La violencia conyugal y el rol de la mujer en la sociedad chilena tradicional". En: Carmen Norambuena Carrasco, René Salinas Meza, eds. *Demografía, familia e inmigración en España y América*. Serie Nuevo Mundo: Cinco siglos, No 6. Univ. de Chile, Univ. de Santiago, Univ. Católica de Valparaíso, Univ. Metropolitana de Ciencias de la Educación, Embajada de España (pp. 117-33).
- SALINAS, René. 1991. "Comunidad familiar y estructura del hogar en Chile tradicional. Los Andes 1830-1870". En: *Seminario Historia de la familia, la población y las mentalidades. Primer Informe*. Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile (pp. 1-30).
- SALLES, Vania. 1992. "Nuevas miradas sobre la familia". En: María Luisa Tarrés, comp. *La voluntad de ser. Mujeres en los noventa*. México: El Colegio de México. Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (pp. 137-54).
- SCOTT, Joan W. 1990. "El género: una categoría útil para el análisis histórico". En: J. Amelang y M. Nash, comp. *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. Valencia: Edicions Alfons El Magnanim, Institutio Valenciana d'etudis i investigacion.
- VALDES, Ximena. 1988. *La posición de la mujer en la hacienda*. Santiago: Centro de Estudios de la Mujer.

La familia mapuche durante la radicación *

Alvaro Bello

Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer (CEDEM)

En este estudio se analiza el fenómeno de la imposición cultural de la familia entre los mapuches, desde la perspectiva del discurso y la acción de algunos actores de la sociedad dominante. La idea fundamental de este trabajo es demostrar la importancia que ha tenido el tema de la familia como modelo institucional e ideológico en las relaciones inter-étnicas y, sobre todo, cómo ha servido de instrumento o mecanismo de negación cultural de una sociedad sobre otra.

La familia impuesta

La imposición de modelos de constitución familiar por la sociedad dominante entre los mapuches fue un proceso que provocó importantes transformaciones en la sociedad indígena de principios de siglo. En aquel momento, el país todavía parecía debatirse en una "crisis de crecimiento" como estado-nación y se pensaba que, en parte, la resolución de ella se lograría con la uniformidad nacional, lo que significaba

* Este artículo forma parte de los antecedentes para un estudio mayor sobre la demanda educacional indígena en Chile, el que se encuentra en sus etapas iniciales.

la anulación de la diferencia, representada por lo indígena. Pero el debate no sólo se daba en el terreno cultural: la uniformidad también se lograría por la transformación de la base económica y territorial mapuche, la cual debía acomodarse o ser acomodada a los códigos del mercado y la propiedad.

La estructura social mapuche prerreduccional se componía de familias extensas o *lov*, "en que convivían todos los descendientes masculinos del padre o jefe de familia" (Bengoa 1987). Estas familias se agrupaban con sus rucas en torno a la figura de un lonco o *ülmen* formando conjuntos de familias más o menos emparentadas e independientes entre sí. Territorialmente eran familias móviles que se podían desplazar a distintos lugares cuando escaseaban los recursos. Existía la poligamia y la división sexual de las labores domésticas. La vida de los mapuches se desarrollaba básicamente en torno a la familia y las actividades domésticas y productivas.

La tendencia de los clanes y familias a relacionarse hacia afuera impidió que la radicación terminara con todo. Muchos aspectos se mantienen hasta hoy, transformados o encubiertos a pesar de los intentos de aniquilación cultural experimentados.

La radicación

Con la radicación (1883-1929), se inició la integración y subordinación de los mapuches a la vida nacional. Durante este largo período, el estado, a través de sus organismos locales, deslindó la propiedad indígena entregando los llamados Títulos de Merced, con los cuales se arrinconó a los mapuches en pequeños retazos de tierra.¹ De este proceso nacerán las comunidades o reducciones, dándose fin a la organización social y política de la sociedad indígena hasta antes de la derrota militar de 1881.

La etapa reduccional tuvo diversos sentidos para la sociedad de entonces, pues, además de caracterizarse por la imposición cultural y la usurpación territorial, fue el eje desde el cual los mapuches articularon la resistencia y la readecuación a los nuevos procesos sociales y económicos del siglo XX.²

Las relaciones inter-étnicas de este período permitieron el surgimiento de diversos actores huincas (no mapuches) interesados en acelerar los procesos de asimilación cultural indígena, apelando a discursos maniqueístas con el fin de neutralizar la persistencia cultural india.

Durante el período, la sociedad dominante articuló estrategias en torno al control social y territorial. Para ello utilizó la educación de niños y niñas, el disciplinamiento de los jóvenes varones por medio del servicio militar y de las mujeres por la escuela. Simultáneamente se buscó la división sexual del trabajo y la constitución civil y religiosa de la familia.³ La constitución de la propiedad austral, plasmada en la radicación indígena, fue un apoyo directo y complementario de estas políticas.

Como resultado de tales estrategias se esperaba, por una parte, la campesinización de un sector (minoritario) de la población mapuche, según el modelo del pequeño campesinado de la zona central del país. Con ello, además, se esperaba lograr una

1. Sobre la forma en que se llevó a cabo la radicación, véase Bello (1993/94).
2. Existe información más detallada sobre el período reduccional y sus consecuencias generales en Bengoa (1987, Tercera Parte); Bengoa y Valenzuela (1984); Foerster y Montecino (1988).
3. Sobre el tema de la educación mapuche y su demanda desde la base indígena, véase Marimán (1993).

rápida transición de ese segmento más "moderno" de campesinos-mapuches hacia su inserción en el mercado de tierras y de productos locales y regionales.

En segundo término, se suponía que el disciplinamiento de la mujer y de los jóvenes permitiría la asimilación cultural de la mayor parte de la población aborigen y su migración hacia los centros poblados, con lo cual se liberaría una porción importante de tierras que se consideraba desaprovechadas en manos mapuches.

En este contexto, la familia huinca, como modelo general⁴ (constituida en matrimonio monógamo, con roles y funciones diferenciados sexualmente, con una mujer subordinada al hombre, etc.), pasó a ser para los mapuches una institución impuesta desde fuera de su cultura, y vinculada a elementos negativos como la usurpación y el atropello, en un primer momento, y más tarde vínculo entre el retraso y el "progreso", entre lo blanco y lo indio, entre lo bueno y lo malo. No obstante, la familia impuesta fue asumida en principio como una especie de vestimenta del mapuche, por la cual lograría el reconocimiento de sus tierras y un trato de mayor horizontalidad con los huincas.

La resultante de la desvalorización de la identidad mapuche promovida por las campañas de constitución familiar constituyó un caldo de cultivo adecuado a los discursos y estrategias huincas operantes en el período. La educación, en este sentido, tuvo una importancia central como vehículo para generar mecanismos de imposición cultural de la familia, y aunque sus efectos fueron en un principio aparentemente parciales, más tarde se convirtieron en la base de los actuales procesos interculturales.

Lo singular de esta historia es que siempre contó con la resistencia mapuche, la que operó de un modo "engañoso" para los huincas, que creyeron ver a una sociedad en estado terminal.

El fin de los mapuches

Cuando Tomás Guevara, profesor del Liceo de Temuco, publicó en 1913 su libro *Las últimas familias y costumbres araucanas*, probablemente lo hizo pensando en un futuro cercano y final de "la raza", la que aparentemente asimilaba con rapidez la cultura impuesta por la sociedad chilena. Asimismo, el padre capuchino Félix de Augusta se dedicó con ahínco a estudiar y aprender la lengua mapuche, motivado, entre otras cosas, por la idea existente en su orden misional respecto a que en el futuro la lengua de Arauco desaparecería para siempre, reemplazada por el castellano.

Estas visiones eran compartidas, de diferente forma, por un importante sector de la población no mapuche. En realidad, muchos consideraban que lo indígena debía desaparecer como cultura, pues las costumbres del pueblo mapuche avergonzaban al país. Según esta misma opinión, los indígenas eran incapaces de hacer producir la tierra y, en definitiva, si ahora eran chilenos debían comportarse como tales.

Algunas de estas ideas —escatológicas e intolerantes— eran en parte el reflejo de algunas situaciones que estaban a la vista: la miseria y las enfermedades en las comunidades, el abandono de la lengua y las costumbres ancestrales por aquellos que

4. Para mayor claridad en la cuestión de los modelos de familia imperantes en la sociedad chilena desde el siglo XIX en adelante, véase los interesantes estudios Salinas y de Cavieres, ambos en: *Historia de la familia, la población y las mentalidades. Primer Informe* (Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, s/f).

se educaban en la ciudad, y la desaparición del poder político y militar de los loncos.

Según Foerster (1984), algunos sectores sostenían este discurso como justificación para la apropiación de las tierras mapuches. Este proceso, que en muchos casos se convirtió en un despojo incontrolable y violento contra el indígena, constituyó una base material sobre la cual se montaron esquemas ideológicos, construcciones simbólicas y reales desde las que se han articulado las relaciones entre mapuches y chilenos en este siglo.

Desde aquel conflictivo núcleo relacional surgieron las representaciones del indio flojo, borracho, ignorante o ladrón, las que permitieron justificar o a lo menos atenuar el impacto social de la acción de los usurpadores. Según el pensamiento de la época, los indios no sabían trabajar la tierra o no querían hacerlo; como contraparte, había cientos de ansiosos y, sobre todo, laboriosos "ocupantes nacionales", rematantes y colonos esperando por una hijuela u ocupándola a como diera lugar.⁵ A pesar de estas situaciones, es notable cómo las propias organizaciones indígenas se resistían a esa visión, oponiendo una autovaloración positiva (Foerster & Montecino 1988:81-88) que impedía la penetración completa del discurso huinca. Sin embargo, un sector importante de la población mapuche, sobre todo el que migró a la ciudad, sintió el peso de la estigmatización y recurrió, para defenderse, a diversas estrategias de "blanqueamiento social".

En contraste con tal actitud, hubo quienes optaron por otras estrategias de acercamiento y de transformación cultural: personas y organizaciones inspirados por ideas cristianas y humanistas, entre los que se encontraban los misioneros católicos y anglicanos, los Protectores de Indios,⁶ abogados, intelectuales, políticos, organizaciones sociales y sindicales.

Sin embargo, la conjunción y acción de aquellos actores no estuvo exenta de ideas etnocidas, pues aunque condenaban cualquier acto de usurpación de tierras pidiendo incluso su restitución, creían firmemente en que la única forma de superar "el problema mapuche" era alentando la transformación de los indígenas "más trabajadores" y "modernos" en campesinos como los de la zona central del país. Según eso, los que no pudiesen llegar a aquel estadio se verían obligados a emigrar a la ciudad, transformándose en ciudadanos chilenos, asimilados e iguales al resto de sus compatriotas. En este sentido, la labor tanto de los misioneros como de otros actores —la Comisión Radicadora y el Ministerio de Tierras y Colonización, los juzgados, las intendencias y los municipios entre otros—, apuntó a la transformación cultural de la sociedad mapuche como medio de superación del problema indígena, que en definitiva era el problema de las tierras mapuches.

5. El mismo Presidente Ibáñez habría dicho, según Monseñor Guido de Ramberg, Vicario Apostólico de la Araucanía: "Los indios de los alrededores de Temuco me tienen completamente aburrido", agregando que prefería entregarles terrenos a los ocupantes nacionales que "a un indio flojo, que no hacía perder más que su tiempo en celebración de guillatunes y borracheras". *El Heraldo del Sur*, 2 de febrero 1929.
6. Los Protectores de Indios eran abogados designados por el estado para la defensa, asesoría y protección de los indígenas durante la radicación. En general, fueron personas de buena voluntad, conscientes de la problemática indígena. Cuando pudieron, denunciaron los atropellos de la autoridad o de los particulares.

Una estrategia para transformar la familia mapuche

La estrategia tramada por la sociedad dominante para la transformación social y cultural mapuche fue dirigida a un punto básico de su estructura social: la familia.⁷

En el período de la radicación o reducción, la familia mapuche se encontraba especialmente débil: los grandes linajes existentes hasta antes de la ocupación habían sido desarticulados; las entregas de Títulos de Merced se hacían sin respetar el prestigio y el poder de los grandes loncos, a los que se igualaba con sus mocetones o con cualquiera de sus mozos. Así se perdía un poder aglutinador de linajes completos, de grupos de familia. La sociedad mapuche se atomizaba a medida que la radicación seguía su curso.

Si en un principio la Comisión Radicadora se inclinó a entregar títulos por grandes extensiones,⁸ luego, cuando los remates de tierras, los procesos de colonización y las ocupaciones ilegales incrementaron la presión sobre ellas, se tendió a la entrega de cabidas menores, muchas de ellas unipersonales (para una familia o para una persona, en algunos casos), con lo que las superficies entregadas disminuyeron notablemente. A estos hechos se sumó la arbitrariedad de las mensuras. Según la ley, los indígenas tenían derecho a proponer el deslinde de la tierra que ocupaban, pero la Comisión falló en contrario en infinidad de ocasiones, haciendo caso omiso de los deslindes propuestos por los indígenas. La Comisión tenía amplias facultades para actuar en terreno y, cuando "faltaba tierra" para radicar, trasladaba en forma administrativa a familias o grupos de familias completos, de un lugar a otro.

Los primeros resultados de esta política fueron la fuerte reducción del espacio habitado por indígenas, lo que los obligó a abandonar la economía ganadera a cambio de una economía basada en una agricultura de pequeña escala que, a la larga, debido a la presión por la tierra, se transformó en una economía de autosubsistencia (Bengoa & Valenzuela 1984). La constricción del espacio y el traslado de familias a otras reducciones provocó conflictos inter-étnicos de diversa intensidad, a los que se sumaban aquellos con los usurpadores. La estructura parental se lesionó profundamente, las familias extensas prerreduccionales fueron diseminadas en múltiples familias cerradas que limitaron progresivamente su relación con el resto de la comunidad.

Tomás Guevara habla del afloramiento de una cierta conciencia individualista entre los indígenas del período. Tal vez ello refleja, parcialmente, lo que ocurría al interior de la sociedad mapuche presionada desde fuera, pero también denota una falta de comprensión de un fenómeno nuevo para los mapuches, organizados desde antiguo en linajes más o menos abiertos y de carácter endogámico, y ahora enfrentados al arrinconamiento reduccional.

7. La crítica cultural y moral a la estructura familiar mapuche y la condición de la mujer no era nada nuevo en el país; así se desprende de los escritos de los cronistas y viajeros que pasaron por la Araucanía desde la llegada del conquistador español en adelante. Barros Arana, en su *Historia de Chile*, publicada tan sólo tres años después de la incorporación del territorio araucano, revive la crítica a las "bárbaras costumbres" que según él caracterizarían a la familia mapuche, destacando la "humillante" posición que habría ocupado la mujer. Tales argumentos son los mismos que estarán presentes hasta bien entrado el siglo actual. Véase Barros Arana (1884), Tomo Primero, Capítulo IV.

8. Un número importante de los Títulos de Merced entregados entre los años 1884 a 1889 superan las 200 hectáreas. En cambio, en las décadas siguientes se constata una clara tendencia a la disminución de las superficies; muchas no superan las 8 hectáreas y existe un porcentaje altísimo que promedia las 2 o 3.

Junto con la propiedad de la tierra, las familias mapuches perdieron la movilidad a la que estaban acostumbradas hasta antes de la ocupación. Así relata ese pasado reciente el indígena Lorenzo Kolimán:

Antes que el gobierno le arrebatara sus terrenos a los mapuches para venderlos en remates i los particulares para agrandar sus propiedades, había mucha facilidad para cambiarse de un lugar a otro.

El hijo de un cacique sin las tierras necesarias, se establecía en otra parte i fundaba una familia. Cualquiera que se sintiese mal en una reducción, se iba a otra parte i tomaba los terrenos desocupados, a veces con permiso del cacique más cercano.

(Guevara 1913)

La noción de territorialidad debió cambiar fuertemente en la mente de los despojados dueños de la Araucanía. Sin embargo, fue un proceso lento; el espacio ganadero se transformaba ahora en un espacio agrícola y las estrategias productivas eran precarias e inseguras; los hombres siempre habían ido a la guerra y la agricultura era labor de las mujeres (Montecino 1984). De este modo, las rápidas readecuaciones vulneraron los puntos centrales de la estructura social y económica mapuche.

Frente a estos fenómenos, las familias mapuches parecían debilitadas, blanco fácil de los propagandistas de la fe y del discurso de la civilización. En este ambiente, los grupos de influencia en la región apelaron a la educación como el método de mayor eficacia para la integración indígena. Esta idea fue ampliamente compartida por algunas de las organizaciones que actuaron en el período, especialmente por aquellas vinculadas a las Iglesias Católica y Anglicana. Se podría decir que desde aquella época los indígenas comenzaron a valorar colectivamente la educación como un instrumento de integración a la sociedad chilena, la que era percibida como "un elemento de progreso para la raza".

La constitución familiar: un recurso de poder y un instrumento

En este campo, los capuchinos fueron actores influyentes. Los ejes de su acción se situaron en el problema de la poligamia, de los bautizos e inscripciones legales de matrimonios e hijos. La atención se concentró especialmente en la redefinición del papel de la mujer dentro de la sociedad mapuche, ya fuese como machi, madre o esposa y, por lo tanto, como factor fundamental de la reproducción cultural. A los ojos horrorizados de los misioneros, las mujeres eran objetos transables, mancilladas por la deshonor de la poligamia y de los hijos naturales. A ellas y a sus hijos debía apuntar la educación y disciplina. Los jóvenes, en tanto, debían hacer el Servicio Militar, pues con ello se conseguiría la transformación global de la raza.

El Araucano, periódico oficial de la Unión Araucana y de los misioneros capuchinos, dedicaba numerosas páginas al tema de la educación de la mujer mapuche. "¡Instruid a vuestras hijas!" pedían a las familias.

No basta que el niño, el hombre aprenda en la escuela a ser y portarse como una persona civilizada sino mucho más lo necesita la niña; porque lo que ella es lo serán los hijos; si la madre es sucia, sucios serán los hijos; si la madre es floja, flojos serán los hijos. Pero si la madre es persona inteligente y civilizada, inteligentes y civilizados serán sus hijos;

si la madre es limpia y aseada, aseados y limpios serán sus hijos; si la madre es trabajadora, trabajadores saldrán los hijos. Pues indígenas, ¿queréis que vuestros descendientes sea poco a poco iguales a los hijos de las personas cultas y civilizadas? Entonces poned no sólo a vuestros hijos, sino también a vuestras hijas en los internados, en los colegios misionales.

El Araucano 2, febrero 1926, p. 2.

Las mujeres eran el verdadero agente de la civilización, una especie de fuente de poder desde la cual se podría lograr la transformación de la base cultural mapuche.

A pesar de esto, la visión que los padres capuchinos poseían de las mujeres mapuche oscilaba frecuentemente entre la misericordia y el enojo. Lo primero porque se compadecían de "unos pobres seres" tratados como productos de intercambio y enriquecimiento, refiriéndose a los raptos y matrimonios concertados en que el padre de la mujer recibía a cambio especies y animales en compensación del alejamiento de su hija. Las mujeres en la sociedad mapuches eran —y son— consideradas sujetos fundamentales para la economía familiar. Al alejarse una hija por causa de matrimonio, el futuro marido debía pagar por el "daño" ocasionado a la economía familiar.

Los misioneros consideraban, naturalmente, que la poligamia era un vejamen para la mujer, una humillación de su condición femenina, pero detrás de eso veían un aceptación y una complicidad de tal estado de cosas. Según estas opiniones, eran ellas mismas quienes mantenían la poligamia, cediendo a compartir los favores maritales con otras mujeres. La mujer, por tanto, era poseedora de una cierta perversidad; por eso se la acusaba de bruja cuando oficiaba de machi,⁹ se le atribuían poderes genéricos y eran consideradas las causantes de los periódicos envenenamientos de hombres (*El Araucano*, julio 1927, p. 2; agosto 1927, p. 3).

Los esfuerzos por terminar con la poligamia llegaron al Parlamento, que se preocupó de incluir normas sobre la constitución familiar y la monogamia en los proyectos de ley sobre división de comunidades mapuches.

...con este proyecto se pondría fin a un estado de cosas que constituye la mancha de la raza y se presta a comentarios desfavorables para el país entero. Nos referimos a la poligamia que, a pesar de los esfuerzos de los misioneros y demás agentes de la civilización, no ha sido desarraigada de los hábitos mapuches; con el proyecto se crean intereses en torno de la monogamia, sin perjudicar a la prole.¹⁰

Los intentos por constituir la familia y disciplinar a la mujer mapuche, no estaban aislados de las campañas que los terratenientes de la zona central del país emprendían hacia las mujeres de las haciendas. En el mismo período en que ocurrían los hechos de la Araucanía, la Sociedad Nacional de Agricultura realizaba una verdadera campaña para que sus asociados educaran a las mujeres de sus propiedades (Arteaga 1993). En ambos casos, el discurso de la constitución familiar, del matrimonio y los hijos naturales, operaba como un fuerte argumento ideológico para la conquista de objeti-

9. Montecino (1984) habla del origen histórico de la persecución a las mujeres que oficiaban de meicas, machis, curanderas. Una crítica a la labor de las machis se puede leer en el artículo "Las machis y su obra destructora", en *El Araucano*, diciembre 1927, pp. 2-3.

10. Se refiere al proyecto de división de la propiedad mapuche presentado por el señor Carlos Alduante Solar. En "La solución del problema indígena", firmado por "X", *El Diario Ilustrado*, citado en *El Araucano*, septiembre 1926, p. 1.

vos como la subordinación al trabajo campesinos y al poder masculino. Por esto, el modelo de familia campesina no constituía un fin en sí mismo; más bien era un puente para el disciplinamiento de la familia completa, por el cual se controlaba problemas como el alcoholismo, el ausentismo laboral, la productividad y las migraciones campo-ciudad. La familia modelo promovía la sedentarización de los inquilinos. Entre los mapuches la constitución familiar alejaba el peligro de la poligamia y de los hijos naturales, promovería el individualismo y el control de la mujer, la educación de los miembros de la familia los empujaría a salir de la "barbarie" para entrar en la "civilización".

En cierta forma, se apoyaba la migración a la ciudad porque ella alejaba del entorno "salvaje" de la comunidad. Dicho de otro modo, la comunidad, resultado de la radicación hecha por los huincas, era un espacio de reproducción cultural mapuche que impedía el ingreso de la civilización. De ahí el consenso implícito entre usurpadores, educadores, evangelizadores y civilistas.

El Registro Civil, la escuela, el regimiento...

Además de las mujeres, las campañas tenían como destinatarios a niños y jóvenes de ambos sexos. Tanto las autoridades civiles como las eclesiásticas promovían la inscripción de los recién nacidos en el Registro Civil. Para ello, los mapuches quedaban exentos del pago de la inscripción, sancionándose a aquellos oficiales que transgredieran la medida (*El Arucano*, julio 1926, p. 3).

Los niños, y especialmente la niñas, eran consideradas el una base que influiría en la futuras generaciones, y que había que modelar: se les inculcaba el amor por la profesiones liberales o por el trabajo eficiente del campo. Las misiones capuchinas acogían, según los padres, a unos cinco mil niños y adolescentes en sus escuelas-internados,¹¹ donde se les enseñaba, además de la lecto-escritura castellana, labores de costura a las mujeres, y a los hombres el trabajo con herramientas y maquinarias simples, además de sastrería y otros oficios. Las misiones-escuelas se ubicaban en lugares como Padre Las Casas, San José de la Mariquina, San Juan de la Costa, Trumao y Quilacahuín, Temuco y Panguipulli.

La labor educativa de los misioneros se enfrentaba a numerosas dificultades, pues en una sociedad acostumbrada al trabajo familiar, los niños siempre fueron considerados parte de la fuerza laboral doméstica. Por tal razón, los capuchinos solicitaban todos los años, al comenzar las clases, que los padres enviasen a sus hijos en marzo y no a fines de abril o mayo, cuando las cosechas y preparación de terrenos estaban concluidas. Pedían además que alejaran a los niños de las actividades pastoriles y de todas aquellas labores que restaban tiempo a la escuela. Sin embargo, la educación impartida por los misioneros anglicanos y católicos tenía una clara orientación agrícola, pues el objetivo, como se ha dicho más arriba, era convertir a una parte de la población mapuche en eficientes campesinos.

Así como la poligamia, la educación también fue considerada dentro de los

11. Estas cifras fueron permanentemente cuestionadas por las otras organizaciones indígenas, e incluso por personas del gobierno que no justificaban los gastos que la labor de los misioneros causaba al erario nacional.

proyectos y leyes de división de comunidades de fines de los veinte. El señor Luis Morales, jefe del Servicio de Colonización, indicaba en 1927 lo positivo de uno de los puntos del proyecto presentado por el diputado Manuel Manquilef, del que rescataba "los medio indirectos de que se vale el proyecto para civilizar a los indígenas" (*El Araucano*, enero 1927, p. 3).¹²

El proyecto de Manquilef cuajó en la Ley 4.169 (del 29 de agosto de 1927), que en su artículo 10 consignaba que, para poder gravar o enajenar las hijuelas resultantes de una división, se requería haber dado cumplimiento a la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria como mínimo. También podrían vender su hijuelas quienes "se casaren civilmente con mujer que sepa leer y escribir; y los cónyuges, que sin saber leer ni escribir, tuvieran uno o más hijos que reúnan tales condiciones y sean mayores de veinte años podrán gravar o enajenar sus hijuelas previa autorización judicial".¹³

Es cierto que aquella disposición se hacía frente a los engaños de los usurpadores, quienes se aprovechaban de los indígenas que desconocían la lengua, las letras y las leyes huincas. Sin embargo, esta misma medida operaba fácilmente en otro sentido: educar para que el indígena se deshiciera de su tierra con "conocimiento y responsabilidad".

Así, la constitución familiar y la educación civilizatoria corrieron a la par con la constitución de la propiedad austral.

Los jóvenes, en tanto, eran llamados a cumplir con el Servicio Militar. Tanto los entes estatales como los misioneros consideraban el deber militar como un espacio de disciplina y orden que aportaba a la educación y al futuro de los mocetones. Lo militar y su vínculo con lo urbano habrían de permitir una inserción plena de los jóvenes mapuches a la vida cívica, inserción en la cual era preciso definir cuál era la patria y los valores que se debían defender. La enseñanza de los valores y principios de la cultura nacional por vías castrenses, fueron, como lo ha sido hasta hace muy pocos años en Chile, una fuente de inspiración del orden y disciplina para la raza, lo que también contribuyó a la creación de mitos como el del mapuche "buen soldado", valiente y sufrido.

Ya se publicaron las listas de los llamados al Servicio Militar. Los hijos de la raza han demostrado su valentía. De 900 voluntarios inscritos en la Oficina de Reclutamiento de Temuco son cerca de 800 los indígenas. El Regimiento Eleuterio Ramírez en Temuco será reclutado este año casi totalmente de las filas de los jóvenes indígenas.

El joven que entra en el Cuartel de su Regimiento no solamente sirve a su Patria, sino que se beneficia a sí mismo demostrando buena voluntad. En el servicio militar puede apropiarse cualidades que son de sumo valor para la vida. Aprende a prestar obediencia incondicional, obrar con exacta puntualidad, conservar orden y limpieza, cumplir sus deberes, venciendo esa lasitud y desidia que se nota frecuentemente como defecto de la raza.

El Araucano, marzo 1929, p. 1.

Del mismo modo, la inserción de los jóvenes mapuches en el servicio militar colaboraba, como dice Bengoa (1987:382), en la transformación de una masa campe-

12. El diputado Manquilef fue un dirigente indígena que adhirió fuertemente a la causa integracionista. Véase Foerster & Montecino (1988).
13. La Ley 4.169 fue duramente rechazada por organizaciones indígenas como la Sociedad Caupolicán y Federación Araucana. Véase Foerster & Montecino (1988):73-81.

sina precapitalista, en fuerza de trabajo para la industria y las actividades productivas de la urbe.

...en suma, todos los que miran hacia Arauco no sólo con el cariño que despierta la gloriosa tradición sino con el positivo interés de los que anhelan ver incorporarse en la familia chilena a elementos que han demostrado valiosas facultades de asimilación y de trabajo, habían venido afirmando en diversas formas y oportunidades que había llegado el momento de fundir los restos de raza aborigen con la población nacional, para que de una vez por todas hubiera entre los hijos de Chile nada más que chilenos.

"La solución al problema indígena", p. 1.

En definitiva, se pensaba que la educación entregada a los mapuches, tanto en la escuela como en el regimiento, debía tener un carácter chilenzador, por una parte, y de constitución familiar y de roles sexuales al modo "occidental", por otra.

Del "caos" al "orden": la sociedad y el territorio mapuche

El control de la sociedad mapuche por parte de los huincas está plenamente ligada al control de los recursos naturales como la tierra. La familia mapuche debía ser transformada porque, al igual que el territorio que ocupaban, era caótica, sin gobierno. La civilización debía entrar en el territorio para ordenarlo y para deslindar e introducir la propiedad de la tierra, para "limpiar" los territorios cubiertos de bosques y para constituir a la familia en matrimonio civil monogámico, educarla y formar chilenos de las "hordas salvajes".

No es casualidad que quienes estaban encargados de deslindar la propiedad mapuche, la Comisión Radicadora y los organismos del Ministerio de Tierras y Colonización, en muchos casos se tomaran atribuciones que no contemplaba la ley, sobre todo algunas realizadas a petición de los grupos de poder local y de agentes de la colonización y del Estado. Los Títulos de Merced se entregaban de preferencia a aquellas familias constituidas según las normas chilenas y, si no, se las instaba a hacerlo con el fin de evitar futuros problemas sobre su propiedad. El avance de la civilización era un todo orgánico: así como se mensuraba y deslindaba el territorio, como se tasaba y se vendía, asimismo se constituía la familia, se disciplinaba a la mujer y a los jóvenes.

Para los mapuches la radicación, con toda su carga negativa, fue la única tabla de salvación contra los usurpadores, tinterillos y especuladores, pues "gracias" a las normas que prohibían la enajenación de sus propiedades, muchos lograron mantener por lo menos un pequeño retazo de tierra. Por este motivo, fueron numerosos los indígenas que estuvieron dispuestos a ceder ante las normas y requisitos que exigía la ley para ser radicados, incluyéndose en esta "cesión" el cambio de nombres, el casamiento y la obtención de carné de identidad. Quien no estaba radicado, legalmente no existía, y menos existía su propiedad sobre la tierra que ocupaba; así, quedaba a merced de cualquiera que la ambicionara. Por eso, a fines de la década del veinte las oficinas de la Comisión Radicadora en Temuco recibían cientos de peticiones de radicación frente a los anuncios de que ésta se terminaba;¹⁴ simultáneamente, muchos

14. Una parte importante de la población mapuche quedó sin radicar; de éstos, los que no perdieron la tierra siguieron viviendo en comunidades.

de aquellos hombres y mujeres marginados de la radicación se disponían a cumplir con las leyes de constitución familiar, con el fin de ser considerados en la próxima e hipotética radicación o en la futura división de comunidades.

En suma, el orden espacial y el orden social tienen para el huinca un sentido de unidad y de cautiverio en el espacio reduccional. El acorralamiento en pequeñas cabidas de tierra, el fin de la transhumancia, el cierre de las fronteras (para los pehuenches), el cierre de las familias contra la apertura que las caracterizaba hasta el siglo XIX, todos son elementos que ordenan el espacio, que lo sacan del "caos", tal como la constitución familiar. Los antiguos linajes se repartían en el espacio abierto, las familias nucleares de la radicación eran acorraladas en la hijuela asignada.

Todo es posible de normar en el período reduccional, desde el poblamiento hasta la constitución familiar. El espacio territorial y cultural se controla a tal punto, que se legisla para prohibir los cementerios familiares mapuches.¹⁵

Entre los años 1926 y 1928 se reglamentó y controló —en el papel y en la realidad— la realización de guillatunes y machitunes.¹⁶

Decretos Supremos han prohibido nuevamente guillatunes y machitunes como cosas de la barbarie que merecen ser abolidas.

El Araucano, agosto 1926, p. 8.

En la zona de Panguipulli, los indígenas debían pedir permiso previo para la realización de rogativas. Un misionero de aquellos lugares relata que un indígena habría utilizado el eufemismo de solicitar un permiso para realizar un "banquete", el que en realidad se "transformó" en guillatún. El indígena, por tanto, debía someterse a toda suerte de reglamentos.

Es cierto que quienes llevaron con mayor brío estas campañas fueron los capuchinos, mientras que otras órdenes religiosas fueron más respetuosas o utilizaron estrategias menos agresivas; sin embargo, es conocido el hecho de que la labor de aquella Orden fue ampliamente apoyada por los gobiernos de la época.

A pesar de ello, gran parte de los discursos y argumentos arriba anotados sólo funcionaron en el papel y no llegaron a expresarse en acciones concretas; por lo demás, la propaganda escrita poco podía influir, cuando en la misma época se decía que la mayor parte de los indígenas no sabía leer, ni escribir. Sin embargo, la continuidad de las campañas legales sobre el matrimonio, los hijos y el servicio militar, van a influir profundamente en la estructura social mapuche; en las décadas siguientes la poligamia tenderá a desaparecer, aunque no completamente, producto del mayor control

15. Existe una ordenanza del año 1929, expedida por la Dirección de Sanidad (probablemente regional), en que se obliga a las comunidades a usar los cementerios comunales. La prohibición, entre otros motivos, se sustenta en cuestiones de índole territorial y económica: los cementerios mapuches eran numerosos y extensos, y ocupaban suelos aptos para la agricultura. *El Araucano*, enero 1929, p. 4; diciembre 1926, p. 5.

16. La propia Unión Araucana, instada por los padres capuchinos, solicitó al gobierno en el congreso realizado en Quechurehue (Cunco) en 1926, la supresión de guillatunes y machitunes, petición a la que respondió en un telegrama dirigido al Intendente de Cautín el propio Ministro del Interior: "Se han impartido instrucciones a Ud. y a los Intendentes de Valdivia y Llanquihue, para que como esa sociedad lo desea se establezca especial vigilancia para que la celebración de las festividades no se practique con los actos contrarios a la moral y a las buenas costumbres, que ellos piden que se procure abolir". *El Araucano*, junio 1926, p. 2.

estatal; progresivamente se adoptarán nombres y apellido a la manera chilena, la mayor parte de los casamientos y nacimientos serán presentados al Registro Civil y el Servicio Militar será cada vez más valorado por los propios mapuches, como un medio de inserción en el mundo del huinca.

La transformación de la familia mapuche durante la radicación destacará la importancia de la mujer dentro de la estructura social y económica. La migración en tanto búsqueda de lo urbano, del progreso y de superación de lo indio, se situará como rasgo permanente de la sociedad mapuche contemporánea, reforzada por la falta cada vez más acuciante de tierras y recursos económicos familiares y comunitarios. La educación facilitará ese proceso de inserción y, por tanto, será progresivamente valorada como un mecanismo favorable para la superación de las dificultades del ser mapuche.

Con el transcurso del siglo, el estado mejorará sus mecanismos de influencia en aquellas cuestiones referidas a la constitución legal de la familia, utilizando para ello diferentes vías.

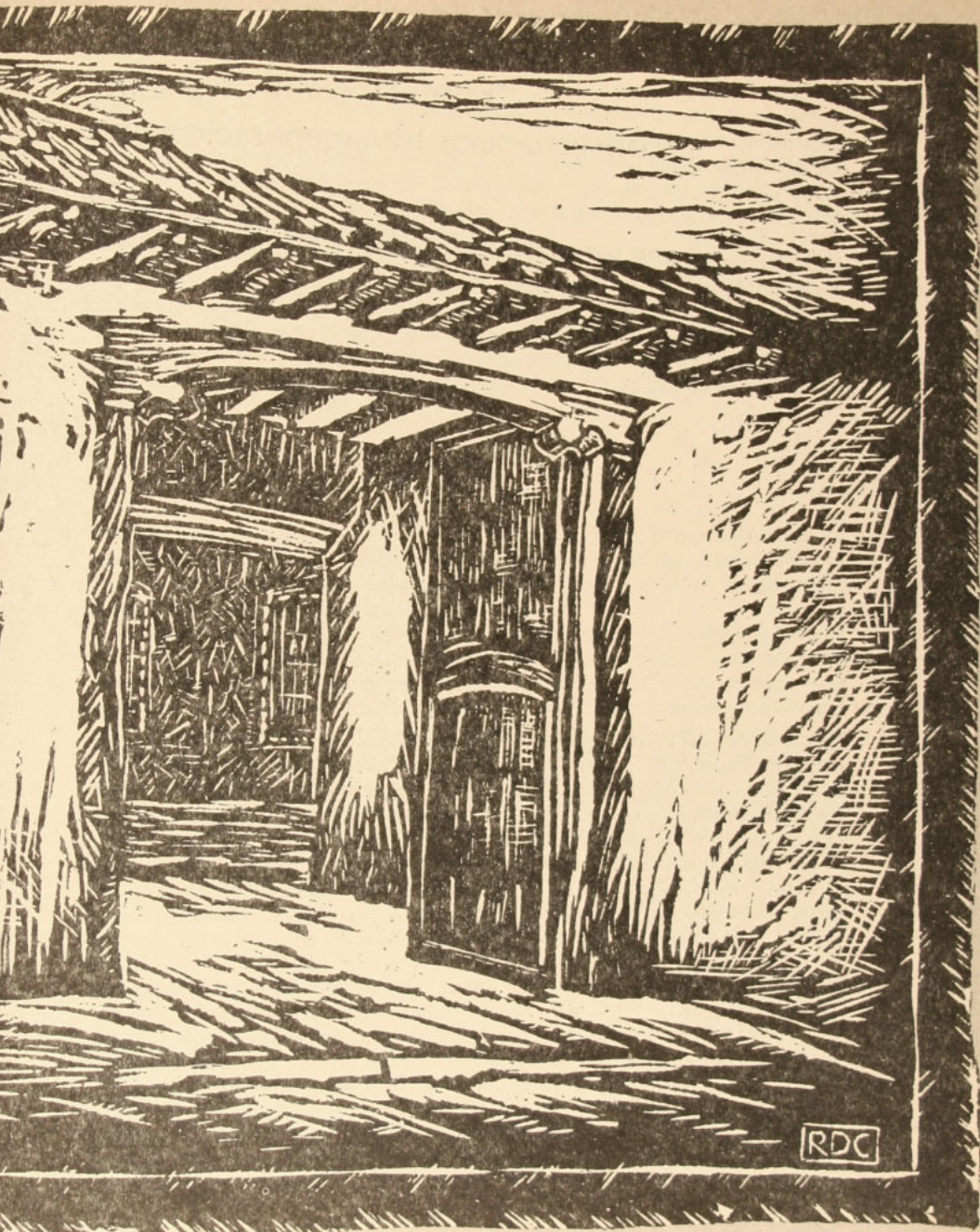
Lentamente, los mapuches se irán incorporando a las formalidades de la civilización. La Radicación, en tanto, dejará su marca indeleble en la memoria colectiva como el tiempo del despojo, de la violencia y la invasión cultural, como la época de la imposición de modelos externos.

Al final, sólo cabe preguntarse sobre el éxito real de las estrategias de control y disciplinamiento social hacia el indio. Hoy en día, diversos estudios indican que en ciertos lugares persiste el matrimonio por raptó, la poligamia y una serie de costumbres asociadas a la conformación de la estructura familiar mapuche.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ARTEAGA, Catalina. 1993. "Pensamiento e iniciativas de la Sociedad Nacional de Agricultura frente a la familia campesina, 1900-1964". Santiago (inédito).
- BELLO, Alvaro. 1993/94. "La Comisión Radicadora de Indígenas, su paso por la Araucanía (1883-1930)". *Nütram* (Santiago) 34.
- BENGOA, José. 1987. *Historia del pueblo mapuche*. Santiago: Ediciones SUR, Santiago.
- BENGOA, José y Eduardo VALENZUELA. 1984. *Economía mapuche*. Santiago: PAS, Santiago.
- CAVIERES F., Eduardo. 1991. "Historiografía y familia: De la sociedad tradicional chilena a la transición en la modernización". En: *Seminario Historia de la familia, la población y las mentalidades. Primer Informe*. Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile.
- FOERSTER, Rolf y Sonia MONTECINO. 1988. *Organizaciones líderes y contiendas mapuches (1900-1970)*. Santiago: CEM.
- GUEVARA, Tomás. 1913. *Las últimas familias y costumbres araucanas*. Tomo VII de la serie. Santiago: Imprenta, Litografía i Encuadernación "Barcelona".
- MARIMAN Q., Pablo. 1993. "Demanda por educación en el movimiento mapuche en Chile: 1910-1990. Una aproximación desde la Historia Oral". Seminario para optar al título de Profesor de Estado en Historia Geografía y Ed. Cívica, Universidad de la Frontera, Temuco.
- MONTECINO, Sonia. 1984. *Mujeres de la Tierra*. Santiago: Ediciones CEM.
- SALINAS M., René. 1991. "Comunidad familiar y estructura del hogar en Chile tradicional, Los Andes 1830-1870". En: *Seminario Historia de la familia, la población y las mentalidades. Primer Informe*. Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile.

DOLORES, DUELOS Y APRENDIZAJES



Familia y represión política. Trauma y contexto social: consecuencias transgeneracionales

Margarita Díaz C.

Psicóloga, Instituto Latinoamericano de Salud Mental y Derechos Humanos (ILAS)

Hablar hoy en día de las violaciones a los derechos humanos durante la dictadura militar en nuestro país, podría parecer redundante y anacrónico, parte de la historia, de la historia dolorosa que quisiéramos dejar en el pasado, para dar vuelta la página y poder reconstruir la democracia en nuestra sociedad, lograr la anhelada reconciliación nacional y mirar con tranquilidad hacia el futuro.

Sin embargo, nuestra experiencia clínica en el Instituto Latinoamericano de Salud Mental y Derechos Humanos (ILAS) con familias y personas que sufrieron directamente la desaparición, la muerte, la tortura y el exilio, nos ha confirmado lo que ya era evidente en el tratamiento de otros pacientes traumatizados en contextos y momentos históricos distintos: las consecuencias de las vivencias traumáticas tanto a nivel intrapsíquico, como relacional y social, no terminan con el fin de un estado dictatorial, sino que mantienen su vigencia en el tiempo y se transmiten a las generaciones futuras.

La demanda creciente de atención psicoterapéutica por parte de jóvenes y adolescentes, hijos de perseguidos políticos, nos ha llevado a reflexionar sobre la transmisión del trauma a la segunda generación, y a considerar las consecuencias de éste en el proceso de diferenciación y formación de identidad de estos jóvenes.

En ellos, más que en ningún otro segmento de la sociedad chilena, se expresa la conflictiva social e individual que caracteriza a una parte de la sociedad actual: la

necesidad de superar un pasado traumático, la imposibilidad de construir un futuro sin pasado y la obligatoria confusión del presente.

Hablar de estos hijos como segunda generación es insuficiente, ya que ellos han experimentado y vivenciado en forma directa la detención de los padres, la pérdida precoz y definitiva, el exilio, y en algunos casos la detención y amenaza directa sobre ellos mismos, con el fin de obligar a los padres a entregarse o a dar información. Sin embargo, las víctimas directas en términos oficiales y en su propia percepción fueron los padres. Desde esta perspectiva, los hijos son segunda generación, a ellos les corresponde reparar el daño hecho a los padres.

Más allá del daño histórico al cual fueron sometidos, ellos viven en la actualidad un dilema casi irresoluble: si tratan de ser ellos mismos, si tratan de insertarse en el proceso socio-político actual, si tratan de salir de la marginalidad social de las "víctimas", pierden su pertenencia familiar y cometen deslealtades difícilmente soportables. Si tratan, por otra parte, de asumir el legado de su historia e intentan ser hijos leales a sus padres, entonces obligatoriamente entran en una dinámica nuevamente marginal y retraumatizante.

CONTEXTO SOCIAL Y TRAUMA

Desde el mismo día del golpe militar (11 septiembre 1973), tienen lugar cambios significativos en el medio familiar y en el contexto social inmediato de los niños. El clima afectivo se caracteriza por la amenaza, el temor, la pérdida de los referentes políticos, sociales y familiares.

Se pueden distinguir varias situaciones traumáticas vividas por los niños: a) niños cuyos padres fueron desaparecidos o ejecutados; b) niños que fueron detenidos junto a sus padres y fueron torturados frente a ellos u obligados a presenciar las torturas de los padres; c) niños que nacieron en la cárcel y permanecieron con sus madres hasta que éstas fueron liberadas; d) niños detenidos y/o secuestrados por los aparatos de seguridad de la dictadura, en algunos casos con el objetivo de presionar para que sus padres se entregaran; e) niños que nacieron en la clandestinidad y/o estuvieron clandestinos durante muchos años junto a uno de sus padres; f) niños que salieron al exilio a muy temprana edad y que en su mayoría retornan al país en edades cercanas a la adolescencia, luego de 10 a 16 años de exilio; g) niños que vivieron separados de uno o ambos padres por períodos de tiempo prolongado hasta de años, ya sea porque los padres estaban presos, clandestinos, o porque retornan clandestinamente a Chile y sus hijos permanecen en los países de exilio; h) niños que vivieron varias de estas situaciones represivas, por ejemplo: padre detenido desaparecido o ejecutado y exilio prolongado o niños cuyos padres fueron detenidos y luego salieron al exilio, niños que estuvieron clandestinos y luego exiliados, etc. Estos jóvenes o sus familias llegan a nuestra Institución solicitando atención psicoterapéutica tanto individual como familiar o de pareja.

En algunos casos consultan los padres (madre) por conflictos de sus hijos vinculados a la drogadicción, conductas agresivas con violentos ataques al resto de la familia, problemas de fracaso escolar repetido y/o graves conflictos con los padres y hermanos. En otros casos consultan los adolescentes mismos o los adultos jóvenes, por fracasos en la construcción de vínculos de pareja, embarazos precoces, separaciones, fracaso laboral.

La mayoría describe sentimientos de confusión, inseguridad, falta de motivación, dificultades para establecer relaciones de amistad y de pareja, al mismo tiempo que presentan graves conflictos de identidad. Los adolescentes y adultos jóvenes (17-22 años) que retornan al país luego de 10 a 16 años de exilio, se sienten diferentes, no conocen las costumbres ni los códigos implícitos de sus pares, están inseguros, se sienten extranjeros y desean volver a sus países de exilio.

A los motivos anteriores se agregan síntomas graves, como crisis de angustia, ansiedad permanente, insomnio, pesadillas y enfermedades psicosomáticas, todos ellos mantenidos durante largos períodos de tiempo. En varias ocasiones los síntomas son reactualizados o desencadenados por hechos políticos significativos en relación a la violación de los derechos humanos: hallazgos de Pisagua, declaración frente a la Comisión Verdad y Reconciliación, Informe Rettig, Ley de Reparación.

Junto a esta sintomatología, observamos en nuestros pacientes jóvenes y adolescentes una conducta sobremadura, tanto en el lenguaje que utilizan, en su apariencia física, como en la forma de describir sus conflictos y en la manera que enfrentan sus proyectos de vida y su cotidianeidad. Esta conducta aparentemente contradictoria con las angustias, confusiones e inseguridades que los llevan a consultar, es producto de fuertes defensas marcadas por la omnipotencia y la aparente autosuficiencia afectiva. Estas defensas son el resultado de las adaptaciones y sometimientos necesarios a un medio caracterizado por la carencia, las pérdidas y las frustraciones tempranas de las necesidades básicas de estos jóvenes. Aparecen también como la única respuesta posible a las delegaciones familiares y al contexto sociopolítico.

Caracterizamos a nuestros pacientes como traumatizados extremos (Bettelheim 1943), haciendo referencia a una vivencia traumática que no ha sido posible integrar; que desborda la estructura psíquica del sujeto y que es producto de la violencia institucionalizada y legitimada por parte del estado como forma privilegiada de ejercicio del poder. Un elemento central de este tipo de traumatización es que pierde su carácter de evento único y se convierte en proceso. Un terremoto, por ejemplo, puede tener efectos traumatizantes en una población, pero tiene un inicio y un final claramente delimitado. Por el contrario, la traumatización extrema es parte de un proceso sociopolítico y no tiene final. Esto lleva a Hans Keilson (1979) a hablar de traumatización secuencial, concepto en el cual el período post-dictatorial o post-guerra no solamente evidencia las consecuencias prolongadas de las experiencias traumáticas, sino que además forma parte del proceso traumático mismo. Nos parece factible la aplicación analógica de su concepto originalmente referido a la situación de guerra y post-guerra en Europa, a la experiencia chilena.

Podemos distinguir tres secuencias traumáticas vividas por las familias afectadas:

1ª Secuencia Traumática

Se inicia con el golpe militar (septiembre 1973) y se cierra en el momento de la ocurrencia de la situación represiva específica, es decir, la detención, la desaparición, la ejecución, etc.

Esta secuencia se caracteriza por el clima de inseguridad generalizada producto de los bandos militares, los allanamientos, las detenciones y las ejecuciones masivas. Esto genera tensión, angustia e inestabilidad, sumándose a la pérdida de la confianza en el contexto. El sujeto, la familia, sus grupos de pertenencia pasan a ser "sospechosos", y

su identidad política se convierte en una característica que los señala como potenciales "enemigos", expuestos a cualquier medida represiva, cuya ocurrencia o no es impredecible.

Para los niños esto significa que desde el mismo día del golpe militar se producen cambios significativos en el medio familiar y en su contexto social; cambios de casa, allanamientos, discriminación y denuncias en los colegios, distanciamiento de amigos y vecinos. Inmediatamente después del golpe militar se producen también para los niños las primeras pérdidas o separaciones transitorias o definitivas de uno o ambos padres. Algunos se esconden o clandestinizan, otros son detenidos, ejecutados, desaparecen o deben buscar asilo en alguna embajada. Algunos niños se asilan junto a sus familias y/o salen del país meses después del golpe militar. Lo que caracteriza el clima familiar en este período, es el intento de los padres de convencer explícitamente a sus niños, la mayoría de los cuales tiene entre 0 y 8 años, de que no está pasando nada fuera de lo común, que pueden seguir confiando en la protección paterna, mientras que en la realidad la amenaza ya se hizo omnipresente y la muerte ha llegado a ser parte de la cotidianeidad.

2ª Secuencia traumática

Se inicia en el momento de la situación represiva específica y se cierra con el proceso de término del régimen militar entre octubre 1988 (plebiscito) y marzo 1990 (gobierno Aylwin).

En esta secuencia se mantienen los elementos de temor, angustia e inseguridad extrema descritos en la primera, pero se agudizan debido a la situación efectiva y directa de la represión política, los allanamientos, las amenazas de muerte y detención dirigidas tanto a los adultos como a los niños, al no desistir en sus intentos de indagar sobre el paradero del directamente afectado y de realizar las denuncias frente a los tribunales respectivos.

Esta secuencia se caracteriza, entonces, por la experiencia directa del terror por uno o varios miembros de una familia y por la dedicación prioritaria de los otros miembros a las actividades políticas en la clandestinidad y/o de búsqueda y denuncia, quedando así las funciones familiares cotidianas supeditadas a las anteriores. En algunos casos, los niños quedan transitoriamente al cuidado de amigos o familiares para asegurar su protección.

Lo que caracteriza las vivencias emocionales de los niños en esta secuencia son las pérdidas y separaciones violentas de las personas más significativas. Es importante connotar aquí que la pérdida se refiere no sólo a uno o ambos padres, sino al mundo que existía hasta entonces: la casa, el colegio, los amigos, los familiares, etc. Lo que inicialmente pareció ser una situación transitoria, ahora se convierte en parte de la cotidianeidad. Aparece entonces la integración al mundo de los marginados y de los perseguidos.

En la primera y segunda secuencia impera el clima de amenaza generalizada, intensificada en la segunda, por la segregación de las víctimas directas por parte del resto de la población, incluso de familiares que intentan no ser identificados con los primeros. Para ello se evita, en muchos casos, el contacto con las personas directamente afectadas, como también aquellas conductas que se intuye pueden convertirlos en acreedores de la misma identidad y, por lo tanto, objetos directos de la represión.

3ª Secuencia Traumática

Se inicia con el término de la dictadura militar y no es claro cuando terminará. Esta secuencia, sin lugar a dudas, es la más importante y compleja. Su carácter traumático depende de las características que adquiera a nivel social la política de reparación de las víctimas directas. Ya Keilson pudo demostrar que los efectos de esta secuencia sobre la salud de los afectados son potencialmente más devastadores que los de las secuencias anteriores. Dicho de otro modo, la experiencia en la cual existe una perspectiva de reparación desde el individuo y una promesa de reparación de la sociedad vinculada principalmente a la verdad y la justicia, que no se realiza, puede llegar a ser más traumatizante que las experiencias de represión en las secuencias anteriores. Durante la dictadura, a pesar de todo el horror, existía por lo menos la esperanza de que algún día todo terminaría, se conocería la verdad y habría justicia. La experiencia post-dictatorial es tanto más destructiva, porque en vez de reparación aparece la desesperanza, la experiencia de que el daño se mantiene, y de que la inserción social de los afectados sigue siendo marginal.

Las secuencias descritas deben ser consideradas como un marco global de referencia en el que se insertan las vivencias traumáticas específicas de cada uno de nuestros pacientes. En muchos casos, las primeras dos secuencias traumáticas se superponen; por ejemplo, muchos padres fueron detenidos, ejecutados o desaparecidos inmediatamente después del golpe. Es evidente que en términos de las historias individuales también existen situaciones o secuencias traumáticas que no se relacionan estrictamente con las secuencias descritas. Sin embargo, y debido a la etiología sociopolítica de las traumatizaciones que discutimos, nos parece significativo resaltar el aspecto traumatizante del contexto como un elemento que permanece en el tiempo y que evidentemente no se reduce a la experiencia traumática de un hecho represivo aislado.

DINAMICAS FAMILIARES QUE CARACTERIZAN LA ESTRUCTURA FAMILIAR. PROCESO DE TRANSMISION TRANSGENERACIONAL

Podríamos decir que el proceso de individuación y formación de identidad en los hijos de familiares de afectados por la represión política está distorsionado por la incorporación del trauma y del duelo encapsulado en la estructura relacional de la familia. La inserción en un medio amenazante que reproduce el temor y la muerte al mismo tiempo que lo niega, llevó a las familias a desarrollar mecanismos de sobrevivencia en los cuales no había lugar para la expresión de sentimientos de dolor, fragilidad, confusión y rabia. Todos estos sentimientos propios de un proceso de duelo fueron postergados y negados, asegurándose así su permanencia en el tiempo, y su expresión encubierta en los síntomas y en los graves conflictos familiares, sin que se lograra establecer la vinculación con las vivencias traumáticas ni con las pérdidas sufridas por la familia.

Es importante entender que las pérdidas no se refieren únicamente a la muerte, desaparición o detención de un familiar. Incluyen la pérdida del país en el caso de los exiliados, como también la pérdida de espacios laborales, en el caso de los exonerados y la imposibilidad, debido a los "malos antecedentes", de lograr una nueva fuente de

ingresos. Significa, entonces, no sólo el fracaso de un proyecto político, sino también la pérdida de un proyecto vital. Eliminar el "cáncer marxista" implicó eliminar a los militantes y simpatizantes de izquierda como sujetos sociales, para convertirlos en "delincuentes" y en la principal amenaza para el conjunto de la sociedad.

Mostrar la tristeza, la angustia, la impotencia, es vivido entonces como una señal de derrota, de impotencia, de "hundirnos eternamente en las lamentaciones y no ser capaces de salir adelante, de sobrevivir, de sobreponernos al terror".

A lo largo del tiempo, lo que inicialmente fue una acumulación de experiencias traumáticas y estrategias defensivas que apuntaban a la sobrevivencia, se convierten en reglas interaccionales del sistema familiar. Aparece entonces la transmisión transgeneracional del trauma, que se expresa en la exigencia de cumplir exitosamente una serie de mandatos familiares, muchas veces contradictorios entre sí, y que se originan tanto en el contexto sociopolítico que mantiene su carácter traumático como en las dinámicas familiares que han incorporado el trauma. Nuestra experiencia clínica con jóvenes y familias traumatizadas en el contexto de la dictadura militar en nuestro país, coincide ampliamente con el análisis de los mandatos descritos tanto por la psicoanalista alemana Grubrich-Simitis (1979), como por Herzka et al. (1989) en hijos de sobrevivientes del Holocausto y de familias chilenas en el exilio.

Pensamos que los hijos de familias afectadas por las violaciones de los derechos humanos han sido y siguen siendo confrontadas con una serie de mandatos, expectativas y delegaciones excluyentes y contradictorias entre sí.

- a. No deben abandonar a la madre, o a los padres; no deben separarse de la familia. Esta conducta sería considerada desleal, ya que la madre (padres) perderían lo "único" que ha justificado su existencia luego de la desaparición del cónyuge, o de la vivencia traumática específica. La diferenciación y autonomía de los hijos es vivida como una reedición de la pérdida.
- b. Deben compensar el daño, la pérdida de la pertenencia o del ser querido e idealizado, asumiendo funciones maternas y paternas de acogida y satisfacción de las necesidades afectivas de la madre o padres.
- c. Deben hacerse cargo del odio impotente de los padres.
- d. Deben ayudar a los padres a disminuir sus sentimientos de culpa y humillación, siendo fieles herederos de sus ideas políticas y sociales.
- e. Deben anular la vivencia traumática, hacer desaparecer el pasado, rehabilitando la imagen social de la familia, siendo exitosos como estudiantes, profesionales y en la conformación de vínculos de pareja y de familia estables y armoniosas.
- f. Deben convertirse en la memoria familiar y social de lo sucedido a sus padres.
- g. Deben lograr un espacio de reconocimiento social que anule la marginalidad. Deben convertirse en el símbolo de la victoria sobre la dictadura: "Debíamos ser fuerte y salir adelante, para demostrarles que a pesar de todo lo que nos habían hecho, no nos habían derrotado".

La "segunda" generación de perseguidos políticos está delegada, por una parte, a mantenerse ligada a un sistema relacional, a una estructura familiar que se organiza alrededor del trauma y del duelo no elaborado y que, por lo tanto, impide cualquier tipo de autonomía o diferenciación. Por otra, debe ser el puente de la madre o padre con la vida, debe introducirse en la historia de vida de los padres y comenzar a vivir

donde ellos dejaron de hacerlo, debe continuar desarrollando las distintas tareas propias de cada una de las fases del ciclo vital de la familia, interrumpido o paralizado parcialmente (Grubrich-Simitis 1979). De esta forma, los jóvenes rehabilitan la imagen familiar y demuestran que se puede anular los efectos del daño causado por las distintas secuencias traumáticas vividas por la familia.

Es evidente que estos mandatos se contradicen definitivamente entre sí, ya que cualquier éxito, tanto a nivel de las relaciones personales, sociales o políticas, implica una separación y una importante inversión afectiva fuera del sistema familiar. Supone, por lo demás, un grado de diferenciación entre el yo y el otro, un grado de individuación que no creemos sea posible de lograr en el marco de las dinámicas relacionales antes descritas. El proceso de individuación de los jóvenes que supone la reparación y diferenciación, aparece como una reedición de las pérdidas y hace aparecer los sentimientos de angustia y dolor del duelo y del trauma no elaborados.

Rehabilitar la imagen del padre o familiar afectado por la represión significa también, en muchos de los casos, mantener activamente la identidad política de éste y ser consecuente con ella. Sin embargo, este mandato se contrapone con la realidad represiva impuesta por la dictadura. En estas familias, los hijos están expuestos entonces, no sólo a mandatos contradictorios provenientes de la familia, sino también a la contradicción entre éstos y los provenientes del contexto social, consistente en el mensaje opuesto y materializado en la amenaza permanente de que los que piensan y actúan como sus padres correrán la misma suerte, es decir, serán detenidos, torturados y desaparecidos.

Es difícil, entonces, poder identificarse con ideas, valores, principios políticos e ideologías, si al mismo tiempo para sobrevivir se debe intentar precisamente "no ser identificado" como representante de ellos.

Frente a esta cantidad de delegaciones contradictorias, lo que observamos en nuestros pacientes adolescentes especialmente, pero también en hijos adultos, es una tendencia permanente a producir fracasos, a destruir y sabotear cualquier éxito potencial en las distintas áreas descritas, adquiriendo esta tendencia un carácter altamente autodestructivo.

Mientras más intentan cumplir con todos los mandatos, al mismo tiempo que se rebelan contra ellos, menos pueden percibir sus propias necesidades y vincularse adecuadamente con la realidad.

Lo que caracteriza todos los intentos de cumplir exitosamente esta serie de mandatos contradictorios, es su fracaso, expresado en la sintomatología y en la amenaza que ésta representa para la estabilidad familiar. En este momento se presenta la demanda de atención, que expresa a través del Paciente Índice, por una parte, la disfuncionalidad del sistema familiar rigidizado por el trauma y el duelo; y por otra, el intento de mantener la homeostasis basada en la organización y estructura previa a la aparición de la sintomatología. El cambio de esta estructura y de las pautas interaccionales que la sostienen, implicaría el surgimiento de los sentimientos de agresión, dolor, fragilidad e impotencia; significaría asumir y elaborar el trauma y la pérdida, lo que puede ser percibido por la familia como amenazante para la sobrevivencia tanto del sistema como de cada uno de sus miembros.

Podemos decir que las secuencias traumáticas vividas por las familias de perseguidos políticos afectan seriamente el proceso de diferenciación de la segunda generación, al incorporarse al conjunto de las dinámicas relacionales de la familia.

Durante la primera y segunda secuencia traumática, las familias pierden de manera significativa sus vínculos sociales y familiares. Por una parte, el contexto aísla y evita activamente a la familia estigmatizada con el sello de "delinquentes políticos"; y, por otra, la familia misma se encierra como una forma de protegerse, por la desconfianza, el terror y la dificultad de establecer nuevos compromisos afectivos.

El aislamiento social y la pérdida de vínculos significativos incentiva una fuerte dependencia afectiva entre los miembros de la familia nuclear, caracterizada por un alto grado de fusión e indiferenciación. Los hijos deben sabotear el propio desarrollo para mitigar la angustia de separación y las culpas, manteniendo de esta forma el vínculo simbiótico.

Se observa una detención del ciclo vital de la familia debido a la imposibilidad de la separación, lo que implica rupturas precoces de las relaciones de pareja y vuelta a la familia de origen o ausencia del desarrollo de un vínculo de pareja.

Dentro de la familia, el miembro sintomático asume la tarea de cuestionar los valores familiares, dar cuenta del daño producto de la pérdida, pero fracasa por las culpas que esto implica dentro de un sistema de lealtades rigidizadas. La interacción familiar que se organiza en relación al síntoma reproduce, recursivamente, la vivencia del sistema familiar dentro del macro-sistema sociopolítico. El Paciente Índice es descalificado, agredido, rechazado y aislado; toda la familia, él incluido, comparte la idea de que sus crisis de agresión, de llanto, de angustia, son producto de su "inestabilidad e inmadurez emocional". La familia intenta individualizar, privatizar el problema, niega la relación entre los conflictos familiares y las consecuencias emocionales relacionales y sociales producto de la represión política. De la misma forma responden las diferentes instituciones gubernamentales frente a las indagaciones realizadas, por ejemplo, por familiares de detenidos desaparecidos: "El partido debe haberlo enviado a una misión fuera del país" o "No espere más su regreso, seguramente se fue con otra mujer y no quiere que Ud. lo encuentre".

La familia, al sentirse en contradicción con las normas de la sociedad en que vive, tiende a reasumir funciones que, en el desarrollo histórico, fueron asumidas por la sociedad. Esto significa que se fortalece el sistema de lealtades intrafamiliares y queda momentáneamente fuera de función el compromiso moral con la jurisdicción de una sociedad que abandonó sus funciones de proteger a sus integrantes con normas supraordenadas al poder individual (Biedermann & Díaz 1991). En una familia en la cual el padre había desaparecido hacía 14 años en el momento de la consulta (1990), el hijo menor de 17 años militaba en un partido de izquierda, el mismo al cual había pertenecido el padre. Cuando comenzaron a aparecer las tumbas clandestinas y se identificaron los cadáveres como D.D., tuvo violentas reacciones en las que afirmaba: "Hay que matar a todos estos desgraciados, cómo es posible que todavía anden sueltos, voy a tomar una ametralladora y voy a salir a matarlos en la calle". La madre mantenía una posición muy ambivalente frente a la militancia de su hijo y a sus reacciones violentas. Por un lado, sentía temor de que le pasara algo, que lo mataran; por otro, compartía plenamente su rabia y se sentía orgullosa de su compromiso político, que reivindicaba la militancia y la imagen del padre desaparecido.

Las dinámicas familiares antes descritas son complementarias con un tipo de relación que favorece el surgimiento de una estructura psíquica muy rigidizada en los niños y adolescentes, caracterizada por la omnipotencia, por la negación y proyección en el otro, especialmente en los padres, de la fragilidad y de las necesidades de

dependencia, cuidado y protección.¹ Esta estructura es coherente con los mandatos familiares y las expectativas más o menos explícitas de anulación, superación y negación omnipotente de las consecuencias de las vivencias traumáticas. Se ve reforzada por las exigencias de rehabilitar "privadamente" la imagen social de la familia y de cada uno de sus miembros. Esto como consecuencia de la incapacidad del estado y de sus organismos, incluso en la tercera secuencia, es decir, durante el gobierno de transición a la democracia, para implementar una política adecuada de reparación y elaboración a nivel del conjunto de la sociedad.

La represión política que afectó directamente a los padres de los jóvenes y adolescentes que han vivido situaciones de traumatizaciones extremas, hizo que la centralidad de la tarea de cuidado y contención afectiva de los hijos al interior de la familia desapareciera, para dar lugar al resguardo de seguridad personal y familiar, a la prioridad de las tareas políticas, a la búsqueda del familiar detenido y/o desaparecido. Las características del medio social y familiar se transforman; no pueden cumplir con su rol de facilitadores del desarrollo y el crecimiento, los padres no pueden satisfacer y adaptarse a las necesidades de contención de los niños.

Siguiendo a Winnicott (1979) podemos decir que las situaciones traumáticas pueden ser vistas como una falla del medio ambiente (madre-ambiente) en su rol de mediador de las necesidades y facilitador del desarrollo y crecimiento. Un contexto sociopolítico que mantiene las situaciones de persecución y amenaza recreando el trauma durante un período muy prolongado de tiempo, no permite que se den las condiciones para una elaboración del trauma y del duelo por las pérdidas, para que se puedan "reparar" las carencias en la adaptación del medio ambiente a las necesidades del niño, generándose un encapsulamiento del trauma y su integración al conjunto de sus relaciones.

A partir de lo observado en la práctica clínica, pensamos que estas carencias se han intentado compensar o tapar con el desarrollo de un fuerte sentimiento de omnipotencia por parte de los niños y jóvenes. Ellos han entendido, han crecido rápidamente y se han convertido en los protectores de sus propios padres. Sienten con frecuencia que son ellos los encargados de solucionar problemas familiares, de organizar y administrar los ingresos económicos de sus familias; los que deben asumir roles maternos y paternos para proteger a sus padres y hermanos, porque "son muy infantiles, inmaduros, han sufrido mucho, no hay que crearles más problemas, se confunden, son muy inseguros".

Desde muy temprana edad, nuestros jóvenes pacientes han debido someterse y adaptarse a las exigencias frustrantes del medio, desarrollando un "falso self" muy rígido, como defensa y protección de sus sentimientos de pérdida y dolor. La vivencia de la dependencia está marcada por el vacío, por el no verse reflejado ni acogido, por el tener que desistir de las propias necesidades de cuidado y acogida para responder a la fragilidad y a las necesidades de los padres/madre. "Tengo miedo de lo que le pase a mi mamá si dejo de ser la hija perfecta, madura, responsable, si le muestro mis inseguridades... siempre he sentido que soy yo la que le doy la vida".

Las frustraciones experimentadas por el niño debido a la discontinuidad de la

1. Esto es lo que el psicoanalista inglés D. W. Winnicott denomina "falso self" (Winnicott 1960), refiriéndose a una estructura psíquica orientada a defenderse contra un ambiente amenazante, sin posibilidad de lograr una expresión auténtica y espontánea del "verdadero sí mismo".

contención y sostén afectivo, adquieren un carácter traumático y hacen aparecer fantasías de agonías primitivas, sensaciones de estar muerto, de caer en el vacío, de sentirse aislado sin posibilidad de comunicarse, de perder todo contacto con el cuerpo.

Estas fantasías tan primitivas de desintegración se ven permanentemente reactualizadas y reconfirmadas en un contexto que reproduce el trauma y la muerte, al mismo tiempo que lo niega.

La agresión como un elemento central en la diferenciación y formación de identidad parece estar inhibido o ausente en las relaciones que establecen nuestros pacientes. Sólo aparece de manera muy intensa, impulsiva, a través de violentas crisis autodestructivas o de intentos de destrucción total y real a otros. La agresión, en estos casos, aparece sin estar ligada a sentimientos de amor o preocupación por sí mismo y por el otro. Es decir, aparece como una repetición directa del trauma.

En los niños y jóvenes que junto a sus padres han experimentado en forma directa la muerte, a través de la tortura, ejecución o desaparición de un familiar, la agresión es asimilada a la destrucción real del otro y también de sí mismo. La agresión en el vínculo es vivida como una repetición de la dinámica relacional víctima-victimario y genera fuertes sentimientos de culpa en los jóvenes, que frente a la fragilidad percibida en los padres, no tienen la certeza de que estos "sobrevivan" a sus "ataques", convirtiéndose así en sus verdugos. De esta manera, la agresión como un elemento normal del desarrollo queda inhibida, manteniéndose la polaridad entre omnipotencia absoluta e impotencia cargada de angustia y temor a la desintegración.

Lo que se intenta mantener compulsivamente es una estructura muy frágil; un "falso *self*" muy rigidizado, que se expresa en dinámicas relacionales muy estereotipadas caracterizadas por la falta de espontaneidad, la falta de compromiso afectivo, la sensación de ser diferentes, de no pertenecer, y la omnipotencia que intenta tapar la angustia y el sentimiento de soledad. Sin embargo, la defensa omnipotente fácilmente se descubre como insuficiente y precaria.

El contexto social durante el período de la transición a la democracia ha reforzado el proceso individual e intrafamiliar descrito. Si bien el gobierno de Aylwin implementó políticas e iniciativas en relación a las violaciones de los derechos humanos en nuestro país, como la Comisión Verdad y Reconciliación y la Ley de Reparación, esto no fue suficiente para generar una conciencia a nivel nacional que dé cuenta de la verdad de lo ocurrido durante la dictadura y de las consecuencias políticas, sociales e individuales más allá del daño a las víctimas directas.

Para los jóvenes, entonces, no sólo es difícil diferenciarse, lograr una identidad que dé cuenta de su historia, sino que también es difícil definir un espacio de pertenencia e identidad como sujetos dentro de la sociedad. La división entre víctimas, afectados directos y el resto de la sociedad, pone a los jóvenes en un gran conflicto de lealtad, que los obliga a disociar una parte de su realidad. Si son fieles a los mandatos familiares y, por lo tanto, se identifican con las "víctimas", quedan excluidos, marginados y deben reforzar su mandato de reparar y rehabilitar de manera privada y omnipotente la historia familiar, lo que implica no poder elaborar adecuadamente el daño y el trauma. Si se insertan al proceso social actual, creen en la reconciliación nacional, en la necesidad de "dar vuelta la página y mirar al futuro" como condición para lograr una pertenencia social, son desleales con su historia familiar, lo que genera culpa y una tendencia a la repetición que finalmente lleva al fracaso de los proyectos de diferenciación, tanto a nivel de la formación profesional y laboral, como de los vínculos de

pareja y familia propia. De esta manera se mantienen ligados a su familia de origen, cumplen mandatos familiares y se ubican socialmente en la marginalidad de las "víctimas".

En "los nuevos tiempos", el tema de las violaciones a los derechos humanos es percibido como extemporáneo, mientras que los problemas de las víctimas se acogen socialmente sólo en el ámbito de la salud. A pesar de que existe una gran preocupación por parte del gobierno y de los políticos en referencia a los jóvenes en general, por su aparente desinterés político y su inserción social muchas veces conflictiva, debido a la apatía, el aislamiento, la agresión y la autoagresión, nadie vincula este cuadro desolador con la temática que nos ha preocupado en estas páginas. A nuestro juicio, es útil entender estas identidades fragmentadas de los jóvenes traumatizados extremos como la punta del iceberg, como la parte visible e intensificada de una problemática que afecta a la juventud chilena en su totalidad. El joven "normal" de los años noventa percibe la democracia como un proceso ajeno a su realidad. Su actitud hacia los procesos sociopolíticos se caracteriza porque se percibe a sí mismo como impotente y a los otros como poseedores del poder. La inexistencia de una política orientada hacia la elaboración del pasado o, mejor dicho, la negación del pasado como un ingrediente central de un presente en el cual se pretenden desarrollar perspectivas de futuro, tiende a producir exactamente el tipo de joven que aparentemente le preocupa tanto al político de hoy. Los jóvenes traumatizados extremos demuestran en forma muy aguda cómo las fragmentaciones en la sociedad chilena persisten y cómo mandatos contradictorios y paradójicos a nivel familiar y social no sólo construyen patologías individuales, sino inserciones sociales que obligatoriamente se definen por su carácter de marginalidad. Mientras el tema de las violaciones a los derechos humanos siga siendo un anti-tema, mientras la identidad de los jóvenes traumatizados siga sin ninguna posibilidad de obtener una expresión social, toda la supuesta preocupación por los problemas de los jóvenes de hoy y por las familias que formarán a futuro, se traduce en mensajes moralistas, que no dan cuenta de sus conflictos reales y, por lo tanto, están destinados al fracaso.

BIBLIOGRAFIA

- BECKER, D. & M. I. CASTILLO. 1990. *Procesos de traumatización extrema y posibilidades de reparación*. Santiago: ILAS.
- BECKER, D. & E. LIRA, eds. 1989. *Derechos Humanos: Todo es según el dolor con que se mira*. Santiago: ILAS.
- BECKER, D., M. I. CASTILLO et al. 1989. "Subjectivity and Politics: The Psychotherapy of Extreme Traumatization in Chile". In: *International Journal of Mental Health*, Vol. 18, N° 2. USA: Ed. Plenum Press.
- BECKER, D. 1992. *Ohne Hass keine Versöhnung. Das Trauma der Verfolgten*. Freiburg: Kore Verlag.
- BECKER, D. 1992. "Diagnóstico y tratamiento de traumatizados extremos". Santiago.
- BETTELHEIM, B. 1943. "Individual and Mass Behavior in Extreme Situations". In: *Journal of Abnormal and Social Psychology*.

- BIEDERMANN, N. & M. DIAZ. 1991. "Familias de detenidos desaparecidos en Chile: Consecuencias para la segunda generación". Santiago.
- CASTILLO, M. I.; D. BECKER & M. DIAZ. 1991. *Trauma y reparación después de la dictadura en Chile: Consideraciones clínicas y sociales*. Santiago: ILAS.
- DIAZ, M. & D. BECKER. 1992. "Trauma und Sozialer Prozess: Kinder von Verfolgten in Chile". In: *Mittelweg* 36, 3.93: 68-83. Hamburg.
- DIAZ, M. 1994. *Proceso terapéutico con hijos de perseguidos políticos en Chile*. Santiago: ILAS.
- GRUBRICH-SIMITIS, I. 1979. "Extremtraumatisierung als kumulatives Trauma". *Psyche* 33. Stuttgart.
- GRUBRICH-SIMITIS, I. 1980. "Nachkommen der Holocaust-Generation in der Psychoanalyse". *Psyche* 1. Stuttgart.
- HERZKA, N. S., A. VON SCHUMACHE, S. TYRANGIEL. 1989. *Die Kinder der Verfolgten*. Göttingen: Verlag, V & R.
- KEILSON, H. 1979. *Sequentielle Traumatisierung bei Kindern*. Stuttgart: Enkeverlag.
- KESTENBERG, J. 1980. "Kinder von Überlebenden der Naziverfolgung". In: *Analytische Sozialpsychologie*. Frankfurt.
- WINNICOTT, D.W. 1960. "Ego distortion in terms of true and false self". In: *The Madurational Processes and the Facilitating Environment*. London: Hogarth, 1965.
- WINNICOTT, D.W. 1969. "The use of an object". In: *International Journal of Psychoanalysis* 50:711-716.
- WINNICOTT, D.W. 1979. *Reifungsprozesse und fördern de Umwelt*. München: Kindler Verlag.



Los rematrimonios o familias simultáneas: una oportunidad de redefinición de las relaciones afectivas y sociales

Diana Rivera O.*
Alicia Meschi M.**

CAMBIOS RELEVANTES DE LA FAMILIA CHILENA EN LOS ÚLTIMOS TREINTA AÑOS

El proceso de desarrollo que Chile ha tenido en los últimos treinta años ha modificado la estructura productiva de la sociedad y las relaciones sociales que de ella se desprenden; estos factores, junto a otras influencias, han provocado importantes cambios culturales.

El modelo social de familia occidental actualmente vigente es aquel que valida la pareja biparental, mayoritariamente urbana, unida en matrimonio legal, con hijos biológicos; en esta organización las expectativas predominantes son que el varón cumpla el rol proveedor y la jefatura familiar, y la mujer cumpla el rol reproductivo.

Este modelo hegemónico y fuertemente internalizado se refleja en varios estudios con jóvenes, donde la casi totalidad de ellos(as) contemplan el matrimonio y la

- * Psicóloga Clínica. Terapeuta Familiar y de Pareja. Miembro del Equipo de Investigación del Programa de la Mujer, SUR Profesionales.
- ** Psicóloga Clínica. Terapeuta Familiar y de Pareja. Supervisora Clínica, Miembro del Equipo Infanto-Juvenil del Consultorio Clínico de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

constitución de una sola familia entre sus proyectos de corto o mediano plazo (1, 2). [Los números entre paréntesis remiten a bibliografía numerada]. En Chile, a pesar de las críticas que se formulan a esta institución, la gente mayoritariamente desea vivir en familia, valorándose la estabilidad afectiva, la complementación en la vida cotidiana y la satisfacción de las necesidades físicas, psicológicas y sociales (3).

En concordancia con lo anterior, se puede observar que en Chile la mayoría de las parejas que viven juntas están unidas en matrimonio; el 83,5 por ciento vive con su cónyuge legal y el 16,5 por ciento con convivientes (3), lo cual muestra la valoración no sólo de la familia, sino de la institucionalidad de ésta.

En los últimos treinta años hay un cambio notorio en el tipo y estructura de las familias. Actualmente, la forma más frecuente de composición familiar es la nuclear biparental, que representa dos tercios de ellas, seguidas por las extensas biparentales y luego las nucleares monoparentales (4, 5, 6).

Otro ejemplo relevante de cambio de los últimos años es la jefatura de hogar femenina. Así, uno de cada cinco hogares tienen como jefa una mujer, oscilando en los ochenta alrededor de 21 por ciento, cifra probablemente subregistrada (7).

También hay un cambio evidente respecto del tamaño de las familias, reduciéndose a pasos notorios año tras año: promedio de 4.4 personas en 1982, de 4.28 en 1987 y de 4.05 en 1990 (4).

Otras modalidades familiares en aumento paulatino, son las familias producto de rematrimonios o también denominadas simultáneas, mixtas o reensambladas, cuya realidad se expone a continuación.

LA FAMILIA SIMULTANEA, MIXTA O PRODUCTO DE REMATRIMONIO

La familia reensamblada o producto de rematrimonio se define como la unión conyugal donde uno o ambos cónyuges aportan hijos de uniones anteriores, sean éstas matrimonios o convivencias; son uniones constituidas después de viudez o separación, dado que en el país no existe la figura legal del divorcio con separación de vínculo.

La terminología existente para denominar la realidad de estas familias es extremadamente inadecuada, pues no todas son productos de "rematrimonios" en el sentido de disolución y restablecimiento de un nuevo vínculo legal; a su vez, tampoco son "reensambladas" o "reconstituidas", en el sentido de que se desarmen y vuelven a armar o ensamblar sus elementos originales; tampoco es adecuado denominarlas "simultáneas", pues aun cuando es un término que subraya una variable temporal y de coexistencia, también es cierto que las personas en general simultáneamente forman parte de al menos dos familias, si han establecido la propia (la de origen y aquella producto de una o varias uniones afectivas). Considerando estas dificultades, en este artículo se emplearán indistintamente estos términos, incluyendo en esta terminología aquellas uniones tanto legales como no legalizadas, que cumplan con las condiciones antes descritas.

Las estadísticas en América Latina y el Caribe en los países que hasta 1985 no tenían ley de divorcio (Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Nicaragua y Paraguay) tienen información muy parcial, deficiente o bien casi inexistente respecto del número

de separaciones y nuevas uniones conyugales, lo cual es propio del surgimiento de un fenómeno nuevo, pero fundamentalmente producto de su invisibilidad social (8).

En Chile, lentamente pero cada vez con mayor fuerza, se van constituyendo familias por nuevas uniones conyugales. De acuerdo a los estudios existentes, su frecuencia oscila entre 9,2 y 14 por ciento, estando el 94 por ciento de estas uniones compuesta por segundos matrimonios (3). En el caso de Santiago, el 28,4 por ciento de las personas separadas vuelve a emparejarse (9). Aun cuando parece que su representación es baja, de hecho es una forma de organización cada vez en aumento, lo cual muestran estadísticas de otros países (10). Esta tendencia creciente también puede derivarse de indicadores indirectos, como son el número de separaciones, nulidades y/o divorcios, que también aumentan sistemática y significativamente (11). A modo de ejemplo, en Chile, en 1970, los hogares monoparentales constituían 17,6 por ciento del total, cifra que aumentó en 1982 a 24,5 por ciento, y en 1989 a 28,5 por ciento (5, 6, 12).

Respecto de la variable etárea, la mayoría de los rematrimonios se produce a partir de los 35 años de edad, tal como lo muestra el cuadro siguiente:

Cuadro 1.
**NUMERO DE UNIONES CONYUGALES O CONVIVENCIAS ESTABLES
SEGUN EDAD**

<i>Nº de uniones</i>	<i>Edad</i>				<i>Total</i>
	<i>18-24</i>	<i>25-34</i>	<i>35-54</i>	<i>55 y +</i>	
Una	97,1	95,0	88,3	88,6	90,8
Dos o más	2,9	5,0	11,7	11,4	9,2

Fuente: Comisión Nacional de la Familia. Encuesta de Hogares, 1994.

Existen datos contradictorios respecto del rematrimonio y el nivel socioeconómico. Algunos datos refieren que tal situación aumenta a medida que se asciende en la escala social (9) y otros, por el contrario, a medida que se descende (3). Se asevera también que el rematrimonio es mayor entre los hombres (9), cosa esperable si se considera que por razones culturales los hombres, a diferencia de las mujeres, se quedan viviendo mayoritariamente sin los hijos, y además pueden establecer relaciones amorosas con parejas en un rango más amplio de edad. Otros estudios no consideran que hayan diferencias significativas entre los sexos (3).

Es significativo que sólo hace poco más de una década, en la conceptualización psicológica de la sociedad moderna, se amplió el ciclo de vida familiar basado en la familia nuclear tradicional para incorporar los dos nuevos tipos de familias producto del divorcio vincular, la familia uniparental y los rematrimonios. Surge así lo que Wald (13) denominó "ciclo de vida de una familia simultánea", conformado por las siguientes etapas:

- Establecimiento de la familia nuclear a través del matrimonio.
- Expansión y estabilización de la unidad biparental.
- Disolución de la familia nuclear.

- Reorganización como familia uniparental.
- Expansión y organización como familia simultánea.
- Contracción de la unidad familiar por la partida de los hijos.
- Restablecimiento de la unidad marital sin hijos en el hogar.

Cada una de estas etapas conlleva dificultades propias, que implican que las familias deban cumplir con ciertas tareas para lograr estabilidad y un buen funcionamiento (13). En este proceso, las familias mixtas o simultáneas se encuentran con los problemas habituales de cualquier tipo de familia, junto con otros que corresponden a sus características estructurales y a creencias culturales firmemente arraigadas que les presentan dificultades adicionales.

CARACTERÍSTICAS ESTRUCTURALES DE LAS FAMILIAS PRODUCTO DE REMATRIMONIO O SIMULTANEAS

Las características estructurales de estas familias —que pueden eventualmente convertirse en áreas problemas— son las siguientes (14):

a. La familia simultánea ha sido precedida por una pérdida, ya sea por divorcio, separación o por la muerte de uno de los padres. Todos los miembros de la nueva familia han sufrido pérdidas significativas: el matrimonio ha terminado; el padre o la madre se ha separado de los hijos(as); los familiares y/o amigos se han distanciado; las expectativas de matrimonio y familia nuclear ideal han fracasado; en muchos casos se pierde incluso un entorno físico y una materialidad cotidiana. Surgen con fuerza sentimientos de abandono, rechazo, culpa, confusión, celos, rabia, depresión.

Cuando no se ha logrado un adecuado divorcio emocional, el vínculo que mantienen los ex cónyuges puede entorpecer el desarrollo de una alianza fuerte en la nueva pareja y dificultar la integración del nuevo cónyuge en la familia, constituyéndose un triángulo que hace que el antiguo matrimonio sea percibido como más real, verdadero (15, 16, 17).

b. Todos los individuos traen una historia familiar compleja, la que incluye el anterior matrimonio, el período de familia uniparental y el bagaje de las familias de origen de los adultos. En las familias simultáneas o producto de rematrimonios, los(as) niños(as) y adultos se juntan con diversos valores y creencias que provienen de historias familiares diferentes; esto implica distintas formas de hacer las cosas y de pensar acerca de lo que está "bien" y lo que está "mal" (18).

c. La relación progenitor-hijos(as) precede al lazo de la nueva pareja. Como consecuencia de esta realidad, existe un involucramiento interpersonal menos intenso entre padrastros/madrastras e hijastros/as que entre progenitores biológicos y sus hijos(as). Esta coalición puede llegar a excluir al padrastro/madrastra, de manera que la familia se divide en subsistemas (19). El padrastro/madrastra podría tender a competir con sus hijastros(as) por la primacía ante el cónyuge, como si las relaciones estuvieran en el mismo nivel jerárquico (10). El nuevo cónyuge puede también considerar que el no sentir un amor instantáneo por sus hijastros(as) vaya a conducir a conflictos con su pareja. La persona que se vuelve a casar puede intentar negar sus

discrepancias o sus necesidades personales, ya sea en función de sus hijos(as) o de la nueva pareja. En consecuencia, ambos esposos necesitan aprender a equilibrar las demandas familiares con las necesidades maritales (15, 20).

Dado que la relación marital se está desarrollando y ajustando al mismo tiempo que la relación con los niños(as), la pareja no dispone de tiempo y privacidad para negociar aspectos esenciales de la vida cotidiana, como por ejemplo hábitos alimenticios, horarios, costumbres, etc. (21, 22). La falta de un espacio para la pareja puede resultar especialmente doloroso, pues para ellos el encuentro de una nueva relación afectiva satisfactoria es muy relevante después del fracaso que han tenido, y constituye una de las principales motivaciones para embarcarse en esta tarea (23).

Los niños(as) suelen resistirse a la nueva relación de pareja del progenitor con quien viven, ya sea por celos, rechazo, y/o temor a que él también los abandone (21, 24). Motivados por la fantasía de que sus progenitores se reconcilien, los niños(as) pueden intentar, consciente o inconscientemente, dividir a la nueva pareja (15). Por ende, la pareja necesita reconocer y aceptar la existencia de fuertes y contradictorios sentimientos en los niños(as) para poder manejar sus reacciones e intentos de división.

Se ha constatado que después del matrimonio del padre/madre residente tiende a producirse un resurgimiento de problemas emocionales y conductuales en las niñas, y una intensificación de los problemas en los niños (25).

d. Existe un progenitor fuera de la unidad de la familia mixta o simultánea. Si ha fallecido, esto no constituye un debilitamiento de eventuales problemáticas pues, muy por el contrario, puede involucrarse en la nueva familia como un fantasma idealizado.

Cuando la rabia entre los ex cónyuges es expresada directamente sobre los niños(as) en forma de descalificación del otro progenitor, los niños quedan atrapados y sufren fuertes conflictos de lealtades (18). Para los adolescentes, una de las situaciones más estresantes es escuchar a un progenitor hablar negativamente del otro (23, 26).

Por otro lado, los niños(as) de padres separados desean conservar al padre ausente "idealizado" y, por lo tanto, temen enfrentarlo o manifestar sus diferencias con él (19).

e. Los niños(as) generalmente son miembros de dos hogares. El traslado de un hogar a otro puede producir tensión en todos los involucrados, generando ansiedad e inestabilidad.

Los lazos afectivos de los miembros de familias reensambladas se encuentran repartidos en dos o más hogares (15, 22, 26). El contacto con ambos padres favorece a los niños(as) e incluso les facilita la aceptación del padrastro/madrastra (15).

La coparentalidad que surge de la separación y el contacto continuo con el padre/madre no residente —cuyos derechos sobre el niño(a) son legal y emocionalmente mayores que los del padrastro/madrastra residente— es una de las situaciones más difíciles que debe manejar una familia simultánea. La aplicación exitosa de arreglos en beneficio del niño(a) en desarrollo es clave para el funcionamiento de este tipo de familias (19).

f. No existe una relación legal entre la madrastra/padrastro y sus hijastros(as). En consecuencia, no existe un reconocimiento legal de su aporte a la vida de los niños(as).

La relación del padrastro/madrastra con los hijastros(as) existe sólo en función de la relación de pareja, lo cual debilita la entrega y el compromiso que éste(a) puede llegar a asumir con ellos(as) (18).

g. El rol del padrastro/madrastra está pobremente definido, no saben cómo actuar su rol ni los otros saben qué esperar de ellos.

Mucho se ha escrito sobre la falta de una definición clara del rol social de los miembros de familias producto de rematrimonios y la confusión resultante, tanto dentro como fuera de estas familias, respecto de la naturaleza de las conductas esperadas en las relaciones familiares. Muchas de estas nuevas formas de parentesco aún no tienen nombre, especialmente cuando la convivencia, y no el matrimonio, caracteriza las relaciones entre los adultos. Sobre todo, son los padrastros/madrastras los que deben encontrar una definición de sí mismos y su rol, el cual es complementario, más que en competencia con el padre/madre original.

Cuando el padrastro/madrastra tiene expectativas claras y acuerdos con su cónyuge respecto a su rol, mayores son las probabilidades de que el rol que asuma no esté asociado a conflicto (24). Cuando el padrastro/madrastra espera asumir el rol de padre/madre y los hijastros(as) también tienen la misma expectativa, ésta tiende a cumplirse, especialmente si los niños(as) son preescolares. Cuando el rol evoluciona hacia la parentalidad, el padrastro/madrastra logra realizar funciones de nutrición, socialización y disciplina con los niños(as), los cuales llegan incluso a llamarlo "papá" o "mamá". Cuando el padrastro/madrastra juega el rol de tío/tía o amigo(a), también asume tareas de nutrición y socialización (23).

Dada la falta de claridad de los roles de padrastros/madrastras, las familias simultáneas recurren frecuentemente al modelo clásico de padre-madre, lo que genera conflictos, especialmente entre éstos y los hijastros(as).

El problema de la autoridad generalmente se presenta cuando el padrastro/madrastra quiere ejercer demasiado pronto este rol, reemplazando al progenitor biológico. Los hijastros(as) rechazarán cualquier intento disciplinario del padrastro/madrastra si no se ha establecido previamente entre ellos un lazo afectivo o de amistad. Por lo tanto, en un primer período no inferior a 18 meses, resulta más ventajoso promover el desarrollo de un vínculo nutritivo y afectivo entre los hijastros(as) y el padrastro/madrastra, evitando que este último ejerza funciones disciplinarias directas (14, 23, 27).

El tema de la disciplina adquiere especial relevancia en la medida en que, en primer lugar, los adultos no están en una posición igualitaria frente a los niños(as) que viven con ellos y, en segundo lugar, la nueva pareja se ve obligada a tomar decisiones inmediatas, sin el tiempo necesario para lograr acuerdos y patrones disciplinarios y normativos.

h. Las relaciones interpersonales en la nueva familia no están dadas ni comprobadas como en una familia nuclear. Los niños(as) se encuentran con la exigencia de relacionarse con un nuevo adulto y quizás con hermanastros(as).

i. El intercambio de dinero liga a los ex esposos y puede utilizarse para expresar diversas emociones, tales como culpa, rechazo, rabia, etc. En esto pueden involucrar activamente a los(as) niños(as), provocándoles fuertes tensiones (23).

MITOS ACERCA DE LAS FAMILIAS SIMULTANEAS O PRODUCTO DE REMATRIMONIO

Además de las características estructurales recién descritas, existen algunos mitos o creencias compartidas por todos los miembros de la familia, que configuran maneras de funcionar y de actuar (10, 28). Estos mitos, al negar las diferencias entre una familia nuclear y una familia simultánea, también dificultan el proceso de formación de estas últimas.

Mito de la "re-creación de la familia nuclear"

Este mito postula que la familia nuclear es el mejor tipo de familia y, por ende, las familias simultáneas son consideradas menos valiosas. Basándose en esta creencia, la nueva familia intentará funcionar como un sistema similar a la familia nuclear, con relaciones definidas como parentales y filiales (10, 14, 28, 29, 30).

Esta mitología no acepta la coexistencia de sistemas diferentes, lo cual implica que los afectos y valores están relacionados con más de una familia. Las expectativas — imposibles de realizar— asociadas a este mito son (28): i) que los afectos más importantes o principales se realizan dentro del sistema familiar; ii) que todos los miembros de la familia se quieren de la misma manera; iii) que los miembros de la pareja tienen que operar como padres biológicos y psicológicos, cubriendo y cumpliendo toda la gama de funciones parentales; iv) que existe una sola cultura familiar en términos valóricos y que todos la comparten.

Carter (10) plantea que, desde esta perspectiva, los intentos de remedar a la familia nuclear "intacta" de los primeros matrimonios conducen a graves problemas de adaptación, la mayoría de los cuales gira en torno al conflicto de roles entre los miembros de la familia original y los de la resultante del segundo matrimonio. La lealtad mutua de los miembros del nuevo hogar, por ejemplo, puede crear en torno a ellos una frontera que excluye a un padre/madre o a otros(as) hijos(as) biológicos que no viven en ese hogar. Aunque resulta difícil renunciar a la idea del "hogar familiar nuclear", en los sistemas resultantes de segundas nupcias los términos "familia" y "hogar" ya no son sinónimos, pues los miembros de la familia viven en distintas casas, no compartiendo la cotidianeidad. El anhelo de recrear aquello perdido, valorado y que constituye el modelo familiar predominante en el cual las personas se han socializado, conduce a la fantasía de que "ojalá" la realidad familiar previa no hubiese existido y así no se presentarían problemas (23).

Por otro lado, la recreación de los roles genéricos tradicionales, que requieren que las mujeres se hagan responsables del bienestar emocional de la familia, provoca un enfrentamiento entre madrastra e hijastra, ya que las hijas se sienten responsables de proteger a su madre, y ubican a la ex esposa y a la nueva mujer en posiciones antagónicas y rivales, en especial en lo referente a los(as) hijos(as) (10).

Mito del "amor o ajuste instantáneo"

Se espera que los nuevos miembros de la familia desarrollarán casi instantáneamente una relación armoniosa, cariñosa e íntima, sin considerar las diferencias culturales y el tiempo que requieren los procesos interpersonales (13, 30). Se parte prácticamente del supuesto de que si existe amor entre los miembros de la pareja, instantáneamente el(la) otro(a) amará a los hijos de su pareja. Dolorosamente los miembros de esta nueva

familia constatarán que deben darse tiempo y aceptar sus diferencias para compartir una vida satisfactoria en común, es decir, deben crear una nueva realidad que les incluya a todos (23).

El mito de la familia armónica y perfecta

Concordante con lo anterior, la vivencia de fracaso y desilusión que habitualmente acompaña la experiencia de separación y desintegración de la familia nuclear, lleva por una parte a intentar recrearla, pero aun más, a hacerlo en forma idealizada. Esto trae como consecuencia que los problemas habituales a los cuales se ve enfrentada cualquier familia sean vivenciados como una amenaza, rechazo o afrenta a esta nueva organización, pues existe la expectativa de que en esta ocasión sí se dará la armonía anhelada donde no caben los conflictos o tensiones emocionales (28).

El mito de la "madrastra malvada"

La creencia en este mito lleva al marido a proteger a sus hijos(as), lo cual afecta la relación de la madrastra tanto con los hijastros(as) como con su marido (13).

Respecto de lo que Carter (10) ha denominado el "triángulo de la madrastra", al padre le cabe la responsabilidad inicial de hacerle un lugar a su nueva esposa en la relación existente con sus hijos, explicándoles que espera que le demuestren cortesía y respeto, pero que ella no va a reemplazar a la madre ni tampoco a él, ya que él establecerá y hará cumplir todas las reglas que sean apropiadas y necesarias. Los problemas predecibles en este triángulo girarán entonces en torno al tema de la "madrastra malvada":

- Se espera que la nueva esposa mitigue los sentimientos de culpa, repare las relaciones, cure las heridas, disipe la depresión e intermedie en los conflictos. Dado que ha sido condicionada para esperar todo esto de ella misma, ella asumirá esta responsabilidad en la nueva familia, sólo para descubrir que es una tarea imposible de cumplir.
- O bien el padre, o su nueva esposa, o ambos, pueden dar por sentado que ella se hará cargo de los hijos de él ("como se supone que deben hacerlo las madres"), lo que provocará una tenaz resistencia por parte de los hijos y de la madre de éstos.
- La relación del padre con sus hijos puede ser tan distante o conflictiva que su nueva esposa intervendrá para protegerlo o ayudarlo, con lo que quedará atrapada en el medio.
- El padre y/o su nueva esposa pueden considerar que los "pobres chicos" necesitan mucho cariño para compensar la desdicha que han sufrido, y creer que ese cariño sólo puede brindarlo una mujer. Los hijos de él rechazarán las presiones de la nueva esposa por acercarse a ellos, y a ella tal vez le moleste sentir que debe darles amor a unos niños "groseros e ingratos", en especial si su marido critica sus esfuerzos al respecto en lugar de ocuparse él mismo de brindarles cariño a los hijos(as).
- El padre puede aceptar "en principio" hacerse responsable de sus hijos(as), pero estar tan ocupado con su trabajo, negocios u otras actividades, o bien ser tan desatento e inexperto con los hijos(as), que la nueva esposa se sentirá obligada a tomar las riendas que él ha soltado.
- El padre puede tener un trato conflictivo, o no tener ningún trato, con su ex esposa y pedirle o persuadir entonces a su nueva mujer para que se ocupe ella de este aspecto "por el bien de los niños".

- La segunda esposa puede sentir que ocupa un lugar subalterno al de los hijos(as) y terminar compitiendo con ellos(as) por la atención de su marido. En esto, obviamente la socialización de género atenta contra la necesidad de mantener una coparentalidad eficiente y equitativa.

TAREAS DE LAS FAMILIAS SIMULTANEAS

Para Visser y Visser (32), la tarea básica de las familias simultáneas consiste en lograr una transición satisfactoria de culturas familiares previas a la construcción de una cultura común, la de la familia simultánea. Esta tarea general incluye exigencias "internas" y "externas" a la familia:

TAREAS "DENTRO DEL HOGAR"

La familia debe trasladarse desde la ausencia de vínculos emocionales entre personas que no se conocían, al establecimiento de un sentido de pertenencia a un grupo cuyos miembros se sientan conectados el uno con el otro de un modo significativo.

Solidificar y madurar la nueva relación de pareja

Aunque los miembros de la pareja se han conocido, ennoviado y casado o convivido, con la idea de ser una "pareja", muy pronto se ven inundados por tantos problemas "de familia" que su sentido de identidad como pareja corre serio peligro y, de hecho, no se lo puede separar realmente de sus relaciones con los hijos. La carga de llevar adelante un matrimonio satisfactorio en presencia de tantos reajustes y relaciones complejas recae de manera desproporcionada sobre la esposa, a la que todos, incluso ella misma, siguen haciendo responsable de que las cosas marchen bien.

Booth y White (31) sostienen que la dificultad para que los nuevos cónyuges se den tiempo juntos para nutrir su relación es un factor de riesgo importante para la familia; se ha constatado que las parejas casadas en segundas nupcias que tienen hijos, presentan una tendencia dos veces mayor a volver a divorciarse.

Mantener o mejorar los vínculos padre-hijo(a) previamente existentes

Se trata de que el hijo(a) no pierda el vínculo con el progenitor biológico no residente, el cual generalmente es el padre, sino, más aún, pueda incluso mejorarlo.

En muchos casos el sufrimiento de los hijos(as) se debe no a la separación en sí misma ni a su incorporación forzada a la nueva familia, sino a la pérdida real y no fantaseada del padre no residente (23).

En nuestro país, el abandono paterno tiene raíces históricas -representado a través de la figura del padre ausente- y se ve reforzado por la distribución rígida de las funciones parentales, donde la crianza de los hijos(as) queda en manos exclusivas de la mujer. Asimismo, la legalidad vigente no legitima las separaciones ni las obligaciones de los padres no residentes, quedando tanto las familias uniparentales como las simultáneas en situación marginal y los hijos(as), por tanto, desprotegidos(as).

Estas dificultades para asumir la paternidad en forma responsable y compartida en muchas ocasiones se acentúan después de la separación, por las condiciones en las cuales muchas veces queda el esposo: empobrecido materialmente (sin casa, sin

muebles, etc.) y, por tanto, en malas condiciones para recibir en un espacio propio a los hijos(as), y sometido a un régimen de visitas limitado que los distancia y debilita el vínculo. La mujer, complementariamente, asume el rol de padre y madre en la familia mal llamada uniparental—dejando al hombre cumpliendo casi exclusivamente funciones de proveedor— y, después del rematrimonio, promueve la relación padrastro-hijastro(a), como respuesta al "abandono" del padre (23).

En el caso de que la coparentalidad biológica se dé, el padre tiende a cumplir más bien funciones vinculadas al sostén económico y en lo afectivo y recreativo, no así en las tareas normativas, las cuales son asumidas casi totalmente por la mujer. La llegada del padrastro viene a llenar el vacío de la figura masculina anterior, lo cual es favorecido por la nueva pareja. Los adolescentes rechazan esto, pues desean mantener la presencia del padre como figura de autoridad (23).

Dada la situación de que ninguno de los padres proporcione el apoyo afectivo y normatividad que los hijos(as) requieren, ellos buscarán en otros parientes, instituciones o grupos, el satisfacer estas necesidades. Aun cuando estos padres auxiliares juegan un rol indispensable en los periodos más críticos y dolorosos, no logran llenar el vacío y los sentimientos de abandono y soledad, provocando un daño emocional difícil de reparar (23).

Da la impresión entonces de que los padres biológicos no residentes, a pesar de que manifiestan culpa y un profundo dolor por la separación y pérdida de sus hijos, ante una dinámica que tiende a impedir una parentalidad real y con un grado de conflictividad en la relación con la ex cónyuge, efectivamente terminan marginados total o parcialmente.

Formar relaciones satisfactorias entre los miembros de la nueva familia

Es indispensable desarrollar nuevas relaciones en la familia, particularmente aquellas entre padrastros/madrastras e hijastros(as) y entre hermanastros(as).

- Relación entre padrastros e hijastros(as)
Numerosas investigaciones muestran que los niños, y especialmente las niñas, se resienten con la ruptura del vínculo progenitor/hijo(a), establecido más íntimamente durante la fase de familia uniparental; ellos(as) no logran percibir al nuevo cónyuge como un recurso potencial sino, por el contrario, como un rival en el afecto parental (23, 32, 33, 34, 35). Las demostraciones afectivas de la madre hacia el padrastro hacen a éste más cariñoso con los niños(as), pero no al revés; ellos(as) responden agresivamente. Por otro lado, cuando el padrastro muestra afecto hacia la madre, las niñas lo pasan mal (34, 36).
También se ha constatado que los niños varones tienden a sufrir más durante la fase postdivorcio o separación si viven con la madre, pero posteriormente se acomodan bien y se benefician con sus padrastros, mientras que las niñas tienden a continuar teniendo dificultades de relación con él. Los padrastros pueden tener un comportamiento agradable y tolerante para con sus hijastras, pero reciben de éstas en cambio un comportamiento aversivo y malhumorado (34, 36).

- Relación entre madrastras e hijastros(as):
Algunos estudios muestran que, por razones fundamentalmente culturales y sociales, el rol de la madrastra es más difícil que el rol del padrastro. Ellas deben

luchar contra la norma que define a la madre como la figura más importante de la familia, de modo que recaer sobre ella una gran cantidad de exigencias emocionales y de sostén imposibles de cumplir (15, 17, 39). Sin embargo, en un estudio reciente de las investigadoras chilenas Riveros, Berteá y Milicic (24) no se encontró evidencia de que la relación madrastra-hijastros(as) fuese más problemática que la relación padrastros-hijastros(as).

Cuando los hijos(as) del padre visitan regularmente el nuevo hogar de éste, la percepción positiva que tiene la madrastra de los niños(as) se correlaciona con satisfacción marital. A las madrastras no les importa tanto la visita de los niños(as), como la forma en que su esposo se relaciona con sus hijos(as), y comparte su cuidado (40).

Ambert (40) mostró que la condición más favorable para la relación madrastra-hijastros(as) es la convivencia en un hogar familiar. Sin embargo, la mayoría de las madrastras tiene que relacionarse con sus hijastros(as) como visitas; esta situación resulta ingrata, en la medida en que la sobrecarga de trabajo no está necesariamente relacionada con el desarrollo de vínculos emocionales y parentales, y por la mitología existente en torno a su rol, desarrollado en los puntos anteriores.

- **Relación entre hermanos y hermanastros:**

Hetherington (32) sostiene que los hermanos(as) en los rematrimonios son más evasivos, agresivos y competidores que los hermanos en familias no divorciadas o separadas, especialmente los niños. Las niñas se muestran menos afectuosas, excepto hacia hermanitas más pequeñas.

Las dificultades de ajuste aumentan cuando hay varios niños(as), en familias en las cuales hay niños(as) de ambos miembros de la pareja en la misma casa, y en familias en las cuales nace un nuevo niño(a) de la madre o del padre biológico y del padrastro/madrastra (32, 41). Este resultado no concuerda con la opinión popular de que un nuevo hijo une a la familia, aun cuando los miembros de la familia puedan percibirlo así (23).

Desarrollar un sentido de pertenencia a la nueva unidad familiar

De acuerdo a los estudios realizados por Visher y Visher (42), las familias simultáneas exitosas establecen rituales constructivos —basándose en su historia pasada— sobre ceremonias, eventos y maneras de hacer las cosas, para lo cual se requiere flexibilidad y creatividad.

Berteá et al. (24) consideran que una familia simultánea ha logrado un buen nivel de adaptación cuando se ha integrado a los nuevos miembros, cuando los roles y normas se han reestructurado y ha ocurrido un cambio en los patrones de interacción, desarrollándose una nueva identidad familiar. Pill (22) sostiene a su vez que el desarrollo de una nueva identidad familiar se ve favorecido tanto por el compartir y participar en los eventos de vida importantes de niños(as) y adultos, como por la creación de nuevas tradiciones y reglas.

Realizar el duelo de las pérdidas

Todos los miembros de familias reensambladas han sufrido importantes pérdidas, algunas de las cuales tienden a no ser reconocidas, por ejemplo, la pérdida del sueño de un matrimonio exitoso, la pérdida de las esperanzas de un matrimonio tradicional que no lleve consigo hijastros de un ex consorte.

Aceptar las pérdidas y desprenderse del pasado es necesario si se quiere hacer una adaptación satisfactoria al presente y esperar con interés el futuro. Frecuentemente, los miembros de familias simultáneas encuentran que el contacto de grupo con otros adultos y niños(as) que se enfrentan a cambios similares los ayuda y capacita para seguir adelante (23, 42).

Tener expectativas realistas acerca de su nueva familia

Según los estudios de Visser y Visser (42) los adultos de familias reensambladas exitosas tienen las siguientes expectativas realistas:

- La familia ensamblada será diferente de la familia de su primer matrimonio (nuclear).
- El amor y la adaptación no serán instantáneos.

Stern (37) y Papernow (43) refieren que la integración y el logro de un sentimiento de unidad y pertenencia a la nueva familia es un proceso que lleva tiempo, entre uno y medio a dos años con niños(as) pequeños, y entre cinco a seis años con niños(as) mayores. Berteau et al. (24) subrayan este punto, sosteniendo que se necesita tiempo para adaptarse a los cambios organizacionales y estructurales que significa el ingreso de un nuevo miembro a la familia; la nueva pareja, por un lado, y el progenitor y sus hijos(as), por otro, deben organizarse y llegar a acuerdos.

Finalmente, Gorell (19) postula que los niños(as) de las familias reensambladas deben cumplir una tarea crucial: hacer sentido de la experiencia, tanto del proceso de divorcio o separación original, de los muchos cambios de vida que tuvieron lugar desde entonces y de los cambios resultantes de un segundo matrimonio o convivencia. Es importante que los padres/madres biológicos y los padrastros/madrastras desarrollen historias de vida con los niños(as), de manera que les permitan hacer preguntas y organizar un sentido diferente y menos confuso de su propia realidad y la de su familia. No debemos olvidar que la muerte, el divorcio, el rematrimonio y la coparentalidad continuada, son eventos vitales estresantes cuya redefinición puede ayudar al niño(a) y la familia a funcionar mejor.

TAREAS "SUPRA FAMILIARES"

Las tareas que van más allá de la familia implican el desarrollo de relaciones con otros hogares conectados que contienen al otro padre o parientes cercanos de los niños(as).

Mantener contacto continuo entre los niños(as) y su padre no-residente

Según Visser y Visser (15) y Bray et al. (25), el contacto con el progenitor no residente facilita el ajuste de los niños(as) durante la etapa inicial de la familia reensamblada, al mitigar sus temores de perder el amor de aquel por aceptar al nuevo adulto.

Establecer coalición parental cooperativa entre los hogares de los niños(as): las casas separadas cooperan

La "coalición parental" debe incluir a los adultos de ambos hogares que estén involucrados en la crianza de los niños(as): padres y padrastros. Las fronteras permeables permiten a los hijos(as) ir y venir entre sus dos hogares según lo acordado en cuanto al régimen de visitas y tenencia, con menos conflictos de lealtad; también

favorece la existencia y disposición de líneas abiertas de comunicación entre ex cónyuges, y entre los hijos(as) y sus padres, abuelos y otros parientes biológicos (10). De llevarse adelante esto positivamente, los adolescentes valorarán los beneficios de pertenecer a varias familias simultáneamente, con culturas diferentes, aprendiendo de la diversidad y desarrollando habilidades y formas de ver el mundo distintas (23).

A MODO DE SINTESIS

Las familias simultáneas o reconstituidas han adquirido fuerza en los hechos y en la teoría e investigación, tanto en Chile como en el resto del mundo. En ambos campos puede verse que tanto sus características estructurales como los mitos culturales que giran en torno a ella, dificultan su desarrollo y consolidación como un tipo diferente de ser familia.

Esta realidad plantea el desafío de contar con un paradigma enteramente nuevo de la familia para dar cabida a las relaciones y los roles complejos existentes en las familias resultantes de segundas nupcias o convivencias. Tal paradigma deberá fomentar un sistema familiar abierto y flexible en que las fronteras rígidas entre los miembros de la vieja y de la nueva familia, los roles y las relaciones, puedan ser distendidos y finalmente rectificadas. El nuevo modelo requiere algo así como la participación igualitaria de los maridos en las relaciones familiares y en la crianza de los hijos, así como la participación de las mujeres como proveedoras. Esta nueva forma de establecer las relaciones debe permitir que los padres y madres separados continúen desarrollando funciones parentales, de manera de permitir y mantener activamente el vínculo con sus hijos(as). Lo que efectivamente "rompe la familia" no es la separación y la reconstitución familiar en sí, sino la dificultad de concebir este nuevo modelo y mantener la coparentalidad.

Por tanto, los rematrimonios constituyen un fenómeno que traspasa los límites de lo individual, constituyéndose en una realidad histórica que debe ser abordada desde una perspectiva psicosocial y política.

BIBLIOGRAFIA

1. COVARRUBIAS, P; M. MUÑOZ & C. REYES. 1984. "El estudiante universitario: actitud hacia el matrimonio". *Estudios Sociales, CPU* 41. Santiago, Chile.
2. HARRIET, I. & G. VALDIVIESO. 1990. "Actitudes y opiniones de alumnos de Cuarto Medio de colegios católicos". *Estudios Sociales, CPU* 64. Santiago, Chile.
3. "Informe Comisión Nacional de la Familia. Julio 1992-marzo de 1993". Inserto Diario *La Nación*. Santiago, Chile. Marzo, 1994.
4. Revista *Mujer*. Servicio Nacional de la Mujer. Año 2 N° 8, Santiago, Chile. Diciembre 1993.
5. INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA (INE). 1970. *Censo de Población y Vivienda*. Santiago, Chile.
6. INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA (INE). 1982. *Censo de Población y Vivienda*. Santiago, Chile.

7. VALDES, T. & E. GOMARIZ, coord. 1992. *Mujeres latinoamericanas en cifras*. Chile. Santiago: Instituto de la Mujer de España/FLACSO.
8. CEPAL. 1993. *Cambio en el perfil de las familias. La experiencia regional*. Santiago, Chile.
9. COVARRUBIAS, P.; C. REYES. 1986. "La separación matrimonial en el Gran Santiago". En: *En búsqueda de la familia chilena*. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile.
10. CARTER, B. 1991. "Familias resultantes de segundas nupcias: la creación de un nuevo paradigma". En: E. Walters, B. Carter; P. Papp; O. Siverstein. *La red invisible. Pautas vinculadas al género en las relaciones familiares*. Editorial Paidós.
11. ANDREOLI, E. & L. ROSSI BAETHGEN. 1987. "Investigación sobre el divorcio en Uruguay". Citado en: *Nos habíamos amado tanto: un aporte al debate sobre el divorcio en Chile*. Santiago: Corporación de Salud y Políticas Sociales, N° 3, 1992.
12. Instituto Nacional de Estadísticas (INE). 1989. *Censo de Población y Vivienda*. Santiago, Chile.
13. WALD, E. 1981. *The Remarried Family: Challenge and Promise*. New York: Family Service Association of America.
14. VISHNER, E. & J. VISHNER, J. 1991. *How to win a stepfamily*. New York: Brunner-Mazel.
15. VISHNER, E. & J. VISHNER. (1979). *Stepfamily: a guide to working with stepparent and stepchildren*. New York: Brunner-Mazel.
16. GOETTING, A. 1982. "The six stations of remarriage: developmental tasks of remarriage after divorce". *Family Relations* 31:213-222.
17. LAMANNA, M., & A. RIEDMANN. 1988. *Marriage and Families: making choices facing chance*. California: Wadsworth Publishing Company.
18. MLYNARZ, G. & M. RAMOS. 1986. "Stepfamilies". Seminario Instituto de Terapia Familiar de Santiago.
19. GORELL, G. 1990. "Las familias reconstituidas". *Sistemas Familiares*. Diciembre: 17-27.
20. BURNS, C. 1986. *Stepmotherhood*. New York: Harper y Row Publisher.
21. RAMSON, J.; S. SCHLESINGER, A. DERDEYN. 1979. "A stepfamily in formation". *American Journal of Orthopsychiatry* 49:36-43.
22. PILL, C. 1990. "Stepfamilies: Redefining the family". *Family Relations* 39:186-193.
23. MESCHI, A.; D. RIVERA. 1994. "Acerca de las familias reensambladas: la visión desde las mujeres, los hombres y los adolescentes". Tesis de Post-Título, Instituto Chileno de Terapia Familiar. Santiago, Chile.
24. BERTEA, C.; M. RIVEROS & N. MILICIC, N. 1993. "Redes temáticas para el trabajo educativo con familias simultáneas". *Psykie*, Vol. 2, N° 1: 43-51.
25. BRAY, J. & S. BERGER. 1990. "Noncustodial father and parental grandparent relationships in stepfamily". *Family Relations* 39:414-419.
26. LUTZ, P. 1982. "The stepfamily: an adolescent perspective". *Family Relations* 32:367-375.
27. MILLS, D. 1984. "A model for stepfamily development". *Family Relations* 33:365-372.
28. CODDOU, F. & C. L. MENDEZ. 1989. "Familias simultáneas: una perspectiva diferente de familia mixta o reconstituida". *Revista Chilena de Psicología*, Vol. 10, N° 1: 7-12.
29. JACOBSON, D. 1979. "Stepfamilies: myths and realities". *Social Work* 24:202-207.
30. VISHNER, E. & J. VISHNER. 1981. "Therapeutic work with stepparent". En: J. Howells, ed. *Modern Perspectives in the Psychiatry of Middle Age*. New York: Brunner Mazel.
31. BOOTH, A. & L. WHITE. 1985. "The quality and stability of remarriages: the role of stepchildren". *American Sociological Review*.
32. HETHERINGTON, E. M. 1989. "Marital transitions: a child's perspective". *American Psychologist* 44, 2:303-312.

33. CLINGEMPEEL, W. G. & K. BOWEN WOODWARD. 1988. "Family relationships and children's psychological adjustment in stepmother and stepfather families". En: E. M. Hetherington and J.D. Arasteh, eds. *Impact of Divorce, Single Parenting and Stepparenting on Children*. Hillsdale, New Jersey: Erlbaum.
34. CLINGEMPEEL, W. G. & S. SEGAL. 1986. "Stepparent-stepchild relationships and the psychological adjustment of children in stepmother and stepfather families". *Child Development* 57:474-484.
35. ANDERSON, J. Z. & G. D. WHITE. 1986. "An empirical investigation of interaction and relationship patterns in functional and dysfunctional nuclear families and stepfamilies". *Family Process* 25:407-422.
36. BRAND, E. & W. G. CLINGEMPEEL. 1987. "Interdependencies of marital and stepparent, stepchild relationships and children's psychological adjustment: Research findings and clinical implications". *Family Relations* 36:140-145.
37. STERN, P. 1978. "Stepfather families: Integration around child discipline". *Issues in Mental Health Nursing* 1, 2:50-56.
38. HETHERINGTON, E. & E. ANDERSON. 1987. "The effects of divorce and remarriage on early adolescents and their families". En: M. D. Levine & E. R. McCAnamey, eds. *Early Adolescent Transitions*. Lexington, MA: D.C. Heath.
39. CLINGEMPEEL, W. G., E. BRAND & R. IEVOLI. 1984. "Stepparent-stepchild relationships in stepfather and stepmother families: a multimethod study". *Family Relations* 33:465-473.
40. AMBERT, A. M. 1986. "Being a stepparent: live-in and visiting children". *Journal of Marriage and the Family* 48:795-804.
41. DAHL, A. S., K. M. COWGILL & R. ADMUNDSSON. 1987. "Life in remarriage families". *Social Work*, Vol. 32, N° 1: 40-44.
42. VISHER, E. & J. VISHER. 1993. "Dinámica de las familias ensambladas exitosas". *Sistemas Familiares*, agosto, 69-75.
43. PAPERNOW, P. 1984. "The stepfamily cycle: An experiential model of stepfamily development". *Family Relations* 33:355-363.



Cuando es difícil ser familia. Aspectos psicosociales de la infertilidad

Rosario Domínguez V.
Psicóloga, Unidad de Medicina Reproductiva, Clínica Alemana
Unidad de Salud Mental, Ministerio de Salud

Participamos de una tradición cultural que le asigna un gran valor a la familia y, más allá de los datos demográficos y sociales que nos muestran importantes variaciones en la composición familiar en nuestra realidad, crecemos con expectativas más o menos fijas respecto a este destino necesario de devenir padres y construir la propia familia.

Independientemente de las creencias, valores, pensamientos y sentimientos sobre los roles asociados a lo femenino y lo masculino, sobre la pareja o el matrimonio, las personas proyectan su desarrollo contando con la posibilidad de autonomizarse de la familia de origen, constituir una pareja, desarrollar una vida sexual satisfactoria y procrear hijos.

Sin embargo, la gestación de un nuevo ser es un camino complejo, misterioso, y en una proporción de casos muy difícil y hasta imposible. De los 100 a 200 millones de espermios que emprenden viaje hacia el óvulo de la mujer, sólo unos 100 o 200 logran llegar y de éstos un único gameto masculino es capaz de fusionarse con el femenino. Pero el embrión es sólo una posibilidad de vida. Más del 50 por ciento de ellos, una vez anidados en la cavidad uterina, se pierden naturalmente, sin siquiera saber la mujer que estuvo embarazada, lo cual sucede durante los siete días previos a la menstruación. De los embarazos que prosperan más allá de esa etapa, un 15 por ciento termina en aborto espontáneo.

Para muchas parejas, a pesar de su deseo, la vida sexual no conduce espontáneamente a la gestación de un hijo. La infertilidad, definida como la incapacidad de lograr un embarazo después de un año de actividad sexual sin contracepción, afecta a entre 10 y 15 por ciento de las parejas. De éstas, en 40 por ciento de los casos la causa reside en problemas que afectan a la mujer, 40 por ciento al hombre y 20 por ciento son problemas que los comprometen a ambos. Una estimación gruesa permite afirmar que, en Chile, alrededor de 180.000 parejas, deseando tener hijos, no lo logran por estar afectadas de alguna condición que determina su infertilidad.

Este grupo conforma una minoría silenciosa expuesta a dos mensajes contradictorios provenientes del entorno social. Por una parte, no cumple con una norma cultural tan fuertemente arraigada y siente dolorosamente la presión social y los efectos de esta suerte de discapacidad. Por otra, su particular problema de salud no constituye una prioridad para una sociedad que está mucho más preocupada de prevenir embarazos prematuros o no deseables y que en los últimos años ha disminuido significativamente la tasa de natalidad. (En Chile, el número promedio de hijos ha disminuido de 3.8 en 1982 a 2.6 en 1992).

Más contradictorio aún resulta experimentar el problema de la infertilidad en una sociedad con una alta tasa de embarazos que termina en abortos provocados, asociados a condiciones económicas y psicosociales adversas. (En Chile se producen aproximadamente 300.000 egresos hospitalarios por parto en un año. En el mismo lapso se producen 40.000 egresos por aborto, la gran mayoría de los cuales se presume provocados).

Al mismo tiempo, el avance tecnológico y de la investigación médica ha sido destacado en el área de la reproducción humana, creándose en los últimos años una oferta de diagnóstico y tratamientos que abren nuevas posibilidades.

Las técnicas de fertilización asistida han producido una importante mejoría en las posibilidades de concebir hijos de la pareja infértil. En Chile como en otros países de mayor desarrollo, aproximadamente 30 por ciento de los casos de fertilización asistida culmina en embarazo. Los procedimientos utilizados incluyen la transferencia de óvulos y espermios a las trompas de Falopio para su fertilización (GIFT), la transferencia de embriones fertilizados "in vitro" a la trompa (ZIFT) o al útero directamente (FIV), siendo este último el procedimiento más utilizado, pues constituye una intervención más simple para la mujer y tiene similares probabilidades de éxito. Cuando hay problemas en la producción de óvulos o espermios aptos para la fecundación, se puede utilizar estas mismas técnicas recurriendo a donantes.

En pocas situaciones como en ésta el avance tecnológico y del conocimiento médico han desafiado tan fuertemente las ideas, creencias, sentimientos y mitos sobre aspectos tan básicos de la vida humana. La naturaleza de estos procedimientos ha significado para los médicos, biólogos y las mismas parejas en tratamiento, enfrentarse a situaciones y opciones que trascienden la sola indicación del especialista y los ponen frente a opciones que comprometen creencias y valores culturales y éticos, más aún en circunstancias en que no existe un marco legal al respecto, aunque sí se desarrolla una activa discusión con vistas a proponer una legislación adecuada.

En Chile existen al menos cinco centros altamente especializados, algunos de los cuales han tenido como política proyectar sus avances a los Servicios de Salud Pública del país, buscando desarrollar metodologías rápidas, de costo razonable, que hagan más accesibles los tratamientos a las parejas infértiles.

En este proceso de atención e investigación se ha buscado el desarrollo de un modelo integral, en el cual el abordaje médico incluya en todas sus etapas la consideración de los factores psicosociales y ofrezca a la pareja orientación y apoyo psicológico tanto en relación a las consecuencias del estrés que acompaña la situación de la infertilidad y los tratamientos que interfieren la privacidad de la pareja, como asimismo en la toma de decisiones frente a las opciones que la pareja debe ir haciendo, y que plantea preguntas y cuestionamientos que involucran aspectos psicológicos y éticos de la vida personal y de pareja.

Como psicóloga integrada a un equipo de Medicina Reproductiva, he podido participar de este proceso al trabajar con las parejas en distintos momentos del tratamiento o posterior al nacimiento de un hijo después de años de espera, en interacción permanente con los demás especialistas del equipo. Esto nos ha permitido profundizar en el impacto psicosocial de la infertilidad y reflexionar sobre la interacción entre los procesos físicos y psicológicos y los elementos que deben estar presentes en una atención que, siendo médica y requiriendo una gran expertez, se introduce invasivamente en la vida de las personas: éstas, por la naturaleza del proceso y las opciones que implican los tratamientos, no pueden quedarse en un rol de pacientes, sino asumir una conducta que integre la posibilidad de confiar y ser ayudado con una comunicación simétrica con los profesionales. Estos deben contemplar una acogida integral del problema, considerando los aspectos médicos, los psicológicos y éticos y desarrollando una comunicación permanente con la pareja, en la que el tema de la información es muy relevante.

La infertilidad: una crisis del desarrollo

El desarrollo psicológico es un recorrido personal que busca resolver en cada etapa, de distinta forma, conflictos básicos en torno a dos procesos psicológicos centrales. Estos son el proceso de la intimidad, que se realiza a través de todas las experiencias de afecto, contacto, cercanía, comunicación, cooperación; y el proceso de identidad, que se alimenta de experiencias de diferenciación, separación, creación, producción. Estos dos procesos humanos básicos se elaboran y reelaboran a través de las sucesivas etapas del desarrollo, en torno a conflictos o desafíos que se plantean a lo largo de las edades de la vida y que nunca se resuelven completamente. La resolución de una determinada etapa resulta en un cierto equilibrio, que sienta las bases para la nueva fase que planteará un nuevo desafío, un nuevo conflicto y que será también una nueva oportunidad de resolver conflictos anteriores o de reparar heridas producidas en algún momento de este recorrido.

La teoría de Erikson describe ocho etapas en el desarrollo del ciclo vital, que corresponden al enfrentamiento de los conflictos centrales que plantea el desarrollo humano. Estos conflictos se experimentan en el campo interaccional, es decir, a través de los vínculos afectivos y rituales sociales. La cualidad de la resolución de estos conflictos va contribuyendo a conformar una determinada personalidad, un estilo relacional y un determinado nivel de salud mental.

Los conflictos que constituyen los hitos de este recorrido pueden sintetizarse como:

- Confianza versus desconfianza básica durante el primer año de vida.
- Autonomía versus vergüenza y duda durante la primera infancia.

- Producción versus inferioridad en la edad escolar.
- Identidad versus confusión de rol en la adolescencia.
- Intimidad versus aislamiento en la adultez temprana.
- Generatividad versus estancamiento en la adultez media.
- Integridad versus desesperación en la adultez mayor.

Las teorías del ciclo vital individual y familiar se basan en el supuesto de que la constitución de la pareja y la procreación son experiencias necesarias para el desarrollo humano. La resolución del conflicto de identidad que se plantea con fuerza en la adolescencia, permite el inicio de la vida adulta. Esta tiene como una de sus tareas el desarrollo de la intimidad más allá de las fronteras de la familia de origen, lo cual se expresa en la búsqueda de la pareja y la generatividad que se vive a través de la procreación y crianza de los hijos.

¿Qué pasa cuando no llegan los hijos?

En nuestra cultura, el hijo es la comprobación del logro de la adultez, es como un rito de pasaje a la vida adulta.

La llegada del hijo concentra diversos significados psicológicos y sociales. El hijo otorga el carácter de familia a la pareja y apoya el proceso de autonomía respecto de la familia de origen. El hijo es la confirmación social de la sexualidad de la pareja: ayuda a sentirse y ser vistos como adultos en propiedad. El hijo constituye una proyección del amor de la pareja: permite al mismo tiempo trascender la propia existencia y proyectarse en el tiempo. El hijo es un acto de creación y a la vez un reflejo de sí mismo y en este sentido satisface necesidades narcisísticas profundas. Por otra parte, el embarazo mismo es una experiencia muy valorada: permite experimentar la posibilidad máxima del cuerpo humano y, en general, encuentra en el entorno signos de afecto, cuidado y admiración.

Respecto a la propia biografía, el hijo permite recontactarse con la propia infancia y ofrece una posibilidad de reparación de las vivencias infantiles dolorosas.

En muchos casos la llegada de un hijo puede ser inoportuna, no deseada y producir conflicto y angustia. Sin embargo, cuando se desea el hijo y se descubre la dificultad de procrearlo, la valoración de la maternidad y paternidad se hace más fuerte, llegando a la idealización en algunos casos, y sobreviene una vivencia de estancamiento y frustración. La imposibilidad de satisfacer las necesidades descritas dan lugar a una crisis del desarrollo que afecta a las personas individualmente y a la relación de pareja.

Estos significados psicológicos se dan en el marco de un sistema de valores que ha establecido una fuerte relación entre fertilidad y valor personal. Ya el Antiguo Testamento contiene el mandato de "creced y multiplicaos". Otras religiones ensalzan en las diosas su habilidad para parir y dar de mamar. En distintos lugares y culturas han existido símbolos y ritos para celebrar la fertilidad. La costumbre presente en nuestro medio de tirar arroz a los novios es un vestigio de una antigua costumbre de desear fertilidad a la pareja.

Participamos de una sociedad fuertemente centrada en la familia y que releva una representación de familia "normal", es decir, la constelación de madre, padre, hijos, en la cual la anticipación de la experiencia de la paternidad y maternidad y la fascinación por ellas parecen ser respuestas universales.

Los cambios culturales que han impactado significativamente el rol social de la mujer no han modificado en forma visible el hecho de que parir y criar hijos continúa

estando al centro de su realización personal.

Las conclusiones de la investigación psicológica han destacado la dependencia que tiene el niño respecto de los adultos. Menos se ha estudiado la dependencia de los adultos respecto a los niños. Hombres y mujeres adultos necesitan ser necesitados y necesitan también proyectarse más allá de sus propios límites. La generatividad es la motivación a proyectarse emocional y socialmente en la nueva generación. Sabemos, sin embargo, que el mero hecho de desear o tener un hijo no asegura el proceso de crecimiento y generatividad. En efecto, se puede ser madre o padre manteniéndose en una posición psicológica infantil.

No obstante lo anterior, la representación de la maternidad o paternidad tiene un contenido de crecimiento personal. Cuando esto no se produce, el riesgo emocional está dado por la vivencia de estancamiento o de empobrecimiento personal. Para la mujer, los significados de la infertilidad son múltiples e incluyen aspectos ligados a sus definiciones de femineidad, sexualidad y valor personal.

Las etapas de la crisis

El significado del diagnóstico de infertilidad casi invariablemente es intensamente doloroso, y puede ser vivido como una importante crisis del desarrollo.

Julia creció en una familia numerosa. Los padres se dedicaban casi totalmente a administrar un pequeño negocio, mientras Julia y una hermana cuidaban de la casa y los hermanos.

A los 15 años, sin saber cómo, vivió un embarazo. Después ella pudo reconstruir la historia, que fue prácticamente una violación.

El embarazo y parto de su hija fue una experiencia traumática vivida en la ignorancia, la confusión y el ocultamiento. Dieciséis años más tarde llora al recordar la experiencia y llora también por no poder embarazarse ahora, después de diez años de intentarlo, cuando tiene una pareja y la madurez para vivir conscientemente un embarazo y criar un hijo. Hugo, su pareja, quedó huérfano a los 5 años y muy joven armó una pareja de la cual tuvo dos hijos, que no pudo asumir por razones económicas y de madurez. Cuando la tensión se acumula, Julio culpa a su esposa por no darle un hijo, frente a lo cual ella reacciona con explosiones de rabia que terminan en estados depresivos con deseos de muerte. Julia y Hugo no entienden por qué ellos no pueden hacer lo que otros hacen con tanta facilidad. Tampoco entienden sus conflictos y agresiones mutuas, pues sienten que se quieren y gran parte de su vida se organiza en torno a seguir buscando el hijo y poder vivir desde el principio una experiencia de embarazo y crianza con normalidad.

Juana y David no han podido embarazarse después de dos años buscándolo. Juana se siente muy alterada. Lloro con frecuencia y siente que su marido no comprende lo que le ocurre. Culpa a los médicos de no ser suficientemente preocupados. Está en desacuerdo con el programa que le proponen y quiere pasar inmediatamente a fertilización in vitro. Su esposo no está de acuerdo y trata de "mantener la calma", cosa que ella vive como una muestra más de que "él no siente como ella".

Lilian y David han estado en tratamiento por infertilidad durante 8 meses. El equipo médico les ha planteado que el siguiente paso es la fertilización in vitro. Frente a esa alternativa, piensan que prefieren empezar a prepararse para la adopción. Sin embargo, como la experiencia de saberse infértiles ha sido tan dolorosa, dudan si están haciendo

lo que verdaderamente desean o si están evitando la posibilidad de un nuevo fracaso y más tarde podrían arrepentirse de no haber recorrido todas las posibilidades de tener un hijo biológico.

Pedro y Daniela están en tratamiento desde hace seis meses. Después de la tercera inseminación sin resultado positivo, Pedro le dijo a Daniela que ya no hará nada más por seguir intentando embarazo. Daniela intentó durante un tiempo buscar formas de aliviar la angustia de la infertilidad realizando actividades que ha tenido postergadas y que le significan aliviar tensiones. Sin embargo, no logra calmar la angustia. Frente a un conflicto pequeño ella reacciona con rabia y ello desencadena un conflicto mayor con violencia física de parte de su esposo. El se rehusa a hablar sobre el tema y ella experimenta una angustia en aumento.

Carmen y Juan Carlos están en tratamiento desde hace tres años. Juan Carlos pertenece a una familia que mantiene estrecho contacto. Ya han nacido los primeros nietos, uno de los cuales ha pasado a ser muy regalón de Juan Carlos. Carmen no tolera verlo jugar con el niño y últimamente no tolera el contacto con los cuñados y sobrinos. Se siente muy culpable por ello, pero no puede evitarlo. Cada vez que alguien en la familia se embaraza, se agudiza el dolor y la angustia. Integró un grupo comunitario para volcar sus energías positivamente, pero en él, el diálogo se centra en los niños y Carmen se angustia con la conversación, lo que la ha llevado a retirarse. Se siente muy sola con su problema.

Andrea ha vivido tres abortos espontáneos en dos años. Desea intensamente tener un hijo, pero no quiere seguir adelante con el tratamiento, porque siente que no podrá tolerar la incertidumbre de abortar. Siente que los abortos repetidos son la experiencia más difícil que ha tenido, y que han cambiado completamente su vida. Ha perdido confianza en su persona, en su cuerpo y rehuye las relaciones sexuales. Tiene mucho miedo de perder a su pareja.

Diversos autores han conceptualizado la infertilidad como una crisis vital mayor. De acuerdo a las conceptualizaciones de Kaplan, en una crisis vital intervienen los siguientes elementos:

- Ocurre un evento estresante que plantea un problema insoluble en el futuro inmediato;
- El problema sobrepasa los recursos existentes de la persona implicada, porque excede los métodos de resolución de problemas que esa persona ha utilizado tradicionalmente;
- El problema es percibido como una amenaza al logro de metas vitales importantes para la persona;
- La situación de crisis revive problemas claves no resueltos del pasado cercano o remoto.

La crisis de infertilidad desencadena sentimientos y estados que se basan en ideas racionales e irracionales respecto a la experiencia que se vive. Algunos de estos sentimientos van siendo predominantes en las sucesivas etapas que se van viviendo.

En primer lugar, surge la sorpresa. En general la gente funciona con el supuesto de ser fértil. Resulta sorprendente y contradictorio comprobar el problema, más aún cuando se ha postergado la búsqueda de embarazo usando anticoncepción. Especialmente conflictivo resulta cuando en el pasado hubo algún aborto provocado frente a un embarazo no deseado.

La sorpresa puede alternarse con la negación. Esta constituye un mecanismo de defensa que le permite a la persona adaptarse a su propio ritmo a una realidad que le resulta abrumadora. Inconscientemente se busca procesar gradualmente la experiencia.

Con frecuencia puede darse un progresivo aislamiento. Por múltiples razones es difícil compartir la experiencia de infertilidad. Las creencias irracionales en los afectados y en el medio dificultan la comunicación. Hay sensaciones de fracaso, vergüenza e inadecuación. Hay curiosidad y presión por parte de los demás. Las situaciones sociales ponen de manifiesto esta suerte de "incompletud". Este aislamiento puede introducirse en la relación de pareja, haciendo difícil la comunicación por las diferentes formas de sentir frente al problema y por estar tensionada la relación a causa de los tratamientos. Dada la intensidad y profundidad de los sentimientos, puede existir la sensación de que "nadie puede comprender verdaderamente lo que siento".

La rabia, más expresada o más reprimida, siempre está presente. Es una respuesta normal a la frustración y a la pérdida de control sobre el propio cuerpo. La rabia puede estar expresada en relación a los problemas reales que se viven: el diagnóstico, los tratamientos invasivos, las limitaciones en el proyecto laboral y las exigencias económicas. Pero la situación que origina la rabia es difusa, lo cual provoca eventuales proyecciones y desplazamientos en otras personas o situaciones, incluido el equipo médico o el otro miembro de la pareja.

La culpa y la pérdida de autoestima son otros sentimientos que surgen. Se puede asociar la infertilidad con situaciones vividas y percibir relaciones de causa-efecto con conductas o errores del pasado. Se puede sentir como "un castigo merecido".

Finalmente, la angustia y la aflicción son sentimientos que acompañan la experiencia en sus distintas etapas.

Cuando el diagnóstico de infertilidad no es concluyente, la pareja estará sometida a pasos sucesivos en el tratamiento que tienen una determinada probabilidad de éxito, y ello los someterá a tolerar momentos de esperanza y desilusión.

A lo largo de este proceso, la pareja puede encontrar formas de expresar y elaborar la frustración, la pena, la rabia, la culpa, o pueden resultar estos sentimientos intolerables y ser reprimidos, bloqueados. Este es el caso en que la experiencia puede producir ya no reacciones depresivas, que son normales en estos casos, sino depresiones patológicas de más larga evolución.

Los sentimientos que han sido descritos corresponden a los que se suceden en un proceso de duelo, tras una pérdida. En términos psicológicos, se define el proceso de duelo como la sucesión de estados subjetivos que siguen a la pérdida y que conducen o bien a una reducción o empobrecimiento de sí mismo (depresión, pérdida de autoestima, inseguridad,) o bien a una reestructuración personal que transita por la expresión abierta de estos sentimientos, la aceptación de la pérdida, la restitución gradual de sentimientos de calma y optimismo y la capacidad de proyectarse al futuro.

Las dificultades en elaborar la pérdida que significa la infertilidad, se relacionan con la dificultad de reconocerla y delimitarla, con la incertidumbre en el diagnóstico, con las dificultades de compartirla socialmente y con la ausencia de un sistema social de soporte.

Las parejas que logran una resolución positiva, aceptan el obstáculo al logro del propósito vital de tener un hijo biológico y, usando la energía previamente atrapada en los problemas de la infertilidad, deciden hacer algo alternativo, como plantearse la paternidad a través de la adopción, o bien despedirse de la experiencia de tener hijos y reestructurar su vida en forma diferente.

Del análisis de la infertilidad como problema biológico con profundas implicancias culturales, psicosociales y éticas, se concluye la necesidad de integrar el abordaje médico con la orientación y el apoyo psicológico.

Un abordaje integral del problema significa, en la práctica, incorporar permanentemente a ambos miembros de la pareja, independientemente de quien sea el portador del problema médico reproductivo. Significa, al mismo tiempo, tomar en cuenta el impacto en la salud mental tanto del problema de la infertilidad como del estrés asociado a los propios tratamientos.

Implica también un diseño cuidadoso de todas las interacciones entre el equipo y la pareja, con acceso expedito, tiempo, información adecuada y un clima emocional que facilite el manejo del estrés y el enfrentamiento reflexivo a los problemas y opciones que se vayan presentando.

Significa finalmente complementar las actividades propias de los procedimientos y la consulta médica, con otros espacios especialmente diseñados para actividades de información, evaluación psicosocial, orientación y apoyo psicológico.

Los equipos de medicina reproductiva no pueden sustraerse a estas consideraciones, por la cualidad tan particular que impregna su trabajo, cual es facilitar la producción de la vida con las herramientas de una especialidad médica cuyo avance ha sobrepasado todas las expectativas, enfrentándonos a dilemas éticos que hasta hace pocos años eran impensables.

Sin embargo, podemos concluir que este enfoque, que se hace evidente en el caso de la medicina reproductiva, no es privativo de esta especialidad. El enfoque de atención integral y la constitución de equipos que integren distintos profesionales es particularmente necesario cuando el avance de la medicina y de la tecnología van segmentando el cuerpo humano en un abordaje cada vez más especializado.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ECK MENNING, Barbara. 1988. *Infertility. A guide for the Childless Couple*.
SALZER, Linda. 1986. *Surviving Infertility*.
CORSON, Stephen. 1992. *Conquering Infertility*.
MAHLSTED, Patricia. 1985. "The Psychological Component of Infertility". *Fertility and Sterility*, Vol. 43, N° 3. March.
MINISTERIO DE SALUD, UNIDAD DE MEDICINA REPRODUCTIVA-CLÍNICA ALEMANA, SOC. CHILENA DE OBSTETRICIA Y GINECOLOGÍA, SOC. CHILENA DE FERTILIDAD. 1993. "Taller Evaluación y manejo de la infertilidad y sus causas más frecuentes". Julio.
SALINASH, et al. 1993. "Aspectos psicosociales de la infertilidad: Estudio cualitativo en mujeres atendidas en la Unidad de Medicina Reproductiva de la Clínica Alemana". Trabajo presentado al Congreso Chileno de Obstetricia y Ginecología.



¿Qué aprenden las adolescentes sobre género en su sistema familiar?*

Lidia Alcalay S. & Neva Milicic M.
Escuela de Psicología, Pontificia Universidad Católica de Chile

La familia: un poderoso agente de socialización

La familia es una matriz social para el desarrollo humano, la unidad básica de la estructura social. El vivir en familia marca en forma profunda, ya que en ella se entregan las normas y los valores básicos que van a delinear en gran medida la forma de comportarse de sus miembros y el tipo de relaciones que establezcan con otros. Específicamente, los roles sexuales, así como la relación que se da entre los géneros, constituyen algunos de los aprendizajes más significativos que se adquieren en el medio familiar.

Así como existen normas para el funcionamiento de todo sistema, también en la familia se generan patrones de conducta. Existen normas implícitas, que no han sido establecidos deliberadamente por sus miembros y que regulan aspectos tales como acerca de qué temas está permitido hablar y acerca de cuáles no está permitido, qué sentimientos se pueden expresar y de qué forma, etc. Pero también existen reglas establecidas expresamente, como por ejemplo normas que guardan relación con el aseo personal y el aseo del hogar, y normas de tipo disciplinario (Satir 1991).

* Proyecto Fondecyt 1992/0799.

Una parte significativa de la conducta relacionada con el género se aprende en la situación familiar. Si bien no siempre se enseña de manera intencional a los niños a ser hombres y a las niñas a ser mujeres, la enseñanza de los roles sexuales con frecuencia se incluye en la enseñanza de otras cosas. Por ejemplo, los mensajes de los padres a menudo llevan implícito que sus hijos e hijas tienen distintas habilidades académicas, hobbies e intereses, y que, además, sus vidas adultas serán diferentes. A través de muchas y variadas acciones, así como de sus normas, los padres refuerzan la segregación, los estereotipos y los aspectos rígidos del rol sexual, lo que muchas veces redundará en una situación de discriminación hacia la mujer.

La familia no constituye una entidad aislada, sino que es parte de la sociedad y la cultura en la cual se encuentra inserta y, en este sentido, es un reflejo de los valores sociales existentes. Tradicionalmente a la mujer se le ha asignado un rol de tipo expresivo, lo que significa un comportamiento de apoyo emocional dentro del sistema familiar, un mayor interés por los otros, una tendencia a establecer relaciones interpersonales armoniosas y protectoras, y una búsqueda de reducción de tensiones. Al hombre, en cambio, se le ha asignado un rol instrumental: orientado a la realización de tareas adaptativas para el mantenimiento del sistema familiar, a la resolución de problemas, al interés por sus propias metas, a una orientación cognitiva, con énfasis en la asertividad, competencia, autonomía, dominancia e inhibición emocional (Bem 1987).

Esta división de roles corresponde a los estereotipos sexuales, con frecuencia atribuidos a diferencias biológicas entre hombres y mujeres. Sin embargo, para explicar y justificar la inequidad sexual se ha sobrerrepresentado estas diferencias biológicas, en tanto que, para explicar las diferencias entre ambos géneros, los contextos sociales han sido subrepresentados (Bem 1993). De hecho, cada subcultura entrega un modelo particular de hombre y de mujer y es a través del proceso de socialización que los individuos aprenden los valores, las expectativas y las reglas de su sociedad; por lo tanto, dicho proceso tendrá una poderosa influencia en la forma en que hombres y mujeres se perciban a sí mismos.

A lo anterior se suma el hecho de que vivimos en una sociedad que sobrevalora lo masculino, situación que trae apareada con frecuencia una desvalorización de las características que tradicionalmente se han considerado femeninas y que constituyen una parte esencial de la personalidad humana.

De acuerdo a Scott (1990), el término género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos y es una forma primaria de relaciones significantes de poder.

Según Michel (1986), los prejuicios y las ideologías que desvalorizan o colocan a la mujer en una situación de inferioridad respecto a los hombres, constituyen uno de los males más graves que atacan a la humanidad, ya que no sólo las mujeres sufren en esta situación, sino que las sociedades se privan de un enorme potencial de cualidades intelectuales y humanas que son ignoradas o menospreciadas.

Guzmán y Pinzás (1992) sostienen que el género refleja el origen social de las identidades y que, para poder estudiarlo y entenderlo, hay que prestar atención a las representaciones simbólicas asociadas al sexo, las cuales varían de acuerdo al contexto y al momento histórico. En esta misma línea, Scott (1990), sostiene que el género implica cuatro elementos interrelacionados:

- Los símbolos culturales que evocan las representaciones simbólicas;
- El conjunto de normas que se transmiten a través de la religión, la educación, las leyes, la ciencia y la política;
- Las formas en que se articula el poder en las distintas esferas de la sociedad: familia, educación, política y mercado laboral, entre otras; y
- La forma en que se va configurando la identidad subjetiva y cómo ésta se relaciona con las actividades, organizaciones sociales y representaciones culturales.

Como lo plantea Moreno (1986:7), "para cada persona sólo es posible lo que puede imaginar, sólo es real lo que piensa que existe y sólo es cierto aquello que cree. Nuestra visión del mundo es, pues, parcial y limitada por nosotros mismos, por nuestros conocimientos y por nuestros dogmas. Actuamos y nos movemos no de acuerdo con la realidad, sino con nuestra imagen del mundo. Esta imagen no la construye cada persona por sí misma a partir de la observación de unos hechos concretos y reales sino, en la mayoría de los casos, a partir de lo que los demás le dicen sobre estos hechos, es decir, a partir de los juicios que los demás emiten sobre la realidad".

Es en la adolescencia cuando la estructura ideológica del ambiente se hace esencial para organizar las experiencias cotidianas, puesto que para ello se requiere de una categorización de la realidad, la cual se enmarca en las concepciones históricas predominantes. Estas categorizaciones ideológicas de la experiencia, sumadas al reconocimiento de las capacidades, habilidades e intereses individuales, orientan las opciones y el establecimiento de un compromiso creciente en el ámbito social (Erikson 1968).

Es también en este período cuando se produce una reestructuración de los mensajes implícitos y explícitos que la familia entrega respecto al género, así como también hay una introducción de nuevos mensajes; específicamente, un aspecto que se destaca es la mayor preocupación por definir los niveles de autonomía y libertad otorgados a hijos e hijas.

Por otra parte, los modelos de hombre y mujer que los padres proporcionan, así como el tipo de interacciones que establecen entre ellos, con otros y con la sociedad en general, constituyen una importante fuente de aprendizaje de roles sexuales para hijos e hijas. Estos modelos influirán fuertemente en la forma en que los adolescentes construirán sus proyectos de vida y la actitud que asumirán respecto a su propio rol frente a la sociedad (Milicic, Alcalay y Torretti 1992).

Si la madre ofrece un modelo de mujer abnegada, altruista, que habitualmente se posterga en función de los demás, que se siente responsable por el bienestar de los otros y cuya identidad se define básicamente a partir de sus roles de madre, esposa y dueña de casa, es altamente probable que la hija internalice este modelo y lo haga suyo. Si bien en el futuro podrá manifestar deseos de rebelarse contra este modelo y expresar necesidad de construir un proyecto de vida diferente al de su madre, los mandatos recibidos a lo largo de su socialización constituirán fuertes obstáculos al cambio, que le generarán importantes conflictos. Una parte de ella sentirá impulso y motivación al cambio, pero la otra parte estará constantemente frenándola, al comunicarle que "eso no está bien".

Aun cuando en la actualidad muchas familias son menos sexistas que hace unas décadas, todavía existen "microinequidades" —algunas explícitas, otras subterráneas— que, si bien suelen aparecer para algunos como de poca importancia si se miran en forma individual, tienen un poderoso efecto acumulativo y de programación para el futuro.

Se ha descrito la adolescencia como uno de los períodos evolutivos de mayor significación en el desarrollo humano, cuyo objetivo principal es la preparación para asumir roles socialmente prescritos y el logro de una identidad personal. Es en este período que los jóvenes comienzan a buscar en forma consciente una respuesta frente a la pregunta "¿quién soy yo?". Esta reflexión genera una parte importante de los conocimientos y sentimientos acerca de la propia identidad, los que serán decisivos en el actuar del adolescente, en la configuración de su propositividad vital y en la elección de su estilo de vida (Milicic, Alcalay y Torretti 1993).

Es así como Erikson (1985) describe la adolescencia como un período de moratoria psicosocial, es decir, un período que proporciona al joven una relativa libertad para experimentar y ensayar roles antes de decidir su futuro. Esto le permite pensarse desde diferentes perspectivas, tomar decisiones y cambiarlas, sin tener que comprometerse en forma definitiva con ellas, como sucede en etapas posteriores.

La sociedad espera que, luego de este período de moratoria, los jóvenes puedan cumplir satisfactoriamente un conjunto de tareas evolutivas que les permitirán seguir madurando y desarrollándose. Entre éstas cabe destacar:

- Lograr un sentimiento de identidad personal;
- Aceptar los cambios físicos;
- Alcanzar una interacción adecuada en las relaciones sociales con ambos sexos;
- Llegar a ser emocional y personalmente más autónomo en relación al núcleo familiar;
- Desarrollar una propositividad vital en términos de qué se quiere llegar a ser en relación a proyectos de vida posibles;
- Elegir una ocupación y capacitarse para cumplirla;
- Prepararse para establecer una relación de pareja en el presente y en el futuro;
- Interesarse por el contexto social, asumiendo sus responsabilidades cívicas;
- Lograr una moral autónoma y una filosofía de vida que oriente valóricamente la existencia;
- Conectarse con las propias necesidades, y ser capaz de defender los propios derechos al mismo tiempo que se respetan los de los otros;
- Ser capaz de autorregular sus conductas en función de sus necesidades, sus metas y sus impulsos, las necesidades de los otros y las demandas de la realidad;
- Adquirir una identidad de género.

La familia desempeña un rol muy importante en la forma en que los jóvenes enfrentarán cada uno de estos desafíos, ya que puede contribuir a ampliar o restringir el rango de alternativas acerca de las cuales pueden reflexionar. Por ejemplo, las niñas cuyas familias les han dado la oportunidad de explorar, conocer, anticipar y tomar contacto con lo que sienten sin necesidad de distorsionarlo, podrán tomar decisiones a futuro que les permitan desarrollar una personalidad más integrada y más auténtica.

Un aspecto característico de la adolescencia, que permite al joven visualizar y evaluar posibles escenarios futuros, está dado por el surgimiento de una nueva estructura cognoscitiva en que el pensamiento lógico concreto, presente en edades anteriores, se transforma en pensamiento hipotético-deductivo, liberándose de esta

manera de la realidad concreta inmediata y siendo capaz de operar con entes abstractos y operaciones simbólicas (Flavell 1984).

Estas habilidades de pensamiento permiten al joven dejar de depender de las condiciones concretas, visibles, en que transcurre un problema y comenzar a realizar un análisis que considera distintas alternativas de solución, desenvolviéndose de esta manera en el mundo de lo posible. Le permiten también la construcción de sistemas y teorías, la comprensión de ideologías y la adopción de actitudes críticas frente a los fenómenos sociales.

Esta actitud crítica también se manifiesta con respecto a su familia, lo que redundará en un distanciamiento afectivo de ella y en un acercamiento a los grupos de pares. Es un período en que la rebeldía es característica. Rechazar los dictados parentales en forma sistemática, así como también los objetivos y valores de los padres al adoptar puntos de vista y conductas opuestas, constituye para el adolescente una forma de sentir que está actuando en forma autónoma. Aun cuando esta conducta, justamente por su carácter oposicional, está directamente relacionada a los mismos mandatos, prohibiciones, objetivos y valores que desafía, ayuda en el proceso de diferenciación tanto de los padres como de otros grupos más amplios (Hansen, Borman, Powers, Jacobson y Noam 1990). Esta superación del apego y control de la familia permitirá que el joven logre conocer el mundo de los adultos.

Si se analiza el conjunto de tareas anteriormente expuestas, se puede apreciar que el proceso de adquisición de la identidad personal no sólo implica lograr un sentido de individualidad, sino también supone la integración del sí mismo personal con el reconocimiento y validación de esta imagen por parte de los otros, reconocimiento que permite experimentar la sensación de ser un sujeto que ocupa un lugar en la sociedad y que se involucra cada vez más en la existencia cultural (Erikson 1968).

En el caso de las niñas, la necesidad de reconocimiento y validación de los demás se vuelve particularmente importante en esta etapa y se refleja prioritariamente en la aceptación —por parte de los otros— de la imagen de mujer que proyectan. En esta etapa se produce una intensificación de las preocupaciones del género, que se concreta para las niñas en el deseo de ser atractivas, bien parecidas, ser reconocidas y valoradas por los otros, tanto hombres como mujeres, lo que en síntesis implica hacer una definición personal a partir de los otros. Esta actitud guarda relación con los mensajes transmitidos a las mujeres a través de la socialización. Un mensaje muy poderoso es justamente que la mujer debe hacer todo lo posible por "agradar a los demás", lo que eventualmente se traduce en conductas tales como preocuparse y sacrificarse por los demás y en enormes esfuerzos por acercarse a los patrones de belleza existentes en la cultura, entre otras. Dado que la presión a la conformidad coexiste con el deseo de establecer una identidad única, la identidad de género constituye un área de potencial conflicto, tanto desde la perspectiva de la adquisición del propio rol sexual, como de la interacción con el otro sexo (Alcalay, Milicic y Torretti 1993).

Esta necesidad de ser aprobadas por los demás se ve acentuada en las niñas por el hecho de que ellas, según Block (1980), y tal como lo reconocen en los autorreportes, son más ansiosas y tienen menos seguridad para solucionar problemas y para desempeñarse en forma exitosa ante situaciones desconocidas. Ello guarda relación, por una parte, con el proceso de distanciamiento y creciente sordera respecto a los propios sentimientos y necesidades, producto de centrarse en la definición que otros hacen acerca de cuál es la conducta femenina "adecuada", de modo de asegurarse

cierto reconocimiento y evitar la desaprobación. Por otra parte, los sentimientos de inseguridad y ansiedad también surgen de la comparación que hacen las mujeres de sí mismas con el modelo que la sociedad entrega acerca de lo que es el desarrollo esperable para todos los seres humanos. Sin embargo, dicho modelo surge a partir de la experiencia masculina (Gilligan 1982) y, por lo tanto, no es de extrañar que las mujeres nunca sientan que logran alcanzar todos aquellos objetivos que este modelo identifica como 'normales' y "deseables".

En esta misma línea, Gilligan (1991) postula que una característica de las mujeres al iniciar la etapa de la adolescencia consistiría en diluir los sentimientos y pensamientos desarrollados durante su infancia respecto a sus relaciones interpersonales. Es sabido que durante la infancia las niñas son capaces de expresar en forma directa y honesta sus sentimientos, sus necesidades y sus conflictos en relación a los otros. De hecho, llama la atención la facilidad con que niñas de 7 u 8 años cuentan cómo se sienten y la espontaneidad con que hacen notar las transgresiones en las relaciones, aun cuando sus respuestas las lleven a experimentar sentimientos dolorosos o hagan que los otros se alteren. En las conversaciones con las adolescentes, en cambio, el deseo de ser consideradas 'buenas' empieza a cubrir el mundo de los sentimientos.

A medida que crecen, a diario las niñas van incorporando evidencia del mundo que las rodea: viendo lo que se supone no deben ver y escuchando lo que supuestamente no fue dicho. Este proceso coarta el potencial de transformación que está en el desarrollo de las mujeres, al dejar a las niñas que se están transformando en mujeres con una sensación de que sus sentimientos no tienen base, que sus pensamientos son acerca de nada real, lo que experimentaron nunca ocurrió o que en aquél momento no pudieron comprenderlo.

Gilligan (1991) plantea que en la medida en que sus experiencias y sus cuerpos cambian con la adolescencia, las jóvenes se vuelven más aptas para desechar la experiencia de su niñez y colocar una cubierta a su mundo infantil. Sin embargo, al cerrar la puerta de su infancia, las niñas están en peligro de excluir lo que en realidad son las células de su sistema inmunológico psicológico: su aparentemente fácil capacidad para sintonizarse con el mundo de las relaciones. Las voces que, intencional o inintencionalmente interfieren con el conocimiento de las niñas, o las estimulan a silenciarse, evitan que ellas pongan en el tapete una serie de conductas que reflejan violencia relacional, como por ejemplo no ser escuchadas, ser ignoradas, ser dejadas fuera, ser insultadas, criticadas, humilladas o ridiculizadas, ser traicionadas o heridas.

'Tápanse niñas' es un mensaje que reciben las adolescentes a diario. Tapan su cuerpo, tapan sus sentimientos, tapan sus relaciones, tapan su conocimiento, tapan su voz y, tal vez lo más frecuente, tapan sus deseos. Y la barrera que evita que se traspasen estas cubiertas parece ser un muro que califica al cuerpo, sentimientos, relaciones, conocimiento, voz y deseo, como 'malos'.

¿Qué significaría para una niña que entra en la adolescencia decir la verdad acerca de su vida, hablar honesta y abiertamente acerca de sus experiencias? De acuerdo a Brown (1991), esto sería "protestar contra la ficción disponible del ser femenina, rechazar la historia convencional de la vida de una mujer".

Según la autora, una niña que elige validar sus experiencias vitales al hablar abiertamente acerca de ellas, resiste la seguridad de la convención, moviéndose hacia un territorio desconocido; se coloca a la deriva, se desconecta del territorio central; se arriesga por un tiempo a no tener una historia. Y no tener una historia —no tener una

historia convencional acerca del ser mujer— puede ser una experiencia profundamente atemorizante, ya que implica no tener un modelo y, por lo tanto, estar con una misma, confrontando la responsabilidad de la autoría de la propia vida.

Si la salud psicológica consiste en mantenerse en relación con una misma, con otros y con el mundo, entonces el perder contacto con los propios sentimientos y pensamientos, aislarse de los demás, alejarse de la realidad, constituye una crisis relacional. Paradójicamente, la crisis relacional de las adolescentes está marcada por una batalla para mantenerse en la relación, una resistencia frente a las desconexiones que son psicológicamente hirientes. Esta batalla adquiere una diversidad de formas, pero en su centro hay una resistencia a la pérdida, a abandonar la realidad de las relaciones por idealizaciones o identificaciones. Es así como a las adolescentes se las presiona para que adquieran imágenes de perfección, como el modelo de la mujer pura y perfecta: la mujer a quien todos van a valorar y con quien todos van a querer estar.

¿Cómo perciben las adolescentes la relación de pareja?

El sistema familiar se compone de subsistemas que mantienen una interacción recíproca y continúa entre sus miembros y los roles que éstos asumen. Los lazos determinan las posiciones al interior de una familia y los roles como esposo-papá, esposa-mamá, hija-hermana, hijo-hermano. Cada una de estas posiciones supone roles definidos y constituyen las bases de los subsistemas formales, es decir, los subsistemas marital, parental, fraternal. El sistema familiar sirve como plataforma de apoyo al relacionarse con el medio extrafamiliar (Minuchin 1984).

El subsistema marital está constituido por la pareja; el buen funcionamiento de este subsistema facilita el crecimiento y desarrollo de los hijos y sirve de modelo para las relaciones de intimidad, así como para la expresión de afecto y las modalidades de enfrentamiento a los conflictos.

Con respecto a las fuentes a partir de las cuales las adolescentes se forman una percepción acerca de la relación de pareja, se podría decir que existe una discrepancia significativa entre la concepción de matrimonio que se les transmite a los jóvenes en forma oral o a través de los medios, y lo que ellas realmente perciben en su entorno. Napier y Whitaker (1982) describen la concepción idealizada de matrimonio que tienen las jóvenes antes de casarse: "Imaginamos el matrimonio como ese feliz estado en que habremos de recibir todas las atenciones y cuidado, todo el amor y empatía y hasta los buenos consejos que jamás nos dieron en nuestras familias de origen. El matrimonio nos ayudará a sentirnos más satisfechas de nosotras mismas, hará nuestra vida más fácil y segura" (p. 29).

En esta misma línea, Sager (1980) destaca algunas de las expectativas que existen respecto al matrimonio:

- Un compañero que sea fiel, devoto y amante exclusivo, que ofrezca la clase de relación interpersonal ansiada, alguien con quien crecer y desarrollarse.
- Un sostén contra el resto del mundo, especialmente en situaciones de adversidad.
- Una compañía que asegure contra la soledad.
- El matrimonio en sí es una meta, más que un comienzo. La idea es "Se casaron y fueron muy felices".
- Una relación que puede durar 'hasta que la muerte la separe'.

- Una relación sexual lícita y fácilmente asequible.
- La creación de una familia donde se pueda procrear y participar en el crecimiento de los hijos.
- Inclusión de otras personas dentro de la nueva familia.
- Una situación social respetable.
- Una imagen protectora que inspire deseos de trabajar y construir.

Sin embargo, las adolescentes ven con frecuencia una realidad muy diferente a la idealización que se ha hecho de la relación de pareja, tanto en sus hogares y en las familias que les son más próximas, como en los modelos familiares más distales que entregan los medios de comunicación de masas.

A modo de ejemplo, se presentan a continuación algunos datos del informe Hite (1988) que indican la existencia de insatisfacción en la relación de pareja por parte de las mujeres:

- 77 por ciento de las mujeres sostiene que los hombres no las escuchan;
- 82 por ciento opina que los hombres no se dan cuenta de cómo dependen y utilizan el apoyo emocional de la mujer;
- 41 por ciento de las mujeres manifiesta que los hombres incluso llegan a pedirles que no sientan lo que están sintiendo;
- 47 por ciento opina que la única manera de llegar a una comunicación verbal auténtica es hacer que una pelea estalle;
- 61 por ciento de las mujeres asegura que las reacciones de sus maridos o de sus parejas son, con frecuencia, destructivas y dan a entender que consideran trivial y poco importante mucho de lo que las mujeres hacen o dicen;
- 27 por ciento dice que un marido o un amante las ha maltratado o golpeado una sola vez;
- 12 por ciento dice que han sido o son golpeadas con más frecuencia;
- 57 por ciento ha sufrido la amenaza de violencia; algunas mujeres viven con la violencia siempre presente como una posibilidad;
- 76 por ciento dice que los hombres esperan de las mujeres que estén a su disposición, 'a la orden', en todo momento;
- 89 por ciento se da cuenta de que existe un conflicto entre las exigencias del hombre de que se muestren amantes —o sea, de su 'deber' de amar y de dar ('hasta el infinito')— y su propia necesidad de ser ellas mismas.

Estos ejemplos muestran cómo, en diferente grado, las adolescentes observan en su familia y a su alrededor una condición de subordinación de la mujer hacia su cónyuge, lo que habitualmente no se explicita, sino más bien se invisibiliza. Tal como lo plantea Fernández (1989), no es que la discriminación, exclusión y descalificación de la mujer sean invisibles, sino son procesos que han sido invisibilizados, es decir, se encuentran naturalizados, al atribuir a la naturaleza lo que ha producido la cultura. En este sentido, un invisible social, como es la discriminación femenina, no es lo que está oculto, sino que, en forma paradójica, está hecho de acontecimientos que se dan en toda la extensión social, que no se ocultan sino que se deniegan y, por lo tanto, no pueden ser vistos.

En particular, Fernández (1989), al referirse al trabajo doméstico no remunerado,

hace hincapié en el hecho de que, al otorgársele la significación social de constituir una forma de ocupación 'natural amorosa' de la mujer, es éste el aspecto que aparece visible. Lo que queda denegado es la valoración económica de este trabajo, invisibilizando de esta manera la apropiación de la participación económica femenina.

El hecho de que la percepción de pareja de las jóvenes surja en gran medida de la observación que hacen de la relación que existe entre sus padres, cobra especial importancia si se considera que las adolescentes viven la relación de sus padres básicamente en el ámbito de lo doméstico, donde es la madre la que habitualmente realiza la mayor cantidad de funciones. Estas son poco reconocidas y valoradas, y tienden a ser señaladas solamente cuando se encuentran incompletas o no hechas. Es así, por ejemplo, como una mujer puede haber completado gran parte del trabajo doméstico de la casa, pero si el almuerzo no está listo a la hora, con frecuencia es señalado por el marido como "en esta casa ni el almuerzo está a la hora".

Las adolescentes perciben no sólo una falta de reconocimiento del padre por las labores que realiza la madre, sino también una descalificación frecuente, y a menudo expresan que existe una situación de injusticia en la distribución de tareas al interior del hogar. También las hijas perciben cierto cansancio de las madres en la relación de pareja; de hecho, en múltiples ocasiones plantean que la madre no 'disfruta' su relación de pareja, sino más bien la 'aguenta'.

"Mi mamá trabaja y se preocupa de nosotros y mi papá lo único que hace en la casa es retarla por lo que no está bien hecho".

"Mi papá reta a mi mamá como si fuera una niña chica".

"Me da rabia que mi mamá aguante la forma en que la trata mi papá. Yo nunca voy a aguantar eso".

"Mi papá no deja nunca que mi mamá vaya a las comidas de su oficina".

"Mi mamá tiene que llegar siempre antes que mi papá a la casa".

"Mi papá nunca avisa cuando va a llegar tarde a la casa. Si mi mamá hiciera lo mismo, quedaría la grande".

Otro aspecto que de alguna manera define la relación de pareja, es la administración del dinero en la familia. Al respecto, las jóvenes observan lo que Coria (1989) ha denominado el fenómeno de 'sexuación'. De acuerdo a la autora, "tan natural resulta el dinero en manos de los varones que se produce una asociación simbólica por la cual el dinero queda adscrito a lo masculino. Llega incluso a ser considerado sinónimo de virilidad y masculinidad. Esta asociación es compartida por las mujeres, quienes, convencidas de que el dinero es masculino, deducen también que 'masculiniza' y temen su contacto por el riesgo que supone de llegar a perder feminidad" (p. 125). Resulta 'natural', por ejemplo, que los hombres hablen de dinero, en cambio que las mujeres hablen de los hijos; que sean los hombres los que deciden los gastos importantes que realiza la familia; que ganen más que las mujeres; que trabajen por dinero y no por amor, como lo hacen frecuentemente las mujeres; que tengan el deber de mantener económicamente a la mujer y que adquieran, junto con este deber, la atribución de administrar sus bienes.

"A mi papá no le gusta que mi mamá trabaje, salvo en las obras sociales del colegio".
"Cuando mis papás se separaron mi mamá perdió todo porque la casa y el auto estaban a nombre de mi papá".

"Mi mamá se quiso comprar una casa con una plata que le dio mi abuelito, pero mi papá no la dejó. Le dijo 'las platas las administro yo'".

Coria (1989) señala que las mujeres tienden a administrar el dinero del mes o, como lo denomina la autora, los 'dineros chicos' que se invierten en la casa, comida y en general en productos que no permanecen en el tiempo ni dejan huella; pareciera como si estos 'dineros chicos' no entraran en conflicto con el concepto de lo femenino. Por su parte, los hombres son los que administran los 'dineros grandes', es decir, aquellos que se invierten en productos bien visibles y que dejan huellas. Incluso, en la mayoría de los casos, son los hombres los que administran las herencias que reciben sus esposas, con el consentimiento de ambos miembros de la pareja. El resultado de ello es que las mujeres elaboran su feminidad en conflicto con el dinero, configurando así una situación de dependencia, la que tratan de compensar con algunos de los beneficios que ésta ofrece, como el confort y la protección; el precio que deben pagar por estos beneficios es la limitación de su propio desarrollo, debido a la dificultad que se les presenta para tomar decisiones, hacer elecciones y asumir las responsabilidades en el ámbito de lo extradoméstico. Además, este tipo de dependencia —así como otros que se dan en la relación de pareja— tienen en común el hecho que "—de manera abierta o encubierta, por propia decisión o imposición— delega en otros la posibilidad de decidir (p. 128) ... "la actitud paternal del hombre obliga a la mujer a pedir. Y ese hecho la coloca en una situación de inferioridad similar a la que tienen los niños, que deben pedir dinero porque aún no están en condiciones de adquirirlo ... el hecho de contribuir a que un adulto funcione como un niño es un ejercicio de violencia. ... El tener que pedir pone al que pide a merced del dador que puede caer en la tentación de poner condiciones" (p. 131).

Otro de los aspectos que refleja significativas diferencias entre ambos miembros de la pareja, es la forma en que los hombres y las mujeres asumen la maternidad y la paternidad. Es generalmente la mujer la que desempeña el rol protagónico en este dominio y la que se siente responsable de los resultados obtenidos. Los hombres tienden a asumir la paternidad desde una perspectiva más periférica y en muchas situaciones mediada por la mujer; solamente se comprometen a cabalidad en circunstancias en que la mujer se encuentra ausente, ya sea por enfermedad, muerte o abandono. Curiosa y paradójicamente, en estas situaciones los hombres reciben el reconocimiento social que ninguna mujer obtiene en similares circunstancias; es decir, se los considera "heroicos" por realizar las mismas tareas que realizan las mujeres habitualmente.

Es así, por ejemplo, que uno de los aspectos más destacados por las investigaciones en relación a los factores etiológicos y la responsabilidad parental por los problemas de los niños, se puede describir como la 'culpabilidad materna' (Phares 1993). Una de las investigaciones más completas acerca de la culpabilidad materna fue realizada por Caplan & Hall-McCorquodale (1985), quienes revisaron nueve revistas clínicas de tres periodos (1970, 1976, 1982) y encontraron que en los diversos trabajos se hacía responsables a las madres por 72 problemas infantiles, en cambio a los padres no se les asignaba responsabilidad en forma directa por ninguno. Además, los autores encontraron que las madres raramente eran descritas de manera positiva en los estudios de casos, en contraste con los padres, quienes frecuentemente eran descritos solamente de manera positiva.

Incluso los mismos padres presentan este patrón de atribución de culpabilidad materna pero no paterna, por los problemas de sus hijos. En un estudio, Patterson (1980) encontró que las madres asumen el doble de la responsabilidad que los padres por los problemas de sus hijos. Los padres, en cambio, tendían a atribuir la responsabilidad no a sí mismos, sino a las madres, quienes a su vez se autoatribuían dicha responsabilidad (Penfold 1985, Watson 1986).

Es así, por ejemplo, que una cantidad importante de las jóvenes percibe una preocupación constante de la madre por la familia, versus una falta de involucración del padre, y en algunos casos viven con mucha fuerza el abandono de éstos.

"Si una está enferma, muchas veces la mamá se queda en la casa, y si no puede hacerlo, está llamando constantemente".

"Nosotros somos cinco y yo creo que mi papá no nos ha llevado nunca ni al doctor ni al dentista. Eso que mi mamá trabaja".

"Mi papá se casó de nuevo y nunca más se preocupó de nosotros".

"Mi mamá ha hecho de papá y mamá".

"Mi papá cree que con dar plata es suficiente".

"Mi papá nunca me ha comprado ni un par de calcetines".

"Mi papá nos reta tanto por las notas y el otro día me di cuenta que él creía que yo estaba en un curso inferior".

"Mi papá no se da cuenta cuando estamos tristes".

"Yo sé que con mi mamá puedo contar siempre; con mi papá no estoy tan segura".

Más allá del dominio de lo privado, en sus experiencias cotidianas las adolescentes están expuestas a observar diferencias importantes en relación al desempeño y reconocimiento de las mujeres en el dominio de lo público. El trabajo fuera del hogar le genera con frecuencia a la mujer conflictos de roles, así como también una sobrecarga de roles. El trabajo remunerado y compartir con el marido la mantención económica del hogar, no la libera de las exigencias que se le hacen como madre, esposa y dueña de casa. Es decir, si sus aspiraciones son lograr mayor desarrollo y realización personal, así como mayor autonomía, deberá pagar por ello un costo físico y psicológico. Además, deberá enfrentar las barreras y discriminaciones que la sociedad le impone por su condición de mujer.

Respecto a esto último, Hayes (1987) sostiene que históricamente las mujeres han sido mucho menos creativas que los hombres, pero que esto no significa que las mujeres sean así por naturaleza, sino que nuestra cultura estimula y provee muchas más oportunidades a los hombres que a las mujeres para ello. Algunas de estas expresiones culturales serían las siguientes:

- Nuestra cultura desestimula a las mujeres de interesarse en campos relacionados a las ciencias y las estimula a interesarse en labores domésticas.
- Nuestra cultura tiende a minar la confianza de las mujeres en su habilidad para competir en ciertos campos creativos.
- Existen relativamente pocos modelos de roles femeninos en los campos creativos.
- Los hombres pueden resentir y discriminar a las mujeres cuando éstas ocupan roles profesionales y laborales.
- En nuestra cultura es mucho más difícil para las mujeres compatibilizar matrimonio y una carrera profesional, que para los hombres. Esto se debe a los supuestos

respecto a que las tareas domésticas, como cocinar y el cuidado de los niños, son en mucho mayor medida responsabilidad de las mujeres que de los hombres, que la carrera del marido es más importante que la de la esposa y que, por lo tanto, cualquier conflicto de intereses debe resolverse en favor de la carrera del esposo.

¿Qué aprenden las adolescentes en el subsistema fraterno?

El subsistema parental define la relación padres-hijos y genera las normas de crianza y socialización. Debe satisfacer las necesidades básicas y servir de guía, apoyo y control para los hijos. Es en este contexto que los hijos aprenden diferentes modos de comunicarse y aprenden a discriminar qué comportamientos son aprobados y cuáles son desaprobados. También aprenden a diferenciar qué necesidades se validan en la familia y a delimitar las áreas y las formas en que se toman las decisiones.

El subsistema fraterno se compone del grupo de hermanos, y es aquí donde se experimentan las primeras relaciones entre pares. Al interior de este subsistema se produce el aprendizaje y elaboración de aquellas pautas que les permitirán posteriormente negociar, cooperar y también competir. La influencia de los padres en este subsistema es enorme, ya que ayudan en la delimitación de roles. Específicamente en relación a las diferencias por género, en este subsistema, los padres pueden tener actitudes que fomenten la integración y flexibilización de los roles femeninos y masculinos al permitir iguales niveles de autonomía, repartición justa de las tareas, intercambio de posiciones. Por el contrario, también pueden, de manera consciente o inconsciente, favorecer una actitud discriminatoria a través de roles estereotipados que coloquen a las hijas, por ejemplo, en una situación de subordinación que promueva su participación en el dominio de lo privado y coarte su desempeño en el dominio de lo público. Ciertamente la concepción de hombre y mujer que tenga el subsistema parental influirá significativamente en la forma en que estos aspectos se aplicarán a hijos e hijas.

En la relación con los hermanos se produce un aprendizaje de formas de interactuar, de expresar afecto y de resolver conflictos, que los niños tienden a generalizar posteriormente en las otras relaciones sociales. La relación entre hermanos está marcada por sentimientos ambivalentes, en los cuales la sensación de pertenencia y vínculos entre ellos compete con la rivalidad que se crea por el afecto de los padres. En los sentimientos y en el discurso de los hermanos, recurrentemente está planteado el problema de la justicia. Los niños evalúan a sus padres al menos en los siguientes aspectos:

- La intensidad y forma de expresar el afecto a los diferentes hermanos.
- La asignación de tareas en la familia (obligaciones y responsabilidades asignadas).
- La aplicación de normas diferenciales, permisos, medidas disciplinarias.
- La forma de asignar los recursos existentes en la familia (mesadas, ropas, alimentos, tiempo).

En relación a la expresión de afecto y como producto de la estructura machista de muchas familias, ésta es más libre en la relación con las hijas, lo que muchas veces es percibido por los hijos como mayor cantidad de afecto. En general, las formas de

expresar afecto hacia las hijas son más tiernas que hacia los hijos. Hay más intimidad, más contacto físico y éste sería más suave con las hijas, en tanto que la interacción con los hijos es más brusca y, en ocasiones, agresiva. Al respecto, las jóvenes comentan:

"Mi papá me regalona más que a mis hermanos".

"Mi mamá tiene muchas más muestras de cariño con nosotras las mujeres".

"Mi papá es rudo con mis hermanos, les da unos palmotazos en la espalda, en cambio con nosotras es bien cariñoso".

Esta situación tiene diversas consecuencias. A las mujeres se les refuerza la expresión afectiva por sobre la instrumentalidad, lo que de alguna manera apunta a perpetuar el estereotipo femenino, en tanto que a los hombres también se les refuerzan aspectos típicos del rol tradicional masculino, al limitarles la posibilidad de recibir y expresar cariño, obligarlos a esconder su vulnerabilidad y no desarrollarles la capacidad de cuidar a otros.

Con respecto a la asignación de tareas, responsabilidades y obligaciones, existe una percepción por parte de las adolescentes de una gran situación de discriminación en las tareas asignadas. Se aprecia una sensación de injusticia, en el sentido de que la demanda que recae sobre ellas en tareas del ámbito doméstico es muy alta en comparación con sus hermanos. También tienen conciencia de que las demandas asociadas a las relaciones sociales con la familia extensa recaen fundamentalmente sobre las hijas.

A los hijos, en cambio, se les piden algunas tareas que dicen relación con el mundo externo o que requieren el uso de fuerza física. En algunos casos, hay más exigencia para los hombres en relación al rendimiento escolar. Se prioriza el respeto por el tiempo de los hombres; cuando hay que hacer algo, aunque ambos estén estudiando, la que debe sacrificarse es la mujer:

"Cuando hay que quedarse cuidando a mi hermano chico, porque mi mamá tiene que hacer, la que se debe quedar sin ir a la escuela soy yo".

"A mí siempre me piden que vaya a ver a la abuelita o acompañe a mi mamá a visitar a una amiga que tuvo guagua. A mi hermano jamás. No es que a mí no me guste, pero creo que a mi abuelita también le gustaría ver de vez en cuando a mi hermano".

"Mi hermano hace bien poco en la casa, yo creo que lo único que hace es trasladar la estufa, porque mi mamá dice que es un trabajo muy pesado para mí".

Con respecto a las normas que se establecen para hermanos y hermanas, existe consenso entre las jóvenes en relación a que, para las hijas, los límites son mucho más estrictos que para los hijos, aun cuando hay una cierta percepción de que en la infancia los castigos fueron más severos para los hermanos que para las hermanas. Los hijos pueden llegar más tarde, no avisar a dónde van y nadie les pregunta mucho acerca de lo que hicieron. Cuando se trata de salir de la casa —ya sea de vacaciones o de paseo— hay una sensación de que las diferencias son dramáticas y ciertamente injustas.

En relación al orden y la presentación personal, también las mujeres se sienten significativamente más exigidas que sus hermanos:

"Mi hermano tiene permiso para salir hasta más tarde que yo".

"Cuando salgo, tengo que pedir permiso, me someten a un interrogatorio de a dónde voy

y con quién. Mi hermano simplemente avisa que sale".

"Mi mamá me exige que mi pieza esté impecable, la de mi hermano es un chiquero".

"Mi papá les pegaba a mis hermanos cuando eran chicos; a las mujeres a lo más nos dejaban sin tele".

"Mi mamá me persigue para que me arregle, viera como andan mis hermanos".

Hay una discriminación por género en la forma de asignar los recursos familiares a hijos e hijas. Estos recursos guardan relación con el tiempo que los padres dedican a los hijos, con la disposición de los espacios familiares, así como con la distribución de recursos materiales, dinero y alimentación. Estas diferencias, además de percibirse injustas, puede aumentar las rivalidades entre los hermanos, pero además van en cierta forma sentando las bases de una convivencia social poco equitativa entre los géneros.

"Yo no sé por qué mi hermano que es más chico tiene que tener más mesada que yo".

"Siempre el bistec más grande, se lo dan a mi papá y a mis hermanos".

"La verdad es que gastan mucho más en ropa para mí, que para mis hermanos".

"Mi hermano tiene la pieza más grande y yo con mi hermana la más chica".

"Mi mamá se dedica mucho más a nosotras que a mis hermanos. Claro que a ellos no les gusta mucho salir con la mamá".

Consideraciones finales

La adolescencia es una etapa crítica para la adquisición de los roles de género. Esta es una etapa en que se reflexiona acerca de la propia identidad y el proyecto de vida. De hecho, la adolescencia es el período de la vida en que existe la mayor libertad para reflexionar acerca de los proyectos futuros. Si bien se da la paradoja de que las adolescentes aún están en una situación de dependencia y que esta libertad se ve limitada por la familia y por el contexto social, el futuro se presenta a las jóvenes como un enorme espectro de opciones. Es por ello que la adolescencia es el período más efectivo para producir cambios, tanto a nivel individual como colectivo.

Por otra parte, las posibilidades, dadas por el desarrollo de las habilidades de pensamiento, permiten aprovechar esta etapa para que las jóvenes reflexionen y se planteen críticamente alternativas diferentes de vivir su condición de mujer, particularmente sus roles al interior de la familia.

Estas condiciones nos debieran llevar a pensar en la necesidad de generar estrategias orientadas a favorecer un cambio en esta generación en relación a los valores sexistas que aún impregnan nuestra sociedad. Una de estas estrategias, a juicio de las autoras, consiste en generar espacios *ad-hoc* para que las jóvenes puedan reflexionar críticamente acerca de las múltiples alternativas y opciones tanto para su presente como para su futuro (Milicic, Alcalay y Torretti 1994).

La socialización de las jóvenes requiere de cambios que les permitan una noción de género flexible, que incluya un pensarse a sí mismas tanto desde el mundo de lo privado como desde su participación en el dominio de lo público. En ambos ámbitos es necesario que la distribución de roles sea pensada de una manera más equitativa.

Dado que las mujeres definen su identidad básicamente a través de relaciones de intimidad y cuidado, se debería subrayar también el autocuidado de las mujeres, es

decir, la necesidad de ser no sólo responsables por otros, sino también por sí mismas. Esto implica escucharse y conectarse con sus propias motivaciones y necesidades, y buscar activamente formas de satisfacerlas, desarrollando para ello las habilidades necesarias.

Quizás el primer paso para un cambio en esta esfera es la toma de conciencia, por parte de las jóvenes, acerca de cómo están siendo socializadas, así como una toma de conciencia del género como elemento central en las relaciones sociales y el reconocimiento de su relación con el poder. Obviamente la discriminación y la relación de subordinación femenina no se acaba con la toma de conciencia ni con la ampliación de las perspectivas de las posibilidades de acción de las mujeres, sino que es necesario desarrollar en ellas como grupo, habilidades instrumentales y afectivas que les permitan asumir las nuevas pautas culturales en relación al género, de manera efectiva.

En esta perspectiva, en este artículo se ha analizado la percepción que tienen las adolescentes acerca de cómo es la división de roles al interior de la familia, ya que se estima que es al interior de ésta, así como en el contexto escolar, donde los niños reciben una influencia más sistemática en relación al género.

Algunos objetivos que las autoras consideran importantes de proponer para que las jóvenes adquieran una identidad de género flexible y amplíen su perspectiva en términos de las posibilidades de lo que podrían llegar a ser, son los siguientes:

- Favorecer la toma de conciencia de los roles atribuidos a ambos géneros en la sociedad.
- Reflexionar acerca de cómo la sociedad, y en particular la educación, los medios de comunicación social y la familia transmiten estereotipos sexuales rígidos y discriminatorios contra la mujer.
- Incentivar una actitud activa hacia la inserción social de las mujeres, no sólo como una forma de ejercer sus derechos, sino de entregar su aporte a la construcción social.
- Valorizar el aporte femenino en la construcción social, ampliando el rango de alternativas posibles para las mujeres.
- Favorecer el desarrollo de la capacidad de fijación de metas, de planificación y de anticipación de las consecuencias de sus acciones.
- Entender el dinero como una variable significativa para la autonomía.
- Desarrollar la capacidad de gestión financiera.
- Incentivar hacia una búsqueda activa de los recursos externos y hacia el desarrollo de los recursos internos que faciliten el logro de las metas propuestas.
- Desarrollar un pensamiento crítico frente a los mensajes dados por los medios de comunicación.
- Desarrollar programas orientadas a la igualdad de oportunidades al interior de la familia tanto en las relaciones de pareja como en la de hermanos y hermanas.
- Valorizar las tareas domésticas y la participación activa de todos los integrantes de la familia en ellas.
- Formar una actitud sana y equitativa en relación a la sexualidad y salud reproductiva.
- Desarrollar sistemas de crianza que permitan a ambos sexos independencia y autonomía, capacidad de riesgo e innovación.

BIBLIOGRAFIA

- ALCALAY, L., N. MILICIC & A. TORRETTI. 1993. "La perspectiva del género en la convivencia social". En: M. I. Mena & C. Romagnoli, eds. *Convivencia social en la enseñanza media*. Santiago: CPU.
- ASKEW, S. y C. ROSS. 1991. *Los chicos no lloran*. Barcelona: Ed. Paidós.
- BEM, S. L. 1987. "Probing the promise of androgyny". En: M. Walsh, ed. *The psychology of women*. New York: Yale University Press.
- BEM, S. L. 1993. *The lenses of gender: transforming the debate on sexual inequity*. New Haven: Yale University Press.
- BLOCK, J. H. 1980. "Differential premises arising from differential socialization of the sexes: some conjectures". *Child Development* 54:6.
- BROWN, L. M. 1991. "Telling a girl's life: self-authorization as a form of resistance". En: C. Gilligan, A. Rogers & D. Tolman, eds. *Women, Girls & Psychotherapy*. London: Harrington Park Press.
- CAPLAN, P. J. & I. Hall-McCorquodale. 1985. "Mother-blaming in major clinical journals". *American Journal of Orthopsychiatry* 55:345-353.
- CORIA, C. 1989. "El dinero sexuado: una presencia invisible". En: E. Giberti & A. M. Fernández, eds. *La mujer y la violencia invisible*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- ERICKSON, E. 1968. *Identity: youth and crisis*. New York: W. W. Norton & Company Inc.
- ERICKSON, E. 1985. *El ciclo vital completado*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- FERNANDEZ, A. M. 1989. "Violencia y conyugalidad: una relación necesaria". En: E. Giberti & A. M. Fernández, eds. *La mujer y la violencia invisible*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- FLAVELL, J. H. 1984. *El desarrollo cognitivo*. Madrid: Visor Libros.
- GILLIGAN, C. 1982. *In a different voice*. Massachusetts: Harvard University Press.
- GILLIGAN, C. 1991. "Women's psychological development: implications for psychotherapy". En: C. Gilligan, A. Rogers & D. Tolman, eds. *Women, girls & psychotherapy*. London: Harrington Park Press.
- GUZMAN, V. & A. PINZAS. 1992. "Sociología comprensiva y metodologías cualitativas". En Seminario-Taller Género, políticas públicas y desarrollo. Santiago: CEM-Sernam, mimeo.
- HANSEN, S., E. BORMAN, S. POWERS, A. JACOBSON, & G. Noam. 1990. "Paths of adolescent ego development: links with family life and individual adjustment". En: A. Rothenberg, ed. *The Psychiatric Clinics of North America*. Vol 3, N° 3. Philadelphia: W. B. Saunders Company.
- HAYES, J. 1987. *The complete problem solver*. New Jersey: Lawrence Erlbaum.
- HITE, S. 1988. *Mujeres y amor*. Barcelona: Plaza & Janes Editores.
- MICHEL, A. 1986. *Non aux stéréotypes!* Francia: UNESCO.
- MILICIC, N., L. ALCALAY & A. TORRETTI. 1992. "Un estudio de modelos femeninos en una muestra de adolescentes chilenas". *Revista Española de Psicología Social* 7:1, pp. 21-34.
- MILICIC, N., L. ALCALAY, & A. TORRETTI. 1994. *Ser mujer hoy y mañana*. Santiago: Editorial Sudamericana.
- MINUCHIN, S. & H. Ch. FISHMAN. 1984. *Técnicas de terapia familiar*. Barcelona: Editorial Paidós.
- MITSCHE, D. & R. SIMMONS, R. 1987. "Gender and coping with entry into early adolescence". En: R. Barnett, L. Biener & G. Baruch, eds. *Gender and Stress*. New York: The Free Press.

- MORENO, M. 1986. *Cómo se enseña a ser niña: el sexismo en la escuela*. Barcelona: Icaria Editorial.
- NAPIER, A. & C. WHITAKER. 1982. *El crisol de la familia*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- PATTERSON, G. R. 1980. "Mothers: The unacknowledged victims". *Monograph of the Society for Research in Child Development* 45:5, Serial N° 186, pp. 1-55.
- PENFOLD, P. S. 1986. "Parent's perceived responsibility for children's problems". *Canadian Journal of Psychiatry* 30, pp. 255-258.
- PHARES, V. 1993. "Perceptions of mothers' and fathers' responsibility for children's behavior". *Sex Roles* 29, pp. 839-851.
- SAGER, C. 1980. *Contrato matrimonial y terapia de pareja*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- SATIR, V. 1991. *Nuevas relaciones humanas en el núcleo familiar*. México: Editorial Pax.
- SCOTT, J. 1990. "El género: una categoría útil para el análisis histórico". En: J. Amelang & M. Nash, comp. *Historia y género: las mujeres en la historia moderna y contemporánea*. Valencia: Edicions Alfons El Magnanim, Institutio Valenciana d'etudis i investigacion.
- WATSON, J. 1987. "Parental attributions of emotional disturbance and their relation to the outcome of therapy: preliminary findings". *Australian Psychologist* 21, pp. 271-282.



Familia y delito: los niños en la calle*

Irma Arriagada

Oficial de Asuntos Sociales, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal)

El título de este trabajo evoca tres fenómenos complejos que en América Latina se interrelacionan fuertemente: la creciente pobreza regional; la estructura y evolución de las familias; y la así llamada delincuencia infantil. Analizaremos brevemente los tres temas, para finalmente plantear algunas sugerencias.

¿CRECE LA ECONOMIA Y AUMENTAN LOS POBRES?

Los estudios de la Cepal ponen de manifiesto que hacia los años noventa, las economías latinoamericanas en su conjunto han crecido (medidas como crecimiento del producto interno bruto). Este crecimiento no ha sido distribuido en forma equitativa entre la población, por lo que, a comienzos de los años noventa, cerca de 200 millones de latinoamericanos —casi 46 por ciento de la población total— no estaban en condiciones de satisfacer sus necesidades básicas, mientras que 94 millones —22 por ciento de la población— se encontraban en condiciones de extrema pobreza. La

* Las opiniones expresadas son de la exclusiva responsabilidad de la autora, y no comprometen a la institución donde trabaja.

incidencia de la pobreza entre los niños latinoamericanos es aun más alta, dado el mayor tamaño relativo de los hogares pobres: probablemente más de la mitad de los niños y niñas latinoamericanos y caribeños vive en la pobreza (Cepal 1994a).

El deterioro profundo de la situación económica y social latinoamericana ha tenido numerosas manifestaciones, tales como el aumento de los jóvenes que no estudian ni trabajan y los altos niveles de desempleo de los jefes de hogar. En la mayoría de los países, estas situaciones han sido más dramáticas en el caso de familias de bajos ingresos, que, además de sufrir con la caída de su poder adquisitivo, viven en áreas periféricas cada vez más distantes de sus lugares de trabajo, como resultado de los modelos de urbanización vigentes en América Latina. Otras expresiones de este estado de cosas son el aumento de la migración internacional y la escalada de la delincuencia, sobre todo en las zonas urbanas (Cepal 1994b). Estos cambios de las condiciones de vida materiales de los latinoamericanos han tenido fuertes repercusiones sobre la estructura y funcionamiento de las familias, así como sobre el aumento de los niños en la calle.

¿FAMILIA O FAMILIAS?

Con ocasión del Año Internacional de la Familia, la discusión de las formas y del funcionamiento de las familias ha aumentado notablemente. El concepto de familia ha ido modificándose en el tiempo al evolucionar la estructura y las funciones que asume.

A través del mundo, con la sola excepción de Asia y el Pacífico, los hogares son más pequeños y se tiene menos hijos. Hay menos hogares "multigeneracionales", mayor número de familias monoparentales y más gente que vive sola. Los hogares pequeños sugieren una declinación gradual de la familia extendida, más evidente en los países desarrollados occidentales, pero iniciándose también en los países en desarrollo. También es notoria la declinación de la fuerza del parentesco y de la importancia de las responsabilidades familiares, la que se combina con el mayor uso de sistemas de apoyo alternativos y mayor variación en los arreglos familiares (Naciones Unidas 1991).

Para la región latinoamericana, la evolución de la familia se ha manifestado también en una reducción de su tamaño; en creciente inestabilidad con aumentos en la tasa de divorcios y separaciones; en un incremento de las relaciones prematrimoniales; en una superación gradual de la dualidad de criterios sobre hábitos sexuales de hombres y mujeres; en un aumento del número de hogares donde ambos cónyuges trabajan y de los hogares uniparentales y de los integrados por convivientes que no formalizan su unión, así como de los casos de dos o más uniones que se traducen en arreglos legales y económicos diversos para la crianza de los hijos. Es necesario reconocer, además, que con los procesos de modernización la familia concentró funciones afectivas, en tanto que otras funciones de tipo más instrumental fueron derivadas hacia otras instituciones sociales (Cepal 1993). También en situaciones de cambio social y económico relativamente rápido, no sólo los hijos forman familias de un tipo distinto de aquellas en las que nacieron, sino que las familias evolucionan en la misma generación de acuerdo con la etapa del ciclo de vida en el que se encuentren.

La disminución del tamaño de los hogares se tradujo en una redistribución de los

roles dentro de la familia. Esto significó que el desarrollo de numerosas funciones que antes se efectuaban en el hogar pasaron a ser ejecutadas fuera de este ámbito; se produjo así una inversión de la magnitud de tiempo que se permanece en el hogar, el que, tanto para el jefe de hogar como para el resto de los miembros de la familia, se ha transformado sólo en un lugar para dormir.

Dado que cada vez más mujeres están viviendo (o se ven forzadas a vivir) solas o como jefas de hogar con dependientes, la responsabilidad por su supervivencia y la de su familia ha aumentado desde los años setenta. A menudo, la maternidad no es apoyada por el matrimonio y los mayores no son cuidados por sus hijos, tendencias que aumentan la carga femenina. Aun cuando las mujeres vivan en pareja, el ingreso masculino es a veces tan inadecuado, que las mujeres y los niños deben asumir la doble carga del trabajo doméstico y el trabajo fuera del hogar para suplir el presupuesto. Informaciones para 1990 indican que 33 millones de niños en América Latina y el Caribe se encuentran trabajando.

Otro fenómeno que cobra importancia en los sectores más pobres de América Latina es la existencia de familias que conviven, ligadas o no por relaciones de parentesco, producto de la pobreza y la escasez de viviendas. La familia como refugio afectivo y agente socializador principal no se encuentra en los trabajos descriptivos de la situación actual de las familias de los sectores populares urbanos de América Latina.

Esta breve descripción de algunos de los cambios ocurridos al interior de la familia muestra claramente que no asistimos a la presencia de una familia, sino de formas diferentes de familia que —en una proporción importante— no mantienen continuidad en el tiempo. Parece más adecuado hablar de familias que presentan un carácter dinámico y polifacético, para rescatar la diversidad de organización y estructura familiar y el proceso de cambio constante en que se encuentran.

SITUACIONES DIFÍCILES AL INTERIOR DE LA FAMILIA

Cuidado de los niños: ¿un olvido permanente de la sociedad?

La atención de los niños de edad preescolar y del tiempo libre de los escolares menores en América Latina no es aún una preocupación central ni continua. Incluso, es un tema no suficientemente investigado. Esta ausencia se debe a que hasta hace muy poco tiempo el cuidado de los hijos pequeños aparecía —y en muchos países y clases sociales aún aparece— como una obligación familiar que cada mujer/familia debía resolver en forma aislada. Sin embargo, la creciente incorporación de las mujeres al trabajo remunerado fuera del hogar ha significado que deben enfrentar diversas estrategias para resolver el cuidado de los hijos, problema que debe ser replanteado a nivel del conjunto de la sociedad.

Violencia intrafamiliar

Las mujeres y los niños enfrentan otra carga: la violencia doméstica. No está medida, pero se sabe que existe y que está muy extendida. Esta violencia doméstica está enmascarada por el secreto y la falta de evidencia, y por la existencia de barreras

sociales y legales para su activa prevención. Los ataques de los hombres a las mujeres y a sus hijos en los hogares son delitos menos denunciados, porque en muchos casos no se los considera como tales, y porque es difícil acusar a las personas afectivamente más cercanas.

Relación entre niños en las calles, familia y pobreza

Naciones Unidas ha acuñado el término de "menores en circunstancias especialmente difíciles" (MCED) para referirse a los niños menores que trabajan en el sector informal o formal de la economía; aquellos que generan sus propios ingresos mediante la realización de actividades marginales, tales como la prostitución, drogas, robo o mendicidad; los menores de la calle, que han roto todo vínculo con su familia; los menores maltratados, física, moral o psicológicamente; los menores víctimas de conflictos armados y desastres naturales; y, por último, los que pertenecen a grupos raciales, étnicos o lingüísticos objeto de variadas formas de discriminación (PNUD 1990).

Los estudios relativos a los niños en las calles (o fuera de sus hogares) ha distinguido tres categorías de niños: niños institucionalizados, que en la región alcanzan a medio millón; niños de la calle y niños en las calles (alrededor de siete millones). Esta distinción tiene sentido en la medida en que las tres categorías obedecen a estrategias familiares distintas de enfrentamiento de la pobreza. En general, los estudios sobre los niños de y en la calle se refieren a niños urbanos; en la zona rural los niños se incorporan a las labores del campo, pero éstas se realizan más cerca del hogar y, en general, son estrategias que incorporan al conjunto de la familia.

En cambio, en las zonas urbanas hay una separación muy marcada entre entorno laboral y residencia. Las olas migratorias rural-urbana en la región configuraron un cinturón de pobreza en torno a las ciudades: las familias rurales se instalaron en la periferia de las ciudades, en terrenos de poco valor y sin la necesaria infraestructura de servicios. Por otro lado, la necesidad laboral de las familias pobres está estrechamente vinculada a la economía informal, que los impulsa hacia los lugares céntricos de las ciudades.

Los niños institucionalizados, en su mayoría producto de extrema pobreza de las familias, son huérfanos o han sido abandonados. En otros casos, especialmente el de muchas mujeres que trabajan como empleadas del hogar, la ausencia del padre dificulta a la madre hacerse cargo de sus hijos y trabajar simultáneamente. También en alguna proporción son niños que presentan problemas conductuales, que pueden incluir drogadicción y abandono del hogar por parte del menor.

En un estudio de los menores deambulantes en República Dominicana (Ariza Castillo 1994), se encontró que las actividades realizadas por los niños en la calle y de la calle son diferentes. Los primeros realizan actividades de tipo informal (lustrar zapatos, vender periódicos o dulces, acarrear agua, etc. Y fueron enviados a trabajar por sus padres como un mecanismo para elevar el ingreso familiar. La primera vez que salieron a trabajar —alrededor de los 9 años— fueron acompañados por alguien de su familia y los ingresos obtenidos se entregan a algún familiar. Realizan las actividades en horas diurnas, además de asistir a la escuela y ayudar en las tareas domésticas.

Los niños de la calle, por el contrario, realizan actividades de tipo marginal (mendicidad, robo, prostitución) como una estrategia de vida individual; la mayoría no vive con su familia; viven solos o con otros menores. Han salido de su entorno familiar —alrededor de los 11 años—, no asisten a la escuela y habitan calles y parques. La investigación no detectó diferencias en el grado de pobreza entre ambos grupos, ni en las zonas marginales de las que provenían; sin embargo, la ruptura con el entorno familiar marcaba un curso de vida muy distinto para ellos.

Existen un conjunto de factores contextuales, familiares e individuales que convergerían a la mayor probabilidad de salida del menor de su hogar. Entre los factores contextuales se encuentra la carencia de recursos, por la pobreza generalizada de esos hogares. Entre los familiares, la tendencia a la formación de familias reconstituidas e incompletas, y la creciente presencia de la relación mujer-madre sobre otras relaciones; entre los factores individuales, algunas características sociodemográficas, particularmente el sexo y la posición entre los hermanos.

Un estudio sobre administración de causas de menores en Buenos Aires tiende a confirmar este hallazgo. Indica que las familias de los menores que se juzgaron eran familias numerosas, con compleja composición y/o ausencia de alguna de las figuras parentales, vinculadas en uniones de hecho. La totalidad de la población presenta escasa escolaridad y es oriunda del interior del país o de algún país limítrofe, recientemente radicada en áreas urbano-marginales del Gran Buenos Aires (Bisig & Laje 1994). Las familias de ambos grupos de niños eran en su mayoría de tipo consensual, con mayor inestabilidad y de tamaño superior al promedio de país.

Estudios realizados en Brasil y México señalan que no existen diferencias en la estructura dinámica y composición de las familias de los niños de la calle y en la calles. Es mayoritario el caso de los niños que viven con sus familias y éstas presentan características comunes como extrema pobreza, jefatura femenina, mayor tamaño de los hogares. Al parecer, elementos fundamentales para la expulsión de los menores de sus casas se relacionaban con el deterioro de las relaciones al interior de la familia (alcoholismo, drogadicción, violencia).

Las leyes y los menores: una relación difícil

El aumento de los niños en las calles de las principales ciudades latinoamericanas es un fenómeno creciente y cada vez más visible. Se ha destacado también en algunos estudios de casos el aumento de la delincuencia en general y de la delincuencia infantil. Sin embargo, no existen estudios actualizados de la magnitud del fenómeno en la región.

De otro lado, las leyes que durante todo el siglo se aplicaron a los niños y jóvenes en América Latina fueron leyes penales, por más eufemismos que se haya utilizado en sus formulaciones: instituto en lugar de cárcel; medida de tratamiento, readaptación tutelar o educativa en lugar de pena; protección en lugar de represión. De lo que se ha tratado es de una estrategia de control social caracterizada por convertir a los niños y jóvenes en objetos y por desconocer, en consecuencia, todos los derechos que, como sujetos, como personas, les correspondían. Es a partir de la Convención Internacional de los Derechos del Niño (1989) y de las Reglas Mínimas de las Naciones Unidas para la Administración de la Justicia de Menores ((1985) y para la Prevención de la

Delincuencia Juvenil (1991) que las legislaciones nacionales han incorporado el concepto de menores como sujetos de derecho, cancelando la imagen de "menor" como objeto de compasión-represión. En este esfuerzo, Brasil parece pionero con el Estatuto del Niño y de Adolescente aprobado en 1990. En este Estatuto se reconoce que la responsabilidad de que a una persona menor de edad le violen sus derechos (a estudiar, a comer, a tener una familia, a divertirse, etc.) es del estado, de la comunidad o de su familia; no es más del propio niño víctima de la falta de políticas sociales (Beloff 1994).

De esta manera, el Estatuto organiza y jerarquiza las acciones en favor del niño y del adolescente, dividiéndolas en: políticas sociales básicas de carácter universal (salud, educación, deporte, cultura y esparcimiento); políticas asistenciales destinadas sólo a aquellos que las necesitan (por ejemplo, complementación alimentaria, programas de capacitación y trabajo para adolescentes pobres); y políticas de protección especial, destinadas a niños y jóvenes en circunstancias especialmente difíciles, en razón de su conducta o de una acción u omisión de adultos.

Si bien éste es un gran paso adelante, falta la parte más importantes, como es la puesta en marcha de estas políticas, en un mundo donde la ausencia crónica de recursos para este tipo de programas atenta contra los niños y jóvenes de América Latina.

Algunas sugerencias

De la presentación surgen algunas sugerencias tanto para el estudio como para la búsqueda de soluciones de los diversos problemas tratados. Se ha mostrado la presencia creciente de la pobreza estructural en las familias de la región, indicándose que estas familias son diversas, así como los problemas que enfrentan. El producto final de los niños en situación de riesgo, institucionalizados, en la calle y de la calle, también es distinto y obedece a estrategias de supervivencia personal y familiar heterogéneas. Esta creciente heterogeneidad de situaciones en la región alude a la necesidad de enfrentar estos temas con una mirada interdisciplinaria, y el diseño políticas públicas tanto para las familias como para los niños en riesgo también debe incluir estas interrelaciones.

Un aspecto fundamental que debe considerarse es la necesidad de modificar comportamientos culturales de mucho arraigo; es el caso, por ejemplo, de la aceptación de la violencia intrafamiliar como una forma de aprendizaje y represión "necesarios" para la mantención de las relaciones de poder, donde la cadena de represión parte del eslabón más fuerte: del padre hacia la madre, y de ella hacia los hijos.

En muchos foros se plantea la necesidad de fortalecer a la familia, pero la familia no es necesariamente buena. Hay familias que pueden desarrollar en su interior tanto la violencia, la dominación y el abuso de poder, como el amor, la justicia y la protección. Se sabe que hay factores sociales, familiares y culturales e individuales que predisponen para que en un tipo de familia se maltrate a los hijos, de la misma forma que hay factores para que en otra se cuide y proteja a los niños. Más que fortalecer a la familia *per se*, hay que plantear qué tipo de familia se quiere construir, que no expulse menores a las calles y a la delincuencia. Qué elementos de la sociedad y de la cultura deben modificarse para que disminuya la pobreza, la violencia dentro y fuera

de los hogares; que espacio se les está proporcionando a las familias en la comunidad para que reciban apoyo en el cuidado de los niños, que al final son una responsabilidad no sólo de las personas y sus familias, sino también de las organizaciones comunitarias y de la sociedad en su conjunto.

BIBLIOGRAFIA

- ALDANA MENDOZA, Carlos. 1994. "Niños y niñas en Guatemala". *Nueva Sociedad* 129. Enero-febrero.
- ARIZA CASTILLO, Marina. 1994. "Familias y pobreza: Menores deambulantes en República Dominicana". *Nueva Sociedad* 129. Enero-febrero.
- BELOFF, Mary Ana. 1994. "De los delitos y de la infancia". *Nueva Sociedad* 129. Enero-febrero.
- BISIG, Elinor & María Inés LAJE. 1994. "Administración de justicia en menores. Nuevos y mayores riesgos". *Nueva Sociedad* 129. Enero-febrero.
- CEPAL (COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA Y EL CARIBE). 1993. *Situación y perspectivas de la familia en América Latina y el Caribe*. Presentado a la Reunión Regional de América Latina y el Caribe, Preparatoria del Año Internacional de la Familia LC/L.758 (Conf.84/3). Santiago de Chile, julio.
- CEPAL. 1994a. Presentación de la Cepal a la segunda reunión sobre infancia y política social, "Agenda 2000: Ahora los niños", de Unicef, realizada en Santa Fe de Bogotá, Colombia, abril 5-6, 1994.
- CEPAL. 1994b. *La cumbre social: una visión desde América Latina y el Caribe*. (Nota de la Secretaría) LC/G.1802(SES.25/5). Enero.
- PNUD (PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO). 1990. *Desarrollo sin pobreza*. II Conferencia Regional sobre la Pobreza en América Latina y el Caribe. Quito, noviembre 20-23, 1990.
- RIZZINI, Irene & Irma RIZZINI. 1992. "'Menores' institucionalizados e meninos de rua: os grandes temas de pesquisas na década de 80". En: Aytron Fausto & Ruben Cervini, org. *O Trabalho e a rua: Crianças e adolescentes no Brasil urbano dos anos 80*. Unicef, Flacso, Centro Brasileiro para a infancia e adolescencia, Cortez editora.
- RODRIGUES BREITMAN, Miriam. 1994. "La construcción social de la infancia delincuente". *Nueva Sociedad* 129. Enero-febrero.
- UNITEDNATIONS. 1991. *The World's Women 1970-1990: Trends and Statistics*. New York: UN Sales N° E.90XVII.3
- UNICEF (UNITED NATIONS CHILDREN'S FUND). *Development Goals and Strategies for Children in the 1990's*.



Conversando sobre la separación matrimonial

Arturo Roizblatt

Médico Psiquiatra

Departamento de Psiquiatría, Facultad de Medicina Sede Oriente, Universidad de Chile

Me inicié en el tema de la separación matrimonial aun teniendo muy poca experiencia como psiquiatra, al advertir que, no obstante mi poca casuística, podía ver que los problemas relacionados con esta área estaban sobrerrepresentados en las personas que consultaban, ya sea miembros del matrimonio que estaba pensando en separarse, personas con una ruptura reciente o antigua, hijos de todas las edades que se sentían con ciertos conflictos que atribuían a la ruptura de sus padres, padres acongojados por la separación de sus hijos, etc.

También ocurrió que la visión que en cierta época yo había recibido era que la separación matrimonial era una situación "no tan grave": "nadie se ha muerto por eso", "es beneficiosa para los hijos, porque evita que vean peleas", "estos niños son mucho más maduros y autosuficientes, así es que la separación más los beneficia que los daña..." En general, tantos comentarios que la mayoría de las veces, más que antojadizos, son concepciones que las personas proyectan para justificar actitudes propias no suficientemente elaboradas.

Creo que cuando en un país se comienza a discutir sobre la necesidad, beneficio o peligro de una ley de divorcio, la situación no sólo debe observarse desde un punto de vista religioso, sociológico, psicológico o legal. Pienso que es conveniente una visión integral. No pretendo darla, tampoco es mi interés profundizar en todos los temas relacionados con la separación. Una de las pocas ideas que me gustaría que llegaran

al lector es que con la separación matrimonial la familia no debiera desintegrarse: lo que cambia es la forma de organización de ésta. La familia categóricamente no debiera desaparecer con la separación, aunque sí ocurre que clásicamente se ha enfocado esta situación con criterios confrontacionales, que debieran evitarse para que la indisolubilidad de esa familia, ahora reorganizada, sea una realidad para el bien de todos. Por cierto, hay casos extremos que hacen poco probable que la relación pueda terminar sin un nivel de agresión, pero son absolutamente de excepción.

¿Pro divorcio, pro familia?

Es curioso que en los momentos en que se discute la eventualidad de la ley de divorcio, aparezcan tantas voces para defenderla o atacarla: curioso, digo, porque cuando de defender la familia se trata, escasean las voces. En los hospitales y los sistemas de salud, de hecho no hay un programa de familia, salvo excepciones (y éstas generalmente aparecen como planes pilotos ideados por universidades, que se terminan una vez hecha la presentación o publicación de ese plan), y sí hay un programa madre-hijo. No obstante, en el último tiempo se ha visto progresos evidentes en este sentido, como por ejemplo los programas dirigidos a la familia en los consultorios de atención primaria.

Desde el punto de vista de la vivienda, a toda luces aquéllas apoyadas por subsidios estatales son inadecuadas para una convivencia familiar satisfactoria. Esto se extiende a la concepción de la ciudad, donde la escasez de sitios para esparcimiento familiar es notoria.

En el área de la educación, desde siempre y hasta hoy no hay un programa escrito claro que incentive, a nivel de los programas entregados a los educandos, el establecimiento de relaciones de pareja funcionalmente adecuadas o la enseñanza de valores que posteriormente se proyecten en una paternidad/maternidad conveniente para los hijos. Llama la atención que quizás los dos temas relevantes elegidos para intentar estos efectos sean la sexualidad, por un lado, y los "talleres para padres" (que por la inasistencia manifiesta de los padres parecen más bien "talleres para madres"), ambos entregados con muy buenas intenciones, pero con resultados dudosos. El Ministerio de Educación no ha tenido un programa para educar hacia una vida de familia.

También me llama la atención que existan personas que califiquen a otras de "divorcistas" o pro divorcio, o antidivorcio. Creo que la gran mayoría de las personas, como principio general y desde uno u otro enfoque, desean tener matrimonios duraderos y familias estables, aunque algunos le den a ello más valor que otros.

Con todo esto no deseo quedarme con la idea de la ya tan manoseada frase "es que la familia está en crisis". Quizás es cierta esta aseveración, si es que la introducimos dentro de una sociedad en general que avala y contribuye a esta crisis a través de sus acciones y omisiones. La sociedad exige que la familia sea "bonita", pero colabora poco o nada a ese fin. Es el macrosistema, entonces, el que podríamos decir que está en crisis, y es eso lo que se manifiesta en la familia.

Divorcio es una palabra con connotación legal para traducir una situación matrimonial y familiar de la más alta trascendencia. Es ampliamente conocido el estudio en que

se utilizó una escala para medir las situaciones más estresantes a las que se puede someter a un ser humano; en él se situó la separación matrimonial como la segunda causa (la primera fue la viudez).

Quizás ése sea uno de mis intereses en estos escritos: mostrar que la separación matrimonial no es "jauja" para nadie en ningún momento, ya que involucra un alto costo emocional. Pero, más que eso, involucra la aceptación del fin de un proyecto de vida que hicieron en algún momento dos personas, un hombre y una mujer (que a su vez cada una venía de su familia, y así eran continuación y trascendencia de otros proyectos familiares) para vivir juntos "para siempre y tener hijos y ser muy felices" (aunque esto hubiera sido a costa de fantasías que idealizaran el proyecto, negando las partes que requieren comprensión, paciencia, sacrificio, etc.). Ese proyecto se ve frustrado, y eso es duro y muy doloroso, incluso mucho más de lo que la mayoría de las personas cree.

Es una evidencia, que muestran las estadísticas, que el número de separaciones ha ido en aumento. En algunos países van de un 30 a 50 por ciento de los matrimonios. En Chile, en los últimos cincuenta años, según cifras del Instituto Nacional de Estadísticas (INE), los matrimonios se han duplicado y las nulidades matrimoniales se han más que quintuplicado. Y bien sabemos que estas cifras distan mucho de la realidad.

Es difícil, sin embargo, hablar de la separación en general, considerando las diferencias enormes que pueda haber de una cultura a otra, de una edad a otra, de una religión a otra, de una familia a otra. Habrá separaciones que aparecen como abruptas ("ese matrimonio que se llevaba tan bien, no me explico qué les pasó"), con hijos y sin hijos, con hijos párvulos, adultos o casados. Separaciones por abusos físicos reiterados o por la existencia de una relación extramarital que lleva años y que en algún momento se hace insoportable.

No podemos entonces hablar de "los separados" o "los hijos de matrimonios separados". Cada situación es un caso particular, con características que le son propias. Cada uno de los casos anteriormente mencionados será distinto, muy distinto uno de otro. Unos sentirán más justificada la separación, mientras otros pensarán que nunca es lo suficientemente justificada. Para algunos se hará más comprensible o menos sorpresiva.

Las personas que se separan lo hacen, por un lado, porque piensan que su matrimonio no funciona; pero por otro, porque tienen la fantasía de que así, separados, serán más felices. Creo que, en general, se lanzan a una aventura para la cual no se han informado lo suficiente como para tomar una decisión adecuada. No se imaginan lo que viene, y eso lo plantean posteriormente.

Estamos ya acostumbrados, entonces, a escuchar: "me voy a separar y ... no sé lo que voy a hacer, por fin voy a comenzar a vivir, y lo voy a reventar por todas las que me ha hecho, pero no pienso comenzar la guerra, y me voy a liberar porque quiero andar por fin como quiero — vestirme como quiero — comer como quiero — peinarme como quiero — tener el largo de faldas que se me ocurra — sin sentirme obligado a nada y que no me manejen más... siento que no he vivido, que he perdido el tiempo, necesito cariño, quiero que me acojan, me voy a vivir con mi otra mujer, no sé como lo van a tomar los niños, no se lo digas a nadie, por fin no me acostaré más con alguien con olor a alcohol, fui al abogado y me dijo que si quiero lo deja seco, por fin voy a vivir la sexualidad, como católico es una situación que nunca me imaginé vivir, esta decisión cambiará toda mi vida, no aguanto más, me recomendaron sacar todo de la casa y salir con los niños sin avisar nada, no lo he pensado bien pero sé que tengo que hacerlo, siento que me muero, no es

tan grave, nadie se ha muerto ... y ... aunque aun no estoy muy seguro/a.

Además del incremento en las separaciones, cada vez el matrimonio dura menos años y progresivamente los hijos de matrimonios separados son más pequeños. Hay estudios que muestran que los niños de matrimonios separados tienen más probabilidades de separarse; no obstante, la mayoría de ellos expresa el profundo deseo de que "mis hijos nunca pasen por lo que yo he pasado". Pero, al parecer, más pueden los modelos recibidos y también, paradójicamente, el valor disminuido del matrimonio como eje de la vida matrimonial: "mal que mal mis padres se separaron y ninguno de nosotros se murió..." Por lo mismo es de tanta utilidad los modelos que los hijos puedan obtener de abuelos, tíos o familias de amigos; de ahí que surge la necesidad imperiosa (aunque difícil de llevar a cabo) de que los abuelos o resto de la familia no sólo no participe de los conflictos que pudieran generarse con la separación, sino que, por el contrario, mantengan entre ellos (por ejemplo, los abuelos paternos y maternos) la mejor relación posible que ratifique la invulnerabilidad y sentido de continuidad de la familia.

Familia "sana" pre- y post separación

Se hace difícil definir lo que es una familia "sana o funcional"; es un concepto muy cuestionable, pero diferentes estudios han mostrado ciertas características que parecen estar más frecuentemente representadas en familias que funcionan satisfactoriamente (y ¿quién dice lo que es satisfactorio?):

- Tienen una actitud afiliativa; hay un nexo que junta a sus miembros, quedando claramente delimitado un mundo externo y un mundo interno.
- Hay respeto por la separación entre cada uno de los miembros de la familia, por su individualidad y la autonomía, sin existencia o creación de culpa. Por un lado, la familia da un sentido de pertenencia; por otro, también hay un incentivo y "permiso" para la independencia.
- Hay comunicación abierta y franca.
- Hay una clara diferenciación entre un equipo conformado por los padres, y otro que conforman los hijos. Los padres tienen su tiempo, sus momentos, sus lugares para la privacidad, su intimidad, a la vez que los hijos tienen los suyos. No hay unión de uno de los padres con uno o más hijos en contra de otro miembro de la familia. Esta jerarquía a ratos es clara, pero en ciertos momentos —por ejemplo, un juego— desaparece.
- Hay un control flexible a través del diálogo, de la conversación y de la negociación, y mediante ese mecanismo se establece la relación padres-hijos. Así se hace manifiesta la jerarquía.
- Hay una constante iniciativa que va renovando e impide la pasividad. Se estimula la creatividad, evitando actitudes y sensaciones de conformismo.
- Hay humor.
- Los afectos pueden expresarse y recibirse con gratificación.

OJO: Si su familia no tiene estas características y funciona bien, no le haga caso a la lista y siga leyendo tranquilamente.

Pero, entonces, ¿por qué mencioné estas características?

Porque justamente post separación hay algunas de ellas que van a ser más difíciles de manejar. Es habitual, por ejemplo, que a un hijo de matrimonio separado le sea complicado definir quién es su familia (nótese que rehuyo utilizar el término "hijo de padres separados", porque considero que nunca los padres debieran estar separados. Lo que se separa es el matrimonio y, no obstante eso, los padres debieran seguir siempre unidos y así hacérselo saber a los hijos). Definir quién es su familia es difícil; no saben si incluir al padrastro, a la "media hermana". No saben bien quién está adentro y quién afuera de su familia, y eso por cierto los confunde. Cómo no, si a veces ni los padres lo tienen claro.

También la jerarquía a veces se ve deteriorada cuando el padre deja la casa, y eso le hace sentir que ya no tiene los mismos derechos (y deberes) paternos sobre sus hijos. La jerarquía debiera continuar invariable, pero para esto es indispensable un acuerdo entre ambos padres, manifestado a los hijos, de manera que no les quepa duda al respecto.

Se me hace más bien complicado igualar disfunción familiar post separación con separación, pero también se me hace difícil lo contrario. La disfunción familiar no es inherente a la separación, aunque ésta sí quiere necesariamente decir que el proyecto de matrimonio no funcionó. Lo que pasa es que en la mayoría de las familias en el período post separación se da como parte de la realidad el hecho de que la agresión, las rabias, el duelo y los conflictos se manejan tan inadecuadamente que hacen crónico el conflicto, dejando heridas muy difíciles de sanar. Es esta circunstancia la que hace que socialmente se homologue separación con catástrofe familiar, con daño crónico irreparable. Algunos llegan a decir (lo que a mi juicio es un disparate) que con la separación "desaparece la familia".

Parte del interés nuestro es mostrar las consecuencias de esa forma inadecuada de manejar esta situación, y la forma de intentar prevenirla, con el fin de que las heridas y, por lo tanto, las cicatrices que siempre van a existir, sean mínimas.

Causas de la separación

Cuando se habla de este tema surge inmediatamente la pregunta: ¿cuáles son las causas de la separación?

Nuevamente volvemos a lo multifactorial, porque podríamos partir de hipótesis tan macro como el alejamiento de la religión o los cambios socioculturales, la salida de la mujer al mundo laboral, la promoción del individualismo ("¿puedo yo cambiar mi felicidad por la de mis hijos?"). La actitud del "yo estoy primero" de los años setenta hizo que muchos se desilusionaran del matrimonio —"¿esto es todo lo que me ofrece el matrimonio?"— a la vez que pasó de moda el estar juntos "por los niños". Es un tema que naturalmente nos enfrenta a lo valórico, a las priorizaciones. Aparentemente se da una disyuntiva entre mi yo y mi familia, entre el valor que le atribuyo a que yo esté bien y el compromiso contraído en el matrimonio.

Está también lo hedonista de nuestra cultura actual: "hay que vivir el momento, el hoy, mañana no sé lo que pueda pasar". Pensemos en cómo, hace no mucho tiempo atrás, existía el concepto de que un automóvil debía durar veinte o treinta años, y hoy a los cinco años ya aparece como anticuado. La cultura de lo desechable también

influye: las personas sobre treinta años recuerdan con nitidez su primer reloj; hoy, los niños de clase media en su mayoría ya han tenido muchos.

Naturalmente, también influyen en la posibilidad y aceptación de la separación ciertos aspectos valóricos, ya sean de carácter religioso o no, atribuidos al matrimonio como institución que encarna y a través de la cual se expresa el amor, que muchas veces ya ha trascendido a través de los hijos, o que se siente como trascendente, en tanto continuidad desde las familias de origen de cada uno de los cónyuges.

Todo esto se manifiesta en la visión que se tiene del matrimonio. Si antes aparentemente era en serio el que "hasta que la muerte nos separe", hoy aparece más bien reemplazado por un "si nos resulta, bien..." También hay que considerar el hecho de las mayores expectativas de vida, que han hecho que los matrimonios puedan tener más años de duración.

Algunos consideran a la pareja como un escenario donde ambos miembros se transforman en los representantes de sus familias de origen, haciendo del matrimonio un escenario para una lucha de poder destinada a determinar "quién gana a quién", y esto obviamente no favorece la durabilidad de la unión.

Como causa también es frecuente el adulterio repetitivo, los abusos psíquicos o físicos, la "inmadurez del otro" (¿no le llama la atención esto de que siempre sea el otro el inmaduro?), celos, problemas económicos, intervención de padres o suegros, problemas sexuales.

En las causas de la separación también hay algo de moda. Por los años sesenta, los matrimonios se separaban (aunque escasamente) por "incompatibilidad de caracteres"; hoy quizás la causa que más se da es la de "no hay comunicación". Esta moda, al igual que "ya no hay amor", declaración que no siempre va acompañada por una actitud adulta, madura, profunda, de revisión real de la situación de deterioro, y esto a veces porque la decisión de matrimonio fue tomada también superficialmente. Muchas veces, en el momento de revisar la separación estas personas tienen la oportunidad de hacerlo también con su matrimonio.

Según algunos autores, la tolerancia a las dificultades es diferentes según el sexo. En general, los hombres dan más razones atribuibles a factores externos, como alteraciones laborales o la existencia de terceras personas, y estarían más inclinados a proponer separaciones ante problemas que no son tan severos. Las mujeres aparecen como más tolerantes ante problemas menores, pero cuando aparecen problemas graves están dispuestas a romper su matrimonio para tener una vida que ellas piensan será más satisfactoria.

También hay diferencias por clases sociales. Las personas de clase media dan con mayor frecuencia causas relacionadas con problemas psicológicos, mientras los de clase baja dan más causales relacionadas con problemas financieros o abusos físicos.

Si pensamos según edad, los matrimonios más jóvenes dan más razones relacionados con problemas con la familia extensa (suegros, cuñados, hijos, etc.) o problemas sexuales, mientras que los matrimonios más añosos hablan más de cambios de intereses y valores, con un cambio en el sentido de la vida o de la familia como situación de fondo.

Sabemos que muchas de estas razones se entrelazan y van mostrando un deterioro progresivo, que desemboca finalmente en la decisión de una separación física. Se piensa que este duro proceso, con la consiguiente erosión, demora aproximadamente dos años previo a la acción misma de la separación física, y debiera ser señal de la

necesidad de buscar ayuda especializada, asumiendo humildemente la incapacidad para resolver los conflictos, y de la necesidad de aportar nuevas argumentaciones o vías de solución a los problemas. Reconocer que hay problemas y que se es incapaz de solucionarlos (sí, incapaz) es el primer paso para la búsqueda del reencuentro.

Aumenta el conflicto el hecho de que generalmente ambos miembros de la pareja no perciben el deterioro con la misma velocidad ni intensidad: "yo nunca me imaginé que las cosas estuvieran tan mal", es frase común en estos casos.

Las razones que generalmente más retardan la separación son la posición ante la religión, el estigma social, "el que dirán", la sensación de fracaso personal, los hijos, el comunicarlo a los padres ("no me voy a exponer a que me digan 'te dije que no te convenía'"), a los amigos ("pero si ustedes parecían la pareja ideal") y a la comunidad que rodea a la pareja ("no me imagino cómo llegaremos a las reuniones del colegio"). También la dificultad de la independencia y el temor a los ajustes. Todas razones bastante comprensibles, pero generalmente no enfrentadas cada una de ellas con la seriedad y profundidad necesarias: "ahí vamos a ir viendo como se dan las cosas, no me gusta adelantarme y nadie me va a venir a dictar normas de cómo hacerlo".

Fases de la separación

¿Quién toma la decisión?

Rara vez la decisión es mutua. Lo que es peor, en el deterioro mencionado anteriormente generalmente uno de los dos lleva la delantera, lo que hace que el otro muchas veces se sienta sorprendido. A veces puede darse incluso una negación de la realidad que impide enfrentar la situación hasta que sobreviene la crisis.

Hablar de "quién inicia" es muy relativo. Es el cuento del huevo o la gallina. Habría que examinar la retroalimentación mutua para la mantención de los problemas en una larga cadena de situaciones: "decidí separarme por la pasividad de él" — "cómo no me iba a poner pasivo cuando ella sólo se dedicaba a los niños" — "cómo no dedicarme a los niños si él nunca ayudaba en nada" — etc., etc.

Quizás la mayoría de las personas se separan como el último hito de una sensación de inestabilidad, desolación, humillación, niveles crecientes de agresividad, confusión. Definitivamente ya no logran descubrir situaciones gratificantes en el matrimonio. Muchas veces quien "inicia" (en el sentido anteriormente explicado) se siente culpable, que hace daño. Siente la condena de los otros y teme no contar con su apoyo. Separarse sin un apoyo social es aún más duro. Sentirse solo/a, incomprendido/a, sancionado/a, son situaciones que se observan con relativa frecuencia.

En todo este período, que algunos han dado llamar el primer período de la separación matrimonial o de "divorcio emocional", la desilusión y la erosión de la relación son los dos sentimientos dominantes. Se podría decir que durante esta fase la pareja vive parcialmente, en forma focalizada, una depresión en cuanto a su relación: todo lo ven negro, todo lo ven destruido, no hay nada bueno, nada es rescatable, no ven ningún futuro, absolutamente cualquier situación (sin importar el contenido de ella) llevará a la demostración de un "ves que no nos entendemos y no tenemos vuelta". En este período no se recordarán las cartas de amor escritas algún día, la atracción mutua que los llevó a iniciar la relación, los momentos de humor que han existido. Sólo ven un túnel matrimonial negro y sin salida, y si miran hacia atrás también se les hace

difícultoso visualizar la luz que los iluminó en sus inicios.

No es raro en esta etapa observar "el síndrome de la maleta": "tomé la maleta, metí un par de mis cosas y me fui", o las personas que cuentan que andaban con las cosas listas en la maleta del auto solamente esperando el día más propicio para irse. Ese día se va postergando continuamente, sin que se atribuya la situación de inseguridad a la dificultad en tomar una decisión tan importante, sino a que es navidad o los niños salen de vacaciones o los niños entran al colegio o justo se enfermó la suegra, etc. La persona que quiere partir se va transformando en un/a mentiroso/a crónico/a, continuamente engañándose a sí mismo/a.

Hay muchísimas razones que permiten explicar estas postergaciones (que a veces se prolongan por muchos años y hasta toda la vida): porque las personas no se ajustan a la idea de tener que vivir solos, o porque no tienen "coraje" para enfrentarse a los niños, a sus padres o a la sociedad, por imagen social, por ideas religiosas, por castigar a la pareja y preferir continuar participando del daño. Sobre todo personas que aparecen como socialmente muy exitosas, no toleran aceptar que en una zona de su vida han fracasado. Creen que es el fin de la familia —"nunca más tendré una familia"—, o pertenecen a familias donde la separación matrimonial sería considerada una afrenta a toda la herencia que ella trae: "si el abuelo estuviera vivo y supiera, yo creo se volvería a morir".

Dependerá nuevamente, entonces, de la valorización del matrimonio el que se considere o no la separación matrimonial dentro del repertorio de soluciones. Hay matrimonios que en cada discusión recurren a mencionar esa alternativa, por lo que para ellos podría ser algo intrascendente el decirlo. Para otros podría representar el punto de máxima gravedad. Es natural pensar la influencia del factor religioso como freno que para muchos hace casi impracticable lo que a menudo piensan o sienten respecto a una eventual ruptura matrimonial.

Las personas que actúan impulsivamente, que no se preparan ni como individuos, ni como padres ni como familia, generalmente a los pocos días vuelven al hogar, y se vuelven a ir, y así sucesivamente. Esto va minando la sensación de estabilidad y confianza tan necesaria para adultos y para niños, sobre todo si pensamos que esas dos características son educadas esencialmente en la familia.

Este período es largo y penoso, aunque varía de persona a persona. Será distinta la situación si uno de los miembros de la pareja decide de un día para otro, en forma súbita, abandonar el hogar con el fin de ir a convivir con otra pareja; a la de una pareja con múltiples conflictos, crónicamente arraigados, con un grave deterioro en la relación e incapacidad de sostener cualquier diálogo fructífero, con un daño progresivo en los niños y que después de haber consultado amistades, familiares, sacerdotes y/o terapeutas, decide el momento menos dañino (para esa familia como un todo y para los individuos que la componen) para realizar la separación física en que uno de los miembros de la pareja deja el hogar.

Antes se pensaba que todo el proceso de separación duraba alrededor de tres años; hoy se sabe que en demasiadas personas, sobre todo en los niños, este proceso no es limitado, sino más bien de larga duración. Algunas personas no se hacen a la idea de que no obstante la separación, tendrán que mantener una relación para siempre (si es que existen hijos), considerando todas las fases del ciclo de vida de una familia que deberán compartir —actividades escolares o matrimonios, nacimiento de nietos—, circunstancias todas que debieran mantener la unión entre los padres. Es por esto que

parte de la estructuración del pensamiento ante la eventualidad de una separación sería imaginarse con la mayor realidad posible cómo se dará en la vida real y cotidiana cada una de estas circunstancias, pensando también que en algunas oportunidades existirán nuevas parejas o nuevos hijos en uno u otro miembro del matrimonio. ("¿Cómo será las primeras noches durmiendo solo, las primeras visitas a los niños, ver que no podré volver a reencontrarme socialmente con algunos amigos, mi relación con la iglesia cambiará, cómo será el último día del colegio de mis hijos, la próxima navidad, qué pasará para el matrimonio de mis hijos?").

En esta fase, la inicial, de desmoronamiento matrimonial están sobrerepresentadas las enfermedades, quizás en parte por somatización (expresión física de un conflicto psicológico), y en parte por distracciones y descuido, el abuso de alcohol, cigarrillo y drogas, infracciones y accidentes del tránsito, suicidios, homicidios. Todas estas conductas, que son manifestaciones de la angustia y depresión, deberán enfrentarse en la forma más adecuada y menos autodestructiva. Elegir como ansiolítico una excesiva dosis de alcohol diario naturalmente sólo va aumentar los problemas.

Si el período que comentábamos anteriormente se denomina de divorcio emocional, existe otro período denominado de "divorcio económico". Cuando la separación está decidida, siempre habrá bienes que repartir, y en este período hay demasiados sentimientos encontrados como para poder realizar esta división tranquilamente, sin entrar en situaciones de injusticia. Y están las "amistades" que hacen "recomendaciones" no siempre favorables para la paz: "déjala en la calle y no le des un peso, sólo lo justo para los niños para que vea lo que es bueno", "ni loca lo dejes ir sin cobrarle un desahucio; total, le diste los mejores años de tu vida para llegar finalmente a esto".

Otra situación es entrar a dividir objetos que, aunque no tienen ninguna importancia económica, sí la tienen desde un punto de vista afectivo. He visto a personas repartirse grandes bienes en forma aparentemente tranquila, hasta que llegan a un pequeño objeto de valor comercial intrascendente, pero que les recuerda, por ejemplo, el primer regalo que obtuvieron para el matrimonio.

No es raro encontrar mujeres que dicen "no pienso recibirle nada", para demostrar su rabia, su agradecimiento por la "liberación" o su capacidad de autonomía. Con esta actitud a veces se manifiestan actitudes autodestructivas, que se transformarán después en mayor rabia y también en arrepentimiento.

También salen a relucir las solicitudes "por fregar", por hacer pasar malos ratos al otro/a. Estas actitudes sólo muestran rabias mal manejadas, en beneficio del desahogo, que van exacerbando y profundizando el conflicto. Muchas veces una lucha por el poder, por "quién manda" o "quién gana", que siempre se dio en este matrimonio se ve realzada en este período, en el cual algunas personas intentarán desquitarse en un momento en que el costo emocional que conlleva lo hace altamente no recomendable.

En este momento se decide la "pensión de alimentos", en que nuevamente se repiten las actitudes anteriores, con la diferencia de que acá ya directamente pueden aparecer los hijos como víctimas. Hay estudios que muestran que a la larga no más del 50 por ciento de los padres cumple con los dictámenes de los jueces. Si bien es cierto existen los mecanismos legales para hacer cumplir los acuerdos, es nuestra experiencia ver que cuando no se desean cumplir, ninguna fuerza lo logra. Es por esto que recalcamos que cualquier esfuerzo será bienvenido con tal de llegar a acuerdos extrajudiciales.

Quizás si lo más beneficioso en todo este período sea encontrar un mediador, un

tercero imparcial y objetivo (a veces esta persona puede ser un amigo/a en común o cualquier persona en que ambos confíen, como paso previo a la búsqueda de un profesional) que ayude a marginar todos los sentimientos contaminantes (rabias, penas, deseos de revancha) y permita tomar decisiones justas para las partes y sus hijos.

Si se eligiera pasar inmediatamente a la fase legal, ello puede impedir la revisión del matrimonio a través de una terapia, para determinar su viabilidad (lo que, a mi juicio, toda pareja en esta crisis debiera intentar, aunque en fases muy terminales ya no le ven sentido a revisar un matrimonio ya falleciendo, a veces por temor a revivir situaciones confrontacionales de las cuales se sienten cansados). Por otro lado, el camino legal puede iniciar un proceso que pocas veces es reversible, cual es el de la confrontación, la guerra en la cual, como una vez me decía un niño, "a los niños nos usan o como escudo o como trofeo, pero siempre nos ponen al medio".

También se describe una fase que se denomina la de "divorcio comunitario". Todos, cual más cual menos, tienen un grupo social de pertenencia: amistades, iglesia, clubes sociales, clubes deportivos, centros de padres, partidos políticos, en fin, una cantidad de grupos en los cuales se tiene la imagen de que uno puede ingresar en la medida en que tiene una pareja. Si no se la tiene, la persona "como que no calza", aparte de que existe una tendencia a sentirse desplazado, a saberse o creerse mirado como un riesgo, un atentado a la estabilidad de las otras parejas, estigmatizado, no bienvenido ni deseado, aunque con el aumento progresivo del número de separaciones hay una mayor aceptación social y esta situación se da menos. Es probable que también el menor rechazo de la sociedad actúe como un elemento que disminuye el temor que antes se sentía por este estado.

Pocas personas comentan la soledad que, sobre todo en el primer período, es la sensación que prima, aparte del dolor por la imagen de "familia perdida", la que también se tiende a idealizar, olvidando o disminuyendo todas las situaciones que provocaron la separación. Es entonces que se dan los ires y venires con reconciliaciones aparentes, sin revisiones profundas, que nunca son de buen pronóstico, ya que los argumentos y las formas de comunicación para enfrentar los conflictos serán los mismos que se usaron previamente.

Toda persona que se separa debe estar dispuesta a vivir un duelo por la pérdida. Dependerá de las circunstancias y las condiciones personales el cómo se viva este duelo. Es esperable la rabia —"por qué a mí"—, la sensación de sorpresa —"nunca me imaginé que yo estaría pasando por todo esto"—, la sensación de culpa —"a lo mejor no hice lo debido, o no lo hice a tiempo, no escuché cuando me hablaban"—, hasta ir llegando a un período de acomodo y resignación en la nueva circunstancia.

Finalmente, es cierto que algunas familias viven tal grado de agresividad o de situaciones graves que atentan contra la convivencia tranquila, que se hace indispensable la separación. Pero, cualquiera sea la circunstancia, nunca será inocua. Al revés, siempre dejará una huella más o menos profunda, que podrá dejar una cicatriz, sobre todo en los niños, que pueden llegar a tener pronósticos similares a los de matrimonios bien avenidos, siempre y cuando toda esta situación sea tratada de forma adecuada.





DOCUMENTOS

Elogio de la dificultad*

Estanislao Zuleta

La pobreza y la impotencia de la imaginación nunca se manifiestan de una manera tan clara como cuando se trata de imaginar la felicidad. Entonces comenzamos a inventar paraísos, islas afortunadas, países de Cucaña. Una vida sin riesgos, sin lucha, sin búsqueda de superación y sin muerte. Y por lo tanto también sin carencias y sin deseo: un océano de mermelada sagrada, una eternidad de aburrición. Metas afortunadamente inalcanzables, paraísos afortunadamente inexistentes.

Todas estas fantasías serían inocentes e inocuas, si no fuera porque constituyen el modelo de nuestros propósitos y de nuestros anhelos en la vida práctica.

Aquí mismo, en los proyectos de la existencia cotidiana, más acá del reino de las mentiras eternas, introducimos también el ideal tonto de la seguridad garantizada, de las reconciliaciones totales, de las soluciones definitivas. Puede decirse que nuestro problema no consiste solamente ni principalmente en que no seamos capaces de conquistar lo que nos proponemos, sino en aquello que nos proponemos; que nuestra desgracia no está tanto en la frustración de nuestros deseos, como en la forma misma de desear. Deseamos mal. En lugar de desear una relación humana inquietante, compleja y perdible, que estimule nuestra capacidad de luchar y nos obligue a cambiar, deseamos un idilio sin sombras y sin peligros, un nido de amor y, por lo tanto, en última instancia, un retorno al huevo. En vez de desear una sociedad en la que sea realizable y necesario trabajar arduamente para hacer efectivas nuestras posibilidades, deseamos un mundo de satisfacción, una monstruosa sala-cuna de abundancia pasivamente recibida. En lugar de desear una filosofía llena de incógnitas y preguntas abiertas, queremos poseer una doctrina global, capaz de dar cuenta de todo, revelada por espíritus que nunca han existido o por caudillos que desgraciadamente sí han existido.

Adán, y sobre todo Eva, tienen el mérito original de habernos liberado del paraíso; nuestro pecado es que anhelamos regresar a él.

* Conferencia leída por Estanislao Zuleta el día viernes 21 de noviembre de 1980 en el acto en que la Universidad del Valle le concedió el Doctorado Honoris Causa en Psicología, como reconocimiento a sus méritos académicos e intelectuales. Publicada en *Elogio de la dificultad y otros ensayos*, por la Fundación Estanislao Zuleta (1994).

Estanislao Zuleta nació en Medellín, en 1935. En diversas universidades e instituciones colombianas fue catedrático de Filosofía del Derecho e Historia de la Filosofía; de Psicoanálisis, Arte y Filosofía; de Lógica; de Estética y Política; investigador económico; asesor de las Naciones Unidas para la Consejería de Derechos Humanos de la Presidencia de la República y del Proyecto Colombia. Murió en Cali en 1990.

Desconfiemos de las mañanas radiantes en las que se inicia un reino milenario. Son muy conocidos en la historia, desde la Antigüedad hasta hoy, los horrores a los que pueden y suelen entregarse los partidos provistos de una verdad y de una meta absolutas, las iglesias cuyos miembros han sido alcanzados por la gracia —por la desgracia— de alguna revelación. El estudio de la vida social y de la vida personal nos enseña cuán próximos se encuentran una de otro la utilización y el terror. La idealización del fin, de la meta y el terror de los medios que procurarán su conquista. Quienes de esta manera tratan de someter la realidad al ideal, entran inevitablemente en una concepción paranoide de la verdad; en un sistema de pensamiento tal, que los que se atrevieran a objetar algo quedan inmediatamente sometidos a la interpretación totalitaria: sus argumentos no son argumentos, sino solamente síntomas de una naturaleza dañada o bien máscaras de malignos propósitos. En lugar de discutir un razonamiento se le reduce a un juicio de pertenencia al otro —y el otro es, en este sistema, sinónimo de enemigo—, o se procede a un juicio de intenciones. Y este sistema se desarrolla peligrosamente hasta el punto en que ya no solamente rechaza toda oposición, sino también toda diferencia: el que no está conmigo está contra mí, y el que no está completamente conmigo, no está conmigo. Así como hay, según Kant, un verdadero abismo de la Razón que consiste en la petición de un fundamento último e incondicionado de todas las cosas, así también hay un verdadero abismo de la Acción, que consiste en la exigencia de una entrega total a la "causa" absoluta y concibe toda duda y toda crítica como traición o como agresión.

Ahora sabemos, por una amarga experiencia, que este abismo de la acción, con sus guerras santas y sus orgías de fraternidad, no es una característica exclusiva de ciertas épocas del pasado o de civilizaciones atrasadas en el desarrollo científico y técnico; que puede funcionar muy bien y desplegar todos sus efectos sin abolir una gran capacidad de inventiva y una eficacia macabra. Sabemos que ningún origen filosóficamente elevado o supuestamente divino, inmuniza a una doctrina contra el riesgo de caer en la interpretación propia de la lógica paranoide que afirma un discurso particular — todos lo son— como la designación misma de la realidad y los otros como ceguera o mentira.

El atractivo terrible que poseen las formaciones colectivas que se embriagan con la promesa de una comunidad humana no problemática, basada en una palabra infalible, consiste en que suprimen la indecisión y la duda, la necesidad de pensar por sí mismo, otorgan a sus miembros una identidad exaltada por participación, separan un interior bueno —el grupo— y un exterior amenazador. Así como se ahorra sin duda la angustia, se distribuye mágicamente la ambivalencia en un amor por lo propio y un odio por lo extraño y se produce la más grande simplificación de la vida, la más espantosa facilidad. Y cuando digo aquí facilidad, no ignoro ni olvido que precisamente este tipo de formaciones colectivas se caracterizan por una inaudita capacidad de entrega y sacrificios; que sus miembros aceptan y desean el heroísmo, cuando no aspiran a la palma del martirio. Facilidad, sin embargo, porque lo que el hombre teme por encima de todo no es la muerte y el sufrimiento, en los que tantas veces se refugia, sino la angustia que genera la necesidad de ponerse en cuestión, de combinar el entusiasmo y la crítica, el amor y el respeto.

Un síntoma inequívoco de la dominación de las ideologías proféticas y de los grupos que las generan o que someten a su lógica doctrinas que les fueron extrañas en su origen, es el descrédito en que cae el concepto de respeto. No se quiere saber nada

del respeto, ni de la reciprocidad, ni de la vigencia de normas universales. Estos valores aparecen más bien como males menores propios de un resignado escepticismo, como signos de que se ha abdicado a las más caras esperanzas. Porque el respeto y las normas sólo adquieren vigencia allí donde el amor, el entusiasmo, la entrega total a la gran misión, ya no pueden aspirar a determinar las relaciones humanas. Y como el respeto es siempre el respeto a la diferencia, sólo puede afirmarse allí donde ya no se cree que la diferencia pueda disolverse en una comunidad exaltada, transparente y espontánea, o en una fusión amorosa. No se puede respetar el pensamiento del otro, tomarlo seriamente en consideración, someterlo a sus consecuencias, ejercer sobre él una crítica, válida también en principio para el pensamiento propio, cuando se habla desde la verdad misma, cuando creemos que la verdad habla por nuestra boca; porque entonces el pensamiento del otro sólo puede ser error o mala fe; y el hecho mismo de su diferencia con nuestra verdad es prueba contundente de su falsedad, sin que se requiera ninguna otra. Nuestro saber es el mapa de la realidad y toda línea que se separe de él sólo puede ser imaginaria o algo peor: voluntariamente torcida por inconfesables intereses. Desde la concepción apocalíptica de la historia, las normas y las leyes de cualquier tipo son vistas como algo demasiado abstracto y mezquino frente a la gran tarea de realizar el ideal y de encarnar la Promesa; y por lo tanto sólo se reclaman y se valoran cuando ya no se cree en la misión incondicionada.

Pero lo que ocurre cuando sobreviene la gran desidealización no es generalmente que se aprenda a valorar positivamente lo que tan alegremente se había desechado o estimado sólo negativamente; lo que se produce entonces, casi siempre, es una verdadera ola de pesimismo, escepticismo y realismo cínico. Se olvida entonces que la crítica a una sociedad injusta, basada en la explotación y en la dominación de clase, era fundamentalmente correcta y que el combate por una organización social racional e igualitaria sigue siendo necesario y urgente. A la desidealización sucede el arribismo individualista que además piensa que ha superado toda moral por el sólo hecho de que ha abandonado toda esperanza de una vida cualitativamente superior.

Lo más difícil, lo más importante, lo más necesario, lo que de todos modos hay que intentar, es conservar la voluntad de luchar por una sociedad diferente sin caer en la interpretación paranoide de la lucha. Lo difícil, pero también lo esencial, es valorar positivamente el respeto y la diferencia, no como un mal menor y un hecho inevitable, sino como lo que enriquece la vida e impulsa la creación y el pensamiento, como aquello sin lo cual una imaginaria comunidad de los justos cantaría el eterno hosanna del aburrimiento satisfecho. Hay que poner un gran signo de interrogación sobre el valor de lo fácil; no solamente sobre sus consecuencias, sino sobre la cosa misma, sobre la predilección por todo aquello que no exige de nosotros ninguna superación, ni nos pone en cuestión, ni nos obliga a desplegar nuestras posibilidades.

Hay que observar con cuánta desgraciada frecuencia nos otorgamos a nosotros mismos, en la vida personal y colectiva, la triste facilidad de ejercer lo que llamaré una no reciprocidad lógica; es decir, el empleo de un método explicativo completamente diferente cuando se trata de dar cuenta de los problemas, los fracasos y los errores propios, y los del otro cuando es adversario o cuando disputamos con él. En el caso del otro aplicamos el esencialismo: lo que ha hecho, lo que le ha pasado es una manifestación de su ser más profundo; en nuestro caso aplicamos el circunstancialismo, de manera que aun los mismos fenómenos se explican por las circunstancias adversas, por alguna desgraciada coyuntura. El es así; yo me vi obligado. El cosechó lo que había

sembrado; yo no pude evitar este resultado. El discurso del otro no es más que un síntoma de sus particularidades, de su raza, de su sexo, de su neurosis, de sus intereses egoístas; el mío es una simple constatación de los hechos y una deducción lógica de sus consecuencias. Preferiríamos que nuestra causa se juzgue por los propósitos y la adversaria por los resultados.

Y cuando de este modo nos empeñamos en ejercer esa no reciprocidad lógica que es siempre una doble falsificación, no sólo irrespetamos al otro, sino también a nosotros mismos, puesto que nos negamos a pensar efectivamente el proceso que estamos viviendo.

La difícil tarea de aplicar un mismo método explicativo y crítico a nuestra posición y a la opuesta no significa desde luego que consideremos equivalentes las doctrinas, las metas y los intereses de las personas, los partidos, las clases y las naciones en conflicto. Significa, por el contrario, que tenemos suficiente confianza en la superioridad de la causa que defendemos, como para estar seguros de que no necesita ni le conviene esa doble falsificación con la cual, en verdad, podría defenderse cualquier cosa.

En el carnaval de miseria y derroche propio del capitalismo tardío se oye a la vez lejana y urgente la voz de Goethe y Marx que nos convocaron a un trabajo creador, difícil, capaz de situar al individuo concreto a la altura de las conquistas de la humanidad.

Dostoievski nos enseñó a mirar hasta dónde van las tentaciones de tener una fácil relación interhumana: van no sólo en el sentido de buscar el poder, ya que si no se puede lograr una amistad respetuosa en una empresa común se produce lo que Bahro llama intereses compensatorios: la búsqueda de amos, el deseo de ser vasallos, el anhelo de encontrar a alguien que nos libere de una vez por todas del cuidado de que nuestra vida tenga un sentido. Dostoievski entendió, hace más de un siglo, que la dificultad de nuestra liberación procede de nuestro amor a las cadenas. Amamos las cadenas, los amos, las seguridades, porque nos evitan la angustia de la razón.

Pero en medio del pesimismo de nuestra época se sigue desarrollando el pensamiento histórico, el psicoanálisis, la antropología, el marxismo, el arte y la literatura. En medio del pesimismo de nuestra época surge la lucha de los proletarios que ya saben que un trabajo insensato no se paga con nada, ni con automóviles ni con televisores; surge la rebelión magnífica de las mujeres que no aceptan una situación de inferioridad a cambio de halagos y protecciones; surge la insurrección desesperada de los jóvenes que no pueden aceptar el destino que se les ha fabricado.

Este enfoque nuevo nos permite decir, como Fausto:

*También esta noche, Tierra, permaneciste firme.
Y ahora renaces de nuevo a mi alrededor.
Y alientas otra vez en mí
la aspiración de luchar sin descanso
por una altísima existencia.*



*Escuchar "Gracias a la vida"
o ver la Casa de Agua Santa,
de Roberto Dávila,
es contemplar la paradoja
de una novedad ancestral.*

*Es comparable
a mirar embelesado
al hijo recién nacido
en el que uno percibe
la herencia genética familiar,
al mismo tiempo
que reconoce a ese niño
como un ser
absolutamente nuevo y distinto.*



Fotógrafo: Franco Buccarey

Casa de Agua Santa

Proposición para la arquitectura y el canto

Allan Browne Escobar

A don Roberto Dávila Carson no lo conocí, pero sí lo vi. Recuerdo su casa en Viña del Mar, escondida tras un jardín frondoso y sombrío. Lo evoco, en la imagen esfumada de mi niñez —eran los años cuarenta—, muy alto, grande, con un holgado abrigo pelo de camello cayéndole bajo las rodillas.

Don Roberto se había recibido de arquitecto en 1925; luego viajó a Europa, donde estudió con los más destacados arquitectos de la vanguardia: George Vantongerloo, Theo Van Doesburg, Peter Behrens, para culminar trabajando en el taller de Le Corbusier. Sin embargo, algo sucedió en el alma de don Roberto que lo hizo renunciar a esa arquitectura internacional, que concebía formas semejantes ya se tratase de edificios situados en Sao Paulo o en la Antártica, para dedicar su vida a buscar las raíces de nuestra arquitectura.

Se transformó entonces en un *arquitecto viajero*, y durante la década de los veinte recorrió Chile, lápiz y libreta en mano, dibujando y estudiando la

arquitectura tradicional. No se aproxima a estos edificios vetustos con la actitud de un arqueólogo, sino con el entusiasmo de un arquitecto que busca fuentes genuinas con que alimentar sus propias obras. Presiente que en estas casas, casonas, capillas o templos que ve derrumbarse, estriba "la base de una arquitectura propia nacional". Se refiere a la arquitectura colonial "que fue concebida para el hombre y para el lugar perfectamente definido dando como resultado una extraordinaria armonía entre la obra y el paisaje que la rodea"¹. Habla don Roberto como un jardinero en el acto de describir una valiosa especie botánica trasplantada de un continente a otro, que en la nueva tierra florecerá y fructificará maravillosamente. Proclama también la arquitectura mestiza de América y celebra las formas creadas, fruto "de una paciente y soberbia talla de rica composición, mezcla feliz de español y de indio"².

Precisamente en Viña del Mar, contemplo esa casa suya de Agua Santa, en que una arcada curva coge el espacio externo y lo entrega al goce de la privacidad, y donde las ideas modernas —la pureza de los volúmenes cilíndricos, por ejemplo— se conjugan armoniosamente con elementos antiguos: la teja, los arcos, las floridas rejas de fierro. Una casa con mucho de español y de árabe —muy viñamarina, también—, diseñada con el gesto libre de un Gaudí.

Y, ¿qué peregrina relación hay entre la obra de Roberto Dávila y Violeta Parra, que me hizo hermanarlos en el epígrafe?

A Violeta no la conocí, pero sí la vi. La recuerdo en el vago espejo de la memoria, con su pelo desgredado, sentada en una sillita ratona, con la sempiterna guitarra en sus manos, en la feria artesanal a orillas del Mapocho. El gesto ceñudo disimulaba su mirada candorosa de "corderillo disfrazado de lobo"³.

Violeta, contemporánea de Dávila, rechazó la música chilena de moda, un folklore fosil y puerilizado, "lo popular detenido en su repetición", como certeramente apunta Víctor Casaus.

Violeta, lo sabemos, también recorrió Chile "de arriba p'abajo desenterrando el folklore". Intuía que era preciso "rastrear raíces musicales en un pasado que no se detenía en la canción del siglo XIX, sino que se remontaba mucho más allá, a las fuentes ancestrales de la rica herencia

¹ Oscar Ortega y Silvia Pirotte, *Apuntes sobre arquitectura colonial chilena*. Roberto Dávila Carson (Santiago: Ed. Universidad de Chile, 1978).

² *Ibidem*

³ Nicanor Parra.

indígena"⁴. En sus palabras: "Cuándo me iba a imaginar yo que al salir a recoger mi primera canción, un día del año 53, en la comuna de Barrancas, en Santiago, iba a aprender que Chile es el mejor libro de folklore que se haya escrito. Cuando aparecí en la comuna de Barrancas a conversar con doña Rosa Lorca, me pareció abrir este libro"⁵.

Violeta no es la arqueóloga que descubre una prodigiosa ciudad enterrada, sino una artista grande que suscita y (re)suscita las canciones entrañables del pueblo.

Violeta Parra, Roberto Dávila, personas tan alejadas entre sí, y que sin embargo, en la misma época, se proponen una tarea urgente, pues las casas se están demoliendo y las canciones se olvidan. Los últimos intérpretes nuestros mueren en la radio "a extranjero dominio sometida", y de la arquitectura colonial chilena, bien plantada en su territorio, derivamos al "colonial (norte) americano".

Don Roberto y doña Violeta tenían el secreto de Aladino. Sabían encontrar el genio en las lámparas viejas. Ambos cultivaban la memoria ancestral con el ánimo de traerla al presente y proyectarla transfigurada al futuro.

Qué duda cabe de que la libreta de apuntes de don Roberto y el libro de doña Rosa Lorca son la misma cosa.

Hoy en día, cuando Chile se esfuerza por salir al mundo, ¿con qué rostro vamos a mostrarnos?

¿Con qué ropa?

¿De qué nos vamos a disfrazar ahora?

La respuesta —a un nivel de excelencia— la encontramos en la vida y obra de estos dos grandes artistas, que en la primera mitad del siglo XX dan luces que nos orientan en el quehacer cultural del milenio que se avecina.



Viña del Mar, junio de 1995

⁴ Isabel Parra, *El libro mayor de Violeta Parra*. (Madrid: Ed. Michay S.A., 1985).

⁵ *Ibidem*.



Matrimonio. Cusco 1926.
Fotografía de Martín Chambi

Proposiciones 26
terminó de imprimirse
en julio de 1995
en los talleres
de la imprenta
Editorial Interamericana, Ltda.
Conferencia 1140
Santiago
Chile

SUMARIO

APROXIMACIONES A LA FAMILIA

APROXIMACIONES Y DISCURSOS

Sergio Bernales Matta: *Las relaciones familiares en el Chile de los 90* • Riet Delsing: *La familia: el poder del discurso* • Olga Grau D.: *Familia: un grito de fin de siglo* • Pedro Morandé: *La familia como fundamento del orden institucional*

CONSTRUCCIONES FAMILIARES

Karin Roseblatt: *Masculinidad y trabajo: el salario familiar y el estado de compromiso, 1930-1950* • Verónica Oxman Vega: *Construyendo "la otra familia": el proceso a una jefatura de hogar femenina asumida* • Sylvia Venegas Leiva: *Fruticultura y patrones de ocupación a nivel familiar* • María Elena Valenzuela: *Hogares con jefatura femenina: una realidad invisible* • Rosa Bravo & Rosalba Todaro: *Las familias en Chile: una perspectiva económica de género*

MIRADAS AL MUNDO RURAL

Ximena Valdés: *Familia, matrimonio e ilegitimidad en la hacienda del siglo XX* • Loreto Rebolledo G.: *Vivir y morir en familia en los albores del siglo* • Catalina Arteaga A.: *El desorden campesino. Violencia en San Felipe (1900-1940)* • Alvaro Bello: *La familia mapuche durante la radicación*

DOLORES, DUELOS Y APRENDIZAJES

Margarita Díaz C.: *Familia y represión política. Trauma y contexto social: consecuencias transgeneracionales* • Diana Rivera O. & Alicia Meschi M.: *Los rematrimonios o familias simultáneas: una oportunidad de redefinición de las relaciones afectivas y sociales* • Rosario Domínguez V.: *Cuando es difícil ser familia. Aspectos psicosociales de la infertilidad* • Lidia Alcalay S. & Neva Milicic M.: *¿Qué aprenden las adolescentes sobre género en su sistema familiar?* • Irma Arriagada: *Familia y delito: los niños en la calle* • Arturo Roizblatt: *Conversando sobre la separación matrimonial*

DOCUMENTO

Estanislao Zuleta: *Elogio de la dificultad*

sur
EDICIONES